



2
06



13/1

1-2-4
1802

B.P. de Soria



61018515
D-2 2506

D-2
2506

29776

EL LIRIO EN EL VALLE

492

BIBLIOTECA

R. 60944

H. D

EL LIRIO EN EL

el valle

EL HIJO MALDITO

TRADUCCIÓN DE FELIPE CABAÑAS VENTURA



RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93-97

BARCELONA

1930



Derechos reservados.



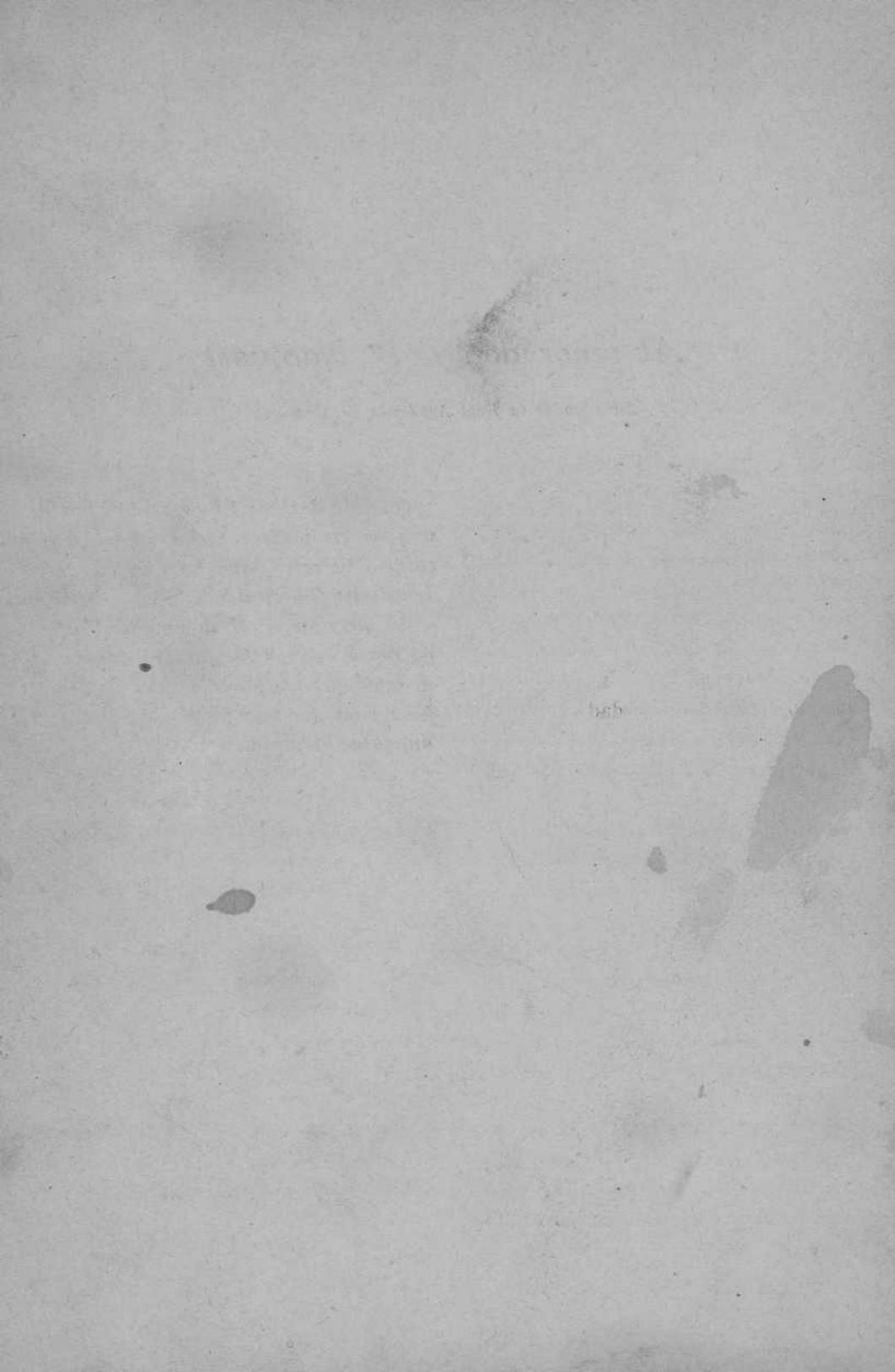
Al señor don J. B. Nacquart.

Miembro de la Real Academia de Medicina

Querido doctor: El presente libro es una de las piedras mejor labradas del edificio literario, que he edificado con lentitud y laboriosidad.

Al inscribir en él su nombre, lo hago no sólo para testimoniar mi gratitud al sabio que me salvó la vida, sino también para dar una prueba de afecto al amigo de siempre.

DE BALZAC.



EL LIRIO EN EL VALLE

A LA SEÑORA CONDESA NATALIA DE MANERVILLE

Me es imposible dejar de complacerte.

La mujer a quien amamos, aunque ella no nos ame con la misma intensidad, tiene el privilegio de hacernos perder constantemente el juicio, pues, por no ver arrugada su frente, o por hacer desaparecer la tristeza que la más pequeña contrariedad le produce, somos capaces de derramar toda nuestra sangre y de estropear nuestro porvenir.

¿Quieres conocer la historia de mi vida? Pues voy a relatarla, pero no olvides que, para hacerlo, me he visto obligado a vencer grandes repugnancias.

¿Los repentinos y prolongados desvaríos que experimento en medio de mi dicha te inspiran recelos? ¿Te encoleziza mi silencio? ¡Natalia! ¡Natalia! Las contradicciones de mi carácter debían bastarte para formar juicio sin dírime preguntas que me mortifiquen. ¿Acaso hay en tu vida algún secreto que, para ser perdonado, necesite conocer los míos?

Efectivamente, has adivinado, Natalia, y creo preferible que lo sepas todo.

Mi vida es víctima de un fantasma que se aparece tan pronto como se le evoca y que no cesa de agitarse; y en las profundidades de mi alma hay recuerdos dolorosos que salen a la superficie para torturarme, cuando acuden a mi memoria, como las producciones marinas que duermen en el fondo del océano, y que, agitadas por la tempestad, son arrojadas a la playa por las olas.

Si en mi confesión hay relámpagos que te hieren, no olvides que sólo la hago por prestarte obediencia, y no castigues mi sumisión a tu voluntad con las centellas de tu cólera, pues a mí también me ocasionan gran dolor las emociones de mi pasada vida, cuando despiertan.

Dios quiera, como lo deseo yo, que mi confianza redoble tu ternura para conmigo. Hasta esta noche, Natalia.

Tuyo siempre,

FÉLIX.



*
* *

¿Qué poeta contristado escribirá la elegía más conmovedora? ¿Qué pintor enternecido expresará en un cuadro los tormentos sufridos en silencio por las almas, cuyas delicadas raíces sólo encuentran duros guijarros en el suelo doméstico, cuyas primeras florescencias son destrozadas por manos vengativas, y cuyas flores se hielan al abrirse? ¿Qué poeta describirá los dolores del niño cuyos labios succionan un seno amargo, y cuyas sonrisas reprime el fuego devorador de una mirada severa?

La ficción que represente esos pobres corazones, oprimidos por los seres que lo rodean para contribuir al desarrollo de su sensibilidad, será la verdadera historia de mi juventud. Siendo yo un recién nacido, ¿qué vanidad podía herir? ¿Qué desgracia física o moral ocasionaba la frialdad de mi madre? ¿Acaso era yo hijo del amor legítimo, o hijo del pecado?

Criado en el campo por una nodriza y olvidado por mi familia durante tres años, al volver a la casa paterna, era tan poco estimado, que inspiraba compasión. Desconozco el sentimiento o la feliz casualidad a que debí el levantarme de aquella primera caída, porque, en mí, el niño ignora y el hombre nada sabe; pero recuerdo perfectamente que mis tres hermanos se divertían haciéndome sufrir.

El pacto en virtud del cual los niños

ocultan los pecadillos de sus compañeros, y que ya les da idea del honor, no me protegió a mí en nada, sino que, por lo contrario, en más de una ocasión fui castigado por culpas ajenas, sin que me valiera el protestar contra semejante injusticia. El servilismo, en germen en la infancia, ¿les aconsejaba acaso contribuir a las persecuciones de que me hacía víctima mi madre? ¿era aquello un efecto de su tendencia a la imitación? ¿era la necesidad de medir sus fuerzas, o falta de piedad? Quizás todas estas causas juntas me privaron de las dulzuras de la fraternidad. Desprovisto de todo afecto, nada podía amar, a pesar de que la naturaleza me había hecho muy cariñoso. ¿Recogía un ángel los suspiros de mi sensibilidad, constantemente rechazada?

Si en algunas almas los sentimientos desconocidos degeneran en odio, en la mía concentráronse y cavaron un lecho, desde el que irradiaron más tarde sobre mi existencia.

Según los caracteres, la costumbre de temblar relaja la fibra o sugiere el temor, y éste obliga siempre a ceder, ocasionando una debilidad que bastardea al hombre reduciéndolo a la condición de esclavo. Pero estos sufrimientos continuos me acostumbraron a desplegar una fuerza que fué acrecentada por el ejercicio y predispuso mi alma a las resistencias morales.

Esprando que me infringieran un nuevo dolor, como los mártires esperaban que les asestasen un nuevo golpe, todo mi ser debió expresar una resignación sombría, que sofocó en mí las

gracias y los impulsos de la infancia, siendo considerada esta actitud como un síntoma de idiotismo que justificó los pronósticos siniestros de mi madre.

Las injusticias de que constantemente era víctima, me hicieron altivo, a lo que se debió sin duda que los malos instintos que la mala educación recibida había despertado en mí, no se desarrollaran. Aunque abandonado por mi madre, era a veces objeto de sus preocupaciones, pues hablaba de mi instrucción y manifestaba deseos de ocuparse en ella; pero me hacía estremecer de un modo horrible el pensar lo mucho que había de hacerme sufrir el contacto diario con ella.

Bendecía mi abandono y me consideraba feliz cuando podía quedarme en el jardín jugando, observando los insectos y contemplando el cielo azul.

Aunque la soledad debiera llevarme al ensueño, mi placer por la contemplación tuvo origen en una aventura que dará idea de mis primeras desgracias.

Una noche, agazapado tranquilamente bajo una higuera, contemplaba yo una estrella con la curiosidad apasionada que domina a los niños, y a la que mi precoz melancolía agregaba una especie de inteligencia sentimental.

Mis hermanas divertíanse gritando, y yo escuchaba su lejana algarazara como un acompañamiento a mis ideas. Al fin, cesó el ruido, la noche cerró por completo, y mi madre advirtió casualmente mi ausencia. Para evitar que la reprendiesen, el aya, Carolina, se justificó, diciendo que la casa me inspiraba

horror; que si no me hubiera vigilado atentamente, me habría fugado; que no era imbécil, sino hipócrita, y que entre todos los niños sometidos a su férula no había ninguno de tan malas inclinaciones como las que yo revelaba.

Fingió buscarme, me llamó, respondí, y acercóse a la higuera donde sabía que me encontraba.

—¿Qué hacía usted ahí? — me preguntó.

—Contemplaba una estrella — respondí.

—Eso no es verdad — replicó mi madre, que estaba escuchándonos desde el balcón—; ¿acaso conoce nadie la astronomía a tu edad?

—¡Ah! señora — exclamó el aya—, ha abierto el grifo del depósito y el jardín está convertido en una balsa de agua.

Mis hermanas habíanse entretenido en ver correr el agua, y, asustadas por un fuerte chorro que las había mojado, habían echado a correr dejando abierto el grifo. Convicto de haber imaginado aquella aventura y calificado de embustero porque afirmaba mi inocencia, fui duramente castigado; pero ¡castigo horrible! se burlaron de mi amor a las estrellas, y mi madre me prohibió estar durante la noche en el jardín.

Las prohibiciones injustas avivan los deseos, especialmente en los niños, porque éstos tienen, respecto a los hombres, la ventaja de no pensar más que en la cosa prohibida, cuya prohibición les ofrece atractivos irresistibles.

La contemplación de la estrella me

atrajo frecuentes castigos, y, no pudiendo confiarme a nadie, contaba a ésta mis pesares en el delicioso lenguaje con que los niños exponen sus primeras ideas. Al ir al colegio, continué contemplándola, experimentando entonces delicias indecibles, ¡tan profundas son las huellas que dejan en el corazón las primeras impresiones de la vida!

Mi hermano Carlos, cinco años mayor que yo, era un niño tan hermoso como hoy, ya hombre, continúa siéndolo. Era el predilecto de mi padre, el amor de mi madre, la esperanza de mi familia, y, por lo tanto, el rey de la casa. Bien formado y robusto, tenía un preceptor; a mí, pequeño y raquítico, se me llevó, a los cinco años, a un colegio de la ciudad, al que iba por la mañana y adonde acudía a buscarme por la noche el ayuda de cámara de mi padre. Salía de casa con el cesto poco provisto, mientras que mis compañeros llevaban provisiones abundantes. Este contraste entre mi miseria y su riqueza me ocasionó mil sufrimientos. Las célebres salchichas y chicharrones de Tours constituían el principal elemento del refrigerio que tomábamos al mediodía, entre el desayuno y la comida de casa, cuya hora coincidía con la de entrada en el colegio. Las salchichas, tan celebradas por algunos glotonnes, se ven pocas veces en las mesas aristocráticas de Tours; y si yo no hubiera oído hablar de ellas antes de entrar en el colegio, jamás habría visto extender para mí este moreno producto sobre una rebanada de pan. Pero,

aunque este manjar no hubiera estado de moda en el colegio, mi deseo no habría sido menos vivo, porque se había convertido en idea fija, semejante a la que inspiraban a las duquesas elegantes de París los guisotes de las porteras.

Los niños adivinan el deseo en las miradas, como tú adivinas en ellas el amor, y yo me convertí entonces en objeto de burla. Mis compañeros, la mayor parte de los cuales pertenecían a la clase media, mostrábanme sus rebanadas de pan, preguntándome irónicamente si sabía dónde se hacían y dónde se vendían. Me mostraban, moñándose, los chicharrones, que parecían trufas cocidas; registraban mi cestito, y no encontrando en él más que queso de Olivet o frutas secas, me preguntaban: «¿No tienes para comprarlo?»

Esto me enseñó a apreciar la diferencia que había entre el trato que recibía mi hermano y el que a mí me dispensaban. El contraste entre mi abandono y la felicidad de los demás ha marchitado las rosas de mi infancia y ajado mi tierna juventud.

La primera vez que, engañado, extendí la mano para aceptar el tan deseado fiambre, que me fué ofrecido hipócritamente, el burlón lo retiró en medio de las risas de sus compañeros, advertidos previamente del desenlace. Si los hombres más distinguidos son accesibles a la vanidad, ¿cómo no perdonar al niño que llora al verse despreciado y burlado? ¡Cuántos niños, a consecuencia de estas burlas, se habrán vuelto golosos, pedigüenos y bajos!

Para evitar las persecuciones, apelé

a las riñas, y el valor de la desesperación me hizo temible; pero esta actitud me atrajo el odio de todos y quedé indefenso contra los traidores.

Una tarde, al salir del colegio, descargaron sobre mis espaldas un golpe con un pañuelo lleno de piedras. Cuando el criado, que me vengó rudamente, notificó el hecho a mi madre, ésta exclamó:

—¡ Este muchacho no cesa de darnos disgustos!

Encontrando en el colegio las mismas repulsiones que en mi familia, caí en una horrible desconfianza de mí mismo, y aquella segunda nevada retardó la florecencia de los gérmenes sembrados en mi alma. Los que veía amados eran por lo general unos pilluelos, observación que me indujo a ser altivo, y quedé completamente aislado.

Como el profesor me veía siempre sombrío, triste, odiado y solitario, confirmó las erróneas sospechas de mi familia respecto a mi mal carácter. Cuando supe leer y escribir, mi madre me envió a Pont-le-Voy, al colegio dirigido por los padres del Oratorio, que recibían a los niños de mi edad en una clase denominada de los «No latinos», a la que pertenecían también los escolares de escasa inteligencia.

En aquel colegio pasé ocho años, sin ver a nadie y haciendo vida de paria, porque como no disponía más que de tres francos mensuales para mis gascitos, suma que apenas bastaba para las plumas, lapiceros, reglas, tinta y papel que necesitaba, y no pudiendo ad-

quirir zancos, ni peonzas, ni cuerdas, ni ninguno de los objetos necesarios para los juegos, estaba alejado de ellos, pues, para ser admitido, hubiera tenido que adular a los ricos o a los fuertes de mi sección, y las bajezas sublevaban mi corazón.

Mientras mis compañeros jugaban, yo permanecía bajo un árbol, leyendo los libros que mensualmente nos distribuía el bibliotecario. ¡ Cuántos dolores ocultaba aquella soledad! ¡ Qué angustias engendraba mi abandono!

En la primera distribución de premios que se hizo después de mi ingreso en el colegio, obtuve los dos más apreciados, el del tema y el de la traducción; pero, al ir a recibirlos al teatro en medio de las aclamaciones y de la música, mis padres no estaban allí para felicitar me, mientras que las familias de todos mis compañeros ocupaban la sala. En vez de besar, según costumbre, al profesor que distribuía los premios, me precipité en sus brazos y rompí a llorar. Por la noche quemé mis coronas en la estufa.

Los padres de los escolares pasaban en la ciudad la semana en que se verificaban los ejercicios que precedían a la distribución de premios, por lo que mis camaradas salían todos alegremente por la mañana, mientras yo permanecía en los patios con los «ultramarrinos», nombre dado a los colegiales cuyas familias residían en las colonias o en el extranjero. Por la noche, durante la oración, los que tenían algún miembro de su familia en la ciudad re-

ferían los festines a que habían asistido.

Vas a ver cómo crecían mis desgracias a medida que se ensanchaba la aureola de las esferas sociales en que entraba. ¡Cuántos esfuerzos no he realizado para anular la sentencia que me condenaba a no vivir más que en mí mismo! ¡Cuántas esperanzas concebidas durante largo tiempo con arrebatos del alma, he visto destruidas en un instante! Para decidir a mis padres a venir al colegio, les escribí cartas llenas de ternura, acaso enfáticamente expresadas; pero aquellas cartas, ¿merecían los reproches de mi madre, que me reprendía irónicamente mi estilo? Sin desanimarme, prometía cumplir las condiciones que mis padres me imponían para visitarme, e imploraba el apoyo de mis hermanas, a quienes escribía en los días de su santo y de sus cumpleaños, con la exactitud de los niños abandonados, pero inútilmente.

Al aproximarse la época de la distribución de premios redoblaba mis púplicas, encomiando los triunfos presentidos, y, engañado por el silencio de mis padres, los esperaba ansiosamente, los anunciaba a mis compañeros, y cuando, a la llegada de las familias, resonaban en el corredor los pasos del anciano portero que llamaba a los colegiales, yo experimentaba una gran desilusión que me ocasionaba palpitaciones malsanas. ¡Aquel anciano jamás pronunció mi nombre!

El día en que me acusé de haber maldecido la existencia, el confesor me señaló el cielo donde florece la palma

prometida por el «¡Beati qui lugent!» del Salvador.

Después de hacer mi primera comunión, me sumergí en las misteriosas profundidades de la plegaria, seducido por las ideas religiosas cuyo encanto moral atrae siempre a las almas jóvenes, y, animado por una fe ardiente, rogué a Dios que renovase en favor mío los fascinadores milagros que leía en el Martirologio. ¡A los cinco años volaba tras una estrella; a los doce llamaba a las puertas del santuario!

El éxtasis me proporcionó sueños inefables que llenaron mi imaginación, enriquecieron mi ternura y fortificaron mi inteligencia, ¡visiones sublimes que he atribuído a los ángeles encargados de formar mi alma para divinos destinos! Ellas han dotado a mis ojos de la facultad de ver la interioridad de las cosas; ellas han preparado mi corazón para esos estados psíquicos que hacen desgraciado al poeta cuando tiene el fatal poder de comparar sus sueños y aspiraciones con la realidad, las grandes cosas deseadas con las pocas que obtiene; ellas han escrito en mi mente el libro en que he podido leer lo que debía expresar, y ellas han encendido en mi alma el fuego de la inspiración.

Creuyendo mi padre que era muy limitada la enseñanza que recibía en el colegio de Pont-le-Voy, me sacó de él para llevarme a París, a un instituto situado en el Marais. Tenía yo entonces quince años de edad. Después de haber sido examinado, el retórico de Pont-le-Voy fué digno de ser admitido entre los alumnos de tercer año;

pero los mismos dolores que había experimentado en el hogar doméstico, en la escuela de primera enseñanza y en el colegio, me esperaban, aunque bajo nueva forma, en el instituto Lepitre. Mi padre no me había dado un céntimo; creía que tenía suficiente con estar bien alimentado, vestido, saciado de latín y atiborrado de griego, y no se preocupó de nada más. Durante el curso de mi vida de colegial he conocido unos mil compañeros, y no he encontrado ninguno que haya sido tratado por su familia con semejante indiferencia.

El señor Lepitre, fanáticamente adicto a los Borbones, había sostenido relaciones políticas con mi padre en la época en que algunos realistas decididos pretendieron sacar del Temple a la reina María Antonieta, y había reanudado su amistad con él. El señor Lepitre creyóse después obligado a reparar el olvido de mi padre, asignándome para mis gastos personales una cantidad mensual, pero muy mezquina, porque ignoraba las intenciones de mi familia.

El instituto estaba establecido en el antiguo palacio Joyeuse, donde, como en todas las antiguas mansiones señoriales, había un departamento para el portero, y, durante el recreo que precedía a la hora en que el pasante nos llevaba al liceo Carlomagno, los colegiales opulentos almorzaban en casa de aquel modesto funcionario, llamado Doisy.

El señor Lepitre ignoraba, o permitía, el comercio de Doisy, verdadero

contrabandista a quien los alumnos tenían interés en mimar, porque era cómplice de nuestros extravíos, confidente de nuestras faltas de asistencia a las clases y nuestro intermediario con los vendedores de libros prohibidos.

Almorzar una taza de café con leche era un gusto aristocrático, dado el precio excesivo que alcanzaron los géneros coloniales bajo el imperio de Napoleón; pero, si el uso del azúcar y del café constituía un lujo en los padres, en nosotros revelaba una vanidosa superioridad que nos lo habría hecho desear, si la inclinación a imitar la glotonería y el contagio de la moda no hubieran sido suficientes, y Doisy nos abría crédito, suponiendo que todos teníamos hermanas o tías que aprobasen nuestra vanidad y pagasen nuestras deudas. Yo resistí durante mucho tiempo estas seducciones, y si los jueces que condenaron luego mi debilidad hubieran conocido la fuerza de tentación constante, las heroicas aspiraciones de mi alma hacia el estoicismo, y los deseos oprimidos durante una larga resistencia, habrían enjugado mis lágrimas en vez de hacerlas correr. Pero, ¿podía yo tener, siendo tan niño, la grandeza de alma necesaria para mirar con desdén el desprecio de otro? Además, yo sufría las acometidas de muchos vicios sociales, cuya violencia era acrecentada por mi deseo de gozar.

Hacia el fin del segundo año, mis padres fueron a París. Su llegada me la anunció mi hermano, que vivía en la capital y que no me había hecho una sola visita; mis hermanas los

acompañaban, y debíamos ver juntos la populosa urbe. El primer día comeríamos en el Palais-Royal, y luego asistiríamos todos al Teatro Francés. A pesar de la embriaguez que me ocasionó aquel programa de fiestas inesperadas, turbó mi alegría ese viento de tempestad que tan rápidamente impresiona a los que están habituados a la desgracia. Veíame obligado a confesar la deuda de cien francos que había contraído con Doisy, quen me amenazaba con pedir personalmente el dinero a mis padres.

En aquella apurada situación decidí tomar a mi hermano por dragomán de Doisy, por intérprete de mi arrepentimiento y por intercesor de mi perdón. Mi padre se inclinó a la indulgencia; pero mi madre se mostró inexorable; la mirada de sus ojos azules me petrificó, fulminó terribles profecías:

«¿Qué sería yo más tarde, si a los diez y siete años de edad cometía semejantes calaveradas? ¿Era yo su hijo? ¿Me había propuesto arruinar a la familia? ¿No había que atender más que a mí? ¿La carrera elegida por mi hermano Carlos no exigía una dotación independiente, a la que se había hecho acreedor por su excelente conducta, mientras que yo era la vergüenza de la familia? ¿Podrían casarse mis hermanas sin dote? ¿Desconocía yo el valor del dinero y lo que les costaba? ¿Eran necesarios el café y el azúcar para la educación? Portarme de semejante modo, ¿no era aprender todos los vicios?»

Marat, comparado conmigo, era un

ángel. Después de haber sufrido aquel torrente de improperios que me atormentaron, mi hermano me llevó nuevamente al colegio, perdí la comida en los «Hermanos Provenzales», y vime privado de ver a Talma en «Britannicus». Tal fué la acogida que me dispensó mi madre, después de doce años de separación.

Cuando hube concluido de estudiar humanidades, mi padre me puso bajo la tutela del señor Lepître, bajo cuya férula debía aprender matemáticas superiores y cursar el primer año de derecho. Puesto a pupilo y libre de las clases, creí que la miseria y el infortunio habían cesado de perseguirme; pero, a pesar de mis diez y nueve años o acaso a causa de ellos, mi padre observó conmigo la misma conducta que me había hecho ir a la escuela sin provisiones de boca, al colegio sin dinero para los pequeños gastos personales y que había convertido a Doisy en mi acreedor.

En París, sin dinero, ¿qué podía hacer? ¿qué placeres puede permitirse un joven sin recursos en una ciudad tan grande y donde el goce más insignificante cuesta un ojo de la cara? Además, el señor Lepître me hacía acompañar a la escuela de derecho por un criado, que me entregaba en manos del profesor, e iba a recogerme a la terminación de las clases. Una doncella habría sido guardada con menos precauciones que las que los temores de mi madre hacían que se tomaran para evitar que me perdiera.

París espantaba con razón a mis pa-

dres. Los colegiales de uno y otro sexo piensan secretamente en lo que, por mucho que se haga, no han de poder evitar jamás los padres ni los profesores; ellas y ellos hablarán siempre de amor; pero en París, en aquella época, las conversaciones entre camaradas eran generalmente inspiradas por el mundo oriental y sultanesco del Palais-Royal, que era una especie de Eldorado de amor, donde por la noche corrían los lingotes acuñados. Allí cesaban las dudas más vírgenes y podía saciarse la curiosidad de la juventud ansiosa de placeres; pero todas mis tentativas para satisfacer dicha curiosidad quedáronse frustradas para mí.

Mi padre habíame presentado en casa de una de mis tías, que habitaba en la isla San Luis, y allí iba yo a comer todos los jueves y domingos, conducido por el señor Lepître o por su esposa, que en los días citados daban un paseo, e iban a buscarme a su regreso. La marquesa de Listomere era una gran señora, muy ceremoniosa, a quien jamás se le ocurrió ofrecerme un escudo. Vieja como una catedral, pintada como una miniatura y suntuosa en el vestido, vivía en su palacio como en la época de Luis XV, y no veía más que ancianas nobles y gentileshombres, sociedad de cuerpos fósiles entre la cual me parecía estar en un cementerio. Nadie me hablaba, y nunca me atreví a dirigir a nadie la palabra. Las miradas hostiles y frías que me lanzaban aquellos vejestorios me hacían avergonzarse de mi juventud, que parecía importunarlos. Esta indiferencia

me indujo a escurrir el bulto un día, cuando concluyó la comida, para volver al templo del placer, creyendo que nadie advertiría mi ausencia. Cuando empezaba a jugar al wisth, mi tía no fijaba ya en mí su atención, y Juan, su criado, cuidábase muy poco del señor Lepître; pero aquella malhadada comida se prolongaba indefinidamente, a causa de la debilidad de las mandíbulas o de la imperfección de las dentaduras de los comensales.

Por fin, una noche, entre ocho y nueve, conseguí ganar la escalera, palpitante como Blanca Capello el día de su fuga; pero, cuando el portero se disponía a abrirme la puerta, vi en la calle el fiacre del señor Lepître, quien se apresuró a llamarme.

Tres veces la casualidad se interpuso entre el infierno del Palais-Royal y el paraíso de mi juventud. Cuando, un día, avergonzado ya de ser tan ignorante a los veinte años, resolví arrostrar todos los peligros para concluir de una vez, sin hacer caso del señor Lepître que en aquel momento subía a su carruaje, llegó mi madre en silla de posta. Su mirada me detuvo quedándome como el pájaro ante la serpiente.

¿Por qué se presentó mi madre tan inoportunamente? El caso no tenía nada de extraño. Napoleón jugaba su última partida, y mi padre, presintiendo el regreso de los Borbones, iba a prevenir a mi hermano, empleado ya en la diplomacia imperial. Había salido de Tours con mi madre, encargada de llevarme fuera de París para substraerme a los peligros de que creían amenazada

la capital los que conocían la marcha de los acontecimientos.

Salí, pues, de París cuando la presencia en él iba a serme fatal. Los tormentos de mi imaginación, incesantemente agitada por deseos reprimidos, el fastidio de una vida siempre entristecida por las privaciones, habíanme obligado a lanzarme al estudio, como en otro tiempo las personas abrumadas por el infortunio se confinaban en el claustro. El estudio había llegado a ser en mí una pasión que podría ocasionarme funestas consecuencias, entregándome a él en la época en que los jóvenes dedican su actividad a los placeres.

Este breve relato de mi juventud, en la que seguramente adivinas innumerables elegías, era necesario para explicar la influencia que ha ejercido en el resto de mi existencia. Afectado por tantos y tan perniciosos elementos, a los veinte años cumplidos yo era todavía un niño pequeño, delgado y pálido. Mi alma, pletórica de deseos, luchaba con mi cuerpo, aparentemente débil, pero que, según la opinión de un anciano médico de Tours, sufría la última fusión de un temperamento de hierro. Joven por la edad, pero viejo por las ideas, había leído y meditado tanto, que conocía metafísicamente la vida en sus alturas en el momento en que iba a advertir las tortuosas dificultades de sus desfiladeros y los enarenados caminos de sus llanuras. Azares desconocidos me habían dejado en ese delicioso período que provoca las primeras turbaciones del alma, y en el que se des-

pierta a las voluptuosidades, donde todo es sabroso y fresco.

Me encontraba entre la pubertad, prolongada por los trabajos, y la virilidad que echaba tardíamente su verde ramaje. Seguramente no había ningún otro joven tan bien preparado como yo para sentir y para amar; pero, comprendeme, retrocedí a la hermosa edad en que los labios no han mentido aún, en que la mirada es franca, aunque velada por párpados que entorpecen la timidez en contradicción con el deseo, en que el espíritu rechaza la convencional hipocresía de la sociedad, y en que la cobardía del corazón iguala en violencia a la generosidad del primer impulso.

No te hablaré del viaje que desde París a Tours hice en compañía de mi madre. La frialdad con que me trató reprimió la expansión de mi ternura. A cada nuevo relevo, intentaba hablarle; pero una mirada o una palabra suyas, desordenaban las frases prudentemente meditadas como exordio.

En Orleáns, en el momento de acostarse, me reprochó mi silencio, y, entonces, me arrojé a sus pies, abracé sus rodillas llorando a lágrima viva, le abrí mi corazón, tan rico de afectos, y traté de conmoverla con la elocuencia de unas quejas que reflejaban mis ansias de cariño, y cuyos acentos habrían conmovido las entrañas de la más desnaturalizada madrastra; pero mi madre me respondió con acritud que estaba representando una comedia. Quejéme de su abandono, y me llamó hijo desnaturalizado, injusticia que me oprimió.

mió de tal modo el corazón, que en Blois corrí al puente para arrojarme al Loira. La altura del parapeto impidió que me suicidara.

Cuando llegamos a casa, mis dos hermanas, que no me conocían, manifestaron más extrañeza que cariño. Sin embargo, más tarde, por comparación, me parecieron afectuosas para conmigo. Me instalaron en una habitación del tercer piso, y comprenderás la extensión de mis miserias cuando te diga que mi madre me dejó, joven de veinte años, sin más ropa blanca que la de mi reducido equipo de colegio, y sin otro traje que el de París. Si corría de un extremo a otro del salón para recoger su pañuelo, me daba fríamente las gracias como podía dárselas a un criado. Obligado a observarla para sorprender en su corazón lugares accesibles al afecto, me convencí de que era una señora fría, egoísta e impertinente como todas las Listomere, en quienes la impertinencia constituye el fondo de su carácter.

Mi madre no veía en la vida más que deberes que llenar; todas las mujeres frías que he conocido se han hecho una religión del deber; recibía nuestras adoraciones como el sacerdote recibe el incienso en la misa, siendo mi hermano mayor quien parecía haber absorbido el poco amor maternal que había en ella. Nos mortificaba constantemente con salidas de ironía mordaz, arma de las gentes sin corazón, y de la que se servía contra nosotros, que no podíamos contestarle. A pesar de estos obstáculos espinosos, los sentimientos

instintivos echan en nosotros tan profundas raíces, conserva tantos lazos el religioso temor inspirado por una madre, de quien cuesta trabajo desesperrar, que el sublime error de nuestro cariño continúa hasta que, avanzando en edad, juzgamos fría y soberanamente. Entonces, empiezan las represalias de los hijos, y su indiferencia, engendrada por las decepciones del pasado y engrosada con los restos cenagosos que arrastra, llega hasta la tumba.

Aquel terrible despotismo ahuyentó las ideas voluptuosas que vanamente había esperado satisfacer en Tours. Me recluí desesperado en la biblioteca de mi padre y me dediqué a leer cuantos libros había en ella. Mis largas horas de trabajo me evitaron todo contacto con mi madre, pero agravaron mi situación moral. A veces, mi hermana mayor, que se casó luego con mi primo el marqués de Listomere, procuraba consolarme, sin poder calmar la agitación de que era víctima. Mi deseo más ardiente en aquella época era morir.

A la sazón, desarrollábanse grandes acontecimientos, a los que yo era extraño. Habiendo salido de Burdeos el duque de Angulema para reunirse con Luis XVIII en París, recibía, a su paso por las ciudades, entusiastas ovaciones debidas al júbilo que producía en la vieja Francia el regreso de los Borbones. La Turena estaba conmovida por sus príncipes legítimos, la ciudad, agitada, los balcones empavesados, el vecindario endomingado, los preparativos de una fiesta, y algo indefinible

esparcido en el aire, que me embriagó, sugirieronme el deseo de asistir al baile ofrecido al príncipe. Cuando reuní bastante audacia para manifestar este deseo a mi madre, demasiado enferma a la sazón para asistir a la fiesta, se enojó profundamente. ¿Llegaba yo del Congo para mostrar tanta ignorancia? ¿Cómo podía imaginarme que nuestra familia dejaría de estar representada en aquel baile? Encontrándose ausentes mi padre y mi hermano, ¿no era yo el llamado a asistir? ¿No tenía una madre que sólo pensaba en la felicidad de sus hijos? El hijo casi desaprobado convertíase momentáneamente en un personaje. Me abrumó tanto mi importancia, como el diluvio de razones, irónicamente expresadas, con que mi madre escuchó mi súplica. Interrogué a mis hermanas, y supe que mi madre, a quien complacían los golpes teatrales, se había ocupado muchísimo en mi indumentaria. Sorprendidos por las exigencias, ningún sastre había querido encargarse de hacerme el traje, y mi madre había llamado a su costurera, que, como ocurre de ordinario en provincias, sabía confeccionar toda clase de obras. Bien o mal, se me hizo secretamente un frac azul; se encontraron fácilmente medias de seda y escarpines nuevos; como los chalecos se llevaban cortos, pude utilizar uno de mi padre, y por primera vez tuve camisa con chorreras, cuyos encajes cubrieron mi pecho y se arrugaron bajo el nudo de la corbata. Al verme vestido, me encontré tan disfigurado, que mis hermanas tuvieron que infundirme

valor para presentarme ante la Turca reunida. ¡Arriesgada empresa! En aquella fiesta eran muchos los llamados y pocos los elegidos. Gracias a mi pequeña estatura, logré fácilmente deslizarme hasta llegar a una tienda construida en los jardines de la casa Papión, y situarme cerca del sillón que servía de trono al príncipe. El calor me sofocaba, y deslumbrábanme las luces, los tapices rojos, los adornos dorados, los vestidos y los diamantes de la primera fiesta pública que asistía. La multitud de personas que se amontonaban unas sobre otras y se empujaban en medio de una nube de polvo, me atropellaba aturrullándome. Los bronces sonoros y los ruidosos acordes de la música militar eran ahogados por los gritos de: «¡Viva el duque de Angulema! ¡viva el rey! ¡vivan los Borbones!»

La fiesta era un derroche de entusiasmo, en que cada uno procuraba sobrepujar a los demás en su vehemente deseo de saludar al naciente sol de los Borbones, insensato egoísmo de partido que heló mi corazón moviéndome a reconcentrarme en mí mismo.

Arrastrado como un átomo en aquel torbellino, experimenté el deseo infantil de ser duque de Angulema y de confundirme con aquellos príncipes que de tal manera se mostraban ante el público entusiasmado. La necia envidia del turenés sugirióme una ambición que las circunstancias y mi carácter ennoblecieron. ¿Quién no ha envidiado alguna vez esa ruidosa adoración, cuya repetición presencié algu-

nos meses más tarde, cuando París entero ovacionaba al emperador al regresar de la isla de Elba? El imperio ejercido sobre las masas, cuyos sentimientos y cuya vida quedan reconcentrados en una sola persona, en una sola alma, me indujo repentinamente a consagrarme a la gloria, sacerdotisa que degüella hoy a los franceses, como en otro tiempo la druída sacrificaba a los galos.

Encontré de pronto a la mujer que debía agujonear constantemente mis ambiciosos deseos y colmarlos, lanzándome al corazón de la realeza. Siendo demasiado tímido para invitar a bailar a una señorita, y temiendo, además, embarullar y confundir las figuras, estaba perplejo por no saber qué hacer de mi persona. Abrumado por el malestar que me ocasionaban los apretones de la multitud, acabó de desconcertarme un pisotón que me dió en los pies un oficial, incidente que me hizo renegar de la fiesta, y, siéndome imposible salir, me sugirió la idea de refugiarme en un rincón y sentarme en el extremo de una banqueta abandonada, donde permanecí largo rato con los ojos fijos e inmóvil. Engañada por mi mezquina apariencia, una dama, tomándome sin duda por un niño que, adormilado, esperase la vuelta de su madre, colocóse a mi lado con el movimiento de un pájaro que se lanza sobre su nido. En el mismo instante percibí un perfume femenino que embriagó mi alma como la poesía oriental. Miré a la dama y su hermosura me deslumbró

más aún que me había deslumbrado el esplendor de la fiesta.

Si has comprendido bien mi vida anterior, adivinarás los sentimientos que me inspiró la proximidad de aquella beldad desconocida. Mis ojos se fijaron en unos hombros blancos y mórbidos; hombros ligeramente sonrosados que parecían enrojecer por el rubor como si se encontraran desnudos por vez primera; hombros que tenían alma, y cuya piel satinada brillaba a la luz como tisú de seda; hombros, en fin, divididos por una raya, que recorrió mi mirada, más atrevida que mi mano. Empinéme, palpitante de emoción, para verle el escote, y quedé completamente fascinado por un pecho pudorosamente cubierto con una gasa, pero cuyos globos azulados y de perfecta redondez estaban suavemente velados por olas de encaje. Los más insignificantes detalles de aquella cabeza maravillosa fueron incentivos que me hicieron soñar en goces infinitos; el brillo de los cabellos ondulantes sobre su cuello aterciopelado como el de una niña, las líneas blancas que el peine había trazado entre ellos, y por los cuales vagó mi imaginación como por frescos senderos, todo me hizo perder el juicio. Miré en todas direcciones para asegurarme de que no era observado, y me sumergí en aquellas espaldas con la misma avidez que un niño se abalanza al seno de su madre, y besé aquellos hombros, insuflando en aquella carne fresca y mórbida el fuego devorador que corría por mis venas.

La dama lanzó un grito penetrante

que apagaron los acordes de la música; volvióse, me miró iracunda y dijo:

—¡Caballero!...

¡Oh! Si me hubiera dicho: «¿Qué le ha dado a usted, criatura?» quizá la habría matado; pero aquel «¡Caballero!» hizo brotar de mis ojos lágrimas ardientes y quedé petrificado ante aquella mirada, animada por la cólera, ante aquella cabeza sublime coronada por una diadema de cabellos negros que contrastaban con aquellos hombros amasados con nieve y rosas. Su rostro, enrojecido por el rubor, reflejaba ya el perdón de la mujer que comprende el frenesí cuando ella misma lo inspira, adivinando adoraciones infinitas en las lágrimas del arrepentimiento.

Alejóse la dama con ademán de reina, y entonces, comprendiendo lo ridículo de mi posición, advertí que estaba disfrazado como el mono de un saboyano; me avergoncé de mí mismo, y quedéme alelado, saboreando la manzana que acababa de robar, conservando sobre mis labios el calor de la sangre que había aspirado y siguiendo con la vista a aquella mujer descendida de los cielos.

Dominado por el primer aspecto carnal de la gran fiebre del corazón, entré en la sala del baile, que estaba desierta para mí, porque allí no encontré a la dama desconocida. Completamente metamorfoseado, me fui a dormir.

Un alma nueva, alma de alas diamanteras había roto su larva; la crisálida se había convertido en mariposa.

Caída de las azules esferas en que la admiraba, mi estrella habíase hecho mujer, conservando su esplendor, sus fulgores y su frescura. Amaba repentinamente, sin saber lo que era amor. ¿No es sorprendente esta primera irrupción del sentimiento más vivo del hombre? En el salón de mi tía había visto algunas jóvenes hermosas, pero ninguna había logrado impresionarme. ¿Existe, entonces, una hora, una conjunción de astros, una acumulación de determinadas circunstancias, una mujer, especial entre todas, para determinar una pasión exclusiva cuando llega la época en que el sexo reclama imperiosamente sus derechos y preeminencias?

Pensando que mi amada vivía en Turena, aspiraba el aire con delicia y parecíame el cielo más azul y más hermoso que antes. Si estaba mentalmente trastornado, parecía también físicamente enfermo, hasta el punto de que mi madre llegó a experimentar serios temores no exentos de remordimientos. Semejante a los animales que presienten el mal, acurrucábame en un rincón del jardín soñando con el beso que había robado. Algunos días después de aquel baile memorable, mi madre atribuía el abandono de mis trabajos y mi indiferencia ante sus miradas opresoras, a la poca importancia que daba a sus ironías, y mi melancólica actitud a las crisis naturales que experimentan los jóvenes a mi edad. El campo, ese eterno remedio de las afecciones que desconoce la medicina, fué considerado útil para sacarme de mi apatía, y mi madre decidió que fue-

ra a pasar algunos días a Frapesle, castillo situado a orillas del Indre, entre Montbazón y Azay-le-Rideau, en casa de uno de sus amigos, a quien dió instrucciones secretas.

Cuando me vi en el campo, tan en línea recta había nadado en el océano del amor, que lo había atravesado, ignoraba el nombre de la desconocida señora de mis pensamientos. ¿Cómo llamarla? ¿dónde encontrarla? Además, ¿a quién podía hablar de ella?

† Mi natural timidez acrecentaba los temores inexplicables que se apoderan de los corazones jóvenes cuando se apasionan, haciéndome empezar por la melancolía con que termina generalmente el amor sin esperanza. No deseaba más que ir, venir y correr a través de los campos, estando siempre en movimiento constante. Con el valor caballeresco de niño que de nada duda, me propuse registrar todos los castillos de Turena, viajando a pie para preguntar a cada linda torrecilla: «¿Está aquí?»

En la mañana del jueves salí de Tours por la barrera de San Eloy, atravesé el puente de San Salvador, llegué a Poncher, contemplando todas las casas, y gané el camino de Chinón. Por vez primera en mi vida podía detenerme bajo un árbol o caminar con la lentitud que se me antojara, sin que nadie tuviera derecho a reprocharme. Para un ser oprimido por los diferentes despotismos que en mayor o menor grado vense obligados a soportar todos los jóvenes, el primer uso del libre albedrío, aunque ejercido en cosas sin

importancia, proporciona al alma cierta misteriosa expansión.

Por muchos motivos fué aquel día para mí una fiesta llena de encanto. Los paseos, en mi infancia, no me habían llevado más allá de una legua fuera de la ciudad, ni los que había dado en París me habían mostrado las bellezas de la naturaleza campestre. Esto no obstante, conservaba de los primeros recuerdos de mi vida el sentimiento de lo bello que se respira en el paisaje de Tours, con el que me había familiarizado. Aunque la poesía de aquellos lugares era completamente nueva para mí, yo no dejaba de ser exigente en cierto modo, como ocurre a los que, sin tener la práctica de un arte, se han formado un ideal.

Para ir al castillo de Frapesle, los viajeros a pie o a caballo acortan el camino pasando por las llamadas *landas de Carlomagno*, tierras baldías situadas en la meseta de la planicie que separa la cuenca del Cher de la del Indre, y por las que atraviesa un camino de atajo que empieza en Champy. Estas llanuras arenosas, que en el trayecto de una legua entristecen el ánimo del viajero, conducen por un sendero a través del bosque al camino de Saché, de cuyo concejo depende Frapesle. Este camino, que desemboca en el Chinón, más allá de Ballán, se prolonga a través de una pradera hasta el país de Artanne, donde se descubre una calle que comienza en Montbazón y termina en el Loira, pareciendo que surge bajo los castillos que coronan aquellas dobles colinas, una magnífica

capa de esmeraldas, en cuyo fondo el Indre se desliza con serpentinadas ondulaciones.

Este sitio encantador me inspiró un sentimiento de voluptuosidad extraña, que había preparado la monotonía de las landas y la fatiga del camino. Si la dama del baile, flor de su sexo, habitaba en el mundo, no podía ser en otro lugar que en el que contemplaban embelesados mis ojos. Al ocurrírseme semejante idea, me apoyé contra un nogal, bajo el cual desde entonces reposo siempre que visito aquel querido valle. Bajo este árbol, confidente de mis pensamientos, me he interrogado con frecuencia acerca de los cambios que he sufrido desde el día que partí.

¡Ella vivía allí; el corazón no me engañaba; el primer castillo que había en la pendiente de una colina era su morada!

Cuando me senté bajo el nogal, el sol del mediodía reflejábase en su tejado pizarroso y en los vidrios de sus ventanas. El punto blanco que distinguía en sus viñas bajo un cenador era su falda. *Ella* era EL LIRIO DE AQUEL VALLE, en el que crecía para el cielo, perfumándolo con el aroma de sus virtudes. El amor infinito, que llenaba mi alma, estaba representado por aquella larga cinta de agua que resplandecía al sol entre el verdor de sus márgenes, por aquellas hileras de álamos que con sus móviles encajes decoraban aquel valle de amor, por los bosques de encinas que avanzaban entre las viñas sobre laderas que contor-

neaba el río, y por horizontes que se alejan cuando nos aproximamos.

Si te agrada contemplar la naturaleza bella y virgen como una prometida, visita aquellos lugares en un día de primavera; si deseas curar las sangrientas heridas de tu corazón, visita aquellos lugares en los últimos días del otoño: en la primavera, el amor bate allí sus alas; en el otoño, el panorama que ofrece aquel valle nos recuerda los seres que ya no existen. El pulmón enfermo respira una brisa bienhechora; la vista reposa sobre sus espesuras doradas, que comunican al alma apacibles dulzuras.

En aquel momento los molinos, movidos por las aguas del Indre, daban voz a aquel valle que tiene vida; los álamos balanceábanse como riendo de satisfacción; el cielo, completamente limpio de nubes, mostraba su esplendoroso manto azul; cantaban los pájaros, chirriaban las cigarras... todo era allí poesía y esplendor, luz, aromas y melodías. No vuelvas a preguntarme ya por qué amo a Turena. No la amo como se ama la cuna, ni como se ama un oasis en el desierto, sino como el artista ama el arte. La amo menos que a ti, pero sin Turena quizá yo no viviría.

Sin saber por qué, mis ojos no cesaban de contemplar aquel punto blanco, la mujer que brillaba en aquel amplio y florido jardín como brilla en medio de los verdes matorrales la campanilla del convólvulus, que se marchita con el contacto. Descendí, profundamente conmovido, al fondo de aquella

canastilla, y vi una aldea que la poesía que me dominaba hizo que me pareciera encantadora.

Figúrate tres molinos situados entre islas graciosamente recortadas, pobladas por pequeños bosquecillos, en medio de una pradera acuática, cuya vegetación, rica en colores, surge sobre la superficie del río y ondula con ella obedeciendo a los caprichos y plegándose a las tempestades del agua azotada por las ruedas de los molinos. Aquí y allá levántanse masas de rocas, contra las que se rompe la corriente formando cintas en que brilla el sol, y cuyas orillas decoran los amarillos, los nenúfares, los lirios, los juncos y las espadañas con sus magníficas tapi- cerías. Un puente tembloroso, formado por vigas podridas, cuyas barandillas, cubiertas de hierbas vivaces y de aterciopelados musgos, inclínanse sobre el río sin que nunca caigan; las redes de pesca, el canto monótono de los pastores, los patos que vagan entre las islas o sacuden su plumaje sobre la gruesa arena que arrastra el Loira; los arrieros, con el gorro echado a un lado, ocupados en cargar sus caballerías, cada uno de estos detalles daba a esta escena una novedad sorprendente. Más allá del puente algunas pequeñas granjas, un palomar, bandadas de tortolas, de chozas separadas por jardines cercados con vallas de enredaderas, jazmines y clemátides; luego, estiércol florido delante de todas las puertas, gallinas y gallos que picotean por los caminos... tal es Pont-de-Ruán, preciosa aldea dominada por una iglesia

del tiempo de las Cruzadas, como las que los pintores buscan para modelo de sus cuadros. Rodea este conjunto de añosos nogales, de jóvenes álamos con hojas de color oro pálido; pon graciosas construcciones en medio de anchas praderas donde se pierde la mirada bajo un cielo cálido y vaporoso, y tendrás una idea aproximada de uno de los numerosos puntos de vista de este delicioso país.

Seguí el camino de Saché por la margen izquierda del río, contemplando los detalles de las colinas que sirven de dique a la otra orilla, y al fin llegué a un parque poblado de árboles seculares, que me reveló la proximidad de Frapesle.

Llegué precisamente en el momento en que la campana llamaba a los moradores del castillo a almorzar.

Después del almuerzo, mi huésped, no pudiendo suponer que yo hubiera ido desde Tours a pie, me hizo recorrer las cercanías de su posesión, desde la que pude contemplar el valle en todos sus aspectos. La bella cinta de oro del Loira, donde, entre los vapores, las velas dibujaban fantásticas figuras que huían impulsadas por el viento, atrajeron mi atención. Subiendo una cuesta contemplé por vez primera el castillo de Azay, magnífico diamante tallado en facetas, laminado por el Indre y montado sobre pilotes recubiertos de flores. Después admiré en el fondo del valle las masas románticas del castillo de Saché, melancólica mansión llena de armonías demasiado graves para las personas superficiales, y encantadoras

y sumamente gratas para los poetas de alma dolorida. También yo he amado más tarde el silencio, los nudosos y corpulentos árboles y el encanto misterioso que reina en aquel solitario valle.

De pronto mis ojos tropezaron en la pendiente de una colina próxima con el pequeño castillo escogido con mi primera mirada, y me detuve a contemplarlo.

—¡ Oh! — exclamó mi huésped, leyendo en mi rostro la expresión de uno de esos deseos que con tanta ingenuidad se manifiestan a los veinte años—, adivina usted desde lejos una mujer bonita, de igual modo que los perros huelen la caza.

No me agradó la comparación, pero le pregunté el nombre del castillo y el de su propietario.

—Es el castillo de Clochegourde — contestóme—; una bonita mansión, propiedad del conde de Mortsauf, representante de una familia histórica en Turena, cuya fortuna data de Luis XI y cuyo nombre revela la aventura a que debe sus armas y su lustre. Desciende de un hombre que sobrevivió a la horca; por eso los Mortsauf llevan, «en campo de oro, una cruz negra con una flor de lis de oro en el centro», con la leyenda: *Dómine, salvum fac regem, dóminum nostrum*. El conde establecióse en este dominio a su regreso de la emigración; pero el castillo pertenece a su esposa, que fué la señorita de Lenoncourt, de la casa de Lenoncourt-Givry, próxima a extinguirse, porque la señora de Mort-

sauf es hija única. La escasa fortuna de esta familia contrasta tan singularmente con el lustre histórico de sus nombres, que por orgullo, o acaso por necesidad, permanecen siempre en Clochegourde y no tienen trato con nadie. Hasta ahora su adhesión a los Borbones justificaba su aislamiento, pero dudo mucho que la restauración de la monarquía modifique su género de vida. Cuando vinieron aquí el año pasado, les hice una visita de cumplido, que me devolvieron, invitándome, además, a comer. El invierno nos ha separado durante algunos meses, y luego los acontecimientos políticos han retardado nuestra vuelta, porque hace muy poco tiempo que me encuentro en Frapesle. La señora de Mortsauf podría ocupar en todas partes el primer lugar.

—¿ Va con frecuencia a Tours?

—Jamás. Digo... — agregó rectificándose—, sí, sí. Hace poco tiempo ha ido, al pasar el duque de Angulema, quien estuvo sumamente cariñoso y amable con el señor de Mortsauf.

—¡ Es ella! — exclamé, radiante de júbilo.

—¡ Ella! ¿quién?

—Una señora que tiene hombros hermosísimos.

—¡ Bah! En Turena hay muchas mujeres que tienen los hombros hermosos — repuso riendo—; pero, si no está usted fatigado, pasaremos el río y subiremos a Clochegourde, donde podrá reconocer esos hombros.

Acepté, ruborizándome de placer y de vergüenza, y a las cuatro llega-

mos al castillo que desde hacía largo rato acariciaban mis ojos.

Aquella construcción, que produce muy buen efecto en el paisaje, es efectivamente modesta. Tiene cinco ventanas en cada frente, cada una de las cuales terminan la fachada, expuesta al mediodía, fábrica arquitectónica que simula los pabellones y da gracia al edificio: la de en medio sirve de puerta, y por una doble escalinata se descende a los jardines, que se prolongan hasta una pradera situada a lo largo del Indre.

Aunque un camino vecinal separa esta pradera de la última terraza, que una calle de acacias y árboles corpulentos sombrean, este camino parece formar parte de los jardines, encajado como está entre la terraza, por una parte, y una cerca a la manera normanda, por la otra. Las rampas, bien calculadas, dejan bastante espacio entre el río y el castillo, para salvar los inconvenientes de la vecindad del agua sin quitarle nada de agradable.

Bajo la casa están las cuadras, las cocheras y las cocinas, cuyas diversas aberturas dibujan bellas arcadas. Los techos están graciosamente contorneados en los ángulos y hermosamente esculpados con ramilletes de color plomo en las cornisas; en el tejado, descuidado durante la revolución, abunda el óxido producido por los musgos rojizos que crecen sobre las casas expuestas al mediodía. La puerta vidriera de la galería está coronada por una cúpula que ostenta el escudo de los Blamont-Chauvry: «cuartelado de gules con un

palo de vero, flanqueado por dos manos apalmadas de encarnación de oro, con dos lanzas de sable puestas a manera de cheurrón.» La leyenda «¡Mírame y no me toques!» me sorprendió extraordinariamente. Los soportes, formados por un grifo y un dragón de gules con cadenas de oro, producen, esculpados, un magnífico efecto. La revolución había arrancado la corona ducal y la cimera, que se componía de una palmera de sinople con frutos de oro. Senart, secretario del comité de Salud pública, era bailío de Saché en 1791, lo cual es bastante para explicar estas devastaciones.

Este castillo, labrado como una flor y que parece no gravitar sobre el suelo, tiene una forma elegante. Visto desde el valle, el piso bajo parece el principal; pero del lado del patio se encuentra al mismo nivel, con una larga avenida enarenada, que da acceso a una terraza en la que hay una infinidad de macetas con flores.

A derecha e izquierda las viñas, los cercados y las tierras de labor pobladas de nogales, descienden rápidamente, envolviendo la casa con sus espesuras y llegando hasta las orillas del Indre, que allí están decoradas con numerosos bosquecillos naturales.

Mientras subía por el camino que costea a Clochegourde, contemplaba estas masas tan bien dispuestas aspirando una atmósfera cargada de felicidad. ¿Existen, acaso, en la naturaleza moral, como en la naturaleza física, conmociones eléctricas y rápidos cambios de temperatura? Mi corazón

palpitaba con inusitada violencia pre- viendo la proximidad de acontecimien- tos secretos que debían transformarme para siempre, como los animales se re- gocijan cuando presienten la llegada del buen tiempo.

Aquel día, de tanta trascendencia en mi vida, no careció de ninguna de las circunstancias necesarias para solemnizarlo. La naturaleza habíase ataviado con sus mejores galas, como una mujer que sale al encuentro de su bien ama- do; mi alma había oído su voz por primera vez; mis ojos la habían con- templado tan fecunda, tan variada co- mo la imaginación me la había repre- sentado en mis sueños de colegial, de los que sólo te he hablado someramen- te, pero de un modo insuficiente para explicarte su influencia, porque fueron una especie de Apocalipsis en que me- tafóricamente se me predijo mi porve- nir, y en que cada acontecimiento, próspero o adverso, estaba representa- do por imágenes extrañas, visibles tan sólo para el alma.

Mi huésped y yo atravesamos el pri- mer patio, alrededor del cual estaban los edificios necesarios para las explo- taciones rurales: una granja, un ho- gar, establos y cuadras. Advertido por los ladridos de un perro, salió un sir- viente a nuestro encuentro, y éste nos hizo saber que el señor conde había partido para Azay por la mañana, que no podía tardar mucho en regresar y que la señora condesa se encontraba en casa.

Mi huésped me miró, y yo, temien- do que no quisiera ver a la señora de

Mortsauf en ausencia de su esposo, me eché a temblar; pero aquel temor era infundado, porque ordenó al sirviente que nos anunciara.

Arrastrado por una ansiedad pueril, precipítame en la larga antesala del castillo.

—Entren ustedes, señores—dijo en- tonces una voz argentina.

Inmediatamente reconocí aquella voz, aunque la señora de Mortsauf no había pronunciado más que una pala- bra en el baile. Aquel acento dulcísimo penetró en mi alma y la inundó de go- zo, como un rayo de sol inunda de luz el calabozo de un prisionero.

Temiendo que recordara mis faccio- nes, pensé en la huida, pero ya no ha- bía tiempo: la condesa acababa de apa- recer en el umbral de la puerta, y nues- tros ojos se encontraron. Ignoro cuál de los dos enrojeció más vivamente.

Bastante turbada para hablar, ocupó nuevamente su asiento ante un basti- dor de bordar, después que el criado nos hubo acercado dos sillas; simuló que concluía su trabajo para justificar su silencio, contó algunos puntos, y al fin, dulce y altiva al mismo tiempo, dirigióse al señor de Chessel pregun- tándole a qué feliz circunstancia debía su visita.

Aunque deseaba saber a que atener- se respecto a mi presencia en su casa, no nos miró; sus ojos estuvieron cons- tantemente fijos en el río; pero, a juz- gar por la manera que tenía de escu- char, hubiérase dicho que, lo mismo que las ciegas, reconocía las agitacio- nes del alma en las imperceptibles in-

flexiones de la voz. Y era en verdad.

Pocos meses antes había llegado a Tours, adonde mis padres me trajeron cuando la ciudad de París se vió amenazada por la guerra. Sabiendo que yo era hijo de la Turena, y desconocedor de mi país, créfame un joven debilitado por trabajos inmoderados, que había sido enviado a Frapesle para divertirse, y que deseaba visitar su tierra, adonde venía por primera vez. Yo no había referido a mi huésped mi viaje desde Tours a Frapesle hasta que estuvimos cerca del castillo, y el señor de Chessel, temiendo por mi salud, ya débil, habíase permitido entrar en Clochegourde, creyendo que allí se me permitiría descansar.

Esto fué lo que dijo mi acompañante a la bella castellana, y era efectivamente lo cierto; pero las casualidades felices parecen tan buscadas, que la señora Mortsauf, desconfiada, miróme fría y reverentemente haciéndome bajar los párpados, tanto por una especie de humillación, como por ocultar las lágrimas que pugnaban por asomar a mis ojos.

La imponente castellana vió mi frente bañada en sudor, y quizá adivinó mis lágrimas, porque me ofreció todo cuanto necesitara, mostrándose tan bondadosa, que me devolvió el uso de la palabra. Ruboricéme como una niña sorprendida en falta, y, con voz balbuciente como la de un anciano, respondí expresándole mi gratitud.

—Todo lo que deseo — dije alzando hasta ella los ojos, que volvieron a en-

contrarse con los suyos, aunque sólo durante un momento tan rápido como un relámpago—, es que me permita descansar; estoy tan fatigado, que me sería imposible dar un solo paso.

—¿Acaso desconfía usted de la hospitalidad de nuestro hermoso país? — preguntóme; y dirigiéndose a su vecino, añadió—: ¿Me concederá usted el honor de comer en Clochegourde?

Dirigí a mi protector una mirada tan suplicante, que se decidió a aceptar la invitación, cuya fórmula exigía una negativa. Si el hábito social permitía al señor de Chessel distinguir estos matices, mi inexperiencia no me dejaba adivinar el pensamiento de una mujer hermosa, por lo que me sorprendí mucho cuando, por la noche, al regresar a casa, me dijo mi huésped:

—He aceptado la invitación para la comida para evitar que usted se muriera de deseos; pero, si no arregla usted las cosas, quizá me haya malquistado con mis vecinos.

Las palabras «si no arregla usted las cosas» me hicieron meditar durante mucho tiempo. Si yo agradaba a la señora de Mortsauf, ésta no podía guardar rencor al que me había introducido en su casa. El señor de Chessel admitía, pues, la probabilidad de que yo pudiera interesarla, y esta explicación que me daba a mí mismo confirmó mi esperanza cuando más necesidad tenía de socorro.

—Me parece difícil — respondió mi huésped a la invitación de la condesa—; mi esposa está esperándonos.

—Su esposa lo tiene a usted siempre

—objetó la condesa—, y, además, podemos avisarla. ¿Está sola?

—La acompaña el señor abate de Quelús.

—Perfectamente — dijo levantándose para llamar—, comen ustedes con nosotros.

Esta vez el señor de Chessel creyó en la sinceridad de la condesa y me dirigió una mirada de felicitación. Desde que tuve la seguridad de pasar toda una tarde bajo aquel techo, creí estar en la gloria.

Para muchos seres infortunados la palabra *mañana* está llena de esperanzas; pero yo no tenía confianza alguna en el porvenir, y cuando disponía de algunas horas, las dedicaba exclusivamente a mis ideas voluptuosas.

La señora de Mortsauf empezó a hablar del país y de las faenas agrícolas, conversación en la que no tomé parte alguna. En una señora de casa esta manera de proceder revela falta de educación o desprecio para el que pone fuera de su conversación; pero la condesa incurrió en esta falta de cortesía a causa de su turbación.

Si al principio supuse que afectaba tratarme como a un niño; si envidié el privilegio de los hombres de treinta años, que permitía al señor de Chessel conversar con su vecina de cuestiones graves, incomprensibles para mí; si sentí cierto despecho porque todo era para él, algunos meses más tarde supe cuán expresivo es el silencio de una mujer y cuántos pensamientos oculta una conversación difusa.

Arrellanéme cómodamente en la bu-

taca y no tardé en reconocer las ventajas de mi posición, dejándome dominar por el encanto de la voz de la condesa. El soplo de su espíritu desarrollábase en los repliegues de las sílabas, como el sonido se divide bajo las llaves de una flauta, ondulando expirante en el oído y precipitando la circulación de la sangre. Su manera de pronunciar las terminaciones en *i* parecíase al canto de un pájaro; pronunciaba la *ch* como si fuera una caricia, y su modo de atacar la *t* revelaba el despotismo del corazón. Prolongaba así, sin saberlo, el sentido de las palabras, arrastrando insensiblemente el alma de un modo sobrenatural. ¡Cuántas veces la he oído sostener una discusión que podía haber evitado! ¡Cuántas veces me ha reprendido por oír esos conciertos de la voz humana, por aspirar el perfume de su aliento, por apagar aquella luz hablada con el ardor que hubiera puesto en estrechar a la condesa sobre mi pecho! ¡Qué canto de alegre golondrina era su risa! ¡Qué voz de cisne llamando a su hembra cuando refería sus pesares!

La poca atención que me prestaba la condesa me permitió examinarla. Mi mirada deleitábase acariciándola, rodeaba su talle, besaba su pie, deslizábase entre los bucles de sus cabellos; pero, esto no obstante, me dominaba un terror, fácilmente comprensible por los que hayan experimentado en su vida las alegrías ilimitadas de una pasión verdadera. Temía que me sorprendiera con la vista fija en el sitio de sus hombros que tan ardientemente había be-

sado; este temor acrecentaba la tentación; sucumbí y los miré. Mis ojos desgarraron la fina tela que cubría aquellos encantos y volví a ver el lunar que marcaba el nacimiento de la hermosa línea que dividía su espalda, mosca ahogada en leche que desde la noche del baile contemplaba mi imaginación en medio de las tinieblas en que se mece el alma de los jóvenes ardientes pero de vida casta.

Podría describirte los rasgos principales del rostro de la condesa; pero el dibujo más correcto, el color más subido no serían suficientes para dar idea de sus perfecciones. Su rostro, para ser fielmente retratado, exige un artista que sepa apoderarse del reflejo de los fuegos interiores y reproducir el valor luminoso que la ciencia niega y que la palabra no traduce, pero que un amante ve. Sus cabellos, finos y abundantes, hacíanla sufrir con frecuencia, produciéndole súbitos arrebatos de sangre a la cabeza. Su frente, encorvada, prominente como la de Yoconda, parecía llena de ideas inexpresadas, de sentimientos reprimidos, de flores sumergidas en aguas amargas. Sus ojos, verdes con puntos oscuros, estaban siempre tristes; pero, cuando hablaba de sus hijos, o se le escapaban esas vivas efusiones de alegría o dolor, tan raras en las mujeres resignadas, lanzaban destellos de luz que parecía inflamarse en las fuentes de la vida y que debía agotarlas, relámpago sombrío que me había hecho derramar lágrimas cuando, en el baile, me miró desdeñosamente, y que le bastaba para hacer

bajar la vista a los más osados. Su nariz griega, como dibujada por Fidias, y unida por un doble arco a unos labios elegantemente sinuosos, espiritualizaba su rostro en forma oval, cuya tez, semejante al tisú de las camelias blancas, animábase en las mejillas con bellos tonos sonrosados. La condesa era robusta, pero su robustez no quitaba gracia a su talle ni privaba de voluptuosa redondez a sus formas, que permanecían bellas en medio de su espléndido desarrollo. Uniendo el antebrazo los deslumbrantes tesoros que me habían fascinado, parecía que no debían formar ningún pliegue. En la parte inferior de su cabeza no tenía ninguno de esos hoyos que hacen que la nuca de ciertas mujeres se asemeje a los troncos de los árboles; sus músculos se dibujaban suavemente y todas las líneas de su cuerpo escultural se redondeaban en curvas tan desesperantes para la mirada como para el pincel. Un ligero vello extendíase a lo largo de sus mejillas, reteniendo la luz y ofreciendo tonos sedosos. Las orejas pequeñas y bien contorneadas eran, según su expresión, orejas de esclava o de madre. Y, efectivamente, más tarde, cuando ya su corazón me pertenecía, decíame, a veces: «Ahí está el señor Mortsauf», mientras yo, que tengo excelente oído, nada había percibido que revelara la llegada del esposo. Sus brazos eran hermosos; sus manos, de dedos afilados, eran largas, y, como en las estatuas griegas, las yemas de sus dedos sobrepasaban el nivel de las uñas, sonrosadas y de suave curvatura.

Los talles rectos aventajan a los talles redondos, pero no te disgustes por esta apreciación mía, porque tú eres una excepción de la regla.

El talle redondo es un indicio de fuerza, y las mujeres así formadas son imperiosas, altivas, más voluptuosas que tiernas; por lo contrario, las mujeres de talle recto son abnegadas, llenas de ternura e inclinadas a la melancolía; en suma, son más mujeres que las otras. El talle recto es fino y flexible; el redondo inflexible y celoso.

Ya sabes cómo era aquella mujer que me había sorbido el seso. Tenía los pies de una mujer aristocrática, pies que andan poco, que se cansan en seguida y que alegran la vista cuando se dejan ver entre los pliegues de la falda. Aunque era madre de dos niños, era moralmente una persona más virgen. Su aspecto revelaba una gran sencillez, unida a una expresión soñadora que ejercía poderoso atractivo, como lo ejerce sobre el pintor la figura en que su genio ha traducido un mundo de sentimientos. Es imposible dar idea de sus cualidades visibles más que por medio de comparaciones.

¿Recuerdas el perfume casto y silvestre de la rama de brezo que cortamos al volver de la villa de Diodati, cuya flor negra y rosada tanto alabaste? Compárala con aquella mujer y podrás adivinar cómo la condesa era elegante lejos de la sociedad, natural en sus expansiones y distinguida en las cosas que hacía suyas, es decir, negra y rosada al mismo tiempo. Su cuerpo tenía la frescura de las hojas de una

flor recién desplegadas; su talento, la profunda concisión del salvaje: era, a un tiempo mismo, niña por el sentimiento y grave por el dolor, matrona y chiquilla; así es que, sin necesidad de artificio, agradaba por su modo de sentarse, de levantarse, de hablar o de guardar silencio. Habitualmente concentrada, atenta como el centinela, de cuya vigilancia depende la salvación de todo el ejército y que espía el peligro y evita la desgracia, escapábasele, en ocasiones, sonrisas que revelaban una naturaleza alegre, sepultada bajo el continente severo exigido por su vida.

Su coquetería habíase convertido en misterio; hacía soñar en vez de inspirar la galante atención que solicitan las mujeres, dejando ver su primitiva naturaleza de llama viva y sus primeros sueños azules, como se distingue el cielo entre los claros de las nubes. Esta revelación involuntaria sugería serias meditaciones a los que no comprendían que había allí una lágrima interior evaporada por el fuego de los deseos. La sobriedad de sus gestos y, especialmente de sus miradas (pues, exceptuando a sus hijos, no miraba a nadie), daba una increíble solemnidad a sus palabras y acciones, cuando hacía o decía algo con ese aire que toman las mujeres al comprometer su dignidad con una confesión.

Aquel día la señora de Mortsauf vestía un traje color de rosa con rayas menudas, un cuellecito blanco de ancho dobladillo, un cinturón negro y botinas del mismo color. Un peinecillo de

concha sostenía sus cabellos, sencillamente torcidos sobre la cabeza.

Tal es el imperfecto boceto de su persona; pero la constante emanación de su alma sobre los sentidos, esa esencia misteriosa que se derrama a oleadas, como emite el sol la luz; su naturaleza íntima, su actitud en las horas apacibles, su resignación en los momentos de tempestad, todos esos aspectos de la vida en que el carácter se despliega, obedecen, como los cambios atmosféricos, a circunstancias inesperadas y fugitivas y sólo semejantes unas a otras por el fondo en que se destacan, y cuya pintura se confundiría necesariamente con los acontecimientos de esta historia, verdadera epopeya doméstica, tan interesante y conmovedora para el sabio como las tragedias para la multitud, y cuyo relato te interesará tanto por la parte que en ella tomé, como por la semejanza que tiene con gran número de destinos femeniles.

En Clochegourde tenía todo el sello de la elegancia inglesa. El salón en que se encontraba la condesa estaba completamente ensamblado y pintado de color gris a dos matices; la chimenea tenía por adorno un reloj dentro de un trozo de caoba coronado por una copa, y dos hermosos búcaros de porcelana blanca con filetes de oro, con jazmines del Cabo. Sólo había un quinqué sobre la consola; y frente a la chimenea veíase un juego de chaquete. Dos anchos alzapaños de algodón sujetaban las cortinas de percal blanco sin franjas, y fundas grises bordadas de

galón verde cubrían la sillería: el bordado tendido en el bastidor de la condesa revelaba elocuentemente la causa de que el mueblaje tuviera aquellas cubiertas. Esta sencillez no estaba exenta de suntuosidad ni de grandeza.

Ninguna habitación, entre las que después de visto, me ha producido impresiones más fecundas ni más floridas que las que experimenté en aquel salón de Clochegourde, tranquilo y retirado como la vida de la condesa, y en el que se adivinaba la regularidad eventual de sus ocupaciones. La mayor parte de mis ideas, aun las más atrevidas en ciencia o en política, me las ha inspirado aquel salón, como los perfumes emanan de las flores, pues allí reverdecía la planta desconocida que depositó en mi alma su polen fecundante; allí brillaba la luz solar que hizo germinar en mí las buenas cualidades y secó las malas.

Desde la ventana de aquel salón la mirada podía contemplar el valle y la colina, donde se alzaba Pont-de-Ruán, hasta el castillo de Azay, siguiendo las anfractuosidades del costado opuesto recortado por las torres de Frapesle; luego la iglesia, la aldea y el viejo castillo de Saché, cuya mole domina la pradera. En armonía con esta vida reposada, y sin otras emociones que las que proporciona la familia, aquellos lugares comunicaban al alma su tranquilidad. Si hubiera encontrado a la condesa por primera vez allí entre su esposo y sus hijos, en vez de verla espléndida y deslumbrante con su traje de baile, seguramente no le habría ro-

bado aquel delirante beso, cuyos remordimientos experimentaba entonces creyendo que era un obstáculo para el porvenir de mi amor. No; en las dolorosas disposiciones en que la desgracia me había colocado, me habría arrodillado, besando sus pies, regándolos con mis lágrimas, y, luego, me habría arrojado al Indre. Pero, habiendo aspirado el fresco jazmín de su tez y bebida la ambrosía de aquella copa llena de amor, el alma había probado el placer y abrigaba la esperanza de las voluptuosidades humanas; deseaba vivir aguardando el momento del placer como el salvaje espía el momento de la venganza; quería subir a los árboles, recorrer las viñas, sumergirme en el río; buscaba para cómplices el silencio de la noche, la laxitud de la vida, el calor del sol, para devorar la deliciosa manzana que había mordido ya.

Si la condesa me hubiera pedido la flor que canta o las riquezas ocultas por los compañeros de Morgán *el Exterminador*, habría acometido las más inverosímiles empresas para obtener las riquezas y la flor que deseaba.

Cuando cesó el sueño en que me había sumergido la prolongada contemplación de mi ídolo, durante el cual un criado entró a decirle algunas palabras, oí que hablaba del conde. Entonces pensé que una mujer sólo debía pertenecer a su marido, y este pensamiento me ocasionó vértigos. Luego experimenté un deseo furioso de conocer al dueño de aquel tesoro, y sentíame dominado por el odio y por el miedo: un odio que no reconocía obstáculos y que

me medía todos sin temerlos; y un miedo vago, pero real, al combate, a su término, ELLA, especialmente. Pre-sa de indecibles presentimientos, temía los apretones de manos que deshonran, entreveía las dificultades en que se estrellan las voluntades más firmes, y me atemorizaba esa fuerza de inercia que despoja a la vida social de los sacrificios que ansían las almas apasionadas.

—Ya ha llegado el señor de Mortsauf — dijo la condesa.

Al oír esto, enderecéme sobre mis piernas como un caballo espantado; pero ni el señor de Chessel ni la condesa, que habían advertido este movimiento, me dirigieron ningún reproche mudo, gracias sin duda a una niña como de seis años, que entró gritando:

—¡Aquí está papá!

—¡Magdalena! — exclamó su madre.

La niña tendió una mano al señor de Chessel, y me miró muy atentamente, después de hacerme una ligera reverencia.

—¿Cómo está la niña? — preguntó el señor de Chessel a la condesa.

—Está mejor — respondió la madre acariciando la cabellera de la pequeña, que se había sentado en su regazo.

Una pregunta del señor Chessel me informó de que Magdalena tenía nueve años, y, al manifestar mi sorpresa, advertí que la frente de la madre se ensombrecía. Mi interlocutor dirigióme una de esas miradas significativas con que los hombres de mundo nos dan una

lección; sin duda se trataba de una de esas heridas materiales cuyo apósito debe ser respetado.

Delgada, pequeña, con los ojos tristes y la tez blanca como una porcelana bañada por la luz, Magdalena no habría podido vivir en la atmósfera de una ciudad populosa. El aire del campo y los cuidados maternos conservaban la vida en aquel cuerpo tan delicado como una planta nacida en un invernadero. Aunque físicamente tenía poca semejanza con su madre, Magdalena parecía tener su alma, y esta alma la sostenía. Sus cabellos, ralos y negros, sus ojos hundidos, sus mejillas incoloras, sus brazos enflaquecidos y su pecho hundido, revelaban que sostenía ruda lucha con la muerte, lucha sin tregua, en la que hasta entonces la condesa había conseguido vencer. Fingía estar contenta, sin duda para evitar lágrimas a su madre; pero, cuando ésta no la observaba, su actitud parecíase a la de un sauce llorón. Se la habría tomado por una gitanilla hambrienta que llegaba mendigando y sin fuerzas, pero animosa y engalanada para el público.

—¿Dónde está Santiago?—preguntóle la madre besando la blanca raya que dividía sus cabellos en dos bandas semejantes a las alas de un cuervo.

—Está con papá — respondió la niña.

En aquel momento entró el conde, llevando a su hijo de la mano.

Santiago, vivo retrato de su hermana, estaba tan débil como ella. Al ver aquellos dos niños macilentos y flacos

al lado de una madre tan bella, comprendíase fácilmente el dolor que laceraba el corazón de la condesa y del que sólo hacía confidente a Dios.

Al saludarme, el señor de Mortsauf dirigióme una mirada menos observadora que malévola, propia de una persona cuya inquieta desconfianza proviene de su poca costumbre de analizar. Después de informarle de la situación y de decirle mi nombre, nos abandonó. Sus hijos, cuyos ojos estaban fijos en los de la madre, como si los fascinase su luz, quisieron acompañarla, pero ella se opuso diciéndoles: «Quedaos, ángeles míos», y al mismo tiempo puso el dedo sobre sus labios recomendándoles silencio. Los niños obedecieron, pero se velaron sus miradas. ¡Ah! ¿qué no habría yo dado por oírme llamar «querido»? Como los pequeñuelos, sentí helárseme la sangre cuando la condesa hubo salido.

Mi nombre tuvo la virtud de hacer variar al conde de actitud respecto a mí; su frialdad convirtiéndose en político afecto, me trató con consideración y pareció que mi presencia le complacía. En otro tiempo mi padre había jugado un papel peligroso, aunque poco brillante, en las conspiraciones legitimistas. Cuando todo se hubo perdido por la subida de Napoleón a la cúspide del poder, retiróse, como otros muchos conspiradores secretos, a la vida privada, en la tranquilidad de la provincia, soportando acusaciones tan duras como innecesarias, salario inevitable de los conspiradores que, después de haber arriesgado el todo por el todo sir-

viendo de eje a la máquina política, vense obligados a abandonar la lucha, convencidos de la imposibilidad de triunfar.

Como yo desconocía en absoluto la fortuna, los antecedentes y el porvenir de mi familia, también ignoraba las particularidades de que me hablaba el conde de Mortsauf; pero, si la antigüedad del nombre, la más preciosa a sus ojos, podía justificar la acogida afectuosa que me dispensó, no supe hasta más tarde la verdadera razón.

Cuando los dos niños vieron que el conde, el señor de Chessel y yo estábamos distraídos conversando, Magdalena separó la cabeza de las manos de su padre, miró la puerta abierta y deslizóse fuera como una anguila, y Santiago la siguió, no tardando en reunirse con su madre, según pude apreciar oyendo sus gritos que semejaban el zumbido de las abejas en torno de la colmena.

Tratando de adivinar su carácter, contemplé al conde, algunos de cuyos principales rasgos me interesaron lo bastante para detenerme en el examen superficial de su fisonomía. El señor de Mortsauf sólo tenía cuarenta años de edad, pero tanto le había envejecido el gran naufragio con que terminó el siglo XVIII, que representaba sesenta. La media corona que ceñía monásticamente la parte superior de su cabeza desprovista de cabellos, terminaba en las orejas, acariciando las sienes con algunos mechones grises. Su rostro tenía cierta vaga semejanza con el de un lobo blanco con el hocico ensan-

grentado, pues su nariz estaba encendida como la de un hombre cuya vida ha sido alterada en sus principios, cuyo estómago se encuentra bastante debilitado y cuyos humores han sido viciados por antiguas enfermedades. Su frente demasiado ancha para su rostro terminado en punta, y surcada transversalmente por arrugas desiguales revelaba la vida al aire libre y no las fatigas intelectuales, el peso de un infortunio constante y no los esfuerzos hechos para dominarlo. Sus pómulos, salientes y morenos en medio de los tonos pálidos de su tez, denunciaban una naturaleza bastante fuerte para asegurarle una larga existencia. Sus ojos claros, amarillos y duros, fijábanse como un rayo de sol de invierno, luminosos sin calor, inquietos sin pensamiento, desconfiados sin objeto. Su boca era violenta e imperiosa, y su barba larga y recta. Delgado y de elevada estatura, tenía el continente del gentil-hombre que ignora si es superior a los demás en virtud de un derecho o sólo por un hecho. El descuido con que vivía en el campo habíale acostumbrado a mirar con negligencia su indumentaria, y su traje era el del campesino en quien los labradores, así como los vecinos, no consideran otra cosa que la fortuna territorial. Su calzado era ordinario, y sus manos, ennegrecidas y nerviosas, demostraban que no usaba guantes más que para montar a caballo y para ir el domingo a misa. Aunque diez años de emigración y diez de vida campestre habían influido notablemente en su físico, con-

servaba grandes vestigios de nobleza, y el liberal más envidioso, palabra que no era todavía muy corriente, habría reconocido con facilidad en él la lealtad caballeresca y las convicciones del lector ordinario y acérrimo de «El Cotidiano», al mismo tiempo que habría admirado al hombre religioso, apasionado por su causa, franco en sus antipatías políticas, incapaz de servir personalmente a su partido, muy capaz de perderle, y desconocedor de los asuntos de Francia.

El conde de Mortsaufr era, efectivamente, uno de esos hombres rectos que no se prestan a nada y que lo dificultan todo, buenos para defender con las armas el puesto que se les designe, pero bastante avaros para dar la vida antes que los escudos.

Mientras comíamos, observé la depresión de sus mejillas ajadas, y, en ciertas miradas dirigidas a sus hijos, las huellas de pensamientos importunos, que espiraban antes de manifestarse. ¿Quién, al verle, no le habría comprendido? ¿Quién no le hubiera acusado de haber transmitido fatalmente a los hijos su raquitismo y debilidad? El se condenaba a sí mismo; pero negaba a los demás el derecho a condenarle. Amargo como el poder que comprende su debilidad, y careciendo de grandeza suficiente para compensar la suma de dolor que había echado en la balanza, su vida íntima debía reservarle asperezas que se reflejaban en sus facciones angulosas y en sus ojos constantemente inquietos.

Al ver entrar a la condesa con los dos niños pegados a la falda, presentí una desgracia, como la presienten los pies de los que, al caminar sobre la bóveda de una cueva, van con sumo cuidado por tener conciencia de su profundidad. Viendo reunidas aquellas cuatro personas y estudiando sus fisonomías y sus actitudes respectivas, ocurriéronseme pensamientos impregnados de melancolía que cayeron sobre mi corazón, como la lluvia fina y helada obscurece el paisaje después de un hermoso amanecer.

Agotado el tema de la conversación, el conde sacóme nuevamente a escena con detrimento del señor de Chessel, notificando a su esposa muchas circunstancias concernientes a mi familia y que yo desconocía en absoluto. Me preguntó qué edad tenía, y, cuando se la hubo dicho, la condesa manifestó la misma sorpresa que yo había exteriorizado cuando supe la edad que tenía su hija. Acaso había supuesto que yo no pasaba de los catorce años. Este fué, según supe después, el segundo lazo que tan estrechamente la unió a mí. Leyendo en su alma, advertí que su maternidad se estremecía iluminada por un tardío rayo de sol de esperanza. Al verme a los veinte años cumplidos tan flaco, tan delicado y tan nervioso, acaso le gritó una voz interior:

—«¡ Vivirán !»

Me miró con curiosidad y comprendí que en aquel momento quedaba roto el hilo entre nosotros.

—Si el estudio le ha hecho enfermar

a usted—dijo—, el aire de nuestro valle lo restablecerá.

—La educación moderna es funesta para los niños—repuso el conde—; los nutrimos de matemáticas, los matamos a fuerza de ciencia y los gastamos prematuramente. Necesita usted descansar aquí — me aconsejó—; está usted aplastado por la avalancha de ideas que ha rodado sobre usted. ¡Qué siglo nos prepara esta enseñanza puesta al alcance de todos, si no se ataja el mal devolviendo la instrucción pública a las corporaciones religiosas!

Estas palabras corroboraron las que había dicho un día de elecciones, al negar su voto a un hombre cuyos talentos podían servir a la causa realista: «Desconfío de las gentes de talento». Luego, nos propuso dar un pequeño paseo por el jardín, y se levantó.

—Pero... — le objetó la condesa.

—¿Qué, querida mía? — respondió volviéndose bruscamente con una altivez que revelaba que deseaba ser dueño absoluto en su casa, pero que estaba entonces muy lejos de serlo.

—Este joven ha venido de Tours a pie; y el señor de Chessel, que no lo sabía, lo ha paseado por Frapesle.

—Ha cometido usted una imprudencia—me dijo—, aunque a su edad...

Y volvió la cabeza, apesadumbrado.

Reanúdose la conversación, y no tardé en reconocer que su realismo era muy intransigente y que era preciso dar muchos rodeos para navegar en sus aguas sin temor a un choque.

Un criado, con librea, anunció la comida; el señor de Chessel presentó

su brazo a la condesa, y el conde agarróse familiarmente al mío para pasar al comedor, que estaba frente al salón.

Ensolado con baldosas blancas fabricadas en Turena, ensamblado hasta la altura del piso y tapizado con papel barnizado que figuraba grandes paños con profusión de flores y frutas, el comedor no carecía de cierta elegancia; las ventanas tenían cortinas de percal blanco adornadas con galones rojos; los aparadores eran viejos muebles de Boule, y las sillas, de roble esculpido. La mesa no era lujosa, pero estaba abundantemente servida; antigua plata de familia sin unidad de forma, porcelana de Sajonia pasada ya de moda, garrafas octogonales, cuchillos con mango de ágata, porta-botellas de laca de la China y búcaros dorados coronados por dos hermosos ramilletes de flores, esto constituía el servicio.

Amo las antigüedades, y me agradan en extremo el papel Reveillon y sus bordados de flores.

El placer que experimentaba impedíame ver las inextricables dificultades que la vida ponía entre *ella* y yo en la soledad del campo. Estaba cerca de *ella*, a su derecha, y le servía de beber. Sí, ¡felicidad inesperada!, rozaba su vestido, comía su pan... mi vida mezclábase con la suya... en fin, estábamos ligados por aquel terrible beso, especie de secreto que nos inspiraba mutua vergüenza.*

Cometí una bajeza heroica; me dediqué a estudiar la manera de complacer al conde, que aceptaba complacido todos mis obsequios; hubiera acaricia-

do al perro y satisfecho los menores deseos de los niños, trayéndoles los juguetes o sirviéndoles de caballo. El amor tiene intuiciones, como el genio, y comprendía que la violencia, la pedertería y la hostilidad arruinarían mis esperanzas.

La comida terminó, después de haberme proporcionado muchas alegrías interiores. Viéndome en su casa, no me preocupaban su frialdad real ni la indiferencia que encubría la política del conde, porque el amor tiene también, como la vida, una pubertad, durante la cual se basta a sí mismo.

El resto del tiempo pasó como un sueño, pero un sueño delicioso que cesó cuando, a la luz de la luna y en una noche tibia y perfumada, atravesé el Indre en medio de las sombras que flotaban sobre los prados, los ribazos y las colinas, oyendo de vez en cuando el monótono croar de un batracio, cuyo canto escucho desde aquel día solemnemente con infinita complacencia.

Allí, como en otras partes, reconocí, aunque algo tarde, la pétreo sensibilidad contra la que se habían hasta entonces estrellado mis sentimientos; preguntándome si sería siempre lo mismo y creyendo estar bajo una influencia fatal, que se oponía a todos los planes de mi vida.

Antes de llegar a Frapesle había mirado hacia Clochegourde, y visto cerca una barca amarrada a un fresno y balanceada por el agua: era propiedad del señor de Mortsauf, que la utilizaba para pescar.

—Vamos—me dijo el señor de Ches-

sel cuando nadie podía oírnos—, no necesito preguntar a usted si ha encontrado los bellos hombros que buscaba; hay que felicitarle por la acogida que le ha dispensado el señor de Mortsauf. ¡Diantre! Le ha bastado el primer ataque para llegar al centro de la plaza.

Estas frases reanimaron mi corazón abatido. Yo no había pronunciado una palabra desde que habíamos salido de Clochegourde, y el señor de Chessel atribuyó mi silencio a la felicidad de que estaba poseído.

—¡Cómo!—respondí con cierta ironía.

—Jamás ha dispensado a nadie una acogida tan afectuosa.

—Confieso que yo mismo estoy asombrado de semejante recepción — dije comprendiendo la amargura interior que su frase revelaba.

Aunque mi inexperiencia no me permitía adivinar la causa del sentimiento que experimentaba el señor de Chessel, sorprendiéndome, sin embargo, la expresión con que lo reveló. Mi huésped tenía la desgracia de apellidarse Durand, y había incurrido en la tontería de renegar del apellido de su padre, ilustre fabricante que, en la época de la revolución, había hecho una magnífica fortuna. Su esposa era la única heredera de los Chessel, antigua familia de magistrados pertenecientes a la clase media en tiempos de Enrique IV, como las de la mayor parte de los togados parisienses. Ambicioso y dueño de una importante fortuna, el señor de Chessel quiso hacer desaparecer su verdadero apellido Durand pa-

ra conquistar los altos destinos que soñaba, llamándose primero Durand de Chessel, después D. de Chessel y, a la sazón, el señor de Chessel. Durante la Restauración fundó un mayorazgo con el título de conde, en virtud de decretos otorgados por Luis XVIII, y sus hijos recogieron los frutos de su labor desconociendo su grandeza.

Cierto príncipe había dicho: «El señor de Chessel se muestra, generalmente, un poco Durand», y esta frase, que se hizo célebre en Turena, había llegado a ser para él una abrumadora pesadilla. Los advenedizos son como los monos, cuya destreza suelen tener; se les ve en la altura y se admira su agilidad durante la subida; pero, llegados a la cima, sólo se contemplan sus vergonzosas flaquezas.

Además, el señor de Chessel no caminaba recta y seguidamente como el hombre fuerte: dos veces diputado y otras dos veces derrotado en las elecciones, director general un día, y, al siguiente, nada, sus éxitos y sus fracasos habían debilitado su carácter, dándole la aspereza de ambicioso impotente. Aunque galante, espiritual y capaz de grandes cosas, tal vez la envidia que apasiona a los naturales de Turena, le fué funesta en las altas esferas sociales, donde desempeñan muy mal papel los rostros crispados por los éxitos ajenos y los labios burlones rebeldes a la felicitación, y siempre dispuestos al epigrama. Ambicionando menos, habría quizá conseguido más; desgraciadamente tenía bastante su-

perioridad para marchar siempre eruido.

A la sazón, el señor de Chessel estaba en el ocaso de su ambición: el realismo le sonreía. Tal vez sus maneras de gran señor eran afectadas, pero a mí parecíame perfecto. Además, me agradó porque en su casa disfruté de reposo por vez primera. Como era tan desgraciado en el seno de mi familia, el débil interés que me demostraba antojóseme una imagen del amor paternal, y los cuidados de su hospitalidad contrastaban tanto con la indiferencia de que hasta entonces había sido objeto, que no podía por menos de manifestarle mi gratitud por vivir sin cadenas y casi acariciado.

Más tarde, y especialmente en el asunto de las cartas-patentes, tuve el placer de dispensar algunos favores a mi huésped.

El señor de Chessel hacía ostentación de su fortuna de modo tal, que ofendía a muchos de sus vecinos; podía renovar con frecuencia sus caballos y sus coches; su esposa se esmeraba en el vestido y en el tocado, recibía con esplendidez, comía a lo príncipe, y su servidumbre era más numerosa de lo que se acostumbraba en el país.

Las tierras de Frapesle eran, además, muy extensas. En presencia de su vecino, y ante este lujo inusitado, el conde de Mortsauf, que no disponía de más carruaje que del cabriolé de familia, que en Turena es el término medio entre la tartana y la silla de posta, y obligado por la mediocridad de su fortuna a hacer producir a Clochegourde

lo más posible, mostróse turenés, es decir, envidioso, hasta que los favores reales dieron a su familia un inesperado esplendor. La acogida que dispensó al hijo menor de una familia arruinada, pero de rancia nobleza, sirvióle para humillar la brillante fortuna y empequeñecer los bosques y prados del señor de Chessel, que no era caballero. Este comprendió el propósito del conde.

Sus relaciones eran, pues, políticas y amistosas, pero sin el trato diario ni la grata intimidad que habría debido existir entre Clochegourde y Frapesle, dominios separados por el Indre y cuyas castellanas podían saludarse de balcón a balcón.

El señor de Mortsauf no vivía aislado solamente por la envidia que le inspiraba su vecino. Su primera educación había sido la que suele darse a la mayor parte de los hijos de las grandes familias; una instrucción incompleta y superficial, cuyos defectos suplían el trato social, los usos de la corte y el desempeño de los altos cargos de la corona o de los grandes destinos. El señor de Mortsauf había emigrado precisamente cuando empezaba a recibir su segunda educación, que llegó a faltarle. Fué de los que creyeron en la rápida restauración de la monarquía en Francia, y en esta convicción su destierro había transcurrido en la más deplorable de las ociosidades. Dispersado el ejército de Condé, en el que había sido uno de los primeros en alistarse, creyó volver pronto bajo la bandera blanca, y no procuró, como otros

emigrados, crearse un medio de vivir. Acaso no tuvo tampoco la fortaleza de ánimo necesaria para abdicar de sus preocupaciones aristocráticas y ganar el pan con el sudor de su frente. Sus esperanzas, siempre dilatadas, y posiblemente también su honor, le impidieron ponerse al servicio de las potencias extranjeras. Los sufrimientos aminoraron su valor. Largas caminatas a pie y sin el alimento suficiente, tras esperanzas siempre fallidas, alteraron su salud y debilitaron su alma. La miseria, que es un tónico para muchos, es para otros un disolvente, y el conde pertenecía a estos últimos.

Al contemplar a aquel infortunado caballero que se arrastraba por los caminos de Hungría, compartiendo un cuarto de carnero con los pastores del príncipe Esterhazy, a quienes el viajero pedía el pan que el noble no habría aceptado del amo y que había rechazado muchas veces cuando se lo ofrecieron manos enemigas de Francia, el emigrado no ha podido por menos de inspirarme compasión, excepto cuando lo he visto ridículo en el triunfo.

Los cabellos blancos del señor de Mortsauf habíanme revelado dolores espantosos, y a mí me inspiran demasiada simpatía los desterrados para poder juzgarlos. La alegría francesa y turenesa se extinguió en el conde, que, habiendo enfermado, fué curado por caridad en un hospital alemán. Su enfermedad consistía en una inflamación del mesenterio, dolencia generalmente mortal, y cuya curación altera notable-

mente el carácter y conduce casi siempre a la hipocondría. Sus amores, reputados en el fondo del alma, y que únicamente yo he logrado descubrir, fueron amores de baja esfera, que no sólo minaron su salud sino que también destruyeron su porvenir.

Después de haber soportado la miseria durante doce años, volvió a Francia, cuyas puertas le abrió el decreto de Napoleón. Cuando, habiendo pasado el Rin, el viajero, extenuado de cansancio, divisó en una hermosa tarde el campamento de Strasburgo, se sintió desfallecer y exclamó: «¡Francia! ¡Francia!», con el mismo angustioso anhelo con que el niño grita en su dolor infantil: «¡Mamá! ¡Mamá!»

Rico antes de nacer, encontrábase pobre; nacido para mandar regimientos o gobernar el Estado, encontrábase sin autoridad y sin porvenir; criado fuerte y robusto, regresaba enfermo, gastado y sin instrucción, a un país en que los hombres y las cosas habían crecido, y, por consiguiente, sin influencia posible, y careciendo de todo, hasta de las fuerzas físicas y morales.

Falto de fortuna, hizosele pesado el nombre, y sus opiniones inquebrantables, sus antecedentes en el ejército de Condé, sus penas, sus recuerdos y su falta de salud diéronle una susceptibilidad nada a propósito para vivir en Francia, donde todo es objeto de burlas.

Llegó medio moribundo al Maine, donde, casualmente y sin duda a causa de la guerra civil, el gobierno revolucionario habíase olvidado de poner en

venta una finca rústica de considerable extensión, que el arrendatario conservaba haciendo creer que la tenía en propiedad. Cuando la familia de Lenoncourt, que residía en Givry, dominio situado cerca de dicha finca, supo la llegada del conde de Mortsauf, el duque apresuróse a ofrecerle su casa para que la habitara mientras se le preparaba un departamento conveniente en la hacienda de su propiedad. La familia de Lenoncourt mostróse noblemente generosa con el conde, que pasó a su lado algunos meses haciendo esfuerzos inimaginables para ocultar sus dolores.

Los Lenoncourt habían sufrido pérdidas enormes en sus bienes, y, por su ilustre nombre, el señor de Mortsauf era un partido aceptable para su hija. Lejos de rechazar a un hombre de treinta y cinco años, enfermizo y envejecido, la señorita de Lenoncourt pareció aceptar el matrimonio con alegría, sin duda porque le daba derecho a vivir con su tía, la duquesa de Verneuil, hermana del príncipe de Blamont-Chauvry, que era para ella una segunda madre.

Amiga íntima de la duquesa de Borbón, la señora de Verneuil formaba parte de una sociedad religiosa cuya alma era el señor Saint-Martin, nacido en Turena y conocido por el sobrenombre de *Filósofo desconocido*, cuyos discípulos practicaban las virtudes aconsejadas por las altas especulaciones del iluminismo místico.

La doctrina de este filósofo daba la clave del mundo divino; explicaba la

existencia por medio de transformaciones sucesivas que conducen al hombre a destinos sublimes; libraba al deber de su degradación legal; aplicaba a las penas humanas la dulzura inalterable del cuáquero, y aconsejaba el desprecio del dolor; era el estoicismo con porvenir. El amor puro y la oración activa eran los elementos de esta religión que salía del catolicismo de la Iglesia romana para entrar en el cristianismo de la Iglesia primitiva.

La señorita de Lenoncourt permanecía, sin embargo, en el seno de la Iglesia apostólica, a la que su tía se mantuvo siempre fiel. Rudamente probada por las tormentas revolucionarias, la duquesa de Verneuil había adquirido, durante los últimos años de su vida, un tinte de piedad apasionada que derramó en el alma de su querida hija *la luz del amor celeste y el óleo de la alegría íntima*, según ha dicho el mismo Saint-Martin.

La condesa recibió con frecuencia en Clochegourde a aquel hombre pacífico, virtuoso y sabio, después de la muerte de su tía, a la que visitaba muy a menudo, y desde Clochegourde vigilaba Saint-Martin la impresión de sus últimos libros, que hacía en Tours, en casa de Letourmy.

Inspirada por la sabiduría de las ancianas que han sufrido las borrascosas estrecheces de la vida, la señora de Verneuil donó Clochegourde a la recién casada, para que no le faltara casa donde vivir.

Con la gracia de las señoras de avanzada edad, que es siempre perfecta

cuando éstas son graciosas, la duquesa hizo donación de todo a su sobrina, reclusándose en un modesto aposento situado encima del que antes ocupaba, y que tomó la condesa. Su muerte casi repentina entristeció esta unión, imprimiendo un sello de melancolía en Clochegourde y en el alma supersticiosa de la recién casada. Los primeros días de su instalación en Turena fueron para la condesa la única época tranquila de su vida. ¡Feliz no lo fué jamás!

Después de las angustias sufridas en el destierro, el señor de Mortsauf, satisfecho al entrever un porvenir menos amargo, experimentó una especie de convalecencia del alma aspirando en aquel valle los perfumes embriagadores de una florida esperanza. Obligado a cuidar de su fortuna, dedicóse a los preparativos de su empresa agronómica y comenzó a regocijarse; pero el nacimiento de Santiago fué un rayo que fulminó el presente y el porvenir: el médico condenó al recién nacido.

El conde ocultó cuidadosamente a su esposa la sentencia dictada por el galeno; volvió a consultar y recibió siempre respuestas desesperantes, que fueron confirmadas por el nacimiento de Magdalena.

Estos dos acontecimientos y una especie de certidumbre interior respecto a la fatal sentencia aumentaron las disposiciones enfermizas del emigrado. La extinción de su apellido; la desgracia de la joven esposa, mujer pura e irreprochable, que tenía la desgracia de compartir con él la existencia y que

vivía consagrada a las angustias de la maternidad sin distrutar de sus placeres; el «humus» de su antigua vida, que originaba nuevos sufrimientos, todo esto cayó sobre su corazón como una losa de plomo, destrozándolo.

La condesa adivinó el pasado por el presente y leyó en el porvenir. Aunque es muy difícil hacer feliz a un hombre que sabe que tiene defectos, la condesa intentó esta empresa digna de un ángel. Hízose estoica en un día: después de descender a un abismo desde el que pudo contemplar el cielo, consagróse en beneficio de una sola persona a la misión que abraza la hermana de la caridad en beneficio de la humanidad entera, y a fin de reconciliarlo consigo mismo, le perdonó lo que él no se perdonaba.

El conde se hizo avaro y aceptó las privaciones impuestas, temiendo ser engañado, como todos los que no han conocido más que los dolores de la vida, y la condesa se retiró a la soledad plegándose sin murmurar a sus desconfianzas. Hizo más aún: empleó las astucias de la mujer en inspirarle deseos de lo bueno, y consiguió que gozase a su lado de los placeres de la superioridad, de que no había podido disfrutar en parte alguna.

Más tarde, cuando ya hacía algunos años que había contraído matrimonio, resolvió no salir jamás de Clochegourde, por temor a que los extravíos del conde pudieran perjudicar a sus hijos. Nadie, por lo tanto, sospechaba la incapacidad real del señor Mortsauf; la condesa había adornado aquellas ruinas

con un espeso manto de hiedra. El carácter voluble y malcontento del conde encontró en su esposa una tierra dulce y fácil, en la que pudo extenderse, experimentando gran alivio en secretos dolores merced a la frescura del bálsamo femenino.

Esta historia es la expresión sencilla y fiel de las declaraciones que el despecho había arrancado al señor de Chessel. Su conocimiento del mundo habíale hecho adivinar algunos de los secretos sepultados en Clochegourde; pero si, por su sublime actitud, la señora de Mortsauf engañaba al mundo, no pudo engañar al amor.

El presentimiento de la verdad me hizo saltar en el lecho después que me hube retirado a mi pequeño aposento, y, con el deseo de contemplar las ventanas de la habitación, me vestí, bajé silenciosamente y salí del castillo por la puerta de una torre a que daba acceso una escalera de caracol.

El frío de la noche me tranquilizó. Atravesé el Indre por el puente del Molino Rojo y llegué a la barca de Clochegourde, en cuya última ventana, del lado de Azay, brillaba una luz.

Abisméme en mis antiguas contemplaciones, pero apacibles y embellecidas por el trino del ruiseñor y el monótono croar de las ranas, que despertaban en mí ideas que se deslizaban como fantasmas descorriendo los negros crespones que hasta entonces me habían ocultado el porvenir.

¡El alma y los sentidos estaban de igual modo encantados! ¡Con qué violencia se despertaban mis deseos!

¡Cuántas veces me pregunté, como un insensato: «¿Será mía?»! Si el universo habíase agrandado para mí durante los días anteriores, en una noche encontró su centro. A la condesa se referían mis deseos y ambiciones, anhelando ser completamente suyo para rehacer y llenar su corazón desgarrado.

¡Hermosa fué aquella noche pasada bajo sus ventanas, arrullado por el murmullo de las aguas que se deslizaban por entre los molinos y por la voz de las horas que sonaban en el campanario de Saché! Durante aquella noche llena de esplendores, en que aquella flor sideral iluminó mi existencia, yo le consagré mi alma con la fe del pobre caballero castellano de quien nos burlamos con Cervantes, fe con la que comenzamos el amor.

Al aparecer en el horizonte el primer rayo de luz de la aurora, cuando los pájaros comenzaron con sus armoniosos trinos a saludar al nuevo día, corrí al parque de Frapesle: ningún campesino me había visto, nadie sospechó mi escapatoria, y dormí hasta que la campana anunció que era la hora de almorzar.

A pesar del calor, después del almuerzo bajé a la pradera, a contemplar el Indre y sus islas, el valle y las colinas, de que parecía apasionado admirador; pero, con la velocidad de un caballo desbocado, llegué junto a la barca y los sauces de Clochegourde. En el campo todo era silencio y majestad: las frondas inmóviles recortábanse limpiamente sobre el dosel azul del cie-

lo; los insectos que viven de la luz, mariposas, abejas y cantáridas, volaban a los fresnos y a los rosales; los baños rumiaban a la sombra; las tierras rojas de la vid ardían, y las culebras deslizábanse a lo largo de los ribazos. ¡Qué transformación tan notable en aquel paisaje, tan fresco y tan poético durante la noche!

Salté rápidamente de la barca y dirigíme al camino para dar la vuelta a Clochegourde, de donde me pareció haber visto salir al conde. No me había engañado: el señor de Mortsauf iba a salir sin duda por una puerta que daba al camino de Azay.

—¿Cómo se encuentra usted hoy, señor conde?—le pregunté, saliéndole al encuentro.

Me miró alegremente, sin duda porque pocas veces se oía llamar de aquel modo.

—Bien—me contestó—; pero, ¿tanto le agrada a usted el campo, que pasea hasta las horas de más calor?

—¿No he venido aquí para vivir al aire libre?—repliqué.

—Perfectamente. Si le agrada ver segar el centeno, acompáñeme.

—Con mucho gusto; pero le advierto que desconozco en absoluto la agricultura; no distingo el centeno del trigo, ni la cebada de la avena, y nada sé de los diferentes métodos de explotar la tierra.

—¡Oh! No importa; venga usted—dijo alegremente volviendo sobre sus pasos—; entre por la puertecilla de allá abajo.

Y siguió a lo largo del seto por la

parte de adentro, yendo yo por la de afuera.

—El señor de Chessel no puede enseñarle a usted nada de eso—dijo—; es demasiado gran señor para ocuparse en otra cosa que en recibir las cuentas de su administrador.

Después me hizo ver los patios y las dependencias, los jardines de recreo y las huertas, llevándome, por último, hacia la larga avenida de acacias y naranjos de la China, que el río besaba, y en cuyos extremos distinguí, sentada en un banco, a la señora de Mortsauf acompañada de sus hijos.

Sorprendida quizá ante mi cándido apresuramiento, no se movió, previendo que nos acercaríamos.

El conde hizo que admirara la perspectiva del valle, que desde allí ofrecía un espectáculo muy diferente de los que había contemplado hasta entonces. Se hubiera creído estar en un rincón de Suiza. La pradera, surcada por multitud de arroyuelos que desaguaban en el Indre, descubriase en toda su extensión, desvaneciéndose en lejanos vapores. Hacia el lado del Montbazón, la mirada se extendía sobre una inmensa llanura verde, mientras por todos los demás puntos sólo tropezaba la vista con colinas, masas de árboles y rocas.

Apresuramos el paso para acercarnos a saludar a la señora de Mortsauf, que de pronto dejó caer el libro en que leía Magdalena para subir sobre sus rodillas a Santiago que en aquel momento sufría un acceso de tos convulsiva.

—¿Qué tiene el niño? — preguntó palideciendo el conde.

—Le duele la garganta—respondió la madre, que parecía no verme—; pero no creo que esto revista gravedad alguna.

Y, mientras sujetaba la frente y la espalda del niño, sus ojos lanzaban rayos que parecían infundir la vida en aquella débil criatura.

—Cometes imprudencias increíbles—repuso el conde ásperamente—; lo expones a la humedad del río y le haces tomar asiento en un banco de piedra...

—Pero, papá, ¡si el banco está abrasando! — exclamó Magdalena.

—Se ahogan arriba—agregó, disculpándose, la condesa.

—Las señoras quieren tener siempre razón—replicó el conde mirándome.

Para no verme obligado a aprobar o reprobar con la mirada, contemplaba a Santiago, que se quejaba de ardor en la garganta y a quien la madre se llevó consigo. Antes de alejarse pudo oír todavía al conde, que decía:

—Cuando se engendran hijos tan delicados, se necesita saber cuidarlos.

Estas palabras eran absolutamente injustas, pero su amor propio le impulsaba a justificarlas a costa de su esposa. La condesa volaba subiendo las rampas y la escalinata, no tardando en desaparecer tras la puerta-ventana.

El señor de Mortsauf había tomado asiento en el banco, pensativo y con la cabeza inclinada, y mi situación se hizo intolerable, porque ni me miraba ni me hablaba.

¡El paseo en el que esperaba intimar con la condesa era ya imposible! ¡No recuerdo haber pasado en mi vida un

cuarto de hora más terrible que aquél! conde estrechándole las manos—; ¡y
 Mi frente estaba bañada en sudor, no yo que no sabía nada!
 sabiendo si marcharme o permanecer —No debes preocuparte por peque-
 allí. ¿Qué pensamientos tan tristes ñeces. Ve a ver los centenos. Ya sabes
 abrumaban al conde para hacerle ol- que si no estás allí, los segadores per-
 vidarse de ir a ver a Santiago? Se le mitirán que entren en el campo las es-
 vantó de pronto, acercóse a mí y nos pigadoras extranjeras antes de retirar
 volvimos para contemplar el risueño los haces.
 valle.

—Dejaremos para otra ocasión nues- —Señora—le dije—, voy a empezar
 tro paseo, señor conde—le dije. mi primer curso de agricultura.

—Por lo contrario, salgamos — res- —Tiene usted buen profesor — res-
 pondió—; desgraciadamente, estoy pondió aludiendo al conde, cuya boca
 acostumbrado a presenciar semejantes se contrajo con una sonrisa de júbilo.
 crisis, cuando daría mi vida gustoso Dos meses después supe que había
 por conservar la de ese niño. sufrido aquella noche angustias horri-
 bles, temiendo que su hijo padeciera
 el garrotillo. ¡Mientras tanto, yo esta-
 ba en la barca, mecido por pensamien-
 tos de amor, suponiendo que me vería
 desde su ventana adorando la luz de
 aquella bujía que alumbraba su frente,
 arrugada por mortales alarmas!

—Santiago se encuentra mejor y se El «crup», ese terrible azote de los
 ha dormido, amigo mío—dijo una voz niños, hacía a la sazón grandes estra-
 argentina. gos en Tours.

La señora de Mortsauf apareció de —Mi esposa es un ángel—me dijo
 pronto en el extremo de la avenida. el conde con voz conmovida, cuando
 Acercóse sin amarguras, y, al salirnos.
 responder a mi saludo, me dijo :

—Veo con gusto que le agrada Clo- Esta frase me hizo vacilar. No cono-
 chegourde. cía más que superficialmente a aquella
 familia, y el remordimiento, tan natu-
 ral en las almas jóvenes, me decía :
 «No tienes derecho a turbar la paz
 de un hogar honrado».

—¿Te parece bien, amiga mía, que Feliz por tener de oyente a un joven
 monte a caballo y que vaya a buscar al sobre el que podía alcanzar fáciles
 señor Deslandes?—preguntó el conde triunfos, el conde me habló del porve-
 mostrando deseos de hacerse perdonar nir que la restauración de la monar-
 su injusticia. quía borbónica preparaba a Francia ;
 pero, luego, le oí verdaderas niñerías,

—No te molestes—respondió la con- —No te molestes—respondió la con-
 desa—; Santiago no tiene más que desa—; Santiago no tiene más que
 sueño, porque no ha dormido esta no- sueño, porque no ha dormido esta no-
 che. Es un niño muy nervioso : ha te- che. Es un niño muy nervioso : ha te-
 nido una pesadilla y he pasado casi nido una pesadilla y he pasado casi
 toda la noche contándole cuentos para toda la noche contándole cuentos para
 hacerlo dormir. Su tos es puramente hacerlo dormir. Su tos es puramente
 nerviosa ; le he hecho tomar una pas- nerviosa ; le he hecho tomar una pas-
 tilla de goma y ahora duerme. tilla de goma y ahora duerme.

—¡Pobre esposa mía!—exclamó el

que me sorprendieron profundamente. Desconocía hechos de manifiesta evidencia, tenía miedo a las gentes instruídas, negaba las superioridades, se burlaba, quizá con razón, de los progresos, y, en fin, reconocí en él gran cantidad de fibras dolorosas que me obligaban a adoptar infinitas precauciones para no herirle, por lo que el conversar con él era un trabajo impropio.

Cuando hube comprendido sus defectos, me sometí a ellos con tanta flexibilidad como demostraba la condesa en acariciarlo. En otra época le habría indudablemente replicado; pero entonces, tímido como un niño, creyendo no saber nada o que los hombres formados lo sabían todo, me sorprendían los progresos obtenidos por aquel paciente agricultor. Escuché sus planes con admiración, lisonja involuntaria que me valió la benevolencia del anciano noble; envidié aquella tierra, su posición, aquel paraíso terrestre, asegurándole que era muy superior a Frapesle.

—Frapesle — le dije — es una pieza maciza de plata; pero Clochegourde es joya cuajada de piedras preciosas.

Frase que después repitió frecuentemente, citando el autor.

—Antes que nos instaláramos aquí — dijo — esto era un yermo.

Cuando hablaba de sus siembras y de sus recolecciones, yo me volvía todo oídos. Desconocedor de los trabajos agrícolas, lo abrumaba a preguntas acerca de los precios de los productos y respecto a los medios de explotación, pareciéndome que se regocijaba cuan-

do me daba a conocer aquellos detalles.

—¿Qué le han enseñado a usted? — me preguntaba asombrado.

Después de este primer paseo, el conde dijo a su esposa:

—Félix es un joven encantador.

Aquella noche escribí a mi madre rogándole que me enviara ropa, y comunicándole mi resolución de quedarme en Frapesle.

Ignorando la gran revolución que entonces ensangrentaba las calles de la metrópoli y desconociendo la influencia que debía ejercer en mi destino, creía volver a París para concluir mi carrera de abogado; pero, como el curso no empezaba hasta los primeros días de noviembre, podía disponer aún de dos meses y medio.

En los primeros días de mi permanencia en Frapesle intenté atraerme al conde, pero fué inútil, descubriendo en él una irascibilidad injustificada y una rapidez de acción en los casos desesperados, que me espantaron. Había en él rasgos repentinos del valeroso caballero del ejército de Condé, y relámpagos parabólicos de esas voluntades que pueden, en circunstancias graves, perjudicar todas las combinaciones políticas, y que, por los azares de la rectitud y del valor, hacen de un hombre destinado a vivir noblemente, un Bonchamp, un d'Elbée, un Charette.

Ante ciertas suposiciones, contraíase su nariz, su frente se iluminaba y sus ojos lanzaban rayos. Llegué a temer que el señor de Mortsauf me matara en un arrebató de celos, si sorprendía

el lenguaje mudo de mis ojos cuando contemplaba a la condesa.

En aquella época, en mí no había más que ternura; me faltaba todavía la voluntad, que tan extrañamente modifica a los hombres. Mis deseos excesivos habíanme comunicado esos rápidos estremecimientos de la sensibilidad que tanta semejanza tienen con las sacudidas del miedo. La lucha no me hacía temblar; pero no quería morir sin haber disfrutado de la felicidad que proporciona el amor correspondido.

Mis deseos se acrecentaban a medida que aumentaban las dificultades que me impedían satisfacerlos. ¿Cómo hablar de mis sentimientos? Estaba siempre perplejo esperando una oportunidad; observaba, me familiarizaba con los niños, de quienes me hice amar y procuré identificarme con las costumbres de la casa. Insensiblemente el conde fué haciéndose más comunicativo, por lo que conocí sus rápidos cambios de carácter, sus tristezas tan profundas como inmotivadas, sus bruscos arrebatos, sus amargas quejas, su frialdad envidiosa, sus reprimidos accesos de locura, sus gemidos de niño, sus gritos de hombre desesperado y sus imprevisitas cóleras.

La naturaleza moral se diferencia de la naturaleza física en que nada hay en ella de absoluto: la intensidad de los efectos está en razón de la fuerza de los caracteres o de las ideas que agrupamos en torno de un hecho.

Mis visitas a Clochegourde y el porvenir de mi vida dependían de aquella

voluntad caprichosa. No sabría expresar las angustias que oprimían mi alma, tan fácil entonces de contraerse como de dilatarse, cuando al entrar me preguntaba a mí mismo: «¿Cómo me recibirá?» Era una inquietud horrible y continua, hasta que al fin fuí víctima del despotismo de aquel hombre. Por mis sufrimientos comprendí los de la señora de Mortsau: empezamos a cambiar miradas de inteligencia, y a veces mis lágrimas corrían cuando ella reprimía las suyas.

La condesa y yo nos probamos así por el dolor. ¡Cuántos descubrimientos hice durante aquellos cuarenta primeros días llenos de amarguras reales, de alegrías silenciosas y de esperanzas!

Una tarde encontré a la condesa pensativa ante una puesta de sol que enrojecía tan voluptuosamente las cimas de las montañas, dejando ver el valle como un lecho, que era imposible no escuchar la voz de aquel eterno *Cantar de los cantares* con que la naturaleza invitaba a sus criaturas al amor. ¿Recobraba la joven sus ilusiones perdidas? ¿Se hacía alguna comparación secreta? En su actitud parecióme ver un abandono muy a propósito para oír una primera declaración de amor.

—Hay días difíciles—le dije.

—Ha leído usted en mi alma—me contestó—; pero, ¿de qué modo?

—¡Tenemos muchos puntos de contacto!—respondí—. No pertenecemos al reducido número de criaturas privilegiadas para el placer y para el dolor, cuyas cualidades sensibles brillan al unísono produciendo grandes ecos

interiores, y cuyo nervosismo está en constante armonía con el principio de las cosas. Colocadas en un medio en que todo es disonancia, esas personas sufren horriblemente, como su placer llega a la exaltación cuando encuentran ideas, sensaciones y personas que les son simpáticas. Pero para nosotros existe un tercer estado, cuyas desgracias no conocen más que las almas afectadas por la misma enfermedad, y entre las que existen comprensiones fraternales; puede ocurrirnos no estar impresionados bien ni mal; pero, entonces, un órgano expresivo cualquiera se apasiona sin objeto y lanza sonidos inarmónicos; especie de contradicción del alma que se revuelve contra la inutilidad de la nada, fuego que extenua, en el que nuestro poder se escapa, como la sangre por una hiedra desconocida. La sensibilidad corre a torrentes, y esto ocasiona desfallecimientos e inexplicables melancolías, que ni aun en el confesonario pueden revelarse. ¿No he expresado nuestros dolores comunes?

Entonces, la condesa, sin apartar la vista del sol, que se ocultaba, me dijo:

—¿Cómo sabe usted eso siendo tan joven? ¿Acaso ha sido usted mujer?

—¡Ah!—exclamé—. Mi infancia ha sido una especie de enfermedad.

—Oigo toser a Magdalena—dijo levantándose precipitadamente.

A la condesa no le preocupó la asiduidad con que yo frecuentaba su casa, porque era pura como un niño e incapaz de sospechar mal de nadie, y, además, porque yo distraía al conde y

era como una presa arrojada a aquel león sin uñas y sin melena. Por último, había concluido por encontrar una razón que a todos nos parecía plausible. Yo no sabía jugar al chaquete; el señor de Mortsauf me propuso enseñármelo y acepté. Cuando nos pusimos de acuerdo respecto a este punto, la condesa me dirigió una mirada de compasión, con la que quería decir: «Se mete usted en la boca del lobo». Si al principio no lo comprendí, al tercer día sabía ya a lo que me había comprometido.

Mi inagotable paciencia, fruto de mi infancia, se maduró durante aquella temporada de prueba. El conde experimentaba gran placer burlándose de mí cuando yo trataba de practicar el principio o la regla que acababa de explicarme; si reflexionaba, quejándose de que jugaba con suma lentitud; si jugaba con viveza, decía que lo espoleaba; y si cometía torpezas aprovechábase de ellas. Era aquella una tiranía de maestro, un despotismo de que no se puede tener idea más que suponiendo a Epicuro sometido al yugo de un chiquillo mal intencionado. Cuando jugábamos dinero, sus constantes ganancias le producían una alegría mezquina y de mal gusto; pero una palabra de su esposa me tranquilizaba devolviendo a él rápidamente el sentimiento de la cortesía y de las conveniencias. Aquella tarea se llevó mi dinero.

Aunque el conde permanecía entre su esposa y yo hasta que me retiraba, a veces muy tarde, consolábase la esperanza de encontrar la oportunidad

de poder deslizarme en su corazón; pero, en la esperanza que este momento llegara, tenía que continuar aquellas malditas partidas de juego que desgarraban mi alma y dejaban exhausto mi bolsillo. ¡Cuántas veces nos quedamos silenciosos, contemplando un efecto de sol en la pradera, las nubes en el cielo gris, las colinas vaporosas o los reflejos de la luna en las piedras del río, sin decir más que:

—¡Qué hermosa está la noche!

—La noche es mujer, señora.

—¡Qué tranquilidad!

—Sí; por eso es imposible ser aquí completamente desgraciado.

Después de esto, la condesa reanudaba su labor, pero yo había adivinado que se conmovía a impulsos de un sentimiento que pugnaba por manifestarse.

Sin dinero, me era imposible jugar, y como éste era el único pretexto que tenía para pasar las veladas en Cloche-gourde, no queriendo privarme del placer de contemplar a la condesa, escribí a mi madre rogándole que me lo enviara, pero mi madre me llamó derrochador, se enojó y me mandó una suma insuficiente para ocho días. ¿A quién acudir en aquel trance? ¡Se trataba de mi vida! Encontré, pues, en aquella mi primera felicidad, los sufrimientos que me habían atormentado en todas partes; pero en París, en el colegio, en la pensión, había podido reducirme a la abstinencia y mi desgracia había sido negativa: en Frapesle fué activa, y entonces conocí la tentación del robo, los crímenes soñados, los fu-

rores espantosos que estremecen el alma y que debemos ahogar si no queremos perder la propia estimación.

Los recuerdos de las terribles angustias que me imponía la tacañería de mi madre, me han inspirado hacia los jóvenes la indulgencia de los que, sin haber caído, han llegado al borde del abismo y han podido apreciar su profundidad. Aunque mi probidad se haya fortificado en los momentos en que la vida se entreabre y muestra su árido fondo, siempre que la terrible justicia humana hiere a un hombre, me digo que las leyes penales han sido hechas para los que han conocido la desgracia.

Quando me encontraba en aquel apuro descubrí en la biblioteca del señor de Chessel un «Tratado de chaquete», y me apresuré a estudiarlo; además, mi huésped me dió algunas lecciones, y pude hacer progresos y aplicar las reglas y los cálculos que había aprendido de memoria. En pocos días estuve en disposición de ganar a mi maestro; pero, cuando esto ocurría, poníase de un humor endiablado, sus ojos relampagueaban como los de un tigre, crispábase su rostro y sus cejas se frucían. Quejábase como un niño irritado; a veces arrojaba los dados, se enfurecía, pateaba, mordía el cubilete y me llenaba de injurias.

Al fin, estas violencias tuvieron término. Cuando hebe adquirido gran superioridad, conducía el juego a mi gusto y me arreglaba de manera que quedáramos iguales, dejándole ganar durante la primera mitad de la partida y res-

tableciendo el equilibrio durante la segunda. El fin del mundo no le habría sorprendido tanto como la rápida superioridad del discípulo; pero jamás quiso reconocerla.

—Decididamente — decía —, mi cabeza se fatiga; al final de la partida gana usted siempre, y es porque entonces he perdido ya mis facultades.

La condesa, que conocía el juego, advirtió mi manejo en seguida, comprendiendo el inmenso testimonio de afecto que le daba. Estos detalles no pueden ser apreciados más que por los que conocen las dificultades del chaquete. ¡Qué elocuente era aquella pequeñez! Pero el amor, como el dios de Bossuet, coloca por encima de las más grandes victorias el vaso de agua del mendigo y el esfuerzo del soldado que sucumbe en el campo de batalla sin que su nombre figure en el parte de la acción.

La condesa me dió una prueba de su mudo agradecimiento haciendo estremecer mi corazón joven; me miró como miraba a sus hijos, desde aquella noche bienaventurada.

No podría explicar en qué estado de ánimo me separé de ella. Mi alma había absorbido mi cuerpo; no pisaba, no caminaba, volaba; sentía sobre mí aquella mirada que me había inundado de luz, como aquel «¡adiós, caballero!» que había hecho resonar en mi alma las armonías que contiene el «Oh filii, oh filiae!» de la resurrección pasual. Nacía a nueva vida, puesto que ya significaba algo para ella.

Me dormí envuelto en llamas de púr-

pura, y mis ojos cerrados vieron pasar luces que se perseguían en las tinieblas como los puntos de fuego que corren unos tras otros en las pavesas del papel quemado. Durante mi sueño su voz convirtiéndose en algo tangible: atmósfera que me envolvió en luz y en perfumes, una melodía que acarició mi alma.

Al día siguiente dispensóme una acogida muy afectuosa, y fuí iniciado en los secretos de su voz encantadora. Aquel día debía ser uno de los más felices de mi vida.

Después de comer fuimos a pasear, llegando hasta una llanura árida, de suelo pedregoso, seco y desprovisto de tierra vegetal, en la que crecían, sin embargo, algunos robles y matorrales espinosos; pero en vez de hierbas, extendíase sobre el suelo un tapiz de pequeños musgos, enrojecidos por el sol poniente, sobre el que se deslizaban los pies. Yo llevaba a Magdalena de la mano y la condesa daba el brazo a Santiago.

De pronto, el conde, que nos precedía, se volvió, hiriendo la tierra con su bastón y diciendo con acento terrible:

—¡Así es mi vida!

Pero luego, contemplando con ternura a la condesa, añadió:

—¡Oh! ¡Así era mi vida antes de haberte conocido!

¡Reparación tardía! La condesa había palidecido; pero, ¿qué mujer no habría vacilado de igual modo al recibir aquel golpe?

—¡Qué perfumes tan deliciosos aro-

matizan este ambiente! ¡qué efectos que la partida de chaquete distrajera de luz tan bellos! exclamé—. Quisiera al conde y disipara su crisis nerviosa. que esta llanura fuera mía; cultiván- Nada más fácil que obligar al conde dola, quizá podría sacar de ella gran- a jugar. Semejante a un niño volup- des tesoros, aunque el más seguro sería tuoso, quería que le rogasen, que le la vecindad de ustedes. ¿Qué dinero obligaran, para que no pareciese que podría pagar este magnífico panorama, quedaba agradecido, quizá por lo mis- este río en que el alma se baña entre mo que era así. Si, cuando jugábamos, fresnos y sauces? Vea usted la dife- yo tenía una pequeña distracción, po- rencia de gustos: para usted este rin- níase de mal humor y cortaba la con- ción de tierra es yermo; para mí es un versación contradiciéndolo todo.

La condesa me dió las gracias con los ojos.

—¡Egloga! — exclamó el conde con acritud—. No está aquí la vida de un noble que lleva el nombre de usted.

Y, después de una pequeña pausa, agregó:

—¿No oye usted las campanas de Azay? Yo las oigo.

La señora de Mortsauf me miró, asustada, y Magdalena me apretó la mano.

—¿Quiere usted que volvamos a jugar una partida?—le dije—; el ruido de los dados impedirá oír las campanas.

Volvimos a Clochegourde hablando sin interrupción. El conde quejábase de vivos dolores sin precisarlos.

Cuando estuvimos en el salón, experimentamos una inquietud indefinible. El conde estaba sumergido en su sillón, absorto en una contemplación que su esposa, que conocía los síntomas de la enfermedad y sabía prever los accesos, respetaba. Yo imité aquel silencio. Si no me rogó que me marchara, debióse sin duda a que esperaba

Advertido por su mal humor, le propuse jugar una partida.

—Ya es tarde—me contestó—. Además, ese juego me aburre.

A lo que siguieron mil melindres, como los que usan las mujeres que concluyen por hacernos ignorar sus verdaderos deseos. Me humillé, suplicándole que me ejercitara en una ciencia tan fácil de olvidar si no se practicaba, y vime obligado a fingir una alegría loca para decidirle a jugar. Quejábase de aturdimientos que le impedían calcular, asegurando que tenía la cabeza oprimida como un ataúd; estaba sofocado y no cesaba de suspirar. Al fin consintió en jugar.

La señora de Mortsauf dejónos solos para ir a acostar a sus hijos y hacer que rezaran antes de que se durmieran. Durante su ausencia todo marchó bien, haciendo yo de manera que el señor de Mortsauf ganase; la felicidad le invadió bruscamente. La transición repentina de una tristeza que le arrancaba terribles predicciones a aquella alegría de ebrio, a aquella risa loca y sin fundamento, me inquietó y me dejó helado. Jamás le había visto bajo



la influencia de un acceso tan terrible. Nuestras íntimas relaciones daban ya sus frutos y no se contenía en mi presencia. Cada vez me trataba con mayor tiranía, asegurando un nuevo pasto a su humor, pues parece que las enfermedades morales tienen apetitos, instintos, y tratan de aumentar el espacio de su imperio como un propietario desea aumentar sus posesiones.

La condesa volvió al salón y tomó asiento cerca de nosotros para ver mejor, pero púsose a trabajar con una aprensión mal disimulada.

Un golpe funesto que no pude impedir hizo variar el rostro del conde; de alegre púsose sombrío, de encendido se tornó amarillo y sus ojos empezaron a extraviarse. Además, ocurrió otra desgracia. El señor de Mortsauf echó un dado que le hizo perder. En seguida se levantó, arrojó sobre mí el tablero y el quinqué a tierra, dió un puñetazo en la consola y empezó a saltar a lo largo del salón.

El torrente de injurias, de apóstrofes, de imprecaciones, de frases incoherentes que brotó de su boca, le daba en aquellos momentos cierto parecido con los famosos endemoniados de la Edad Media.

—Váyase usted al jardín—me aconsejó la condesa estrechándome la mano.

Obedecí, teniendo la suerte de que el conde no advirtiera mi salida.

Desde la terraza, donde me puse a pasear lentamente, oía sus voces y sus gemidos, y, en medio de aquella tempestad, percibía también la voz del án-

gel que, a intervalos, elevábase como el canto del ruiseñor en el momento en que cesa la lluvia.

Al pálido fulgor de la luna, que parecía enviar a la tierra un chorro de plata líquida, paseábame bajo las acacias esperando que la condesa fuera a reunirse conmigo; en su acento creí adivinar esta promesa.

Transcurrió una hora. De pronto, encontrándome sentado sobre la balastrada de ladrillos, el ruido de sus pasos, confundido con el roce de su falda, animó el aire tranquilo de la noche, y mi corazón apresuró sus latidos.

—El señor de Mortsauf se ha dormido—me dijo—; cuando sufre algún acceso le doy una infusión de adormideras, y ese remedio tan sencillo le produce siempre el mismo efecto beneficioso.

Y, variando de tono y haciendo más persuasiva la inflexión de su voz, añadió:

—Caballero, una desgraciada casualidad le ha hecho conocer secretos hasta hoy cuidadosamente guardados; prométame no revelar a nadie lo que acaba usted de presenciar. Hágalo por mí, se lo ruego; no le pido juramento; me basta que me lo prometa por su honor.

—¿Tengo necesidad de hacer esa promesa?—le pregunté—; ¿no nos hemos comprendido?

—No juzgue usted desfavorablemente al señor de Mortsauf—repuso—. Mañana habrá olvidado completamente lo que ha dicho y lo encontrará usted amable y afectuoso.

—Deje usted, señora — le respon-
dí—, de justificar al señor de Mortsauf ;
haré cuanto a usted le plazca. Me
arrojaría sin vacilar al Indre si con ello
pudiera cambiar al conde y hacerla a
usted feliz : lo que no puedo es variar
de opinión ; nada hay más fuerte en
mí. Le daría a usted mi vida, mi con-
ciencia ; puedo no escucharla, pero no
puedo dejar de hablar. Y en mi opi-
nión, el señor de Mortsauf es...

—Lo comprendo—dijo interrumpién-
dome bruscamente—, tiene usted ra-
zón ; el conde es nervioso como una
niña soberbia—agregó para apartar la
idea de la locura suavizando la frase—,
pero sólo se pone así de tarde en tarde,
una vez al año a lo sumo, en la época
de los grandes calores. ¡ Cuántos males
ha ocasionado la emigración ! ¡ Cuán-
tas existencias perdidas ! Sin esto, ten-
go la seguridad de que habría sido un
gran hombre de guerra, el orgullo de
su país.

—Lo sé —contesté interrumpiéndo-
la y haciéndole comprender que era in-
útil pretender engañarme.

Se detuvo, pasóse una mano por la
frente y me dijo :

—¿ Quién lo ha introducido a usted
en nuestra existencia ? ¿ Es que Dios,
compadeciéndose de mí, ha querido en-
viarme un socorro, una amistad que
me sostenga ?—añadió apoyando su
mano sobre la mía—. Porque usted es
bueno, generoso...

Levantó los ojos al cielo, como in-
vocando un visible testimonio que le
confirmara sus secretas esperanzas, y
luego los fijó en mí.

Electrizado por aquella mirada, que
inoculaba su alma en la mía, cometí,
según las prácticas sociales, una falta
de tacto ; ¿ pero no es esto el deseo de
prevenir un choque, el temor de una
desgracia que no llega, y con más fre-
cuencia aún, una pregunta hecha brus-
camente al corazón, un golpe dado pa-
ra descubrir si tiene eco ?

—Antes de ir más lejos—le dije con
voz alterada por la emoción que me
embargaba—, permítame que me jus-
tifique de una falta del pasado.

—¡ Caballero !—exclamó vivamente,
poniendo sobre mis labios un dedo que
retiró en seguida.

Después, mirándome con la altivez
de quien se considera a demasiada al-
tura para que pueda alcanzarle una
injuria, me dijo con voz timbrada :

—Sé a qué falta alude usted ; se tra-
ta del primero, del último, del único
ultraje que he recibido. ¡ No hable más
de aquel baile ! La cristiana lo ha
perdonado, aunque la mujer sufre to-
davía.

—No sea usted más implacable que
Dios — díjele reteniendo en mis pes-
tañas las lágrimas que aflujan a mis
ojos.

—Debo ser más severa, porque soy
más débil—contestó.

—Pero—repliqué con una especie de
rebelión infantil—escúcheme, aunque
sólo sea por la primera, por la última
vez en su vida.

—Hable, entonces, para que no su-
ponga que temo escucharle.

Entonces, comprendiendo que aquel
era un momento decisivo en nuestra vi-

da, le dije que cuantas mujeres había visto en el baile y antes del baile, me habían sido indiferentes; pero que, al verla a ella, me había sentido como arrebatado por un frenesí que no podrían condenar los que jamás lo habían experimentado; que, cuando el corazón se encuentra completamente lleno por un deseo, nada le resiste y todo lo vence, hasta la muerte...

—Y ¿el desprecio? — me interrumpió.

—¿Acaso me ha despreciado usted?—inquirí.

—No hablemos de eso—repuso.

—Por lo contrario, hablemos — exclamé con exaltación—; se trata de todo mi ser, de mi vida ignorada, de un secreto que debe usted conocer, o moriré de desesperación. Y, ¿no se trata también de usted que, sin saberlo, ha sido la dama cuyas manos sostenían la corona prometida a los vencedores del torneo?

Y, acto seguido, empecé a referirle mi infancia y mi juventud, no como a tí te la he relatado, sino con la vehemencia y el apasionamiento del joven cuyas heridas están sangrando. Mi voz retumbó como el hacha del leñador en el bosque, haciendo caer ante ella con estruendo los años muertos y los dolores que los habían erizado de ramas sin follaje. La describí febrilmente una multitud de detalles terribles que tú no conoces; puse de manifiesto ante sus ojos el tesoro de mis brillantes aspiraciones, el oro virgen de mis deseos, todo mi corazón ardiente conservado bajo las nieves de los Alpes hela-

dos por un continuo invierno. Y, cuando abrumado por el peso de mis sufrimientos esperaba que aquella mujer, que me escuchaba con la cabeza inclinada, pronunciase una palabra, su mirada iluminó las tinieblas y su acento animó los mundos terrestres y los espacios siderales con una sola frase.

—Nuestra infancia ha sido igual — dijo dejándome ver su rostro nublado por la aureola de los mártires.

Y después de una pausa, en la que nuestras almas se desposaron, la condesa prosiguió diciéndome, con la voz reservada para hablar a sus hijos, que había tenido la desgracia de nacer hembra cuando ya los varones habían muerto. Me explicó las diferencias que su estado de niña, sujeta siempre al lado de su madre, establecía entre sus dolores y los de un niño olvidado en un colegio. Mi soledad había sido un paraíso, comparada con el martirio incesante de su alma, soportado hasta el día en que su verdadera madre, su cariñosa tía, la había salvado arrancándola a aquel suplicio cuyos horribles detalles me relató: inexplicables punzadas, insoportables para las naturalezas nerviosas que no retroceden ante una puñalada y mueren ante la amenaza de la espada de Damocles; ya una expansión generosa reprimida por una orden glacial; ya un beso fríamente recibido; el silencio que, habiendo sido impuesto, es censurado; lágrimas devoradas que abrasan el corazón; y, por último, las innumerables tiranías del convento, ocultas a los extraños bajo las apariencias de una maternidad

gloriosamente exaltada. Su madre se envanecía de ella y la lucía; pero al día siguiente pagaba caras aquellas lisonjas, que eran necesarias, para el triunfo de la institutriz. Cuando, a fuerza de obediencia y de dulzura, creía haber alcanzado una victoria y el corazón de su madre se abría para ella, volvía a aparecer el tirano, armado de sus confidencias: un espía no habría sido más bajo ni más traidor. Todos sus placeres, todas sus alegrías juveniles le costaban demasiado caros, pues se le reprendía con severidad su hermosura, como si tuviera la culpa de no haber nacido fea. Jamás le habían dado una lección con amor, sino con sangrienta ironía. No amaba a su madre, y se reprochaba que ésta le inspirase más terror que cariño. Tal vez, pensaba aquel ángel, aquellas severidades habían sido necesarias para prepararla a la vida que en la actualidad estaba haciendo. Escuchándola parecíame que el arpa de Job, a la que yo había arrancado tan salvajes acordes, pulsada ahora por dedos cristianos, respondía cantando las letanías de la Virgen al pie de la cruz.

—Vivíamos en la misma esfera antes de encontrarnos—dije—; usted viniendo de oriente, yo de occidente.

Ella agitó la cabeza con movimiento de desesperación, y repuso:

—Para usted el oriente, para mí el occidente: usted vivirá feliz; a mí me matará el dolor. Los hombres organizan a su antojo su vida, y la mía está fijada para siempre. No hay fuerza humana que pueda romper la cadena,

que la mujer toma por anillo de oro, emblema de la pureza de los esposos.

Considerándonos entonces gemelos en el dolor, la condesa creyó que las confidencias entre hermanos alimentados en la misma fuente, debían ser completas, y después del suspiro natural que al abrirse exhalan los corazones puros, refirióme toda la triste historia de su matrimonio, sus primeras decepciones, toda la renovación de su desgracia.

Cuando se casó, poseía algunos ahorros, que en un día de escasez se apresuró a entregar generosamente, sin decir que eran recuerdos más que monedas; pero su marido no se lo agradeció ni se consideró jamás deudor suyo, no habiendo podido obtener, a cambio de aquel tesoro, que se perdió en las obscuras aguas del olvido, esa mirada cariñosa que, para las almas generosas, es como una eterna joya cuyos fuegos resplandecen en los momentos difíciles.

El señor de Mortsauf se olvidaba a veces de darle el dinero necesario para la casa, y la condesa parecía despertar de un sueño cuando, después de haber vencido sus timideces, se lo pedía; ¡ni una sola vez le había evitado el conde estas crueles opresiones de corazón! Cuando la naturaleza enfermiza de aquel hombre en ruinas se hizo manifiesta, aquella mujer encantadora se sobrecogió de espanto. ¡Qué horribles calamidades siguieron a sus dos alumbramientos! ¡Qué terror experimentó ante el aspecto de dos niños medicina muertos! ¡Qué valor para decirse:

«¡ Yo les inocularé la salud ! ¡ yo les daré nuevamente la vida ! Y, luego, ¡ qué desesperación al encontrar obstáculos precisamente en el corazón y en la mano que debían acudir en su socorro ! Había visto esta inmensa desgracia desarrollándose a cada dificultad vencida, y, al llegar a la cima de cada roca, sólo había encontrado nuevos desiertos que atravesar, hasta el día en que, como el joven arrancado por Napoleón a los cariñosos cuidados del hogar doméstico, hubo habituado sus pies a marchar por el lodo y por la nieve, acostumbrado su frente a las balas y familiarizándose con la pasiva obediencia del soldado. Esto, que te refiero compendiosamente, me lo contó la condesa en toda su tenebrosa extensión, con su cortejo de hechos desoladores, de tremendas batallas conyugales perdidas, de infructuosos ensayos.

—En fin —terminó diciéndome—, sería preciso que viviera usted aquí algunos meses para saber los innumerales sufrimientos que me cuestan las mejoras hechas en Clochegourde, cuántas astucias tengo que emplear para hacerle que emprenda cualquier cosa útil a sus intereses ; ¡ de cuánta malicia hace gala cuando una empresa acometida por mis consejos no tiene inmediatamente éxito ! ¡ con qué alegría se atribuye el bien, qué paciencia necesito para oír sus incesantes quejas cuando me esfuerzo por endulzar sus horas, por embalsamar su ambiente, por cubrir de flores los caminos que él siembra de abrojos ! La única recompensa que obtengo es oírle esta terrible fra-

se : « ¡ Quiero morir ! ¡ la vida me pesa ! » Para los extraños es amable y cortés. ¿ Por qué no es lo mismo para su familia ? No sé cómo explicar esta falta de lealtad en un hombre tan caballeroso que es capaz de ir secretamente a París a rienda suelta para traerme un adorno, como hizo últimamente para que yo asistiera lujosamente a la boda al baile de la ciudad. Avaro en casa, sería pródigo para mí, si yo lo pretendiera ; pero debía ser lo contrario, porque nada necesito y la casa cuesta mucho. En mi deseo de hacerlo feliz y sin pensar que podía ser madre, lo he acostumbrado a tomarme por víctima, cuando, empleando algunas lisonjas, lo manejaría como a un niño, si me rebajara a representar un papel que considero infame. El interés de nuestra casa exige que sea tranquila y severa como la estatua de la justicia ; pero mi alma es expansiva y cariñosa.

—¿ Por qué —le pregunté— no emplea usted esa influencia para gobernarlo ?

—Si no se tratara más que de mí, no sabría ni vencer su obstinado silencio, ni responder a razones ilógicas, verdaderas razones de niño. No tengo valor alguno contra la debilidad ni contra la infancia, a las que no opongo la menor resistencia ; quizá opondría la fuerza a la fuerza, pero carezco de energía contra los que se quejan. Si para salvar a Magdalena fuera preciso contradecirle en algo, moriría con mi hija. La lástima distiende mis fibras y embota mis nervios. Las violentas sacudidas que he experimentado durante

estos diez años me han abatido, y mi sensibilidad, con tanta frecuencia atacada, no tiene ya consistencia y nada puede regenerarla; a veces me falta la energía con que antes arrostraba las tempestades. Sí; en ocasiones me considero vencida: falta de reposo y de baños de mar que regeneren mis nervios, no tardaré en morir. El señor de Mortsauf me habrá matado, y mi muerte le matará a él.

—¿Por qué no se ausenta usted de Clochegourde durante algunos meses? ¿Por qué no va con los niños a la orilla del mar?

—Porque el señor de Mortsauf se creería perdido si yo me alejara. Aunque se resiste a creer en su situación, tiene conciencia de ella, encontrando en sí el hombre y el enfermo, dos naturalezas distintas cuyas contradicciones explican sus rarezas. Además, porque tendría motivos para temblar, porque, ausente yo, todo iría mal aquí. Quizá haya visto usted en mí la madre de familia ocupada en proteger a sus hijos contra el milano que les amenaza, pesada tarea que acrecientan los cuidados que necesita el señor de Mortsauf, quien va siempre preguntando: «¿Dónde está la señora?». Y no es esto todo, soy también el preceptor de Santiago, el aya de Magdalena, el intendente y el administrador de Clochegourde. La explotación de una tierra es aquí la más fatigosa de las industrias. Tenemos muy pocas rentas en metálico, y nuestras haciendas son cultivadas a medias, sistema que exige una vigilancia constante. Es preciso vender el grano, el ganado y los productos de todo género, en lo cual nos hacen competencia nuestros propios colonos, que en la taberna se entienden con los compradores y fijan los precios. Le aburriría si le explicara las mil dificultades de nuestra industria. Por mucho que me multiplique no puedo vigilar para impedir que los colonos beneficien sus tierras con nuestros abonos; no puedo ver si los segadores se confabulan con ellos cuando se hacen las particiones de la cosecha, ni puedo saber tampoco cuál es el momento oportuno de vender. Si tiene usted en cuenta la falta de memoria del señor de Mortsauf y el trabajo que me cuesta obligarle a ocuparse en los negocios, comprenderá lo abrumador de mi tarea y la imposibilidad de que la abandone un momento. Mi ausencia equivaldría a nuestra ruina, porque nadie haría caso y sus órdenes serían discutidas. Además, nadie lo quiere porque es demasiado áspero y demasiado absoluto; como todos los seres débiles escucha fácilmente a los inferiores para inspirar afecto. Si me marchara, ningún criado permanecería aquí ocho días. Ya comprende, pues, que estoy sujeta a Clochegourde como con cadenas de hierro. No le oculto nada, caballero: todo el mundo ignora los secretos de Clochegourde, y usted los conoce; no diga nada que no sea bueno y digno de elogio, y tendrá mi estimación, mi reconocimiento—añadió con voz más dulce todavía—; a este precio, puede volver a Clochegourde, y encontrará aquí corazones amigos.

—Pero—repuse—, yo jamás he sufrido. Usted sola...

—No—contestó con una resignación capaz de conmover al granito—; esta confianza le muestra la vida como es y no como su imaginación se la ha hecho suponer. Todos tenemos defectos y virtudes. Si me hubiera casado con un pródigo, me habría arruinado; si mi marido hubiera sido un joven ardiente y voluptuoso, habría tenido otros amores; quizá no hubiera sabido conservar, me habría abandonado, y yo habría muerto de celos... porque ¡soy celosa!—agregó con acento de exaltación que parecía el trueno de una tormenta pasada—. Pues bien, el señor de Mortsauf me ama cuanto puede amar, y todo el cariño que su corazón encierra lo pone a mis pies, como María de Magdala derramó sus perfumes a los pies del Salvador. Créalo usted: una vida de amor es una fatal excepción de la ley terrestre; toda flor se marchita y muere, y las grandes alegrías tienen un mañana triste y sombrío. La vida sólo es dolor y angustias, pudiendo compararse con esta ortiga nacida al pie de la terraza y que, sin sol, permanece verde. Aquí, como en los países del Norte, tiene el cielo sonrisas que compensan con exceso nuestras penas. En fin, las mujeres que son exclusivamente madres, se unen más por los sacrificios que por los placeres. Yo atraigo sobre mí las borrascas que amenazan a los demás o a mis hijos, con lo cual experimento un sentimiento inexplicable que me sugiere una fuerza secreta. La resignación de un día me ha

proporcionado siempre la del día siguiente; y Dios tampoco me ha dejado abandonada. Si antes me desesperé la salud de mis hijos, hoy, cuanto más avanzan en la vida, mejoran más; además, nuestra casa se ha embellecido, nuestra fortuna se rehace... ¿quién sabe si al fin el señor de Mortsauf podrá ser feliz en la vejez, merced a mis sacrificios? Y, si esto ocurre, ¿podré quejarme de haber sufrido?

—Pero sus sufrimientos — respondí—habrán sido necesarios, como lo son los míos, para hacernos apreciar el delicioso sabor del fruto nacido en las rocas de nuestra existencia. ¡Tal vez ahora lo gustaremos juntos! ¡tal vez admiraremos los prodigios de esos torrentes de cariño con que inunda las almas la savia que reanima las hojas marchitas! ¡Dios mío! ¿no me oye usted?—repuse sirviéndome del lenguaje místico a que nuestra educación nos había acostumbrado—, ¡vea por qué caminos hemos marchado el uno hacia el otro; qué imán nos ha dirigido, a través de este amargo océano, hacia el manantial de agua dulce que se desliza al pie de los montes sobre un lecho de blanca arena, entre verdes y floridas riberas! ¿Nos ha guiado, como a los magos, la misma estrella? Aquí estamos ante el pesebre en que reposa el Hijo de Dios que hará brotar las hojas de los árboles desnudos, que animará el mundo con sus alegres gritos, que regocijará la vida con placeres incansables, que devolverá a las noches el sueño y el júbilo a los días. ¿Quién ha remachado cada año los eslabones de la

cadena que nos une? ¿Sólo somos hermano y hermana? No desuna usted lo que el cielo ha unido. Los sufrimientos de que habla son semilla sembrada por el labrador para hacer brotar la cosecha ya dorada por el más hermoso de los soles. ¿No haremos la recolección juntos? ¿Qué fuerza hay en mí para atreverme a hablarle de este modo? Respóndame, o no volveré a atravesar el Indre para venir a visitarla.

—No ha pronunciado usted la palabra «amor»—me dijo interrumpiéndome—; pero ha hablado de un sentimiento que ignoro y que no me está permitido fomentar. Es usted un niño y le perdono, pero por última vez. Sólo tengo corazón para la maternidad. No amo al señor de Mortsauf ni por deber social ni por obtener la felicidad eterna, sino por un sentimiento irresistible que le une a todas las fibras de mi corazón. ¿Se me violentó para que contrajera matrimonio? No; lo decidí la simpatía que me inspiraron los infortunios. ¿No es la misión de la mujer reparar los males del tiempo y consolar a los que caen en la brecha heridos? De todos modos, aunque en mí la esposa sea invulnerable, no vuelva jamás a hablarme de ese modo. Si no respeta usted esta sencilla prohibición, le cerraré las puertas de mi casa. Yo creía en las amistades puras, en la fraternidad voluntaria, más cierta que la fraternidad impuesta, y me he equivocado; quería un amigo que no fuera un juez, un amigo que me escuchara en los momentos de debilidad en que la voz que riñe es asesina, un amigo santo, de quien

nada tuviera que temer. La juventud es noble, franca, capaz de sacrificios, desinteresada, y, al ver la presencia de usted, he creído, lo confieso, que el cielo me enviaba un socorro; he creído que había un alma que me pertenecía a mí sola, como el sacerdote pertenece a todos; un corazón en el que podría desahogar mis dolores y que respondería a mis sollozos cuando el sollozo llega a hacerse irresistible. De este modo, mi existencia, tan preciosa para los niños, hubiera podido prolongarse hasta que Santiago fuera hombre. ¿Es esto egoísmo? ¿Acaso la Laura del Petrarca puede reproducirse? Me he engañado... Dios no se ha compadecido aún de mí y tendré que morir en mi puesto, como el soldado que no tiene amigos; mi confesor es duro, austero... y ¡mi tía ha dejado de existir!

Un rayo de luna iluminó las dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos, rodaron por sus mejillas y cayeron a tierra.

—Amar sin esperanza — le contesté — es también una felicidad. ¡Oh! ¿qué mujer podrá proporcionarme en la tierra alegría mayor que la de haber sorbido sus lágrimas? Acepto ese contrato que sólo ha de proporcionarme sufrimientos, y me entrego a usted sin reserva. Seré lo que usted quiera que sea.

—Consiento en ese pacto, con condición de que jamás pretenda usted estrechar los lazos que nos unen—me dijo con severidad.

—Sí—contesté—, cuanto menos me

conceda usted, más seguridad tengo de poseer.

—¿Empieza usted desconfiando? — replicó con la melancolía de la duda.

—No; empiezo alegrándome. Escuche usted; quiero para usted un nombre que nadie posea, como es único el sentimiento que nos profesamos.

—Es demasiado — respondió —; no soy tan niña como usted supone. El señor de Mortsauf me llama Blanca; y una sola persona en el mundo, la que más he amado, mi adorable tía, me llamaba Enriqueta; para usted seré nuevamente Enriqueta.

Le tomé una mano y la besé; ella me la abandonó con confianza. Luego apoyóse sobre la balustrada y dirigió la vista al río.

—Ha hecho usted mal—me dijo— en ponerse del primer salto al fin de la carretera, en agotar del primer sorbo la copa que el candor le ofrecía. Pero el verdadero sentimiento no se divide: o existe entero o no existe.

Y, después de una pequeña pausa, añadió:

—El señor de Mortsauf es leal y altivo. Quizá, con el deseo de favorecerme, habrá usted hecho el propósito de olvidar mis revelaciones; pero, si él no sabe nada, mañana le informaré de todo. No venga usted en algún tiempo a Clochegourde, y le profesaré mejor estimación. El domingo próximo, al salir de la iglesia, él irá en su busca; lo conozco bien: borraré sus faltas y le agradecerá que lo haya tratado como hombre responsable de sus acciones y de sus palabras.

—¡ Cinco días sin ver a usted, sin oírla!...

—No me hable usted jamás con tanto calor—me aconsejó.

Intenté besar su mano, y vacilé; pero, al fin, me la entregó diciéndome con tono de súplica:

—No la tome usted más que cuando yo se la dé; déjeme el libre albedrío; sin él, sería como una cosa suya, y esto no debe ser.

Dimos en el mayor silencio dos vueltas por la terraza, y luego djome con tono imperioso que revelaba que había tomado posesión de mi alma:

—Es tarde; separémonos.

—Adiós—contésté.

Me abrió la puertecilla baja y salí. En el momento en que se disponía a cerrar se detuvo, y me tendió la mano diciéndome:

—Realmente, se ha portado usted muy bien esta noche, puesto que me ha consolado para el porvenir. Tome, amigo mío, tome.

Besé la mano, que me tendía, repetidas veces, y cuando abrí los ojos, vi que los suyos derramaban lágrimas. Volvió a subir a la azotea y me miró mientras atravesaba la pradera. Cuando llegué al camino de Frapesle, divisé todo su traje blanco iluminado por la luna, y algunos momentos después brilló una luz en su aposento.

—¡ Ah, Enriqueta! — exclamé —; ¡ tuyo es el amor más puro que ha existido jamás en la tierra!

Llegué a Frapesle volviendo la cabeza a cada paso. Experimentaba un placer desconocido e inefable, viendo

que se abría ante mí un porvenir brillante de ternura. Semejante al sacerdote que con un solo paso entra en una vida nueva, yo estaba consagrado.

Un simple «¡sí, señora!» habíame comprometido a guardar para mí solo en el fondo del corazón un amor irresistible. Todos los sentimientos nobles hacían oír en mí sus voces confusas, y antes de encerrarme en mi estrecho aposento, quise contemplar aquel cielo azul sembrado de estrellas, oír en mi alma los arrullos de aquella paloma querida, y reunir en el aire todos los efluvios de aquella alma para aspirarlos como el perfume de una flor.

¡Qué grande me parecía aquella mujer, con su profundo olvido de sí misma, con su consagración a los seres débiles o heridos por el dolor, con su fidelidad a los vínculos legales! ¡Allí estaba, severa y tranquila, sobre la pira del martirio y de la santidad! Admiraba la hermosura de su rostro, que me parecía ver en medio de las tinieblas, cuando de pronto creí adivinar en sus palabras un sentido, una significación misteriosa, que la sublimó más. ¿Deseaba acaso que yo fuera para ella lo que ella era para su familia? ¿Encontrar en mí la fuerza y los consuelos que necesitaba, elevándome a su altura, a su nivel, o más alto aún? Los astros, según aseguran algunos atrevidos constructores de mundos, se comunican de este modo el movimiento y la luz. Este pensamiento me elevó repentinamente a las alturas etéreas; me remonté al cielo de mis antiguos sueños, y entonces

comprensí toda la extensión de las penas de mi infancia.

Santas Clarisas Harlowe ignoradas, genios extinguidos, corazones desconocidos, hijos abandonados, inocentes proscritos, vosotros, todos los que habéis visto por doquier rostros indiferentes, corazones fríos y oídos cerrados, no os quejéis, porque solamente vosotros podéis comprender la infinita alegría que proporcionan el corazón que os ama, el oído que os escucha y la mirada que os responde. ¡Un día feliz es compensación suficiente para todos los días desgraciados! Los dolores, las meditaciones, la desesperación y las melancolías son otros tantos lazos que unen un alma con el alma confidente. Embellecida por nuestros deseos reprimidos, una mujer recoge sus suspiros y sus amores perdidos, nos restituye con creces todas las afecciones frustradas y explica los anteriores pesares como la compensación exigida por el destino a cambio de los desposorios del alma. Sólo los ángeles pronuncian el nuevo nombre que lleva su santo amor, como sólo vosotros, mártires queridos, podéis saber lo que la señora de Mortsaufl llegó a ser para mí.

Aquel día era martes, y esperé hasta el domingo para atravesar el Indre en mis paseos. Durante estos cinco días, ocurrieron grandes sucesos en Cloche-gourde. El conde recibió el despacho de mariscal de campo, la cruz de San Luis y una pensión de cuatro mil francos. El duque de Lenoncourt-Givry, nombrado par de Francia, recobró dos

magníficos bosques y fué repuesto en su cargo en la corte, y su esposa entró en posesión de sus bienes no vendidos que habían formado parte del dominio de la corona imperial. La condesa de Mortsaufr había llegado a ser, por consiguiente, una de las herederas más ricas del Maine. Su madre había traído cien mil francos economizados en las rentas de Givry, cantidad a que ascendía su dote, que no había sido pagada todavía y de la que el conde no hablaba jamás, a pesar de sus apuros pecuniarios, porque éste era muy desinteresado. Uniendo a ésta sus economías, el conde podía comprar dos posesiones vecinas que producían cerca de nueve mil libras anuales de renta. Debiendo Santiago suceder en la pairía de Francia a su abuelo, era preciso constituirle un mayorazgo, que se compondría de la fortuna territorial de las dos familias, sin cuidarse de Magdalena, quien, mediante la influencia y el favor de su abuelo, podría seguramente hacer un buen matrimonio. Estos arreglos y esta prosperidad aliviaron en cierto modo los dolores del emigrado.

La llegada de la duquesa de Lenoncourt a Clochegourde fué un verdadero acontecimiento para el país; aquella mujer era una gran dama, y no me sorprendió ver en su hija el espíritu de raza, obscurecido a mis ojos por la nobleza de sus sentimientos. ¿Quién era yo, pobre y sin más porvenir que mi valor y mis facultades?

El domingo, en la iglesia, desde la capilla reservada en que me encontraba con la señora de Chessel y el abate

de Quelús, miraba ávidamente la otra capilla lateral, en la que estaban la duquesa y su hija, el conde y sus hijos.

El sombrero de paja que ocultaba a mis ojos a la condesa no se movió; pero este olvido me pareció que me unía con ella más estrechamente que todo el pasado. Aquella hermosa Enriqueta de Lenoncourt, que era ya mi amada Enriqueta, y cuya vida deseaba hacer dichosa, rogaba con fervor, comunicando la fe a su actitud una expresión tan humilde, tan devota, que la convertía en una especie de estatua religiosa que me produjo honda impresión.

Según se acostumbraba en la aldea, las vísperas debían cantarse dos horas después de la misa, y la señora de Chessel propuso a sus vecinos pasar en Frapesle este tiempo, para no atravesar dos veces el Indre y la llanura bajo los rigores del sol.

La proposición fué aceptada. El señor de Chessel dió el brazo a la duquesa, la señora de Chessel aceptó el del conde, y yo presenté el mío a la condesa, sintiendo por vez primera la presión de aquel brazo tan fresco y tan hermoso.

Durante el trayecto que hay desde la parroquia a Frapesle, trayecto que se hacía a través del bosque de Saché, cuyas frondas, interceptando la luz del sol, proyectaban sobre la arena del camino sombras confusas, experimenté un orgullo inexplicable y ocurriéronseme ideas que me produjeron violentas palpitaciones.

—¿Qué le pasa a usted?—me preguntó Enriqueta después de un silencio

que yo no osaba interrumpir—. Su co- razón late violentamente.

—He tenido noticia de sucesos felices para usted—contesté—; y, como los que aman de veras, he tenido varios temores. Sus grandezas, ¿perjudicarán acaso sus afecciones?

—¡Bah! Semejantes ideas me harían olvidarlo para siempre.

Dominado por una embriaguez, que debió ser comunicativa, la contemplé extático, y ella repuso:

—Nos aprovechamos del beneficio de leyes que no hemos solicitado, pero no seremos tacaños ni avaros; y además, bien sabe que ni mi esposo ni yo podemos salir de Clochegourde; así es que, siguiendo mis consejos, ha renunciado al mando a que tenía derecho en la Casa Roja. Tenemos bastante con que mi padre haya sido repuesto en su cargo; pero nuestra modestia obligada ha servido ya a nuestro hijo, porque el rey, a cuyo lado está mi padre de servicio, ha dicho bondadosamente que dispensaría a Santiago el favor que nosotros renunciamos. La educación de Santiago, de la que es preciso cuidar, es ahora motivo de serias discusiones, porque está llamado a representar dos casas ilustres: la de Lenoncourt y la de Mortsauf. Si tengo ambiciones, es por él, y esto aumenta mis inquietudes, porque no solamente Santiago debe vivir, sino que debe también hacerse digno de su nombre; dos obligaciones que están en manifiesta oposición. Hasta ahora he podido atender a su educación, subordinando el trabajo a sus fuerzas; pero, en lo sucesivo,

¿cómo encontrar un preceptor que me convenga? Y, además, transcurrido algún tiempo, ¿qué amigo cuidará de él en ese horrible París, donde todo son lazos para el alma y peligros para el cuerpo? Amigo mío—agregó con voz conmovida—, al ver su frente y sus ojos, ¿quién no adivinará en usted una de las aves destinadas a cernirse en las grandes alturas? Tome vuelo, y sea un día el padrino de mi amado hijo. Vaya a París; si su hermano y su padre no le ayudan, nuestra familia, mi madre especialmente, que tiene un genio emprendedor, lo protegerá con su influencia; aprovéchese de nuestro crédito y no le faltará apoyo en la carrera que elija; emplee lo superfluo de sus fuerzas en una noble ambición...

—La comprendo— dije interrumpiéndola—: la ambición será mi amiga; no tengo necesidad de eso para ser completamente suyo. No he menester que recompense usted mi discreción aquí con favores allí. Iré a la corte y me elevaré solo, por mi solo esfuerzo; de usted lo aceptaría todo; pero nada quiero de los demás.

—¡Niñerías!—murmuró esforzándose por reprimir una sonrisa de júbilo.

—Además— repuse—, me he consagrado a usted, y meditando en nuestra situación, he pensado unirme a usted con lazos que jamás puedan romperse.

Estremeciéndose ligeramente y, mirándome con fijeza, exclamó dejando que se adelantasen las dos parejas que nos precedían y reteniendo a sus hijos a su lado:

—¿Qué quiere decir?

—Y bien—respondí—, dígame francamente cómo desea que la ame.

—Ámeme como me amaba mi tía, cuyos derechos le he dado al autorizarlo para que me llame del mismo modo que ella.

—La amaré, pues, sin esperanza, con absoluta abnegación, y haré por usted cuanto una persona hace por Dios. ¿No me ha pedido eso? Entraré en un seminario, seré sacerdote y educaré a Santiago. Su hijo será como otro yo: concepciones políticas, paciencia, pensamientos, energía... todo se lo daré. Así podré permanecer a su lado, sin que mi amor, protegido por la religión como una imagen de plata por un fanal, pueda ser sospechado. No tendrá que temer ningún arranque immoderado de esos que dominan a los hombres y por los que en cierta ocasión me dejé vencer: me consumiré en su fuego, y le consagraré un amor purificado.

Enriqueta repuso, palideciendo:

—Félix, no contraiga compromisos que puedan llegar a ser obstáculos para su felicidad: moriría de dolor si yo fuera la causa de tal suicidio. Además, niño, ¿acaso la desesperación del amor es una vocación? Espere a conocer la vida para juzgarla; lo deseo, lo mando. No se case con la Iglesia ni con ninguna mujer; no se case de ningún modo, ¡se lo prohibo! permanezca libre. Tiene usted veintiún años, y a esa edad no sabe lo que el porvenir nos tiene reservado. ¡Dios mío! ¿acaso lo habré juzgado mal? Sin embargo, he creído

que dos meses son suficientes para conocer ciertas almas.

—¿Tiene usted esperanzas? — pregunté ansioso.

—Amigo mío, acepte mi ayuda, élévase, haga fortuna, y sabrá cuál es mi esperanza. En fin—agregó con acento que parecía revelar un secreto—, jamás abandone usted la mano de Magdalena, que ahora tiene en las suyas.

Para pronunciar estas palabras, que probaban cuánto le preocupaba mi porvenir, habíase inclinado hacia mi oído.

—¡Magdalena! — exclamé — ¡jamás!

Estas dos palabras nos sumieron en un profundo silencio. Nuestras almas estaban conmovidas.

Habíamos llegado ya frente a una puerta de madera que daba entrada al parque de Frapesle, cuyas dos pilastras arruinadas, cubiertas de plantas trepadoras, de musgos y de hiedras, me parece ver aún, cuando, de pronto, se me ocurrió una idea, la de la muerte del conde, que iluminó con luz vivísima mi inteligencia.

—La comprendo, condesa—le dije.

—Es una felicidad—repuso de un modo que me hizo comprender que le atribuía un pensamiento que no había tenido jamás.

La pureza de sus intenciones me arrancó una lágrima de admiración que amargó el egoísmo de mi amor, y díjeme que no me amaba lo bastante para desear ser libre. Cuando el amor retrocede ante un crimen, tiene todavía límites, y el amor debe ser infinito.

El corazón se me oprime de una manera dolorosa.

—¡No me ama!—pensé.

Y para impedir que leyera en mi alma, besé a Magdalena en los cabellos.

—Temo a su madre de usted—dije a la condesa para reanudar la conversación.

—Yo también—respondió Enriqueta haciendo un gesto de niña—; pero no olvide llamarle siempre señora duquesa y darle el tratamiento. La juventud actual ha perdido las costumbres de esas formas políticas; procure usted no olvidarlas en obsequio mío. Por otra parte, es de muy buen gusto respetar a las señoras, cualquiera que sea su edad, y reconocer las distinciones sociales sin discutir las. Los honores que tributamos a las superioridades reconocidas son una garantía de las que nosotros merecemos, porque en la sociedad todo es solidario. El cardenal de la Rovere y Rafael de Urbino eran en su tiempo dos poderes igualmente respetados. En las universidades y en los liceos han inculcado a ustedes las ideas de la revolución, y sus ideas políticas pueden resentirse de eso; pero, cuando tenga más edad, comprenderá que los principios de libertad mal definidos no pueden hacer felices a los pueblos. Antes de pensar, en mi calidad de Lenoncourt, en lo que debe ser la aristocracia, mi buen sentido de campesina me dijo que las sociedades no existen más que por la jerarquía. Se encuentra usted en un momento de la vida en que es preciso elegir bien... Sea de los

nuestros, sobre todo—añadió riendo—ahora que triunfamos.

Impresionáronme vivamente estas palabras, cuya profundidad política ocultábase bajo el calor del afecto, alianza que presta a las mujeres gran poder de seducción, porque saben dar a los razonamientos más poderosos las formas del sentimiento. Parecía que, en su afán de justificar las acciones del conde, Enriqueta había previsto las reflexiones que podían ocurrírseme cuando presencié por vez primera los efectos de las costumbres cortesananas.

El señor de Mortsauf, rey de su castillo, envuelto en una aureola histórica, había adquirido a mis ojos grandiosas proporciones, y confieso que me sorprendió extraordinariamente la distancia que estableció entre la duquesa y él, aunque en forma obsequiosa. El esclavo tiene también vanidad, y no quiere obedecer sino al mayor de los déspotas: yo estaba como humillado al observar el rebajamiento de aquél, que me hacía temblar dominando todo mi amor. Este movimiento interior me hizo comprender el suplicio de las mujeres cuyas almas generosas están unidas a la de un hombre bajo y cobarde. El respeto es una barrera que protege de igual modo al grande y al pequeño, pudiendo ambos mirarse de frente. Fui respetuoso con la duquesa a causa de mi juventud; pero en la señora en quien todos veían una duquesa, yo sólo veía la madre de Enriqueta, y di a mis homenajes una especie de santidad.

Entramos, al fin, en el gran patio de

Frapesle, donde encontramos a nuestros compañeros. El conde de Mortsauf me presentó muy graciosamente a la duquesa, que me examinó con detención. La señora de Lenoncourt tenía entonces cincuenta y seis años de edad, estaba perfectamente conservada y sus modales eran los de una gran dama.

Al contemplar sus ojos azules, sus sienes surcadas de arrugas, su rostro seco y macerado, su estatura elevada e imponente, sus ademanes sobrios y su lívida blancura, reconocí la raza fría a que pertenecía mi madre, con la rapidez con que un mineralogista reconoce el hierro de Suecia. Su lenguaje era el de la antigua corte, y, por consiguiente, pronunciaba mal la mayor parte de las palabras. Mi conducta para con ella fué tan correcta, que, cuando íbamos a las vísperas, la condesa me dijo al oído:

—Se porta usted perfectamente.

El conde dirigióse hacia mí y me cogió de la mano diciéndome:

—¿No estamos enfadados, verdad, Félix? Vamos, perdone las ligerezas de un viejo camarada. Hoy comeremos probablemente aquí, y le invitaremos para el jueves, víspera de la marcha de la duquesa. Yo necesito ir a Tours a terminar unos negocios, pero, en mi ausencia, no permanezca alejado de Clochegourde, pues mi madre política es un conocimiento que le conviene cultivar; tiene las tradiciones de la antigua corte, posee inmensa instrucción y conoce los blasones de todos los nobles de Europa.

El buen gusto del conde, quizá los

consejos de su buen genio doméstico, reveláronse en la nueva situación en que lo colocaba el triunfo de su causa. No se mostró arrogante, habló con sencillez, y la duquesa no alardeó de protectora.

Los señores de Chessel aceptaron la invitación que se les hizo para comer el jueves en Clochegourde; yo agradé a la duquesa, y sus miradas me demostraron que examinaba en mí al hombre a quien su hija le había elogiado. Cuando volvíamos de las vísperas, me habló de mi familia y me preguntó si el Vandenesse empleado en la diplomacia era pariente mío.

—Es mi hermano—le respondí.

Entonces se mostró afectuosa, haciéndome saber que mi tía, la vieja marquesa de Listomore, era una Grandlieu. Como el señor de Mortsauf el día que me vió por primera vez, tratóme con mucha cortesía, su mirada perdió la expresión de altanería que le era habitual, y con la que los príncipes de la tierra nos señalan la distancia que hay entre ellos y nosotros. Yo estaba casi ignorante de todo lo referente a mi familia, y la duquesa me notificó que mi tío segundo, un anciano abate a quien no conocía ni aun de nombre, formaba parte del Consejo privado, que a mi hermano se le había concedido un ascenso y, en fin, que mi padre, por un artículo de la Carta, volvía a ser marqués de Vandenesse.

—Yo sólo soy el siervo de Clochegourde—dije en voz baja a la condesa.

La restauración hacíase con rapidez que sorprendía a los jóvenes educados

bajo el régimen imperial ; pero esta revolución no significaba nada para mí. La menor palabra, el más pequeño gesto de la señora de Mortsauf eran los únicos hechos a que yo daba importancia. Ignoraba qué era el Consejo privado, y no conocía la política ni lo que ocurría en el mundo, pues mi única ambición era amar a Enriqueta mejor que Petrarca a Laura ; esta ignorancia hizo que la duquesa me tomara por un niño.

Aquel día vióse muy concurrido Frapesle, reuniéndonos treinta personas en la mesa. ¡ Qué embriaguez tan dulce para un joven ver que la mujer que ama era la más bella entre todas, la más contemplada, la que era objeto de miradas más apasionadas, saber que él sólo recibe la casta luz de sus ojos y conocer las inflexiones de su voz lo suficiente para encontrar en sus palabras, aparentemente ligeras y festivas, las pruebas de un pensamiento constante, aun cuando le ocasionasen celos devoradores las distracciones de la sociedad !

El conde, feliz por las atenciones que se le dispensaban, mostróse casi joven ; su mujer esperaba algún cambio de carácter, y yo bromeaba con Magdalena, que provocaba mi risa con observaciones sorprendentes, con las que hacía gala de un talento burlesco exento de malicia, pero que no perdonaba a nadie. Fué hermoso día para mí. Una palabra, una esperanza nacida por la mañana, fué bastante para iluminar a la naturaleza. Viéndome tan alegre, Enriqueta mostrábase también regocijada.

—Esta felicidad en su vida sombría y obscura es de buen agüero—me dijo después.

El día siguiente lo pasé en Cloche-gourde : había estado desterrado cinco días, y tenía sed de vida. El conde había partido a las seis, con dirección a Tours, donde tenía que redactar algunos contratos de compra. Entre madre e hija había surgido un grave motivo de discordia. La duquesa deseaba que Enriqueta la siguiera a París, comprometiéndose a obtener para ella un cargo en la corte, donde el conde, retirando la renuncia que había hecho, podía ocupar un puesto elevado. Enriqueta, que pasaba por una mujer feliz, no quería revelar a nadie, ni aun a su madre, los horribles sufrimientos que padecía, ni que se sospechara la incapacidad mental de su marido ; y con objeto de que la madre no descubriera el secreto del hogar doméstico, había enviado al señor de Mortsauf a Tours, donde era posible que peleara con las gentes de curia. Sólo yo, como me había manifestado, conocía los misterios de Cloche-gourde.

Habiendo experimentado hasta qué punto el aire puro y el cielo azul de aquel valle calmaban las irritaciones del espíritu o los dolores intensos de la enfermedad, y la influencia que ejercía la residencia en Cloche-gourde en la salud de sus hijos, Enriqueta oponía a las exigencias de su madre negativas fundadas, que combatía la duquesa, mujer envanecida, menos disgustada que humillada por el matrimonio que su hija había realizado. ¡ Descubri-

miento espantoso! Enriqueta comprendió al fin que a su madre le preocupaban poco Santiago y Magdalena. Como tales madres acostumbradas a continuar ejerciendo sobre la mujer casada la tiranía que han ejercido sobre la joven soltera, la duquesa fundamentaba sus deseos en razones que no admitían réplica: tan pronto afectaba un cariño capcioso, para arrancar el consentimiento a Enriqueta, como empleaba una amarga frialdad para obtener por el temor lo que con la dulzura no conseguía; después, al ver que sus esfuerzos eran inútiles, valiéndose de la ironía, procedimiento que con frecuencia empleaba también mi madre.

En diez días, Enriqueta experimentó todos los dolores que ocasionan a las jóvenes esas rebeliones que son necesarias para establecer su independencia. Tú que tienes, por fortuna, la mejor de las madres, no puedes comprender el horror de esta lucha. Para tener idea de ella, cuando la entablan una mujer seca, fría, calculadora y ambiciosa, y una hija sumamente bondadosa, sería preciso suponer al lirio, a que mi corazón la ha comparado con frecuencia, metido entre los rodajes de una máquina de acero bruñido.

Aquella madre que no se parecía en nada a su hija, no supo adivinar ninguna de las verdaderas causas que la obligaban a no utilizar las ventajas de la Restauración y a continuar su vida solitaria, por lo que creyó en «algún amorcillo entre su hija y yo». Esta frase, de que se servía para manifestar

sus sospechas, abrió entre ambas abismos que nada podía llenar en lo sucesivo. Aunque las familias oculten cuidadosamente esas intolerables disidencias, penetrad en ellas y encontraréis llagas profundas, incurables, que aminoran los sentimientos naturales; ya pasiones reales y ternísimas que la consecuencia de los caracteres hace eternas y que dan a la muerte un golpe cuyas señales son indelebles, u odios latentes que van poco a poco helando el corazón y secan las lágrimas cuando llega la muerte.

Atormentada ayer, atormentada hoy, herida por todos, aun por los dos ángeles doloridos que no eran cómplices de los males que sufrían ni de los que ocasionaban, ¿cómo aquella pobre alma no había de amar a quien, no sólo no la latismaba, sino que deseaba rodearla de un seto de espinas para defenderla de las borrascas, de todo contacto que le fuera perjudicial o que le ocasionara algún dolor? Si esto me hacía sufrir, a veces era feliz cuando Enriqueta se refugiaba en mi corazón, confiándome sus penas. Entonces pude apreciar su calma estoica y la enérgica paciencia que sabía desplegar. Cada día comprendía mejor el significado de estas palabras:

—Ameme usted como me amaba mi tía.

—¿Usted no tiene ambiciones?—me preguntó la duquesa, a la hora de la comida, con un tono duro.

—Señora — respondí dirigiéndole una mirada profunda—, creo tener fuerzas para dominar el mundo; pero

apenas he cumplido los veintiún años y me encuentro solo.

La duquesa miró a su hija con asombro; suponía que, por retenerme a su lado, extinguía en mí toda ambición.

La permanencia de la señora de Lenoncourt en Clochegourde fué para nosotros un verdadero martirio. La condesa me recomendaba el decoro, se asustaba de toda palabra pronunciada con dulzura, y, por complacerla, vime obligado a disimular. Llegó el jueves, día de enojoso ceremonial, uno de esos días que odian los amantes acostumbrados a la familiaridad de la vida diaria, porque el amor aborrece cuanto a él no se refiere.

Al fin, la duquesa marchóse a disfrutar de las pompas de la corte, y todo entró en orden en Clochegourde.

Mi ligera disputa con el conde me había favorecido haciéndome más íntimo de la casa, a la que desde entonces pude ir a cada momento sin provocar desconfianzas, y los antecedentes de mi vida me hicieron ser como una planta trepadora para aquella hermosa alma que abría ante mí un mundo encantador.

A cada hora, de momento en momento, nuestro fraternal afecto, fundado en la confianza, hizose más coherente, más íntimo; la condesa me envolvía en la vivificadora protección de su amor, completamente maternal, mientras que mi pasión, aparentemente seráfica, hacíase lejos de ella ardiente como un hierro candente.

Si me preguntas por qué, siendo joven y estando lleno de fogosos deseos,

procuraba mantenerme en las creencias del amor platónico, te confesaré que no era todavía bastante hombre para atormentar a aquella mujer, que temía siempre que la muerte le arrebatara sus hijos, que esperaba una tempestuosa variación del carácter de su esposo, que no cesaba de atormentarla. Afligida por la enfermedad de Santiago o de Magdalena, pasaba las horas sentada a la cabecera de la cama de alguno de ellos siempre que el conde se lo permitía. Una palabra demasiado viva le quebrantaba, un deseo la ofendía; ella necesitaba un amor velado, fuerza mezclada de ternura, lo que ella sentía por los demás. A ti, a quien tanto amo, te lo puedo confesar; esta situación traía consigo encantadoras languideces, momentos de suavidad cívica y satisfacciones a los que seguían tácitos sacrificios. Su conciencia era contagiosa, su abnegación, sin recompensa humana, imponía por su persistencia, y aquella viva y secreta piedad que enlazaba sus demás virtudes, obraba en torno suyo como un incienso espiritual.

Además, yo era joven, demasiado joven para que me satisficiera el beso que contadas veces me permitió depositar en su mano, presentándome siempre el dorso y jamás la palma, límite en que quizá, a juicio suyo, empezaba la voluptuosidad del sensualismo.

Nunca dos almas se han unido con más ardor, pero tampoco fué jamás el cuerpo más intrépidamente domado. Más tarde comprendí la causa de esta felicidad. Sí; más tarde amamos úni-

camente la mujer en una mujer, mientras en la primera mujer amada lo amamos todo: sus hijos son los nuestros, su casa es la nuestra, sus intereses son los nuestros, su desgracia es nuestra desgracia mayor; amamos sus vestidos y sus muebles, sentimos más sus pérdidas que nuestra ruina, y nos molestan las visitas que desordenan los adornos de su chimenea. Este santo amor nos hace vivir a uno en el otro, en tanto que, luego, ¡ay! atraemos una vida a nosotros, pidiendo a la mujer que enriquezca con la frescura de sus sentimientos nuestras facultades empobrecidas.

No tardé en ser considerado como miembro de la familia, experimentando por primera vez en mi vida una dulzura infinita que fué para mi alma atormentada lo que un baño para el cuerpo fatigado: mi alma sintióse refrescada hasta sus repliegues más profundos.

Tú eres mujer y no puedes comprender esto: se trata de una felicidad que vosotras proporcionáis, sin recibir compensación. Sólo un hombre conoce el placer dulcísimo de ser el preferido por el ángel de un hogar extraño, y el centro secreto de sus afectos; los perros no le ladran, los criados reconocen, lo mismo que los perros, las insignias ocultas que lleva, y los niños, para quienes todo sigue lo mismo, que saben que su parte no disminuye jamás, que conocen su benevolencia y poseen su espíritu de adoración, le adoran, lo hacen objeto de las dulces tiranías que reservan a los seres adorados, hacen ga-

la de discreciones llenas de gracia, son cómplices inocentes, se aproximan a él andando de puntillas, le sonríen y se alejan en silencio.

Las pasiones verdaderas semejan hermosas flores que producen tanto más placer cuanto más infecundos son los terrenos en que nacen; pero, si obtuve estos deliciosos beneficios, también soporté las cargas. Hasta entonces el señor de Mortsauf habíase contenido en mi presencia, por lo que había yo podido apreciar toda la importancia de sus defectos; pero bien pronto los conocí con todos sus detalles, lo que me reveló cuán noblemente caritativa era la condesa, que se veía obligada a sostener tan prolongada lucha. Entonces comprendí todas las asperezas del carácter intolerable del conde, sus burlas continuas a propósito de nada, sus quejas de males imaginarios, el descontento innato que marchitaba su vida y la incesante necesidad tiránica que le había hecho devorar cada año nuevas víctimas.

Quando paseábamos por la tarde, era el conde quien dirigía el paseo, que siempre encontraba fastidioso, y, ya en casa, atribuía a los demás la causa de su fatiga, asegurando que Enriqueta lo llevaba contra su voluntad adonde a ella se le antojaba.

Si no se le contradecía y sus justas recriminaciones eran escuchadas con silenciosa resignación, se irritaba, preguntaba bruscamente si la religión no imponía a las mujeres el deber de complacer a sus esposos, y si no era una grave falta el despreciar al padre de

sus hijos, concluyendo siempre por atacar la cuerda más sensible de la condesa, y experimentando, cuando conseguía herirla, gran placer.

Algunas veces afectaba un mutismo sombrío, un abatimiento morboso que aterraba a la condesa, de quien recibía entonces los cuidados más solícitos. Semejante a los niños caprichosos que ejercen un poder tiránico sin cuidarse de las almas maternas, dejábase mimar como Santiago y Magdalena, de quienes tenía celos. En fin, descubrí que lo mismo en las circunstancias más solemnes que en las más pequeñas, el conde trataba a sus criados, a sus hijos y a su esposa de igual manera que a mí cuando jugábamos al chaquete.

El día que comprendí todas las dificultades que sofocaban y oprimían los movimientos y la respiración de aquella familia, haciendo cada día más difícil el buen gobierno de la casa, impidiendo el acrecentamiento de la fortuna y complicando las acciones más sencillas y necesarias, sentí un espanto de admiración que dominó a mi amor, relegándolo al fondo de mi corazón. ¿Quién era yo, Dios mío? Las lágrimas que había bebido engendraron en mí una embriaguez sublime encontrando una especie de felicidad en participar de los sufrimientos de aquella mártir. Me sometí al despotismo del conde como el contrabandista se somete a pagar las multas, y desde entonces me ofrecí involuntariamente a los golpes del déspota para aproximarme más a Enriqueta.

La condesa me adivinó, me concedió

un sifio a su lado y me recompensó permitiéndome que tomara parte en sus sufrimientos, como en otro tiempo el opóstata arrepentido, deseoso de subir al cielo con sus hermanos, obtuvo la gracia de morir en el circo.

—Sin usted, me habría sido imposible seguir viviendo—me dijo Enriqueta una tarde en que el conde había estado, como las moscas en verano, más picante, más mordaz y más cruel que de costumbre.

El conde habíase acostado y Enriqueta y yo nos quedamos bajo las acacias durante las primeras horas de la noche: los niños jugaban cerca de nosotros, bañados por los pálidos rayos de la luna. Nuestras palabras, raras y casi reducidas a exclamaciones, nos revelaban la semejanza de ideas que nos compensaban de nuestros comunes sufrimientos. Cuando las palabras faltaban, el silencio, traducía fielmente el estado de nuestras almas, que, en cierto modo, entraban la una en la otra sin obstáculo, pero sin ser invitadas por el beso; y, saboreando juntas los encantos de un éxtasis pensativo, se aventuraban en las ondulaciones de un mismo sueño, se sumergían ambas en el río y salían de sus aguas frescas como dos ninfas, tan estrechamente unidas como los celos pudieran desear, pero sin ningún lazo terrestre. Nos lanzábamos a un abismo sin fondo, volviendo a la superficie con las manos vacías, y preguntándonos con una mirada:

—¿Tendremos alguna vez un día nuestro?

Cuando la voluptuosidad nos corona de flores nacidas sin raíces, ¿por qué ha de murmurar la carne? A pesar de la enervante poesía de la noche, que ponía en los ladridos de la balaustrada tonos anaranjados suaves y puros; a pesar de la religiosa atmósfera que nos transmitía los gritos de los niños, el deseo circulaba por nuestras venas como un fuego de alegría.

Después de tres meses me parecía insuficiente la parte que me concedían, por lo que acaricié dulcemente la mano de Enriqueta, con la esperanza de comunicarle el sensualismo voluptuoso que me abrasaba. Enriqueta, volviendo a ser la señora de Mortsauf, retiró su mano; algunas lágrimas brotaron de mis ojos; las vió, y con extremada dulzura me dijo:

—Sabe usted que esto me cuesta lágrimas. La amistad que solicita tan grandes favores es muy peligrosa.

No pudiendo contenerme empecé a dirigirle reproches, poniendo de relieve mis sufrimientos y la pequeña recompensa que pedía por soportarlos. Me atreví a declararle que a mi edad, si los sentidos se reconcentraban en el alma, el alma tenía sexo; que sabría morir, pero que no moriría en silencio. Enriqueta me hizo callar dirigiéndome una altiva mirada, en la que me pareció leer el: «Y yo, ¿estoy sobre rosas?» del Cacique.

¡Ay! Quizá esta vez me engañaba también. Desde el día en que, ante la puerta de Frapesle, le había atribuído aquel pensamiento que hacía brotar de la tumba nuestra felicidad, me aver-

gonzaba de manchar su alma con los deseos de una pasión brutal.

Con voz dulcísima me dijo que ya sabía yo que no podía ser toda para mí; y en el momento en que pronunciaba estas palabras, comprendí que, si obedecía a mi pasión, abriría entre nosotros abismos insondables. Incliné la cabeza, y ella prosiguió diciendo que tenía la certidumbre de poder amar a un hermano sin ofender a Dios ni a los hombres, y que experimentaba cierta dulzura haciendo de ese culto una imagen real del amor divino, que, según San Martín, es la vida del mundo. Si yo no podía ser para ella algo semejante a su anciano confesor, menos que un amante, pero más que un hermano, sería preciso que dejáramos de vernos, y ella sabría morir llevando a Dios aquellos sufrimientos que tantas lágrimas le hacían derramar.

—Le he dado a usted—dijo por último— más de lo que debía, con objeto de que no tuviese nada que tomar, y ya sufro el castigo.

Vime obligado a tranquilizarla, prometiéndole no ocasionarle jamás dolor alguno y amarla a los veinte años como aman los viejos a su último hijo.

Al día siguiente fui muy temprano al castillo. Enriqueta no tenía flores para los vasos del salón, y salí presuroso a los campos y a las viñas para hacerle dos ramilletes. Pero, cogiéndolas una a una, cortándolas por el pie, admirándolas, recordé que los colores y el follaje tienen armonía, poesía que habla a la inteligencia encantando la mirada, como las frases musicales

despiertan mil recuerdos en los corazones apasionados.

Si el calor es la luz organizada, ¿no debe tener sentido, como las combinaciones del aire?

Con la ayuda de Santiago y Magdalena, felices los tres al preparar una sorpresa agradable a la que amábamos, empecé en los últimos peldaños de la escalinata exterior, donde habíamos establecido el cuartel general de nuestras flores, a formar dos ramilletes a los que intenté dar expresión. Figúrate una fuente de flores brotando a borbotones de los vasos, cayendo en olas bordadas, y de cuyo seno se levantaban mil votos, simbolizados por rosas blancas que rodeaban un hermoso lirio de cáliz de plata; sobre este fresco tejido brillaban las violetas, los miosotis, las viperinas, todas las flores azules cuyos matices celestes armonizaban perfectamente con el blanco.

El amor tenía un blasón, y la condesa, que lo descifró, dirigióme una mirada incisiva que parecía el grito de un enfermo cuya herida ha sido sondada; experimentaba al mismo tiempo vergüenza y placer. ¡Qué recompensa habría en aquella mirada! ¡hacerla feliz, refrescar su corazón!... ¡Cuánto valor! Aplicando al amor la teoría del padre Castel, resucité la ciencia perdida en Europa, en la que las flores de la escritura reemplazan a las páginas escritas en Oriente con colores perfumados. Pronto me entendí con las flores campestres, como el sabio a quien más tarde conocí en Grandlieu se entendía con las abejas.

Durante el resto de mi permanencia en Frapesle, realicé dos veces por semana el largo trabajo de aquella obra poética, para la que necesitaba todas las variedades de gramíneas, de las que hice un estudio profundo, más de poeta que de botánico, ocupándome más su espíritu que su forma. Para encontrar una flor, tenía que ir, con frecuencia, muy lejos, a orillas de los arroyos, al fondo de los valles, a la cima de las rocas, al medio de las llanuras; y en estas excursiones llegué a iniciarme en placeres ignorados por el sabio que vive entregado a la meditación, por el agricultor ocupado en la recolección de sus frutos, por el obrero de las ciudades y por el comerciante sujeto al mostrador, pero que algunos pastores y no pocas señoras conocen muy bien.

Hay en la naturaleza efectos cuya significación no tiene límites y que se elevan a la altura de las más grandes concepciones morales: ya un florido arbusto, cubierto por los diamantes del rocío que le baña y con los que juega el sol, belleza inmensa dispuesta para una sola mirada; ya un pequeño bosque rodeado de rocas ruinosas, vestido de musgo, guarnecido de hiedra que cautiva por no sé qué de salvaje y espantoso, y de donde sale el graznido del quebrantahuesos; ora un yermo sin vegetación, pedregoso, cuyos horizontes se asemejan a los del desierto, y donde encuentro una flor magnífica y solitaria, imagen conmovedora de mi blanco idolo; ora grandes extensiones de agua sobre las que pone la naturaleza manchas de verdura, especie de transi-

ción entre la planta y el animal, donde viven algunos, y donde flotan hierbas e insectos como flotan los mundos en el éter; a veces, una cabaña en el centro de un jardín lleno de verdura, rodeado por campos de centeno, símbolo de muchas humildes existencias; ya, por último, un descampado semejante a la nave de una catedral, cuyos árboles son pilares, las ramas forman los arcos de las bóvedas, y encima de la cual una claridad lejana, matizada por los tintes rojizos del sol poniente, asemejase a la que penetra a través de los cristales de un coro lleno de pájaros que cantan. Después, al salir de este bosque fresco y frondoso, vese un barbecho, donde, sobre musgos ardientes y sonoros, unas culebras ahitas se retiran a sus guaridas levantando sus cabezas elegantes y orgullosas. Poned en estos cuadros torrentes de luz, o nubes grises alineadas como las arrugas en la frente de un anciano, o los tonos fríos de una tarde autumnal y escuchad: oiréis armonías indefinibles en medio de un silencio conmovedor.

Durante los meses de septiembre y octubre cada ramillete que hacía, costábame tres horas de pesquisas; tanta admiración me causaban esas alegrías fugitivas en que creía ver juntas las frases más opuestas de la vida humana, majestuoso espectáculo que va a evocar ahora mi memoria. Hoy me ocurre frecuentemente unir a estas grandes escenas el recuerdo del alma que se dilataba entonces en la naturaleza; todavía se pasea para mí en ella la soberana cuyo vestido blanco ondea-

ba en los setos, flotaba sobre el césped, y cuyo pensamiento alzábase, como un fruto prometido, de cada cáliz, lleno de estambres amorosos.

Ninguna declaración, ningún testimonio de insensata pasión tuvo contagio más violento que aquellas sinfonías de flores en que mi deseo engañado me hacía desplegar grandes esfuerzos.

La señora de Mortsauif no era más que Enriqueta ante las flores; comprendía todos los pensamientos que yo expresaba con ellas, y me consideraba recompensado cuando, para recibirlas, alzaba la cabeza diciendo:

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es!

Se comprende esta deliciosa correspondencia por medio de un ramillete, como se comprende a Saadí por un fragmento de poesía. ¿Has percibido en el campo, durante el mes de mayo, el perfume que comunica a todos los seres la embriaguez de la fecundación, que hace que introduzcas las manos en el agua del río, que entregues al viento la cabellera y que tus pensamientos se eleven con los tallos de las flores? Una hierbecilla, la menta odorífera, es uno de los principios más poderosos de esta armonía inexplicable, por lo que nadie puede tenerla impunemente junto a sí. Pon en un ramillete esas hojas brillantes y rayadas como una tela de listas blancas y verdes: exhalaciones inagotables removerían en el fondo del corazón las rosas en capullo que el pudor hace inclinar con su peso. En torno del búcaro de porcelana supón una fuerte margen com-

puesta únicamente de hojas de las vides de Turena, vaga imagen de las formas queridas, plegadas como las de una esclava sumisa. De allí ascienden las espirales de las enredaderas de campanillas blancas, las ramitas de la ononide rosa, confundida con algunos helechos, tallos nuevos de encina con hojas lustrosas y espléndidamente coloradas; todas avanzan prosternadas humildemente como sauces llorones, tímidas y suplicantes como plegarias. Por encima de esto, contempla las fibrillas sueltas, floridas e incesantemente agitadas, de brizna purpurina que derrama a oleadas su polen amarillo; las pirámides de la hierba del campo, los penachos puntiagudos de esas gamas llamadas espigas de viento, violadas esperanzas de que se coronan los sueños infantiles y que se destacan sobre el fondo gris del lino, donde la luz brilla entre las matas en flor. Más arriba, algunas rosas de Bengala entre las hojas dentadas de la zanahoria silvestre, las plumas de lino, los marabú de la reina de los prados, los blondos cabellos de la clemátide en fruto, las aspitas de cruciata, blanca como la nieve, los corumbos de mil hojas, los tallos de la fumaria de flores rosadas y negras, los ensortijados de la vid, los vástagos tortuosos de la madre selva, en fin, todo cuanto esas candidas creaciones tienen de más desmelenado, de más desgarrado, de llamas y de triples dardos, de hojas lanceoladas, desbriznadas, de tallos atormentados como los deseos enroscados en las profundidades del alma. Del seno de este prolijo torrente

de amor que se desborda, álzase una magnífica y doble adormidera roja con sus botones próximos a abrirse, desplegando las llamas de su incendio sobre los jazmines estrellados y dominando la lluvia incesante de polen, rubie hermosa que se agita en el aire reflejando la luz de sus mil partículas brillantes. ¿Qué mujer, embriagada por el aroma de Afrodisia que contiene la menta, no comprenderá las ideas sumisas, la ternura que turban los movimientos indomables, el ardiente deseo del amor que ansía ser feliz, a pesar de las luchas de la pasión continua, infatigable, eterna?

Colocad uno de estos ramilletes de flores en plena luz, a fin de poner de manifiesto sus frescos detalles, sus delicadas oposiciones, sus arabescos, para que vuestra reina contemple conmovida una flor de la que cae una lágrima, y estará tan próxima a ceder, que será necesario que un ángel o la voz de sus hijos la detengan al borde del abismo. ¿Qué ofrendamos a Dios? Aromas, luz y cánticos, las expresiones más puras de nuestra naturaleza; y todo lo que se ofrece a Dios, ¿no lo ofrecemos también al amor en ese poema de las flores que despierta incesantemente las melancolías del corazón, acariciando ocultas voluptuosidades, esperanzas no confesadas, ilusiones que se forjan y se extinguen como estrellas errantes en una noche templada?

Estos placeres no pudieron engañar a la naturaleza irritada por la constante contemplación de la persona amada, y fueron para mí, porque no me atrevo

a asegurar que también para ella, como las hendiduras por las que brotan las aguas contenidas por una barrera invencible y que impiden con frecuencia una desgracia cediendo a la necesidad. Sin embargo, muchas veces he sorprendido a Enriqueta ante uno de aquellos ramilletes, con los brazos caídos, abismada en ensueños tempestuosos durante los cuales los deseos hinchaban el pecho, iluminan la frente, llegan a oleadas, se estrellan espumosos y dejan en el alma una laxitud enervante. ¡Desde entonces no he vuelto a hacer ramilletes para nadie! Cuando hubimos inventado ese lenguaje para nuestro uso, experimentamos un placer semejante al que experimenta el esclavo que logra engañar a su señor.

En los días restantes de aquel mes, cuando yo corría por los jardines, veía con frecuencia su rostro pegado a los cristales; pero, al entrar en el salón, la encontraba bordando. Si no llegaba a la hora convenida, sin que jamás nos la hubiéramos indicado, la encontraba en la azotea, y, al verse sorprendida, decíame:

—He llegado primero que usted. Hay que tener un poco de coquetería para el último hijo.

Se habían interrumpido las partidas de chaquete entre el conde y yo. Las adquisiciones que recientemente había hecho, obligábanle a hacer una porción de correrías, de reconocimientos y de mediciones, que, juntamente con los trabajos campestres que reclamaban el ojo del amo, le tenían ocupado.

La condesa y yo íbamos con frecuen-

cia en su busca a sus nuevas posiciones, acompañados por los niños, los cuales, durante el camino, corrían detrás de las mariposas o cogían flores. ¡Pasearse con la mujer amada, darle el brazo, facilitarle el camino!... Esas alegrías bastan para hacer feliz a un enamorado.

Ibamos solos y volvíamos con el general, sobrenombre cariñoso que dábamos al conde cuando éste se encontraba de buen humor. Estas dos maneras de recorrer el camino matizaban nuestros placeres con dificultades cuyo secreto sólo conocen los corazones contrariados. Al regreso, una mirada o un apretón de manos, no exentos de inquietudes, nos hacían felices. Las palabras, tan libres a la idea, tenían a la vuelta misteriosas significaciones, cuando cualquiera de nosotros encontraba después de algún intervalo una respuesta conveniente a interrogaciones insidiosas, o cuando una discusión comenzada continuaba en forma enigmática a la que tan bien se presta nuestro lenguaje y que tan hábilmente emplean las mujeres. ¿Quién no ha experimentado el placer de entenderse de esta manera, como en una esfera desconocida en que las almas se separan de la multitud y se unen, burlando las leyes vulgares?

En cierta ocasión, concebí una loca esperanza, que no tardó en desvanecerse, cuando, respondiendo a una pregunta del conde, que deseaba saber de qué hablábamos, contestó Enriqueta con una frase de doble sentido que le dejó satisfecho. Esta inocente broma

provocó la risa de Magdalena e hizo ruborizar a su madre, quien con una mirada severa me dió a entender que, queriendo ser siempre una esposa irreprochable, podía retirarme su afecto como me retiraba la mano. Pero esta unión puramente espiritual tenía tantos atractivos para los dos, que al día siguiente empezamos de nuevo.

En esta forma transcurrieron las horas, los días y las semanas, y llegamos a la época de las vendimias, que son en Turena verdaderas fiestas.

A fines de septiembre el sol, menos ardiente que en la época de la siega, permite permanecer en los campos sin experimentar molestia alguna; además, es más fácil cortar los racimos que segar los trigos. La uva está madura, la recolección del trigo se ha terminado, el pan cuesta más barato, y la abundancia es jubilosa; por último, los temores que inspira el resultado de las faenas agrícolas, que tanto dinero y tanto sudor cuestan, han desaparecido ante los graneros llenos y las cubas preparadas para llenarse. La vendimia es como el sabroso postre de la recolección, y precisamente en esa época el cielo de Turena, cuyos otoños son magníficos, se muestra sonriente. En aquel país hospitalario, los vendimadores comen y duermen en la misma casa, siendo éstas las únicas comidas en que aquellas pobres gentes disfrutan de alimentos substanciosos y bien condimentados. Les dan la importancia que en las familias patriarcales dan los niños a las fiestas de los aniversarios.

Clochegourde encontrábase lleno de

gente y de provisiones, y la despensa constantemente abierta, pareciendo que todo se animaba con el movimiento de obreros y de carretas en que llegaban grupos de alegres jóvenes, y de pobres labriegos que, con la esperanza de obtener mayores salarios que durante el resto del año, cantaban por el motivo más insignificante. Además, y ésta era otra causa de regocijo, las clases se confundían: mujeres y niños, amos y trabajadores, todos participaban de la divina cosecha, circunstancias que pueden explicar la hilaridad transmitida de edad en edad que se desarrolla en estos últimos hermosos días del año, cuyo recuerdo inspiró a Rabelais la forma báquica de su obra más genial.

Santiago y Magdalena, siempre enfermos, no habían presenciado nunca la vendimia; yo estaba en el mismo caso; los niños, al ver que yo participaba de sus emociones, experimentaron una gran alegría; su madre había prometido acompañarnos.

Habíamos ido a Villaines, donde se fabricaban las cestas, a encargarlas muy bonitas, porque nos proponíamos vendimiar algunas cepas, habiéndose convenido en que no comeríamos demasiada uva. Santiago me hizo jurar que no faltaría a la vendimia en Clochegourde.

Aquellos dos niños, de ordinario pálidus y enfermizos, estuvieron tan frescos, sonrosados y revoltosos aquella mañana como no habían estado jamás. Iban y venían, y gritaban llenando de júbilo a sus padres, que nunca los habían visto de aquel modo, y yo llegué a ser

tan niño, o más, que ellos, pues esperaba también mi parte en la recolección.

El tiempo estaba hermosísimo, cuando nos encaminamos a las viñas. ¡Cómo disputábamos acerca de quién encontraría los racimos más hermosos y de quién llenaría primero su cesta! ¡Cuántas idas y venidas desde las cepas a la madre! No se cortaba un racimo que no se le mostrara. Enriqueta echóse a reír con la gozosa risa de la juventud cuando, llegando detrás de su hija, le dije como Magdalena:

—¿Y los míos, mamá?

Y respondíome sonriendo:

—Querido mío, no te sofoques tanto.

Luego pasóme la mano por los cabellos, y, dándome una palmadita en la mejilla, agregó:

—¡Estás sudando!

Fué la única vez que me tuteó.

Contemplé los setos cubiertos de frutos rojos, escuché los gritos de los niños, admiré los grupos de vendimiadores, la carreta llena de uva y los hombres cargados de racimos, y grabé aquella imagen en mi memoria, hasta el joven almendro bajo el cual permanecía Enriqueta de pie, fresca, sonrosada y risueña con la sombrilla abierta.

Luego empecé a cortar racimos, a llenar mi cesto y a vaciarlo en la carreta, con aplicación silenciosa y sostenida y con paso lento y medurado. Experimentaba el placer inefable de un trabajo corporal que sostenía la vida limitando el curso de la pasión, que sin aquel movimiento mecánico estaba a punto de abrasarme.

Entonces supe cuánta sabiduría hay en el trabajo uniforme y comprendí las reglas monásticas.

Por vez primera en mucho tiempo, el conde no se mostró extravagante ni cruel; su hijo, el futuro conde de Lenoncourt-Mortsau, blanco y sonrosado, con la cara llena de mosto, le alegraba el corazón. Como era aquél el último día de la vendimia, *el general* prometió que por la noche se bailarían delante del castillo de Clochegourde para celebrar la restauración de los Borbones, siendo la fiesta completa para todo el mundo.

Al regreso, la condesa me agarró del brazo, se apoyó en él de manera que mi corazón y el suyo latían al unísono, deseando comunicarme su alegría, y me dijo al oído:

—¡Usted nos ha traído la felicidad!

Para mí, que ignoraba sus noches de insomnio, sus constantes zozobras y su vida anterior en la que la mano de Dios la había sostenido, aquella frase, pronunciada por su voz tan rica de inflexiones, me revelaba placeres que no podía proporcionarme ninguna otra mujer.

—La triste uniformidad de mis días está ya rota, y la esperanza me embellece la vida—agregó luego—. ¡Oh! ¡no me abandone usted! ¡no traicione jamás mis inocentes supersticiones! ¡sea el primogénito que se constituye en providencia de sus hermanos!

Nada hay en este relato que no sea real, Natalia. Para descubrir el infinito de los sufrimientos profundos, es preciso haber sondado en la juventud los

grandes lagos a cuyo borde se ha vivido. Si para muchos son las pasiones torrentes de lava que corren entre riberas abrasadas, ¿no existen también almas en las que la pasión, contenida por dificultades invencibles, inunda de agua pura el cráter del volcán?

No fué esta la única fiesta que celebramos. La señora de Mortsauf, queriendo familiarizar a sus hijos con las cosas de la vida y hacerles conocer los penosos trabajos que cuesta el obtener el dinero, les había constituido rentas sometidas a los vaivenes de la agricultura: Santiago poseía el producto de los nogales, y Magdalena de los castaños, frutos que se recolectaron algunos días después.

Sacudir los castaños de Magdalena, oír caer los frutos que su cubierta hace rebotar sobre la superficie dura y seca de los terrenos agrestes en que estos árboles se crían, ver la gravedad con que la niña examinaba los montones, calculando su valor, que suponía para ella placeres inagotables; las felicitaciones de Manette, el ama de gobierno, que suplía a la condesa cerca de los niños, las enseñanzas que proporcionaba el espectáculo de los trabajos necesarios para recoger los menores bienes, tantas veces puestos en peligro por las alternativas del clima; todo esto constituía una escena en que la ingenua felicidad de la infancia era encantadora en medio de las sombrías tintas del otoño, que comenzaba. Magdalena tenía un granero particular, donde me plugo contemplar encerrada su riqueza, participando de su júbilo. Todavía me es-

tremezco hoy al acordarme del ruido que producían las castañas rodando por el pavimento al vaciar las banastas.

El conde compraba para el consumo de casa, y los jornaleros, los pastores y todas las gentes de Clochegourde buscaban compradores a la «nena», epíteto amistoso que los campesinos daban también a los extraños, pero que parecía ser exclusivo de Magdalena.

Santiago no fué tan afortunado en la cosecha de sus nueces como lo había sido su hermana en la de las castañas, y lloró durante algunos días; pero lo consolé aconsejándole que guardara la cosecha para venderla algo más tarde. El señor de Chessel me había informado de que los nogales no producen nada en Brehemont ni en las comarcas de Amboise y de Vouvray, y que el aceite de nuez se usa mucho en Turena, por lo que a Santiago debía producirle, por lo menos, cuarenta sueldos cada nogal, y tenía doscientos. La suma era, por consiguiente, considerable; pero el niño deseaba comprarse un equipo para montar a caballo.

Este deseo provocó una discusión, en la que el conde le hizo algunas reflexiones respecto a la inestabilidad de las cosechas y la necesidad de reservar algunos frutos para los años en que los árboles no produjeran nada, con objeto de tener siempre un capital regular. En su silencio, reconocí el alma de la condesa, que disfrutaba al ver la atención con que Santiago escuchaba a su padre, y al padre reconquistando el respeto que le faltaba.

¿No te he dicho, al describirte esta

mujer, que el lenguaje humano no puede pintar sus facciones y su genio? Cuando ocurren escenas de esta índole, el alma saborea sus delicias sin analizarlas; pero, ¡con qué vigor se destacan luego sobre el fondo tenebroso de una vida agitada! Semejantes a los diamantes, brillan engarzados en el recuerdo de las dichas desvanecidas. ¿Por qué los nombres de las dos posesiones recientemente adquiridas y en las que el conde y su esposa se ocupaban tanto, la *Cassine* y la *Rhetoriere*, me conmueven más que los más hermosos nombres de Tierra Santa o de Grecia? «¡El que ame, que lo diga!» ha exclamado La Fontaine. Estos nombres, que poseen virtudes mágicas, evocan seres dormidos que se levantan, hablan, me conducen a aquel hermoso valle y crean un cielo y deliciosos paisajes. No te asombres, pues, que te entretenga describiéndote escenas tan familiares, porque los menores detalles de esa vida sencilla y casi común, han sido como otros tantos lazos, débiles en apariencia, que me unían estrechamente a la condesa.

Los intereses de los niños preocupaban a la condesa tanto como su débil salud. Pronto conocí la verdad de cuanto me había dicho respecto al papel secreto que representaba en los negocios de la casa, en los que fui iniciándome poco a poco, aprendiendo detalles que debe conocer el hombre de Estado.

A los diez años de esfuerzos, la condesa de Mortsauf había conseguido variar el cultivo de sus tierras poniendo-

las «a cuatro», expresión de que se sirven en el país para dar a entender que los labradores sólo siembran trigo en una tierra cada cuatro años, haciéndolas producir, en los tres restantes, productos diferentes. Para vencer la obstinación de los labriegos, vióse obligada a dividir las tierras en cuatro grandes alquerías y arrendarlas «a medias», género de arrendamiento particular en Turena y en los países comarcanos.

El propietario proporciona la habitación, las dependencias de explotación y las simientes a los colonos de buena voluntad, con quienes parte los gastos de cultivo y los productos; este reparto es vigilado por un capataz encargado de recoger la mitad del propietario, sistema costoso y complicado que varía a cada momento la naturaleza de los repartos.

La condesa había hecho que el señor de Mortsauf cultivara una quinta-granja compuesta de tierras reservadas alrededor de Clochegourde, tanto para tenerlo distraído como para demostrar a sus arrendatarios a medias, por la evidencia de los hechos, la superioridad del nuevo método. Como podía dirigir los trabajos, había hecho edificar lentamente dos alquerías bajo el mismo plan de las granjas de Artois y de Flandes, con propósito fácil de adivinar. Al expirar los arrendamientos a medias, la condesa deseaba formar con las alquerías dos hermosas granjas, y arrendarlas a gentes activas e inteligentes, para unificar las rentas de Clochegourde. Temiendo morir primero que el conde, deseaba dejar a este rentas fá-

ciles de cobrar, y a sus hijos bienes que no corrieran ningún peligro.

En aquella época los árboles frutales, plantados hacía dos años, empezaban a producir. Las cercas, que evitaban a las fincas toda disputa en lo porvenir, estaban ya crecidas; los álamos, los olmos, todo había prosperado. Con estas nuevas adquisiciones e introduciendo en todas partes el nuevo sistema de explotación, las tierras de Clochegourde, divididas en cuatro grandes granjas (se habían edificado dos), podían producir diez y seis mil francos de renta, o sean cuatro mil francos cada granja, sin mencionar las viñas, la granja-modelo, ni la parte de bosque. Los caminos de las cuatro granjas debían afluir a una carretera que, desde Clochegourde, enlazaría con el camino de Chinón, y siendo sólo cinco leguas la distancia que habría entre esta carretera y Tours, los arrendatarios no debían faltar, teniendo en cuenta que todo el mundo hablaba ya de las mejoras hechas por el conde, de los éxitos obtenidos y de la bonificación de las tierras.

La condesa deseaba gastar quince mil francos en cada una de las posesiones recientemente adquiridas para convertirlas en dos grandes granjas, con el objeto de arrendarlas mejor después de haberlas cultivado durante algún tiempo, poniendo al frente de ellas a Martineau, el mejor y el más honrado de los capataces, que se quedaría sin colocación, cuando terminaran los arrendamientos a medias de las cuatro alquerías.

Sus propósitos, tan sencillos, pero que implicaban un gasto de treinta mil francos, eran a la sazón objeto de largas discusiones, en las que la condesa no estaba sostenida más que por el interés de sus dos hijos. Se estremecía al pensar que ella pudiera morirse dejando a Santiago y Magdalena sin medios suficientes para vencer en la lucha por la existencia. Sólo las almas dulces y apacibles, incapaces de encolerizarse, y que desean que en torno suyo reine una paz profunda, pueden saber cuánta fuerza se necesita para sostener esta lucha, qué oleadas de sangre afluyen al corazón antes de entablar el combate, y qué cansancio las acomete cuando advierten la inutilidad de sus esfuerzos.

Cuando los niños se encontraban más robustos, más ágiles y más alegres; cuando los seguía en sus juegos, con placer que le renovaba las fuerzas y le refrescaba el corazón, la pobre madre veíase obligada a sufrir las mortificaciones injuriosas y los punzantes ataques de la áspera oposición del conde, quien, asustado de aquellos cambios, negaba sus ventajas con una terquedad inaudita, y a razonamientos concluyentes oponía las objeciones de un niño que discutiera la influencia del sol en verano.

La condesa le venció, y esta victoria del buen sentido sobre la locura, calmó sus penas haciéndole olvidar las heridas.

Aquel día fué a pasear por la *Cassine* y la *Rhetoriere*, con el propósito de decidir las construcciones. El conde iba

solo delante, los niños lo seguían, y una fortuna, proporcionaban, por lo menos otros marchábamos detrás, lentamente, porque Enriqueta me hablaba mejoras permitirían quizá trasladarse a París para vigilar la educación de Santiago, cuando no hubiera nada que temer por la salud del presunto heredero.

—No he dudado nunca del éxito — me decía.

Iba a entablarse una competencia para el servicio de Tours a Chinón, emprendida por un hombre activo, por un primo de Manette, que desea arrendar una granja en el camino. Su familia era numerosa; el hijo mayor conduciría los coches; el segundo se dedicaría al carreteo; el padre, instalado en el camino, en la Rabelaye, una de las granjas, cuidaría de los relevos y cultivaría las tierras, abonándolas con el estiércol de las cuadras. La otra granja, la Baude, que estaba a dos pasos de Clochegourde, la tomaría en arriendo uno de los cuatro colonos, hombre probo; inteligente, activo y que comprendía las ventajas del nuevo cultivo. Quedaban la *Cassine* y la *Rhetoriere*, pero como aquellas tierras eran las mejores del país, una vez construídas las granjas y estando los cultivos en plena actividad, bastaría anunciarlas en Tours. De este modo, en dos años, Clochegourde produciría veinticuatro mil francos de renta aproximadamente. La Gravelotte, propiedad del señor de Mortsauf, situada en el Maine, acababa de ser arrendada en siete mil francos por nueve años, y la pensión de mariscal de campo era de cuatro mil. Si estas rentas no constituían

¡Con qué estremecimiento de júbilo pronunció la palabra «París»! Deseaba separarse lo menos posible de su amigo. Esta palabra inflamó mi entusiasmo; le dije que no me conocía, y que había resuelto terminar mi educación trabajando día y noche para ser el preceptor de Santiago, porque no podía soportar la idea de que entrara otro joven en la casa.

—No, Félix—me dijo poniéndose seria—. Eso no ocurrirá, ni tampoco se hará usted cura. Si ha penetrado usted en el corazón de la madre, la mujer lo ama demasiado sinceramente para permitir que sea víctima de su adhesión. No puedo permitir eso, ¡no quiero perjudicarle en nada! ¡Usted, vizconde de Vandenesse, preceptor! ¡Usted, cuya noble divisa es: «¡No se vende!» Aunque fuera un Richelieu, se cortaría para siempre la carrera. Ocasionaría usted a su familia grandes contrariedades. Amigo mío, ¡usted no sabe con cuánta impertinencia dirige una mujer como mi madre una mirada protectora, con cuánto rebajamiento para quien la escucha, pronuncia una palabra, con cuánto desprecio saluda!

—Amándome usted, ¿qué me importa el mundo?

Fingió no haber oído y prosiguió:

—Aunque mi padre sea una persona

excelente y esté dispuesto a concederme cuanto pida, no le perdonaría a usted el haberse colocado mal en la sociedad, y le negaría su protección. No quiero que sea usted preceptor ni del delfín. Acepte la sociedad como ella es y no cometa torpezas. Amigo mío, esa proposición insensata de...

—De amor — interrumpí en voz baja.

—No, de caridad—respondió reprimiendo las lágrimas que afluían a sus ojos—; ese insensato pensamiento me ilumina respecto a su carácter; su co razón le perjudicará. Desde ahora reclamo el derecho a señalarle ciertas cosas; deje a mis ojos el cuidado de ver alguna vez por usted. Sí; desde Clochegourde deseo presenciar, muda y extasiada, sus triunfos. Respecto al preceptor, esté usted bien tranquilo; encontraremos algún anciano abate, un sabio jesuita, y mi padre sacrificará gustoso alguna cantidad en beneficio de la educación del niño que debe llevar su nombre. Santiago es mi orgullo. Tiene once años; pero le ocurre lo mismo que a usted; la primera vez que vi a usted, creí que no pasaba de trece.

Habíamos llegado a la *Cassine*. Dejé un momento a Enriqueta y me dirigí al sitio en que Martineau el guarda examinaba, con su hermano, los árboles que debían ser derribados. Discutían este punto como si se tratara de cosa propia, y entonces comprendí el cariño que profesaban a la condesa. Así se lo dije a un pobre jornalero que, con el pie sobre el hierro del hacha y

el codo en el mango, escuchaba a los dos doctores en pomología.

—¡Oh! sí, señor—me respondió—; es una buena señora, que no tiene ningún orgullo, como esos bribones de Azay, que nos verían reventar como perros antes de adelantarnos un sueldo por labrar una toesa. Cuando la señora deje el país, la santa Virgen llorará y nosotros también. Ella defiende sus intereses, pero comprende nuestros sufrimientos y los tiene en cuenta.

¡Con qué placer habría dado a aquel pobre hombre todo el dinero que llevaba!

Algunos días después se recibió el caballito comprado para Santiago, a quien su padre, excelente jinete, quería acostumbrar poco a poco a las fatigas de la equitación. Al niño se le hizo un precioso traje de montar, costado con el producto de las nueces.

La mañana en que recibió la primera lección acompañado por su padre, y en medio de los gritos jubilosos de Magdalena, que saltaba sobre el fresco césped en medio del círculo que recorría su hermano, fué para la condesa una gran fiesta. Santiago lucía un cuellecito bordado por su madre, un gabancito de paño azul celeste ceñido con un cinturón de charol, pantalón blanco y una gorrita escocesa, de la que se escapaban, en gruesos rizos, sus cabellos dorados: estaba hermosísimo. Todas las personas de la casa se agruparon junto al picadero, participando de aquel placer doméstico. El joven heredero sonreía a su modo al pasar y manteníase con valentía. Aquel primer acto

de hombre en un niño que tantas veces había estado al borde de la tumba; la esperanza de un hermoso porvenir, garantizado por aquel paseo, que se lo mostraba tan hermoso, ¡qué deliciosa recompensa para una madre!

La alegría del padre, que se remozaba y sonreía por vez primera después de mucho tiempo, la felicidad reflejada en los rostros de todas las personas de la casa, el grito del viejo picador de Lenoncourt, que volvía de Tours y que, al ver la gallardía del novel jinete, exclamó: «¡Bravo, señor vizconde!», todo aquello era demasiado. La señora de Mortsauf derramó abundantes lágrimas. Ella, tan resignada con el dolor, se encontraba débil para soportar la alegría de admirar a su hijo cabalgando en el mismo sitio en que lo había llorado por muerto paseándolo al sol. En aquel momento apoyóse en mi brazo confiadamente y me dijo:

—¡Me parece que jamás he sufrido! ¡No me abandone usted hoy!

Terminada la lección, Santiago arrojóse en los brazos de la condesa, que lo estrechó con esa fuerza que comunica el exceso de cariño, y besó con la ternura con que sólo las madres besan.

Fuí con Magdalena a hacer dos ramilletes de flores para adornar la mesa en honor del infantil caballero, y, cuando volvimos al salón, la condesa me dijo:

—El 15 de octubre será recordado siempre con júbilo. En él ha recibido Santiago la primera lección de equitación y yo he dado la última puntada a mi trabajo.

—Perfectamente, Blanca — dijo el conde, riendo—, voy a pagarte.

Y, ofreciéndole el brazo, la condujo al primer patio, donde estaba la carretela que su padre le regalaba y para la que el conde había comprado en Inglaterra dos caballos. El viejo picador había preparado todo en el patio durante la lección. Entramos en el carruaje y fuimos a inspeccionar el trazado de la alameda que debía conducir en línea recta desde Clochegourde hasta el camino de Chinón a través de los dominios recientemente adquiridos.

Cuando regresábamos, me dijo la condesa:

—Soy excesivamente feliz; pero la dicha es para mí una especie de enfermedad. Me aniquila y temo que se borre como un sueño.

Yo la amaba demasiado apasionadamente para no tener celos, y, despechado, buscaba el medio de morir por ella. Preguntóme en qué pensaba y se lo dije.

Ella, al oírme, se conmovió, me condujo luego a la galería y me dijo en voz tan baja, que parecía un susurro:

—¡Ameme usted como me amaba mi tía! Amarme de ese modo, ¿no es darme la vida? Y, al aceptarla yo, ¿no me convierto para siempre en su deudora? Ya era tiempo de que concluyera mi labor—continuó volviendo al salón, donde le besé la mano—. ¿Sabe usted, Félix, por qué me impuse esta larga tarea? Los hombres encuentran en sus ocupaciones recursos para los pesares, porque los negocios les distraen, pero las señoras no tenemos ninguna

defensa contra los dolores. Para poder sonreír a mis hijos y a mi marido cuando me embargaban horribles desvaríos, veíame obligada a distraer el pensamiento con un movimiento físico, y así cortaba las atonías que siguen a los grandes gastos de fuerza, y extinguía los relámpagos de la exaltación. La acción de levantar los brazos en tiempos iguales comunicaba a mi alma, donde rugía la tempestad, la paz del flujo y reflujo, regularizando así las emociones. Hacía a cada punto la confidencia de mis secretos, ¿comprende usted? Lo que usted expresaba en sus ramilletes de flores, se lo confiaba yo a mis dibujos.

La comida fué alegre. Santiago, feliz como todos los niños cuando se ocupan en ellos, me saltó al cuello al ver las flores en forma de corona que para él había cogido. Su madre simuló reñirme por aquella infidelidad; pero ¡con cuánta gracia le ofreció el niño aquellas flores envidiadas!

Por la tarde jugamos al chaquete, yo solo contra los señores de Mortsauf, y el conde estuvo encantador. Por último, a la caída de la tarde me llevaron al camino de Frapesle, donde contemplamos uno de esos crepúsculos tranquilos cuyas armonías impresionan los sentidos.

Fué aquél un día único en la existencia de aquella pobre mujer, un punto brillante que con frecuencia acarició el recuerdo en las horas difíciles. Efectivamente, las lecciones de equitación no tardaron en ser motivo de discorديات: la condesa temía, y no sin funda-

mento, los duros apóstrofes del padre al hijo. Santiago volvía a enflaquecer; sus ojos azules empezaban a apagarse, y, para no entristecer a la madre, la criatura sufría en silencio.

Creyendo encontrar remedio al mal, le aconsejé que, cuando el conde se encolerizara, le dijese que se encontraba fatigado; pero estos paliativos no eran suficientes y fué necesario substituir al padre por el viejo picador.

El conde no se dejó arrancar el discípulo sin oponer gran resistencia. Las riñas y las disputas se reanudaron, y el conde encontró pretextos para quejarse del poco agradecimiento de las mujeres, echando en cara a su esposa más de veinte veces cada día las libreas, la carretela y los caballos que le había regalado, hasta que ocurrió uno de esos sucesos a los que con tanto gusto se agarran los caracteres de ese género y los enfermos de esa especie.

Los edificios de la *Cassine* y la *Rhetoriere* se encontraban completamente ruinosos, y los gastos de la reparación ascendían a más de lo calculado, por haberse venido abajo algunos techos y paredes. Un obrero cometió la torpeza de comunicar esta noticia al señor de Mortsauf, en lugar de informar a la condesa, y esto ocasionó una disputa que empezó tranquilamente, pero que se agrió por grados, hasta el extremo de que el conde se puso completamente furioso.

Este día salí de Frapesle a las diez y media después de almorzar, y me encaminé a Clochegourde, donde, con la ayuda de Magdalena, me proponía ha-

cer dos ramos de flores. La niña había colocado dos búcaros sobre la balaustrada de la terraza, y yo recorría los jardines y el campo buscando flores, que en otoño son muy escasas. Al volver de mi última correría no vi en la azotea a mi pequeño ayudante y oí gritos en Clochegourde. Magdalena no tardó en presentarse.

—El *general*—dijo llorando—el *general* riñe a nuestra madre; vaya usted a defenderla.

Subí volando las escaleras y llegué al salón sin que el conde ni Enriqueta me vieran entrar. Al oír los gritos del loco, me apresuré a cerrar las puertas, y, cuando volví, vi a la condesa más pálida que un cadáver.

—No se case usted jamás, Félix —díjome el conde—; las mujeres tienen por consejero al diablo, y la más virtuosa inventaría el mal si no existiera. Son unos animales feroces.

En aquella ocasión, escuché razonamientos completamente disparatados. Apoyándose en sus negativas anteriores, el conde repitió todas las majaderías que había oído a los labriegos que rechazaban el nuevo método de cultivo, asegurando que si él hubiera dirigido la explotación de Clochegourde, sería dos veces más rico que era.

El señor de Mortsaufl blasfemaba, juraba como un energúmeno y golpeaba los muebles sin poder estarse quieto; de pronto, en medio de una frase, se interrumpía para quejarse de que su cabeza ardía o de que el cerebro se le escapaba a oleadas como el dinero; la condesa lo arruinaba. El desgraciado

olvidaba que, de las treinta mil libras de renta que poseía, la condesa había aportado al matrimonio más de veinte, y los bienes del duque de Lenoncourt, que estaban reservados a Santiago, producían más de cincuenta mil francos al año. La condesa, al oír tales injurias, sonreía soberbiamente mirando al cielo.

—Sí — exclamaba el conde—, sí, Blanca, eres mi verdugo... me asesinas... Soy una carga para ti y deseas desembarazarte de... Eres un monstruo de hipocresía. ¡Pues no se ríe! ¿Sabe usted por qué se ríe, Félix?

Yo guardaba silencio con la cabeza baja.

—Esta mujer—se respondió a sí mismo el conde—turba mis alegrías; es tanto mía como de usted, ¡y pretende ser mi esposa! Lleva mi nombre, pero no cumple ninguno de los deberes que las leyes divinas y humanas le imponen, y de este modo engaña a los hombres y a Dios. Me obliga a andar de una parte a otra para que me abrume el cansancio y la deje sola; le desagrada, me odia, y pone todo su empeño en permanecer como soltera. Me enloquece con las privaciones a que me sujeta, porque todo refluye a mi pobre cabeza; me mata a fuego lento, lo que no es obstáculo para que crea ser una santa y comulgue todos los meses.

La condesa, a quien humillaba el rebajamiento de su marido, lloraba desconsoladamente, limitándose a exclamar por toda respuesta:

—¡ Señor! ¡ Señor! ¡ Señor!

Las groserías del conde, que me ha-

bían hecho avergonzar, tanto por él como por Enriqueta, agitaron violentamente mi corazón.

— ¡ Es casta a costa mía! — refunfuñó el conde.

— ¡ Señor!... — gimió la condesa.

— ¿ Qué es eso? ¡ Qué significa ese acento imperioso? ¿ No soy el amo? ¿ Me verá obligado a hacértelo conocer?

Y avanzó algunos pasos, mostrando su cabeza de lobo blanco, que estaba espantosa, porque sus ojos adquirieron una expresión que le asemejaba a una fiera hambrienta saliendo de un bosque.

Enriqueta deslizóse del sillón al suelo para recibir el golpe, que no llegó a darse, pero permaneció tendida, inmóvil y sin conocimiento. El conde se quedó atontado como el asesino a cuyo rostro salta la sangre de la víctima.

Tomé en mis brazos a la desgraciada mujer, sin que el conde me ayudara, como si se creyera indigno de tocarla; pero se apresuró a abrir la puerta del aposento contiguo al salón, estancia sagrada que jamás había yo pisado.

Puse a la condesa de pie y la sostuve con un brazo, rodeándola con el otro el talle, mientras que el conde quitaba la colcha y almohadón de la cama; luego la acostamos vestida. Al recobrar el conocimiento, Enriqueta nos hizo señas de que le desatáramos el cinturón. El señor de Mortsauf buscó unas tijeras y lo cortó; yo le hice aspirar un frasco de sales, y abrió los ojos. El conde salió del aposento más avergonzado que pesaroso.

Transcurrieron dos horas en un silencio profundo. Enriqueta tenía su mano en la mía y la estrechaba en silencio. De vez en cuando levantaba los ojos para indicarme con una mirada que deseaba permanecer tranquila y en silencio; luego se incorporó sobre el codo y me dijo al oído:

— ¡ El desgraciado! ¡ Si usted supiera...!

Y reclinó nuevamente la cabeza sobre la almohada.

El recuerdo de sus penas le produjo convulsiones nerviosas que sólo pude calmar por medio del magnetismo del amor, efecto que desconocía aún, pero que empleé instintivamente. La sostuve con tanta fuerza como ternura, y durante aquella última crisis dirigíme miradas que hicieron afluir las lágrimas a mis ojos.

Cuando cesaron las convulsiones nerviosas, le arreglé los cabellos, tocándolos por primera y última vez en mi vida; luego volví a estrecharle la mano, y contemplé la estancia sencillamente decorada, el lecho con cortinas de india, la mesa-tocador de moda antigua, el sofá con mezuquinos almohadados. ¡ Qué poética era esta modesta habitación, cuyo único lujo consistía en su extremada limpieza! ¡ Noble celda de monja casada, llena de santa resignación, cuyo solo adorno era el crucifijo colocado a la cabecera del lecho, sobre el que se veía el retrato de su tía y a los lados los de Santiago y Magdalena, hechos por ella al lápiz! ¡ Qué retiro para una mujer cuya presentación en el gran mundo habría hecho



palidecer a la más hermosa! Tal era la estancia en que lloraba la hija de una ilustre familia, inundada en aquel momento de amargura y negándose al amor que la hubiera consolado. ¡Desgracia secreta e irresistible!

Cuando entraron los niños y la doncella, salí de la habitación. El conde me esperaba; considerándome ya como un poder mediador entre la condesa y él, me estrechó las manos, exclamando:

—¡No se marche usted, Félix, no se marche usted!

—Desgraciadamente—repuse—el señor de Chessel tiene invitados y no conviene que conozca los motivos de mi ausencia. Después de comer volveré.

Me condujo hasta la puerta sin pronunciar una palabra, acompañándome luego hasta Frapesle sin saber lo que hacía. Al llegar allí, le dije:

—En nombre del cielo, señor conde, déjela usted dirigir la casa, si eso le agrada, y no la atormente más.

—Moriré pronto—me contestó con aire sombrío—, y no será mucho lo que tenga que sufrir conmigo: mi cabeza estalla.

Y separóse de mí en un acceso de egoísmo.

Terminada la comida volví a Cloche-gourde para adquirir noticias de la condesa, a la que encontré mejor. Si tales eran para ella los goces del matrimonio, si semejantes escenas se desarrollaban con frecuencia, ¿cómo podía vivir?

Durante aquella noche comprendí la

inaudita tortura con que el conde iba aniquilando a su esposa. ¿A qué tribunal podría pedir justicia? Estas reflexiones me llenaban de confusión y de espanto, y, como no había podido decir nada a Enriqueta, pasé la noche escribiéndole.

De las tres o cuatro cartas que escribí no conservo más que este principio, que no me satisfizo, porque me pareció que no expresaba nada o que hablaba demasiado de mí, cuando no debía ocuparme más que en ella.

Lee y comprenderás la situación de ánimo en que me encontraba:

«A LA SEÑORA DE MORTSAUF

»Ayer tenía una infinidad de cosas que decirle, las había pensado durante el camino; pero, al ver a usted, se me borraron todas de la memoria y nada le dije. Sí; cuando la veo, amada Enriqueta, no encuentro palabras que estén en armonía con los reflejos de su alma, que tanto engrandecen su belleza; además, a su lado experimento tan gran felicidad, que el sentimiento actual borra todos los anteriores. Cada vez que la veo renazco a nueva vida, y soy como el viajero que, encaramado sobre una roca, descubre a cada paso un nuevo horizonte. A cada nueva conversación, agrego a mis inmensos tesoros otro de más precio. Este es, en mi opinión, el secreto de las largas, de las amistades eternas. No puedo hablar a usted de usted misma más que de lejos. En su presencia me encuentro de-

masiado fascinado para ver, soy demasiado feliz para interrogar a mi felicidad, estoy demasiado lleno de usted para ser mío, demasiado elocuente para hablarle, tengo demasiado ardor para aprovechar el presente, para acordarme del pasado. Es necesario que conozca usted bien esta embriaguez constante para que me perdone mis errores; a su lado sólo sé sentir. Sin embargo, me atreveré a decirle, adorada Enriqueta, que jamás, en las numerosas alegrías que me ha proporcionado, he experimentado delicias semejantes a la felicidad que ayer me inundó el alma, cuando, después de la horrible tempestad en que usted luchó contra el mal con valor sobrehumano, se quedó sola conmigo en la media luz de su estancia, adonde la borrascosa escena me había llevado. Sólo yo he sabido con qué resplandores brilla una mujer cuando llega de las puertas de la muerte a las puertas de la vida, viendo enfrente los tintes de la aurora. ¡Cuánta armonía había en su voz! ¡Qué inexpresivas me parecían las palabras, aun siendo suyas, cuando en el sonido de la voz adorada reaparecían los vagos resentimientos del dolor pasado, mezclados con los consuelos divinos con que al fin me tranquilizó! Sabía que poseía usted todas las perfecciones humanas; pero ayer adiviné una nueva Enriqueta, que sería mía, si Dios quisiera; ayer la entreví libre de las trabas que nos impiden ser uno del otro! ¡Cuánta belleza había en su abatimiento! ¡Qué majestuosa era la debilidad! Ayer contemplé algo más

bello que tu hermosura, sí algo más dulce que tu voz, vi luces más brillantes que las de tus ojos, aspiré perfumes indescriptibles, ayer contemplé tu alma. ¡Ah! ¡cuánto sufrí por no poder abrirte mi corazón para hacerte revivir en él! En fin, ayer deseché el respetuoso terror que me inspirabas, porque las penas nos habían aproximado. Entonces supe lo que era respirar respirando contigo, cuando la crisis te permitió respirar. ¡Cuántas súplicas elevé al cielo en un momento! Si no he muerto al atravesar los espacios que franqueé para ir a pedir a Dios que te dejara vivir, es porque la alegría ni el dolor matan. Aquel momento ha dejado recuerdos imborrables en mi alma, que jamás reaparecerán en la superficie sin que las lágrimas afiuyan a mis ojos; cada alegría ahondará el surco, cada dolor lo hará más profundo. Sí; los temores que ayer experimenté serán un término de comparación para todos los dolores futuros, como las alegrías que tú me has prodigado, querido y eterno pensamiento de mi vida, superarán a todas la alegrías que la mano de Dios me otorgue en lo sucesivo. Sí; tú me has dado a conocer el amor divino, ese amor que, seguro de su fuerza y de su eternidad, no tiene celos ni sospechas.»

Una profunda melancolía me roía el alma, porque el espectáculo de aquella vida íntima era sumamente aflictivo para un corazón que hasta entonces había desconocido las emociones sociales. ¡Encontrar ese abismo a la entra-

da del mundo, un abismo insondable, un mar muerto! Esa horrible serie de infortunios me sugirió pensamientos infinitos, y tuve en mi primer paso en la vida social una medida para apreciar las demás escenas.

Mi tristeza indujo a suponer a los señores de Chessel que era desgraciado en mis amores, por lo que mi pasión no perjudicó en nada a la condesa.

Al día siguiente, encontré sola a Enriqueta en el salón. Me contempló durante un momento, y me tendió la mano diciéndome:

—¿Ha de ser siempre un amigo demasiado cariñoso?

Afluyeron las lágrimas a mis ojos, se levantó y añadió con acento de súplica desesperada:

—No vuelva usted a escribirme semejantes cosas.

El señor de Mortsauf se mostraba muy obsequioso; la condesa se había tranquilizado; pero su palidez revelaba que los sufrimientos de la víspera sólo estaban calmados, pero no extinguidos.

Por la tarde, mientras paseábamos sobre las hojas secas que el otoño había arrebatado a los árboles, me dijo:

—El dolor es infinito; la alegría, en cambio, es muy limitada.

Palabras que revelaban sus dolores.

—No maldiga usted la vida—repuse—; no conoce usted todavía el amor, que tiene voluptuosidades que irradian hasta en el cielo.

—Cállese—replicó—, no deseo conocerlo. El esquimal moriría en Italia. A su lado estoy tranquila y feliz, pudien-

do confiarle mis pensamientos; no me obligue a desconfiar de su amistad. ¿Por qué no ha de tener usted la virtud del sacerdote y el encanto del hombre libre?

—Me haría usted beber la cicuta si se lo propusiera—le dijo apoyando su mano en mi corazón, que latía con inusitada violencia.

—¡Todavía!—exclamó retirando la mano como si hubiera sentido en ella un dolor vivo—¿quiere usted arrebatarme el triste placer de hacer que una mano amiga restañe la sangre de mis heridas? No acreciente mis sufrimientos, todos los cuales no conoce usted, y los más secretos son, precisamente, los más difíciles de soportar. Si fuera usted mujer comprendería qué amarga melancolía domina al alma altiva que es objeto de atenciones que nada reparan y con las que se pretende repararlo todo. Durante algunos días seré mimada por el señor de Mortsauf; pretenderá que le perdone el daño que me ha ocasionado, y, cuando lo haya conseguido; deseará que preste asentimiento a los caprichos más infundados. Me humillan esta bajeza y estas caricias, que terminan cuando cree que lo he olvidado todo. No deber la amabilidad más que a las faltas...

—A los crímenes—le interrumpí vivamente.

—¿No es ésta una existencia horrosa?—prosiguió sonriendo tristemente—. Además, no sé aprovecharme de este poder pasajero que se me otorga, porque me parezco a los antiguos caballeros, que jamás herían al enemigo

caído. Ver en tierra al que debemos honrar; levantarlo para recibir nuevos golpes, sufrir con su caída más que él mismo; ser deshonrada por usar de una pasajera influencia, aun cuando sea con un propósito útil; emplear la fuerza y agotar los tesoros del alma en estas luchas innobles; no reinar más que cuando se reciben heridas mortales... ¿no es preferible morir? Si no tuviera hijos dejaría que la corriente de la vida me arrastrase; pero, en este caso, ¿qué sería de ellos? ¿me habla usted de amor? ¡Ay, amigo mío! ¡Figúrese usted en qué infierno caería si concediera a ese hombre sin piedad, como todos los seres débiles, derecho a sospecha; la pureza de mi virtud, amado niño, tiene aguas santas en que se baña el alma, y de las que sale renovada por el amor de Dios.

—Escuche, amada Enriqueta; sólo he de permanecer ya aquí una semana, y deseo que...

—¿Va usted a dejarnos?—preguntó interrumpiéndome.

—Necesito saber lo que mi padre decide respecto a mí. Pronto hará tres meses...

—No he contado los días—respondió con el abandono de la mujer conmovida.

Y, después de una pequeña pausa, agregó:

—Vamos a Frapesle.

Llamó al conde y a los niños y pidió su chal.

Cuando estuvimos dispuestos para la marcha, ella, tan parsimoniosa, tan tranquila hasta entonces, mostróse tan

activa como una parisiense, y nos encaminamos juntos a Frapesle para hacer una visita. Enriqueta hizo esfuerzos para hablar a la señora de Chessel, quien por fortuna fué muy prolija en sus respuestas. Mientras tanto, el conde y mi huésped hablaban de negocios. Yo temía que el señor de Mortsauf alabara su carretela y sus caballos; pero tuvo el buen gusto de no hacerlo. El señor de Chessel habló de las obras de la *Cassine* y la *Rhetorique*; y el conde, lejos de eludir la conversación, que debía traerle a la memoria recuerdos amargos, probó cuán urgente era mejorar el estado de la agricultura en el cantón y edificar hermosas granjas con locales cómodos y salubres, apropiándose las ideas de su mujer. Contemplé a la condesa ruborizándose. Aquella falta de delicadeza en persona que, a veces, demostraba tanta, me dejó petrificado.

—Y ¿espera usted resarcirse de todos los gastos?—preguntó el señor de Chessel.

—Con creces—respondió el conde.

Tales crisis no podían explicarse más que estando loco el señor de Mortsauf. Enriqueta estaba radiante. ¿No parecía el conde persona de buen sentido, buen administrador, excelente agrónomo? Considerándose feliz acariciaba delicadamente los cabellos de Santiago. ¡Qué comedia tan horrible! ¡Qué drama tan sarcástico!

Más tarde, cuando conocí mejor la farsa social, ¡cuántos Mortsauf he visto, pero sin los relámpagos de lealtad, sin la religión de aquél! ¿Qué singular

y sarcástico poder es el que une constantemente al loco con el ángel, al hombre soñador y sincero con una mujer grosera, al ser deforme con una criatura bella y sublime, al pequeño con el grande, a la bella Juana con el capitán Diard, a la señora de Beauseant con un Adjuda, a la señora de Aiglemont con su marido, al marqués de Espard con su mujer? He dedicado mucho tiempo al descubrimiento de este enigma, pero inútilmente. He penetrado muchos misterios, he encontrado la razón de muchas leyes naturales y el significado de algunos geroglíficos divinos, sin que de éste haya logrado averiguar nada, y continúo estudiándolo como un rompecabezas indio, cuya construcción simbólica se han reservado los brahmanes. Aquí el genio del mal es visiblemente el amo, y no me atrevo a acusar a Dios. ¿Tendrían razón Enriqueta y su filósofo desconocido? ¿Contendrá el misticismo el sentido general de la humanidad?

Los últimos días de mi permanencia en aquel país concluyó el viento autumnal de arrebatar a los árboles las hojas secas y amarillas que aún estaban pendientes de sus ramas. La víspera de mi partida, antes de comer, la señora de Mortsaufl llevóme a la terraza, y después de dar en silencio una vuelta bajo los árboles deshojados, me dijo:

—Mi querido Félix, va usted a entrar en la sociedad y deseo acompañarle con el pensamiento. Los que han sufrido mucho, han vivido mucho; no crea, por consiguiente, que las almas

solitarias desconocen el mundo. Si he de vivir para mi amigo, no quiero ser un obstáculo para su corazón ni para su conciencia. El día del combate es difícil acordarse de todas las reglas; permítame usted que le dé algunos consejos de madre. Cuando se marche le entregaré una carta en la que he consignado mis pensamientos respecto a la sociedad, a los hombres y a la manera de abordar las dificultades de la lucha por la existencia; prométame no leerla hasta que llegue a París. Mi súplica es la expresión de uno de los caprichos del sentimiento, que son nuestro secreto de mujer, y no creo que sea imposible comprenderlo; pero quizá no quisiéramos haberlo comprendido. Déjeme estos pequeños senderos en que a la mujer le gusta pasearse sola.

—Se lo prometo—dije, besándole las manos.

—Todavía tengo que pedirle que haga otro juramento. ¿Se compromete usted a hacerlo antes de saber de qué se trata?

—¡Oh, sí!—contesté creyendo que aludía a mi fidelidad.

—No se trata de mí—repuso sonriendo amargamente—; Félix, no juegue usted jamás, ni aun en los salones del gran mundo: no exceptúo ninguno.

—No jugaré—respondí.

—Bien, he encontrado el medio de que emplee usted bien el tiempo que había de malgastar en el juego, y ya verá cómo, mientras los demás pierden, usted gana siempre.

—¿De qué manera?

—Mi carta lo informará—respondió

con la gravedad que quitaba a sus recomendaciones el carácter serio que suelen tener las de los padres.

Continuamos hablando una hora más, y Enriqueta me probó la profundidad de su afecto revelándome el cuidado con que me había estudiado durante los tres meses de mi permanencia en Frapesle; penetró en lo más recóndito de mi corazón, tratando de inocularme el suyo; su acento era convincente y persuasivo, y sus palabras parecían brotar de labios maternos.

—¡ Si usted supiera—terminó diciendo—con qué ansiedad le seguiré! ¡ Qué alegría si marcha en línea recta! ¡ Qué desconsuelo si tropieza usted con espinas! Créame, mi afecto no tiene igual; es al mismo tiempo involuntario y escogido. ¡ Ah! ¡ quisiera verle feliz, poderoso, considerado, a usted, que será para mí como un sueño encantador!

Al oírla, mis ojos derramaron abundantes lágrimas.

—Siempre — le dije—que emprenda alguna obra, en cualquier parte que me encuentre, pensaré: «¿Qué dirá Enriqueta?»

—Perfectamente; así seré para usted la estrella y el santuario—repuso aludiendo a los ensueños de mi infancia.

—Será usted mi religión y mi guía; lo será usted todo—exclamé.

—No — respondió—; todo no, porque no puedo ser la fuente de sus placeres.

Suspiró, sonriéndose con la sonrisa del esclavo que se rebela.

Desde aquel día estuvo Enriqueta

en mi corazón, no como la mujer que busca en él un lugar, que en él se graba por el sacrificio o por el exceso de placer, sino como algo necesario al juego de sus músculos, viniendo a ser lo que era Beatriz para el poeta florentino, la Laura immaculada del poeta veneciano, la madre de los grandes pensamientos, la causa desconocida de las resoluciones que salvan, el sostén del porvenir, la luz que brilla en la obscuridad como el lirio entre el follaje sombrío; sí, Enriqueta me ha inspirado la constancia que vence a los vencedores, que se levanta más fuerte después de la derrota, que cansa a los combatientes más duros y tenaces.

Al día siguiente, después de almorzar en Frapesle y de despedirme de los señores de Chessel, que se mostraban siempre complacientes con el egoísmo de mi amor, encaminéme a Clochegourde. Los señores de Mortsauf habían resuelto acompañarme hasta Tours, de donde por la noche debía salir para París. Durante el camino, la condesa mostróse muy afectuosa, pero sin hablar. Primero dijo que tenía jaqueca; después, avergonzándose de haber mentido, declaró que no me veía partir sin sentimiento. El conde me invitó a ir a su casa cuando, ausentes los Chessel, quisiera visitar otra vez el valle del Indre. Nos separamos heroicamente, sin lágrimas ostensibles; pero, como algunos niños enfermizos, Santiago tuvo un momento de sensibilidad que le hizo enter necerse, mientras Magdalena, ya mujer, estrechaba la mano a su madre.

—¡Hijo mío! — exclamó la condesa besando al niño apasionadamente. bajar la vista para velar su respuesta muda.

Cuando me encontré solo en Tours, Partí, después de pasar algunos momentos en el feliz estupor de las rabia inexplicable. Alquilé un caballo, y en cinco cuartos de hora recorrí la distancia que separa a Tours de Pont-de-Ruán.almas que han llegado al punto en que concluye la exaltación y comienza el éxtasis.

Allí, avergonzado de mi locura, empecé a caminar lentamente y volviéndome sin cesar. Cuando, desde la cima del montículo, contemplé el valle por vez postrera, sorprendiome el contraste que ofrecía comparándolo a lo que era cuando llegué a él. No verdeaba ni llameaba entonces, como llameaban y verdeaban mis deseos y mis esperanzas.

Enriqueta bajaba en aquel momento la escalinata con los dos niños para salir a respirar, triste y lenta, la dulce melancolía que el sol poniente imprimía en el paisaje.

—¡Mamá, aquí está Félix!—exclamó Magdalena.

—Sí, soy yo—dije en voz baja—; me he preguntado por qué me encontraba en Tours cuando podía volver a ver a usted. ¿Por qué no realizar un deseo que dentro de ocho días será ya imposible?

—¿No se marcha, mamá?—preguntó a voces Santiago saltando de alegría.

—Calla—aconsejó Magdalena—, vas a llamar la atención del general.

—¡Esto es una locura!—agregó Enriqueta.

—Se me había olvidado devolverle a usted esta llave—dije sonriendo.

—¿No volverá usted, entonces? — me preguntó.

—¿Acaso nos separamos? —repuse dirigiéndole una mirada que le hizo

de en medio de aquel desierto en que

sólo vivía por su recuredo. Resolví permanecer sin mancha en presencia de mi secreta divinidad, revistiéndome idealmente de la túnica blanca de los levitas a semejanza de Petrarca, que jamás se presentó ante Laura de Nover más que vestido de blanco. ¡ Con qué impaciencia esperé la noche en que, ya de regreso en casa de mi padre, podía leer la carta que me había entregado y que durante mi viaje toqué tantas veces, como el avaro toca un fajo de billetes que se ve obligado a llevar consigo. Besé mil veces el papel en que Enriqueta había expresado su voluntad, en el que debía aspirar los misteriosos effluvios esparcidos de su mano y en que adivinaría los acentos de su voz.

Jamás he leído ninguna carta como leí aquella primera suya, en el lecho y en el silencio más absoluto, aunque no comprendo cómo se pueden leer de otro modo las cartas escritas por una persona amada. Hay, sin embargo, hombres indignos de ser amados que, atentos a sus ocupaciones ordinarias, suspenden la lectura de esas cartas y luego la reanudan con odiosa tranquilidad.

Oye, Natalia, la voz adorable que sonó de pronto en el silencio de la noche; contempla la figura sublime que se levantó para mostrarme con el dedo el camino de la encrucijada a que había llegado:

«Experimento gran placer, querido amigo, al reunir los elementos dispersos de mi experiencia para transmitirle y amarle con todos los peligros del mundo a través del cual debe usted

conducirse. Ocupándome en usted durante algunas noches, he experimentado los goces del afecto maternal que le profeso, y, mientras escribía esto, transportándome previamente a la vida que va usted a hacer, he ido varias veces a la ventana, para contemplar las torres de Frapesle iluminadas por la luna, diciéndome: «¡ Duerme; yo velo por él!» Sensaciones deliciosas que me han traído a la memoria recuerdos venturosos de mi vida, cuando contemplaba a Santiago durmiendo en la cuna, esperando que despertara para darle el pecho. ¿ No es usted un hombre-niño, cuya alma necesita ser fortalecida por los preceptos de que no ha podido nutrirse en los horribles colegios donde le han hecho sufrir tanto, pero que las mujeres tenemos el privilegio de conocer? Estas nonadas han de influir poderosamente en los triunfos que obtenga usted en el porvenir, porque los preparan y los consolidan.

«Querido Félix, aun cuando cometa algunos errores, permítame que dé a nuestra amistad el carácter de desintéres que la santifica. Entregarlo al mundo, ¿ no es renunciar a usted? Sin embargo, lo amo lo bastante para sacrificar mis placeres a su hermoso porvenir.

«Pronto hará cuatro meses que de una manera muy extraña me obligó usted a reflexionar en las leyes y costumbres de nuestra época. Las conversaciones que sostuve con mi tía, a quien usted reemplaza; los acontecimientos de su vida, que el señor de Mortsaufr me ha referido; las palabras de mi padre, que conoció bien la antigua cor-

te; las grandes y las más pequeñas circunstancias, todo ha acudido a mi memoria en beneficio de mi hijo adoptivo, a quien veo en peligro de lanzarse solo en medio de los hombres, de dirigirse sin consejo en un país en que muchos sucumben por falta de experiencia, a pesar de poseer buenas cualidades, y otros triunfan siendo menos virtuosos por saber emplear mejor sus aptitudes.

»En primér término, reflexione usted detenidamente acerca del concepto que me merece la sociedad considerada en conjunto, pues con usted pocas palabras bastan. Ignoro si las sociedades son de origen divino o han sido inventadas por el hombre; ignoro también en qué dirección se mueven; pero lo que me parece indudable es su existencia, y puesto que usted la acepta en vez de vivir aislado, debe tener por buena su organización, porque entre ella y usted mediará mañana un contrato. ¿La sociedad actual se sirve del hombre, o el hombre se sirve de la sociedad? Así lo creo; pero que el hombre encuentre más cargas o más beneficios, que compre demasiado caras las ventajas que obtiene, son cuestiones que incumben al legislador y no al individuo. En mi concepto, debe usted someterse completamente a la ley general sin discutirla, tanto cuando le moleste como cuando le favorezca. Por sencillo que este principio pueda parecerle, es difícil de aplicar; es como la savia que debe infiltrarse en los menores tubos capilares para dar vida al árbol, conservar su verdura, desarrollar

sus flores y bonificar sus frutos de manera que cause admiración. Hijo mío, no todas las leyes están escritas en un libro; las costumbres son también leyes; las más importantes son las menos conocidas, y no hay profesores, ni tratados, ni escuelas que enseñen el derecho que regula las acciones, los discursos, la vida exterior, la manera de presentarse en sociedad o de hacer fortuna. Inculcar esas leyes secretas es quedarse en el fondo de la sociedad, en vez de dominarla. Aunque esta carta le parezca pleonástica, permítame que le exponga mi política de mujer.

»Explicar la sociedad por la teoría de la felicidad individual obtenida por la astucia a costa de los demás, es doctrina perniciosa, cuyas severas deducciones inducen a creer que cuanto adquiriese secretamente, sin que la ley, el mundo ni el individuo adviertan una lesión está debidamente adquirido. Según esta doctrina, el ladrón hábil es absuelto; la mujer que falta a sus deberes sin que nadie advierta que ha faltado es feliz y discreta; asesinado sin que la justicia pueda condenaros, si con este crimen conquistáis una corona a lo Macbeth, y habéis obrado perfectamente; el interés es ley suprema; la dificultad estriba en esquivar las dificultades que las costumbres y las leyes ponen entre el deseo y la satisfacción. Para el que así considera la sociedad, el problema de hacer una fortuna se reduce a jugar una partida cuyas puestas son un millón o el presidio, una posición política o el deshonor. El juego no es siempre suficiente para todos los

jugadores, y se necesita ser un genio para combinar un buen golpe. No le hablo de opiniones religiosas ni de sentimientos; se trata únicamente de los rodajes de la máquina de oro y hierro y de sus resultados inmediatos, en que se ocupan los hombres. ¡Hijo de mi corozón! Si, como yo, aborrece esta teoría criminal, no comprenderá usted la sociedad más que por los deberes. Sí, nos debemos unos a otros bajo mil formas diversas. En mi opinión, el duque y el par se deben más al artesano y al pobre, que el pobre y el artesano se deben al duque y al par. Las obligaciones contraídas aumentan tanto más cuanto mayores son los beneficios que la sociedad dispensa al hombre, por el principio de que la responsabilidad es proporcionada a la extensión de los beneficios. Cada uno paga la deuda a su manera. Cuando el pobre labrador de la *Rhetoriere*, extenuado de cansancio, a causa de las faenas del día, se mete en el lecho para recobrar las fuerzas, ¿no ha cumplido sus deberes? Seguramente los ha llenado mucho mejor que las personas colocadas en altas posiciones. Considerada así la sociedad en la que desea usted obtener el puesto a que le dan derecho su inteligencia y sus facultades, tiene usted que admitir como principio general esta máxima: «no contrariar en nada a la propia conciencia, ni a la conciencia pública». Aunque mi insistencia le parezca superflua, su Enriqueta le suplica que piense bien en la importancia de estas frases que, aparentemente sencillas, significan, Lijo mío, que la rectitud, el honor, la leal-

tad y la cortesanía son los medios más rápidos y más seguros de hacer fortuna. Los egoístas le dirán que no se recorre el camino con los sentimientos y que las consideraciones morales demasiado respetadas dificultarán su marcha; también encontrará hombres mal educados e incapaces de medir el porvenir, maltratando a un niño, mostrándose descorteses con una anciana, o rehusando molestarse por un pobre viejo, bajo pretexto de que ya no son útiles; más tarde verá hombres enganchados en espinas que no han despuntado, y arruinándose por una pequeñez; pero el hombre consagrado de corazón al cumplimiento de los deberes, no encontrará obstáculos, llegará quizá menos rápidamente a su objeto, y su fortuna será sólida y duradera.

»Cuando le diga que la aplicación de esta doctrina exige ante todo las buenas formas, creará que mi jurisprudencia recuerda algo a la corte y la enseñanza que he recibido en la casa de Lenoncourt. Amigo mío, doy gran importancia a esta instrucción, tan deficiente en apariencia. Las costumbres del gran tono le son tan necesarias como pueden serlo los extensos y variados conocimientos que usted posee, y hasta con frecuencia los suplen; por eso ciertos ignorantes, dotados de talento natural, han alcanzado una grandeza que otros más dignos que ellos no han podido obtener. Le he estudiado a usted bien, Félix, con objeto de saber si su educación, adquirida en común en los colegios, no le había perjudicado, y he reconocido con gran alegría que

puede adquirir lo poco que le falta. En muchas personas educadas en estas tradiciones, las formas son puramente exteriores, porque la verdadera cortesía procede del corazón y del sentimiento de dignidad personal; por esto, a pesar de la educación que han recibido, algunos nobles tienen mal tono, mientras otras personas nacidas en humilde cuna poseen naturalmente buen gusto y sólo necesitan algunas lecciones para adquirir excelentes modales.

»Crea usted a una mujer que jamás saldrá de su valle: el tono noble, esa sencillez graciosa impresa en el lenguaje, en el gesto, en el traje y hasta en la casa, constituye una especie de poesía física, de encanto irresistible; juzgue, pues, cuál es su poder cuando radica en el corazón. La cortesía, hijo querido, consiste en parecer olvidarse de sí mismo en beneficio de los demás; en muchas personas es un gesto social que no resiste a las pruebas del interés, y en este caso un grande degenera en innoble; pero, y así deseo que sea usted, Félix, la verdadera cortesía implica el cristianismo; es como la flor de la caridad y consiste en olvidarse realmente de sí mismo. En recuerdo mío, no sea usted una fuente sin agua; tenga el espíritu y la forma. No tema ser con frecuencia víctima de la virtud social, porque tarde o temprano recogerá el fruto de las semillas aparentemente arrojadas al viento. Mi padre ha observado que una de las maneras más ofensivas de la cortesía mal entendida, es el abuso de las promesas. Cuando le pidan algo que no pueda dar, niéguela

lisa y llanamente sin dejar esperanzas, pero conceda pronto lo que quiera otorgar; así adquirirá la gracia de la negativa y la de la concesión, doble lealtad que eleva un carácter: no sé si se nos odia más por la esperanza frustrada, que se nos agradece el favor. Sobre todo, amigo mío, no sea confiado, ni vulgar, ni precipitado: ¡tres escollos! La demasiada confianza aminora el respeto, la vulgaridad nos hace despreciables, el celo excesivo nos convierte en objeto de explotación. Además, hijo querido, no tenga en el mundo más que dos o tres amigos; la confianza es un patrimonio, y dársela a muchos, es traicionarlos. Si entabla amistad, más íntima con unos que con otros, sea discreto y reservado como si, en el transcurso del tiempo, hubieran de ser sus competidores, sus adversarios o sus enemigos; la vida proporciona muchas sorpresas. Guarde, pues, una actitud que no revele frialdad ni efusión, y sepa colocarse en el término medio en que el hombre puede permanecer sin compromisos. Sí: la persona galante está tan lejos de la baja complacencia de Filinto como de la áspera virtud de Alcestes. El genio del poeta cómico se revela en la indicación del justo medio que agrada a los espectadores de buen gusto; sin duda alguna se inclinarán más a los ridículos de la virtud que al soberano desprecio oculto bajo la honradez del egoísmo; pero sabrán preservarse de uno y del otro. Algunos necios dirán de usted que es encantador, pero las personas acostumbradas a medir las capacidades humanas, rebajarán

la tasa, y no tardará usted en perder la estimación pública, porque la vulgaridad es el recurso de los débiles, y los débiles son despreciados en una sociedad que no ve más que un órgano en cada uno de sus miembros: y quizá tenga razón, porque la naturaleza condena a muerte a los seres imperfectos.

Así, es posible que las protecciones de la mujer se deban al placer que experimenta luchando contra una fuerza desconocida y haciendo que triunfe la inteligencia sobre la materia; pero la sociedad, más madrastra que madre, adora a los hijos que halagan su vanidad. En cuanto al celo, primero y sublime error de la juventud, que se complace en desplegar sus fuerzas y empieza por ser víctima de sí mismo, guárdelo para los sentimientos correspondidos; guárdelo para la mujer y para Dios; no traiga al bazar del mundo ni a las especulaciones de la política tesoros por los que sólo le darán quincalla. Debe creer a quien le ordena que proceda con nobleza en todo, con tanto mayor motivo cuanto que le suplica que no la prodigue inútilmente, porque los hombres estiman más a los que más útiles le son, no a los que más valen.

»El celo está muy próximo al engaño y ocasiona grandes errores; jamás encontrará usted a su lado personas que lo amen como usted las ama, porque las mujeres, como los reyes, creen que todo les es debido. Por triste que sea este principio, es verdadero, pero no marchita el alma. Ponga usted sentimientos puros en lugares inaccesibles, donde los flores sean miradas con pa-

sión, donde el artista sueñe en su obra maestra. Los deberes, amigo mío, no son sentimientos; cumplir un deber no es hacer lo que place. El hombre debe ir friamente a morir por la patria y puede dar alegremente la vida a una mujer.

»Una de las reglas más importantes de la ciencia del buen tono, es el silencio casi absoluto de sí mismo. Hable de usted a gentes simplemente conocidas, entérelas de sus sufrimientos, de sus placeres o de sus negocios, y le escucharán con indiferencia aunque fingiendo mostrar gran interés, y, luego, si la señora de la casa no le interrumpe políticamente, todos se alejarán bajo pretextos más o menos hábiles. ¿Quiere usted, por lo contrario, conquistar todas las simpatías, pasar por persona amable y espiritual? Hable de los demás; busque el medio de ponerlos sobre el tapete aunque sea iniciando cuestiones aparentemente extrañas a ellos; las frentes se inclinarán, los labios le sonreirán, y, cuando haya usted partido, todos harán su apología. La conciencia y el corazón le indicarán dónde empieza la bajeza de la lisonja y concluye la gracia de la conversación.

»Una palabra más respecto a los discursos en público: la juventud forma rápidamente juicio, y esto, que le honra, le perjudica, pues de ahí proviene el silencio impuesto por la antigua educación a los jóvenes que pasaban al lado de los grande señores una temporada, durante la cual estudiaban la vida, porque entonces la nobleza, como el arte,

tenía aprendices. En la actualidad, la juventud posee una ciencia ficticia que la impulsa a juzgar severamente las acciones, las ideas y los escritos, y que corta como el filo de una espada que no ha servido aún. No incurra usted en semejante error; sus sentencias serían censuras que herirían muchas susceptibilidades, y quizá se perdone menos una herida secreta que una ofensa públicamente inferida. Los jóvenes son poco indulgentes porque no conocen la vida ni sus dificultades; la crítica de los ancianos es benévola y dulce; la de los jóvenes, implacable; aquélla lo sabe todo, ésta todo lo ignora. Además, en el fondo de todas las acciones humanas hay un laberinto de razones determinantes, cuyo juicio definitivo se ha reservado Dios. No sea usted severo más que para sí mismo.

»La fortuna está delante de usted; pero nadie en el mundo puede conquistarla sin ayuda ajena; frecuente usted la casa de mi padre, cuyas puertas encontrará siempre abiertas; las relaciones que allí adquiriera le servirán en muchas ocasiones; pero no ceda una pulgada de terreno a mi madre, que aplasta a quien se le entrega y admira la altivez del que la resiste; se parece al hierro, que batido puede unirse al hierro, pero que rompe con su contacto todo cuanto no tiene su dureza; cultive su trato, y, si lo quiere bien, ella lo introducirá en los salones donde adquirirá la fatal ciencia del mundo, el arte de escuchar, de hablar, de responder, de presentarse, de salir, el lenguaje apropiado, esa «cosa» especial

que no es más que la superioridad de la costumbre, que no constituye el genio, pero sin la cual el talento más genial no podría brillar jamás.

»Lo conozco demasiado y tengo seguridad de no engañarme viéndolo de antemano como deseo que sea: sencillo en las maneras, dulce en el lenguaje, altivo sin fatuidad, respetuoso con los ancianos, previsor sin servilismo y, sobre todo, discreto. Despliegue su talento, pero no sirva de diversión a los demás, pues si su superioridad molesta a una medianía, ésta dirá de usted: «es muy divertido», lo que es un desprecio. Su superioridad debe ser siempre leonina. No trate de complacer a los hombres, en cuyas relaciones debe mostrar esa frialdad que a veces llega a la impertinencia; todos respetan a quien les desdeña, y este desdén le valdrá el favor de las mujeres, que lo estimarán más, cuanto menos caso haga de los hombres. No admita usted nunca a su lado personas desconsideradas, porque la sociedad nos pide cuenta de nuestras amistades lo mismo que de nuestros odios; sus juicios respecto a este punto deben ser bien y maduramente meditados, pero irrevocables. Cuando los hombres rechazados por usted testifiquen su repulsión, los demás buscarán su aprecio y así inspirará respeto. Posee usted la juventud que agrada, la gracia que seduce, la discreción que conserva las conquistas, y cuanto acabo de aconsejarle puede contenerse en este antiguo lema: «¡nobleza obliga!»

»Aplique ahora estos preceptos a los

negocios. Oirá decir que la flexibilidad y la astucia son elementos de éxito, y que el medio de dominar la multitud es dividirla. Amigo mío, esos principios eran buenos en la Edad Media, cuando los príncipes luchaban con fuerzas rivales, utilizando unas para destruir otras; pero hoy todo está claro, y semejante sistema le perjudicaría. Con frecuencia encontrará en su camino a un hombre leal y verdadero o a un enemigo traidor que empleará contra usted la calumnia, la maledicencia, o el engaño; pero éste será su auxiliar más poderoso. El enemigo de este hombre es él mismo, combátalo con nobleza, y, tarde o temprano, será despreciado. En cuanto al primero, la franqueza de usted le atraerá su estimación, y conciliando los intereses de ambos—que todo puede conciliarse en la vida—, le servirá bien.

»No tema crearse enemigos; ¡desgraciado del que no los tiene!, pero procure no dar motivo caer en ridículo o merecer la desconsideración; y digo *procure*, porque en París no siempre se puede hacer lo que se desea, todos están sometidos a circunstancias fatales y no podrán evitar ni el barro del arroyo, ni la teja que cae. La moral tiene también sus arroyos, cuyo lodo arrojan los infames al rostro de las personas honradas; pero puede usted hacerse respetar mostrándose siempre, y en todas las esferas, implacable en sus determinaciones.

»En este conflicto de ambiciones, en medio de estas dificultades, vaya siempre directamente al objeto, marche re-

sueltamente a la cuestión, y jamás combata más que en defensa de una causa, pero con todas sus fuerzas. Ya sabe cuánto odia el señor de Mortsauf a Napoleón; lo maldice, lo vigila como la justicia al criminal, le pide cuenta de la sangre del duque de Enghien, el único infortunio que le ha hecho derramar lágrimas; pero, sin embargo, lo admira como el mejor de los capitanes, cuya táctica me ha explicado con frecuencia. ¿No puede aplicarse la misma estrategia a la guerra de intereses? Ella economiza tiempo, como en la guerra se economizan hombres y espacio: medite acerca de esto, porque una mujer se equivoca frecuentemente en estas cuestiones, que juzgamos con el instinto y con el sentimiento. Insisto, no obstante, en que toda astucia, todo engaño, es al fin descubierto, y acaba por perjudicar, mientras que el que procede con franqueza, encuentra el camino franco. Si pudiera citarle mi ejemplo, le diría que en Clochegourde, obligada por el carácter del señor de Mortsauf a prevenir toda disputa y a resolver inmediatamente toda cuestión, he ido siempre derecha al objeto y he dicho a mi adversario: «Desatemos o cortemos.» Podrá usted muchas veces ser útil a los demás y hacerles algún favor, sin obtener recompensas; pero no imite a los que se quejan de la humanidad, regocijándose por no haber encontrado más que personas desagradables. ¿No es esto subir sobre un pedestal? ¿Y no es, además, una necedad confesar el poco conocimiento del mundo? ¿Hará usted bien a la ma-

nera del usurero que hace préstamos al sesenta por ciento? ¿No lo hará por el bien mismo? «¡Nobleza obliga!» Sin embargo, no haga favores que induzcan a los hombres a ser ingratos, porque luego serán sus irreconciliables enemigos; la desesperación del reconocimiento, como la desesperación de la ruina, presta fuerzas incalculables. Usted acepte de los demás lo menos posible, para no convertirse en vasallo de nadie, no dependa más que de sí mismo.

»Mis consejos, hijo mío, se refieren únicamente a las pequeñeces de la vida. En el mundo político todo cambia de aspecto, y las reglas que rigen la personalidad se doblegan ante los grandes intereses; pero, si llega usted a elevarse a las altas esferas, será como Dios, el único juez de sus resoluciones; no será entonces hombre, sino ley viviente; no será individuo, sino encarnación del país. Si juzga, también será juzgado; más tarde comparecerá ante los siglos, y usted conoce la historia lo suficiente para apreciar los sentimientos y las acciones que engendran la verdadera grandeza.

»Llego a la cuestión más importante, a la conducta que debe observar respecto a las mujeres. En los salones que frecuente, no se dedique a las pequeñeces de la coquetería. Uno de los hombres que en siglo anterior alcanzaron mayores triunfos, acostumbraba no ocuparse más que en una sola persona en la misma noche, prefiriendo a la que parecía más olvidada. Aquel hombre dominó su época. Había calculado

sabiamente que, en un tiempo dado, todos lo elogiarían. La mayor parte de los jóvenes pierden la fortuna y el tiempo necesario para adquirir relaciones que son la mitad de la vida social. Como agradan por sí mismos, el cuidado de sus intereses no les roba mucho tiempo; pero la primavera se termina pronto y hay que saber emplearla. Cultive el trato de las mujeres influyentes, que son las ancianas, quienes le enseñarán las alianzas y los secretos de todas las familias, y los caminos de travesía que pueden conducirle a su objeto. Serán suyas de corazón, porque la protección es su último amor cuando no son devotas; le servirán maravillosamente, le encomiarán y lo harán desear. Huya de las jóvenes, y no suponga que induce a darle este consejo el menor interés personal. La mujer de cincuenta años lo hará todo por usted, y la de veinte no hará nada; ésta quiere toda su vida; la otra no le pedirá más que un momento, una pequeña atención. Ría con las jóvenes, bromee, porque no son capaces de tener un pensamiento serio; casi todas son egoístas, pequeñas, sin afecto verdadero, porque no aman más que a sí mismas, y todo lo sacrifican a un éxito. Además, todas quieren que se sacrifiquen por ellas, y su situación exige que tengan para usted desmedidas pretensiones. Ninguna tendrá en cuenta los intereses de usted, pensarán sólo en sí mismas y le perjudicarán con su vanidad más de lo que pueden servirle con su adhesión. Si se queja usted, la más estúpida le probará que un guante suyo

vale más que el mundo entero y que nada hay más glorioso que servirla. Todas le dirán que lo hacen feliz y le harán olvidar lo que le conviene. La felicidad de las jóvenes es variable, y la prosperidad de usted será cierta. No sabe usted cuánta perfidia emplean para satisfacer sus caprichos, para convertir un gusto pasajero en amor. Cuando lo dejen, le dirán que la frase «ya no amo» justifica el abandono, como la frase «le amo» excusaba su amor, y que el amor es involuntario. ¡Doctrina absurda, hijo mío! Créame: el verdadero amor es eterno e infinito, semejante sólo a sí mismo; es constante y puro, sin demostraciones violentas. Nada de eso hay en las mujeres mundanas; todas representan una comedia; ésta le interesará por sus desgracias y parecerá la más amable y menos exigente de las mujeres, pero cuando se le haya hecho necesaria, impondrá su voluntad. ¿Quiere usted ser diplomático, ir, venir, estudiar los hombres, los intereses y los pueblos? Pues se verá obligado a permanecer en París y en sus posesiones, porque ella lo cogerá a sus vestidos, y será para usted más ingrata cuanto mayor adhesión le demuestre. Una intentará interesarle con su sumisión, se convertirá en su paje, lo seguirá románticamente al fin del mundo, se comprometerá por conservarlo y será como una piedra colgada a su cuello; pero, si se ahoga usted, ella sobrenadará.

Las mujeres menos astutas tienen infinitos lazos para apresarle; la más imbécil triunfa, por la poca desconfian-

za que inspira. La menos peligrosa sería la mujer galante que lo amara sin saber por qué, que lo dejara sin motivo y volviera a tomarlo por vanidad; pero todas le perjudicarán. La joven que frecuenta el mundo, que vive de los placeres y satisfacciones de la vanidad, es una mujer medio corrompida que no tardará en corromperlo. No será, no, la criatura casta y modesta en cuya alma reine usted siempre, pues la que lo ame vivirá solitaria, sus fiestas más hermosas serán sus miradas, y estará pendiente de sus labios. Esa mujer debe ser para usted el mundo entero, pues usted lo será para ella; ámela mucho, no la apene ni le dé rivales, no provoque sus celos. Ser amado, hijo mío, y más que esto, ser comprendido, es la felicidad más grande que existe, y yo se la deseo; pero esté bien seguro del corazón en que deposita sus afectos antes de comprometer su alma. Esa mujer jamás se pertenecerá, jamás pensará en nadie más que en usted; no atenderá jamás a sus propios intereses y adivinará para usted un peligro allí donde usted no lo sospechaba; si sufre, sufrirá en silencio; no será coqueta, pero no dejará de hacer cuanto a usted le agrade. Corresponda a ese amor sobrepujándolo. Si tiene usted la suerte de encontrar lo que le faltará siempre a su amiga, un amor igualmente inspirado e igualmente sentido, recuerde que en este valle vive para usted una madre cuyo corazón está saturado de amor, cuya profundidad jamás podrá medir. Sí; le profeso un afecto cuya extensión jamás comprenderá, pues, para que se

mostrara como es, sería preciso que perdiera su hermosa inteligencia, y entonces no sabría hasta dónde podría llegar mi adhesión. ¿Seré sospechosa porque le aconsejo que evite el trato de las jóvenes, todas más o menos artificiosas, burlonas, vanidosas y livianas, y que se dirija a las señoras influyentes, a majestuosas damas llenas de discreción y de experiencia, como lo fué mi tía, y que lo defenderán contra las acusaciones secretas y dirán de usted lo que usted no podrá decir? ¿No me muestro generosa al recomendarle que reserve su amor para un ángel puro? Si esta frase: «¡Nobleza obliga!» contiene gran parte de mis primeras recomendaciones, mis advertencias respecto a sus relaciones con las mujeres están condensadas también en el siguiente lema caballeresco: «Servir a todas, amar a una».

»Usted posee gran cultura, el sufrimiento ha preservado su corazón de toda mancha, y es usted bello y honrado, ande, por consiguiente, con pies de plomo para no salir de la senda del bien. ¿No es verdad, hijo mío, que me obedecerá y me permitirá continuar diciéndole lo que pienso de usted y de sus relaciones en la sociedad? Tengo en el alma una segunda vista que penetra el porvenir; déjeme, pues, usar, en su provecho, de esta facultad, don precioso que ha dado paz a mi alma, y que, lejos de debilitarse, se robustece en la soledad y el silencio. En cambio, le pido que me proporcione la felicidad de verlo grande entre los hombres, sin que uno solo de sus triunfos me

haga inclinar la frente; deseo que pueda decirme que he contribuido con algo más que con el deseo a su prosperidad. Esta secreta ambición es el único placer que puedo permitirme. Esperaré; no le digo adiós. Estamos separados, no puedo darle a besar mi mano, pero sabe perfectamente qué lugar ocupa en el corazón de su

»ENRIQUETA.»

Quando hube concluido la lectura de esta carta, sentí que bajo mis dedos palpitaba un corazón maternal, precisamente cuando el frío y severo recibimiento que me había dispensado mi madre acababa de envolverme en una capa de hielo. Adiviné entonces por qué la condesa me había prohibido leer su carta antes de que saliera de Turena: temía sin duda verme caer a sus pies y sentirlos regados por mis lágrimas.

Por fin reconocí a mi hermano Carlos, que hasta entonces había sido para mí casi un extraño, pero me trató con tal desdén, que comprendí que había demasiada distancia entre nosotros para que pudiéramos amarnos fraternalmente. Los sentimientos dulces tienen generalmente por fundamento la igualdad de las almas, y entre nosotros no había ningún punto de cohesión.

Carlos me instruyó en esas pequeñeces que la inteligencia o el corazón adivina; pero parecía desconfiar de mí, y si no hubiera tenido un punto de apoyo en mi amor, me habría vuelto tonto a fuerza de creerme ignorante. Sin embargo, me presentó en el mundo, en

que mi sencillez podía hacer resaltar sus cualidades. Sin las desgracias de mi infancia, habría podido tomar por cariño fraternal su vanidad de protector; pero la soledad moral produce los mismos efectos que la soledad material, y así como el silencio permite apreciar los más ligeros ruidos, la costumbre de recogerse uno en sí mismo desarrolla la sensibilidad de tal modo, que puede distinguir los menores matices del afecto que se nos profesa. Antes de haber conocido a la señora de Mortsauf una mirada me hería, una palabra bruscamente pronunciada me desgarraba el corazón, y lloraba sin conocer el cariño; pero, al volver de Clochegourde, pude establecer comparaciones que perfeccionaron mi ciencia prematura. La observación que solamente se funda en el dolor es incompleta, porque la felicidad ilustra también, y me dejó avasallar tanto más voluntariamente por la superioridad del derecho de primogenitura, cuanto menos me engañaba mi hermano.

Yo no visitaba más que a la duquesa de Lenoncourt, donde no oía hablar de Enriqueta, y donde nadie, a excepción del anciano duque, que era la sencillez misma, me dirigía la palabra; pero en el recibimiento que se me dispensó adiviné las secretas recomendaciones de la condesa.

Cuando había dejado de asombrarme y empezaba a perder el temor que produce a todo principiante la vida del gran mundo; cuando entreveía grandes placeres, comprendiendo los recursos que ofrece a los ambiciosos; cuan-

do me disponía a poner en práctica los consejos de Enriqueta, admirando su profunda sabiduría, llegó el 20 de marzo. Mi hermano marchóse con la corte a Gante, y yo, por consejo de la condesa, con quien sostenía frecuente correspondencia, acompañé al duque de Lenoncourt.

La benevolencia habitual del anciano duque convirtiéndose en protección sincera al verme unido de corazón a los Borbones, y él mismo me presentó a Su Majestad. Los cortesanos de la desgracia son poco numerosos; la juventud tiene sencillas admiraciones, fidelidades desinteresadas; y tuve la fortuna de agradar a Luis XVIII, que sabía juzgar a los hombres. Es verdad que lo que en las Tullerías hubiera pasado inadvertido, en Gante, por lo contrario, era muy notable.

Una carta de la señora de Mortsauf dirigida a su padre, que un emisario de los vendeanos llevó juntamente con otros despachos, y en la que había algunas palabras dedicadas a mí, me informó de que Santiago se encontraba enfermo. El señor de Mortsauf, verdaderamente desesperado, tanto por la enfermedad de su hijo como porque esta segunda emigración empezaba sin él, había agregado algunas frases que me hicieron adivinar la situación de Enriqueta. Atormentada indudablemente por el marido, mientras pasaba el tiempo a la cabecera de la cama de Santiago; no teniendo reposo de día ni de noche; superior a las incomodidades, pero sin fuerzas para dominarse cuando se consagraba al cuidado de su

hijo, Enriqueta debía necesariamente desear el socorro de una amistad que le había endulzado la vida, aunque sólo fuera para servirla entreteniendo al señor de Mortsauf.

Aunque estaba impaciente por seguir a mi hermano Carlos, que había sido enviado al congreso de Viena; aunque ansiaba, a riesgo de mi vida, justificar las predicciones de Enriqueta y emanciparme de la tutela fraternal, mis aspiraciones, mis deseos de independencia, el interés que tenía en no separarme del rey, todo me lo hizo olvidar la dolorida imagen de la señora de Mortsauf, y resolví abandonar la corte de Gante para ir a servir a mi verdadera soberana. Dios me recompensó. Al emisario enviado por los vendeanos le era imposible regresar a Francia, y el rey necesitaba una persona adicta que se atreviera a llevar sus instrucciones. El duque de Lenoncourt sabía que el rey no olvidaría jamás a quien se encargara de aquella peligrosa empresa, y me ofreció a Luis XVIII sin consultarme; yo me apresuré a aceptar, considerándome feliz por poder ir a Clochegourde al mismo tiempo que prestaba un servicio a la buena causa.

Después de haber sido recibido en audiencia secreta por el rey, volví a Francia, y tanto en París como en la Vendée tuve la fortuna de satisfacer los deseos de Su Majestad.

Hacia fines de Mayo, perseguido por las autoridades bonapartistas a quienes había sido señalado, vime obligado a huir disfrazado de labrador, caminando a pie a través de la Alta Vendée, del

Bocage y del Poitou, y variando de ruta constantemente. Llegué a Saumur, de Saumur fuí a Chinón, y de Chinón, en una sola noche, llegué a los bosques de Nueil, donde encontré al conde a caballo. Me tomó a la grupa y me condujo a su casa, sin que encontráramos a nadie que me reconociera.

—Santiago se encuentra mejor—fué lo primero que me dijo.

Le confesé mi misión de emisario político por lo que era perseguido como una bestia feroz, y el noble se atrincheró en su realismo para disputar al señor de Chessel el peligro de hospedarme.

Al divisar Clochegourde parecióme que los ocho meses que acababan de transcurrir eran un sueño. Al entrar en el salón, el conde dijo a su esposa:

—Adivina a quién traigo conmigo... ¡A Félix!

—¡Es posible!—exclamó la condesa dejando caer los brazos, tanta fué la sorpresa que le produjo mi llegada.

Me presenté, y los dos permanecimos inmóviles; Enriqueta clavada en su sillón, yo en el umbral de la puerta contemplándonos con la avidez de dos amantes que desean indemnizarse con una sola mirada de todo el tiempo perdido; pero, avergonzada de aquella sorpresa que revelaba su corazón, levantóse y se acercó a mí.

—¡He rezado mucho por usted!—me dijo después de presentarme su mano para que la besara.

Me pidió noticias de su padre, y luego, adivinando mi cansancio, fué a dar orden de que me prepararan habita-

ción, mientras el conde hacía que me sirvieran de comer, porque estaba muriéndome de hambre.

Enriqueta me destinó la habitación que estaba sobre la suya, es decir, la que había ocupado su tía, adonde hizo que el conde me condujera, después de poner el pie sobre el primer peldaño de la escalera, donde se despidió de mí hasta el día siguiente y se retiró.

Cuando bajé a comer supe la derrota de Waterloo, la fuga de Napoleón, la marcha de los ejércitos aliados contra París y la vuelta probable de los Borbones. Estos acontecimientos, que tenían suma importancia para el conde, nada significaban para nosotros. La noticia más importante para mí y para ella fué esta :

—¡Tendrá usted hielo!

Muchas veces, durante el último verano, había sentido no tener agua suficientemente fresca para mí, que, no bebiendo otra cosa, la prefería helada, y a costa de infinitos trabajos e importunidades había hecho construir una nevera.

Sabes muy bien que al amor le basta una palabra, una mirada, una inflexión de voz, una atención, ligera en apariencia. Pues bien, su acento, su mirada, su placer, me revelaron sus sentimientos, como antes le había yo manifestado los míos por medio de mi conducta en el juego; pero los testimonios de su cariño no se redujeron a esto. Siete días después de mi llegada, Enriqueta había recobrado su frescura, la salud, la alegría y la juventud, y volví a encontrar mi hermoso lirio embe-

llecido, del mismo modo que encontraba aumentados los tesoros de mi corazón.

Solamente en los espíritus mezquinos, en los corazones vulgares, puede la ausencia debilitar los sentimientos, borrar los rasgos del alma y disminuir las bellezas de la persona amada. Para las imaginaciones fogosas, para los seres a cuya sangre presta el entusiasmo más color y más vida, y en quienes la pasión toma la forma de la constancia, ¿no produce la ausencia el mismo efecto que los tormentos que afirmaban la fe en los mártires haciéndoles ver a Dios? ¿No existen en el corazón lleno de amor deseos incesantes que dan más precio a las formas deseadas mostrándolas iluminadas por el fuego de los sueños? El pasado, recogido recuerdo a recuerdo, se engrandece, y el porvenir se muestra pletórico de esperanzas. Para los corazones en que abundan esos celajes eléctricos, la primera entrevista es una especie de tempestad bienhechora que reanima la tierra y la fecunda, transmitiéndole las súbitas luces del rayo. ¡Qué placer más dulce experimentaba al ver que en nosotros estos pensamientos y estos afectos eran recíprocos! ¡Con cuánto júbilo contemplaba los progresos de la felicidad de Enriqueta! Una mujer que revive bajo las miradas del hombre amado, da quizá prueba de amor más grande que la que muere asesinada por la duda o marchita como la flor por falta de savia; no sé cuál de las dos es más conmovedora.

El rejuvenecimiento de la señora de

Mortsauf fué tan natural como los efectos del mes de mayo en las praderas, como los del sol y el agua en las plantas agostadas. Como nuestro valle de amor, Enriqueta había pasado el invierno, y, como él, renacía en la primavera.

Antes de comer bajamos a la azotea, y allí, acariciando la cabeza del niño, me refirió las noches que había pasado a la cabecera del enfermo. Según me contó, durante aquellos tres meses había habitado como en un palacio sombrio, temiendo entrar en los departamentos en que brillaban las luces, se celebraban fiestas que le estaban prohibidas, y a cuyas puertas permanecía mirando con un ojo a su hijo y con el otro a un fantasma indeciso, escuchando con un oído sus dolores y oyendo con el otro su voz. También me recitó algunas poesías que le había inspirado la soledad, tan bellas como no las ha escrito ningún poeta, pero en las que no había el menor vestigio de amor, ni la más ligera huella de voluptuosidad, ni ese perfume oriental del sentimiento, suave como las rosas de Frangistán.

Cuando el conde se reunió con nosotros, Enriqueta prosiguió en el mismo tono, a fuer de mujer altiva que puede mirar a su esposo y besar sin ruborizarse la frente de su hijo. Había rezado mucho y había tenido a Santiago durante noches enteras bajo sus manos juntas, pidiendo a Dios que lo salvara.

—Iba—decía—hasta las puertas del santuario a rogar a Dios por su vida.

Había tenido visiones que me refirió; pero en el momento en que pronunciaba estas palabras maravillosas: «Cuando dormía, mi corazón velaba», el conde la interrumpió diciendo:

—Entonces, casi has estado loca.

Enriqueta enmudeció, presa de un vivo dolor como si fuera aquella la primera herida que recibía, como si hubiera olvidado que, durante trece años, aquel hombre no había dejado de dirigirla flechas al corazón. Aye sublime, sorprendida por aquel grosero grano de plomo, cayó en una especie de abatimiento.

—Dígame, caballero—prosiguió después de una breve pausa—, ¿jamás ha de obtener gracia una de mis palabras ante el tribunal de su talento? ¿Jamás se mostrará usted indulgente conmigo, ni comprenderá mis ideas de mujer?

Se detuvo: aquel ángel arrepentíase ya de sus murmullos, mirando con una mirada su pasado y su porvenir. ¿Podría ser comprendida? ¿No iba, por lo contrario, a sufrir un apóstrofe violento? Sus azuladas venas latieron vigorosamente en las sienes, sus ojos permanecieron secos, sus pupilas azuladas languidecieron, e inclinó la cabeza para no ver en mis ojos acrecentada su pena, adivinados sus sentimientos, su alma acariciada por la mía, y, sobre todo, la compasiva cólera de mi amor juvenil, dispuesto como un perro fiel a devorar al que hiriera a su dueña, sin tener en cuenta la fuerza ni la calidad del agresor.

—¿El señor conde sigue siendo el mismo?—pregunté cuando el señor de

Mortsauf se alejó, llamado por el picador, que lo buscaba.

—Siempre—me respondió Santiago.

—Siempre excelente, hijo mío—rectificó Enriqueta, para substraer al señor de Mortsauf al juicio de sus hijos—. Tú ves el presente, pero desconoces el pasado, y no puedes juzgar a tu padre acertadamente. De todos modos, aunque veas que tu padre comete alguna falta, el honor de la familia exige que guardes el silencio más profundo...

—Y ¿cómo van las obras de la *Cassine* y la *Rhetoriere*?—pregunté interrumpiéndola para variar de conversación.

—Perfectamente— me respondió—. Concluidos hace poco tiempo los edificios, tenemos excelentes arrendatarios, que han tomado la una en cuatro mil quinientos francos, pagados los impuestos, y la otra en cinco mil. Hemos plantado tres mil pies de árboles en las dos nuevas posesiones: el pariente de Manette está encantado con la Rabelaye, y Martineau se ha quedado con la Baude. La hacienda de nuestros cuatro arrendatarios consiste en prados y bosques, a los que no llevan, como hacen otros colonos poco escrupulosos, los abonos destinados a nuestras tierras de labor; por consiguiente, «nuestros» esfuerzos han sido coronados por el éxito. Clochegourde, sin las reservas a que llamamos la hacienda del castillo, sin los bosques y los cercados, produce diez y nueve mil francos, y las plantaciones hechas nos producirán también, en lo sucesivo, una buena renta. Ahora deseo dar nuestras tierras reservadas a

Martineau, el guarda, a quien su hijo reemplazará en este puesto, pues ofrece tres mil francos si el señor conde le construye una granja en la Comanderie. Podríamos entonces entregarle las tierras de Clochegourde y terminar la alameda proyectada hasta el camino de Chinón y, así, no tendríamos que cuidar más que las viñas y el arbolado. Si el rey, como es probable, vuelve, volveremos a cobrar «nuestra» pensión y, después de algunos días de lucha, el señor conde aceptará lo que le propone «su mujer». La fortuna de Santiago será, pues, indestructible; obtenidos estos resultados, dejaré a mi esposo atesorar para Magdalena, a quien, como es costumbre, dotará el rey. Mi misión quedará cumplida y tendré tranquila la conciencia. ¿Y usted?

Le notifiqué la misión que había traído a Francia, explicándole hasta qué punto su consejo había sido sabio y fructuoso. ¿Estaba acaso dotada de segunda vista para presentir los acontecimientos?

—¿No se lo he escrito a usted?—me respondió—. Sólo en obsequio de usted puedo ejercer esa sorprendente facultad, de la que no he hablado más que al señor de la Berge, mi confesor, que se la ha explicado por una intervención divina. Muchas veces, después que el temor que me inspiraba la salud de mis hijos me había sumido en profunda meditación, al cerrar los ojos para no ver las cosas de la tierra, penetraban en otra región. Cuando veía a Santiago y a Magdalena envueltos en una

aureola luminosa, mis hijos estaban seguros de disfrutar durante algún tiempo de buena salud; si los veía envueltos en niebla, no tardaban en enfermar. A usted no solamente lo veo siempre brillante, sino que oigo una voz dulcísima que me notifica lo que usted debe hacer. ¿Por qué razón no puedo emplear esta facultad maravillosa más que en beneficio de mis hijos y de usted?—dijo cayendo en el ensueño—. ¿Acaso Dios se complace en servir de padre?—preguntóse después de una pausa.

—Déjeme usted creer—repuse—que no obedezco más que a usted.

Mi respuesta le hizo sonreír de un modo tan delicioso, que me conmovió.

—Cuando el rey vuelva a París, deje Clochegourde y vaya a la corte — me aconsejó—, porque, si es degradante pedir empleos y gracias, es ridículo no aceptarlos. Van a verificarse grandes cambios; los hombres capaces y de probada fidelidad serán necesarios al rey, y no debe usted faltarle. Empezará usted joven los negocios, y esto le será muy conveniente, porque para los hombres de Estado, como para los actores, hay ciertas pequeñeces del oficio que el genio no revela y que es necesario aprender. Mi padre ha oído esto al duque de Choiseul.

Y después de una pausa, añadió:

—Piense usted en mí; proporcióneme el placer de verle ocupando una elevada posición. ¿No es usted mi hijo?

—¡Su hijo!—repuse tristemente.

—Nada más que mi hijo—dijo iróni-

camente—. ¿No es ocupar un buen puesto en mi corazón?

La campana del castillo nos avisó que era la hora de comer. Tomó mi brazo y se apoyó en él con placer.

—Ha crecido usted—me dijo cuando subíamos la escalera.

Cuando estuvimos en la escalinata me agitó el brazo, diciéndome con gracia no exenta de coquetería:

—Vamos a contemplar un momento nuestro querido valle.

Se volvió, cubrió nuestros bustos con su sombrilla de seda blanca, puso a su lado a Santiago, y el movimiento de cabeza con que me mostró el Indre, la barca, los prados y las colinas me reveló que, durante mi ausencia, había contemplado muchas veces los desvanecidos horizontes y las sinuosidades vaporosas de aquel delicioso paraíso. La naturaleza era el manto con que encubría sus pensamientos. Ahora sabía ya por qué suspira el ruiñeñor durante la noche, y por qué el cantor del pantano lanza quejumbrosas notas.

Por la noche, a las ocho, presencié una escena que me conmovió profundamente y que jamás había podido ver, porque me había quedado siempre jugando con el señor de Mortsauf, mientras la condesa pasaba al comedor antes de acostar a los niños. La campana sonó dos veces y todas las personas de la casa acudieron presurosamente.

—Es usted nuestro huésped y tiene que someterse a la regla general del convento—dijo Enriqueta agarrándome la mano con el aire de broma ino-

cente que distingue a las señoras piadosas.

El conde nos siguió. Los condes, los niños y los sirvientes, todos se arrodillaron, colocándose en sus sitios respectivos. Tocaba a Magdalena el turno de decir las oraciones, y la hermosa niña las recitó con voz infantil, cuyos tonos ingenuos detacáronse con claridad en el silencio majestuoso del campo prestando a sus frases el santo candor de la inocencia, que es la gracia de los ángeles.

Fué aquella la oración más conmovedora que he oído en mi vida. La naturaleza respondía a las palabras de la criatura con los mil murmullos de la tarde, semejantes al sonido de un órgano ligeramente pulsado. Magdalena estaba a la derecha de la condesa, y Santiago, a la izquierda. Los graciosos rizos de las dos infantiles cabezas, sobre las que se elevaba el elegante peinado de la madre, y que dominaban los cabellos completamente blancos y el cráneo desnudo del señor de Mortsauf, formaban un cuadro cuyos colores repetían en cierto modo al espíritu las ideas inspiradas por la oración; en fin, para cumplir las condiciones de unidad que exige lo sublime, aquella asamblea estaba envuelta en la luz suave del sol poniente, cuyos tintes rojizos coloreaban la sala, sugiriendo a las almas poéticas la idea de que el fuego del cielo visitaba a los fieles servidores de Dios, arrodillados ante El sin distinción de rangos, en la santa igualdad recomendada por la Iglesia. Mi imaginación, recordando la vida

patriarcal, engrandecía aquella escena, sublime por su sencillez.

Los niños se despidieron del padre, y los criados nos saludaron; la condesa se fué llevando de la mano a Santiago y Magdalena, y yo me dirigí al salón en compañía del conde.

—Le obligaremos a conquistar el cielo allá y a bajar al infierno aquí—me dijo alegremente el señor de Mortsauf indicándome el chaquete.

La condesa tardó media hora en reunirse con nosotros.

—Esto es para usted—dijo poniendo su bastidor cerca de la mesa de juego y extendiendo el cañamazo—; pero mi obra ha adelantado muy poco; entre este clavel rojo y esta rosa mi hijo La estado enfermo.

—Vamos, vamos — repuso el señor de Mortsauf—, no hablemos ahora de enfermedades. El cinco seis, señor enviado del rey.

Al retirarme a mi habitación, quedéme un rato inmóvil y en silencio para oír a Enriqueta ir y venir por su aposento. Si ella estaba tranquila, a mí me asediaban las locas ideas que inspiran intolerables deseos. ¿Por qué no había de ser mía?

A la una de la madrugada abandoné mi habitación, bajé la escalera sin hacer el menor ruido, llegué delante de su puerta y apliqué el oído a la cerradura, pudiendo oír su respiración, dulce e igual como la de un niño.

Cuando sentí demasiado frío, volví a subir, me acosté y dormí tranquilamente hasta muy entrado el día.

No sé a qué predestinación, a qué cau-

sa debo atribuir el placer que experimento en aproximarme al borde del abismo, sondar el precipicio, interrogar su fondo, sentir su frío y retirarme después sobrecogido. La hora pasada en el dintel de la puerta de su aposento, donde lloré de rabia, sin que ella lo haya sabido jamás; su virtud, tan pronto puesta en duda como respetada, maldecida como adorada; aquella hora, estúpida en concepto de muchos, fué una inspiración del sentimiento desconocido que impulsa a los militares a colocarse delante de una batería tratando de averiguar si escaparían a la metralla y si serían felices sondeando el abismo de las probabilidades, y fumando, como Juan Bart, sobre un barril de pólvora.

Al día siguiente, fuí a coger flores, y el conde, a quien nada conmovía, me dispensó el honor de elogiar los ramos que hice.

Durante los pocos días que pasé en Clochegourde, hice algunas visitas a los señores de Chesnel en Frapesle, donde comí tres veces.

El ejército francés ocupó Tours, y la señora de Mortsauf, me obligó a marchar a Chateauroux, para volver a toda prisa a París, por Issoudún y Orleans. Intenté resignarme, pero me impuso silencio diciéndome que el genio familiar había hablado, y obedecí.

Al despedirnos, ambos derramamos algunas lágrimas. Enriqueta temía la fuerza de seducción del mundo en que iba a vivir. ¿No era preciso entrar decididamente en el vórtice de pasiones, de intereses y de placeres, que hacen

de París un mar tan peligroso para los amores castos como para la pureza de las conciencias? Le prometí escribirle diariamente refiriéndole los sucesos en que interviniera y comunicándole los pensamientos, aun los más triviales, que se me ocurrieran, y, al oír esta promesa, apoyó lánguidamente la cabeza sobre uno de mis hombros, diciendo: —No olvide usted nada, porque todo me interesará.

Me confió algunas cartas para los duques de Lenoncourt, en cuya casa me presenté al día siguiente de mi llegada.

—Tiene usted suerte — me dijo el duque—; coma usted aquí, y me acompañará esta noche a palacio: su fortuna está hecha. El rey ha dicho de usted esta mañana: «Es joven, inteligente y fiel.» El rey ha lamentado ignorar si estaba usted muerto o vivo, y adónde lo habían llevado los sucesos después de haber cumplido tan bien la misión que le confió.

Aquella noche fuí miembro del Consejo de Estado, y empecé a desempeñar al lado de Luis XVIII un empleo secreto tan duradero como su reinado, cargo de confianza, sin favor aparente, pero sin peligro de desgracia, que me colocó en el seno del gobierno y fué el origen de mi prosperidad.

La señora de Mortsauf había pronosticado bien, y, por consiguiente, a ella lo debía todo; el placer y la riqueza, la felicidad y la ciencia. Ella me guiaba y me fortalecía, purificaba mi corazón y daba a mis deseos la cohesión necesaria para no malgastar las fuerzas de la juventud,

Más tarde tuve un colega. Cada uno de nosotros prestaba servicio durante seis meses, y podíamos suplirnos mutuamente en el trabajo. Teníamos habitación en palacio, carruaje y buenas retribuciones cuando viajábamos.

Eramos los discípulos secretos de un monarca, a cuya política han hecho después los enemigos brillante justicia; nos veíamos obligados a juzgarlo todo, tanto lo interior como lo exterior; no teníamos influencia aparente, pero éramos a veces consultados como Laforet por Moliere, y sentíamos las vacilaciones de una vieja experiencia afirmada por la conciencia de la juventud. Nuestro porvenir habíase fijado de manera que satisfacía nuestra ambición.

Además del sueldo de consejero de Estado, pagado por la tesorería del Consejo, el rey me daba mil francos mensuales de su peculio particular y con frecuencia agregaba otras gratificaciones. Aunque el rey comprendía que un joven de veintitrés años no podría resistir mucho tiempo el trabajo con que me cargaba, mi colega, hoy par de Francia, no fué elegido hasta el mes de agosto de 1817. Esta elección era tan difícil, exigían nuestras funciones tantas cualidades, que el rey tardó mucho tiempo en decidirse, y hasta me dispensó el honor de consultarme respecto al particular. Yo le indiqué un antiguo camarada mío de la pensión Lepitre, y Su Majestad atendió mi indicación.

En aquella ocasión, me dijo:

—Usted será el primero.

Y no dejó ignorar esta circunstancia

a mi colega, quien, en pago del servicio, que yo le había prestado, me otorgó su amistad. La consideración con que me trataba el duque de Lenoncourt fué la medida de la con que me distinguió la sociedad.

«El rey se interesa mucho por ese joven; ese joven tiene gran porvenir»; eran frases que se pronunciaban con frecuencia en los altos círculos sociales. Ya en casa del duque de Lenoncourt, ya en casa de mi hermana, que por entonces había ya contraído matrimonio con mi primo el marqués de Listemore, hijo de la anciana dama a quien en mi juventud visitaba en la isla de San Luis, fuí poco a poco conociendo a las personas más influyentes del arrabal Saint-Germain.

Enriqueta, por medio de su tía la princesa de Blamont-Chauvry, me introdujo en la alta sociedad, y escribía hablando tan calurosamente de mí, que la princesa me invitó a frecuentar su casa. Cultivé su trato, tuve la suerte de agradarle y llegó a ser una amiga, que me trataba con ternura maternal.

La anciana princesa empeñóse en que intimara con su hija la señora de Espard, con la duquesa de Langeais, con la vizcondesa de Beauseant y con la duquesa de Maufrigneuse, damas ilustres que unas después de otras empuñaron el cetro de la moda, y que fueron tanto más amables para mí, cuanto que estaba siempre dispuesto a servirles, sin pretender nada de ellas.

Mi hermano Carlos, que siempre me había tratado con despego, empezó a tratarme sumamente amable; pero mi

rápido éxito le inspiró una secreta envidia que más tarde me ocasionó muchos disgustos.

Mi padre y mi madre, sorprendidos por aquella fortuna inesperada, se envanecieron y me adoptaron al fin como hijo; pero, como este sentimiento era en cierto modo artificial, por no decir falso, el cambio no conmovió mucho mi corazón ulcerado, sin duda porque el corazón aborrece los cálculos interesados, de cualquier género que sean.

Conforme había prometido, yo escribía a Enriqueta, que sólo contestaba una o dos cartas cada mes; pero su espíritu se cernía sobre mí, y su pensamiento atravesaba las distancias para envolverme en una atmósfera pura. Ninguna mujer podía cautivar-me, y el rey, que llegó a conocer mi reserva, me llamaba riendo la «señorita de Vandenesse»; pero la sensatez de mi conducta le complacía mucho. Estoy convencido de que la paciencia a que me había acostumbrado en la infancia y sobre todo en Clochegourde, me sirvió grandemente para cautivar la gracia del rey, y fué siempre bondadoso para mí. Tuvo el capricho de leer mis cartas, y desde entonces dejó de burlarse de mi vida de señorita. Estando un día escribiendo bajo el dictado del rey, entró el duque de Lenoncourt, que estaba de servicio, y, al verlo, el monarca nos miró a ambos de un modo malicioso.

—¿El señor de Mortsauf no piensa en morir-se?—preguntó-le con aquella voz a la que tan bien sabía comunicar la mordacidad del epigrama.

—Todavía no—respondió el duque.

—La condesa de Mortsauf es un ángel a quien me complacería ver en la corte—repuso el rey—; pero, si yo no puedo conseguirlo, mi canciller será más feliz.

Y, dirigiéndose a mí, agregó:

—Concedo a usted seis meses de licencia; me decido a darle por colega al joven de que habló ayer. Diviértase mucho, caballero Catón.

Y salió del gabinete sonriendo.

Me apresuré a ir a Turena. Iba a presentarme ante mi amada, no solamente un poco menos cándido, sino también con el aspecto de un joven elegante que había aprendido a presentarse en sociedad en los salones más aristocráticos, y a cuya educación habían contribuido las mujeres de mejor tono, poniendo en práctica las inspiraciones del ángel más bello a quien el cielo haya encomendado la guarda de un niño. Ya sabes cómo estaba equipado durante los tres meses de mi primera estancia en Frapesle. Cuando volví a Clochegourde después de la misión que me confiara el rey, vestido como un cazador, con chaqueta verde con botones blancos, pantalón rayado, polainas de cuero y zapatos, pero el camino y los obstáculos me habías destrozado tanto, que el conde se apresuró a prestarme ropa blanca. Los dos años de permanencia en París, la costumbre de estar al lado del rey y las caricias de la fortuna, me habían transformado de tal modo, que tenía conciencia de ser el secreto sostén y la esperanza oculta de la mujer más ado-

nable de la tierra. Quizá experimenté un pequeño sentimiento de vanidad cuando el látigo de los postillones resonó en la nueva avenida que desde el camino de Chinón conducía a Cloche-gourde, y cuando una verja que yo no conocía abrióse en medio de una cerca circular de construcción reciente. Deseando sorprender a mi amada Enriqueta, no le había avisado mi llegada, de lo que me arrepentí, primero, porque experimentó el sobrecogimiento que produce un placer mucho tiempo esperado, y, además, porque me probó que todas las sorpresas calculadas son de dudoso gusto.

Cuando Enriqueta vió un hombre en quien no había visto más que un niño, bajó los ojos con movimiento de trágica lentitud, se dejó estrechar y besar la mano sin gran complacencia, y, cuando alzó el rostro para mirarme, vi que estaba pálida.

—Ya veo que no olvida usted a sus viejos amigos — me dijo el señor de Mortsauf, que no había sufrido ningún cambio.

Los niños me saltaron al cuello y en la puerta del castillo apareció la grave figura del abate Dominis, preceptor de Santiago.

—No—respondí—, y desde hoy disfrutaré cada año de seis meses de licencia, que pasaré al lado de ustedes.

Y, volviéndome a la condesa, y pasándole el brazo por la cintura para sostenerla en presencia de toda la familia, agregué:

—Y a usted, ¿qué le pasa?

—Déjeme — me respondió retroce-

diendo—, no es nada.

Respondiendo a su pensamiento secreto le dije:

—¿No conoce ya a su fiel esclavo?

Apoyóse luego en mi brazo, dejó al conde, a sus hijos, al abate y a los criados reunidos, y me condujo al jardín, pero quedando al alcance de sus miradas. Cuando creyó que su voz no podía ser oída, me dijo:

—Félix, amigo mío; perdone el miedo a quien no tiene más que un hilo para guiarse en un laberinto subterráneo y tiembla al verlo roto. Repítame que soy, como siempre, Enriqueta para usted, que no me abandonará, que nada prevalecerá contra mí, que será siempre mi íntimo amigo. He leído de repente en el porvenir, y no estaba usted en él, como siempre, con la faz brillante y los ojos fijos en mí; me había usted vuelto la espalda.

—Enriqueta, ídolo de mi alma, cuyo culto es para mí más sagrado que el de Dios; lirio, flor de mi vida, ¿no sabe, usted que es mi conciencia, que estoy de tal manera encarnado en su corazón, que mi alma permanece aquí, aunque mi cuerpo se encuentre en París? ¿Necesito decirle que he recorrido el camino en diez y seis horas, y que cada vuelta de las ruedas arrastraba un mundo de pensamientos y de deseos, que han estallado como una tempestad tan pronto como la he visto?

—Siga usted, siga; estoy segura de mí y puedo oírle sin faltar a mis deberes conyugales. Dios no quiere que muera y lo envía a mi lado, como derrama la lluvia sobre la tierra árida.

Hable usted, hable. ¿No me ama santamente?

—Santamente.

—Pero, ¿me amaré siempre?

—Siempre.

—¿Como a la Virgen María?

—Como a la Virgen María.

—¿Como a una hermana?

—Como a una hermana excesivamente amada.

—¿Como a una madre?

—Como a una madre secretamente deseada.

—¿Caballerosamente? ¿Sin esperanza?

—Caballerosamente, pero con esperanza.

—En fin, ¿como si no tuviera usted más que veinte años y vistiera el traje azul que llevó al baile?

—¡Oh! mejor... La amo a usted así, y además...

Me miró con ansiedad interrogadora, y agregué:

—Como la amaba su tía.

—Soy feliz, ha desvanecido usted mis errores—dijo volviéndome al lado de su familia, que estaba sorprendida de nuestra conferencia secreta—; pero sea usted niño aquí, porque todavía es un niño. Si su interés le induce a ser hombre ante el rey, aquí consiste en permanecer niño. Niño, será usted amado. Resistiré siempre al hombre; pero, ¿qué podré negar al niño? Mi hijo no puede desear nada que me sea imposible concederle.

Y, mirando al conde, con quien nos habíamos reunido, con expresión maliciosa, exclamó:

—Ya nos hemos comunicado todos los secretos. Dejo a usted y voy a vestirme.

Yo traía de París un traje de caza para Santiago, y, para Magdalena, un estuche de labor, parecido al de su madre, con cuyo obsequio pensaba reparar la mezquindad a que en otro tiempo me había condenado la tacañería de mi madre. La alegría que experimentaron los niños, mostrándose uno al otro sus regalos, pareció molestar al conde, siempre disgustado cuando no se ocupaban en él. Hice, pues, una señal de inteligencia a Magdalena, y seguí al conde, que deseaba hablarme de sí mismo. Me llevó hacia la azotea, pero deteniéndonos en la escalinata cada vez que me contaba algún hecho importante.

—Félix—me dijo—, ya lo ve usted, todos son felices; sólo yo desentono en el cuadro; sus males han pasado a mí, y bendigo a Dios por haberlo dispuesto de este modo. En otro tiempo ignoraba qué tenía; pero ahora ya lo sé: estoy enfermo del pílora y no puedo digerir.

—Y ¿a qué se debe que sea usted ahora tan sabio como un profesor de la Escuela de medicina? —le pregunté sonriendo—. ¿Acaso su médico ha cometido la indiscreción de...?

—¡Dios me libre de consultar a los médicos!—exclamó manifestando por la medicina la misma repulsión que experimentan casi todos los enfermos imaginarios.

Vime obligado a soportar una conversación desatinada, durante la cual

me hizo las confidencias más ridículas, quejándose de la condesa, de los criados, de los niños y de la vida, complaciéndose en repetir los temas de todos los días a un amigo que, desconociéndolos, podía tomarlos en serio, y a quien la cortesía obligaba a escuchar con aparente interés.

Debió quedar satisfecho de mí, pues le prestaba profunda atención, tratando de penetrar aquel carácter incomprendible y de adivinar los nuevos tormentos que infligía a su esposa, y que ésta me ocultaba.

Enriqueta puso término a la conferencia apareciendo en el vestíbulo. El conde la vió, movió la cabeza y me dijo :

—Usted me atiende, Félix, pero aquí nadie me hace caso.

Marchóse, como si comprendiera que me estorbaba para hablar con Enriqueta, o quizá porque, con atención caballeresca, hubiera adivinado que la complacía dejándonos solos.

Su carácter ofrecía diferencias inexplicables; era celoso como todos los seres débiles; pero también era ilimitada la confianza que tenía en la virtud de su esposa. Acaso los sufrimientos de su amor propio, herido por la superioridad de aquella santidad sublime, eran causa de la oposición constante que hacía a la condesa, a quien desafiaba como los niños desafían a sus maestros o a sus madres. Santiago estaba dando la lección, y Magdalena ocupábase en el atavío de su persona, y durante una hora próximamente pude pasearme solo con Enriqueta por la azotea.

—Y bien, ángel querido—le pregunté—, ¿se hace pesada la cadena, se llena de obstáculos el camino, se multiplican las espinas?...

—Calle usted—respondió adivinando los pensamientos que la conferencia con el conde me había sugerido—; ya está usted aquí, y todo lo he dado al olvido. No sufro, no he sufrido...

Y apresuró el paso como para entregar al viento sus cintas de tul, sus mangas flotantes y los sedosos bucles de sus cabellos peinados a la Sevigné. En aquel momento, me pareció joven, alegre y dispuesta a jugar como un niño, y comprendí la dicha y el júbilo que experimenta el que calma un dolor.

—¡Bella flor humana que mi pensamiento acaricia y que mi alma besa! —le dije—; ¡lirio mío, siempre firme y erguido sobre el tallo; siempre blanco, altivo, perfumado, solitario!...

—Basta, caballero — dijo sonriendo—; hábleme de usted, de sus triunfos, cuéntemelo todo.

Bajo aquella movible bóveda de follajes que agitaba la brisa, sostuvimos una larga conversación, en la que intercámbiamos paréntesis interminables, y en la que la informé de mi vida, de mis ocupaciones; le describí mi habitación en París, porque todo deseaba saberlo, y ¡felicidad inapreciable! nada tenía que ocultarle.

Conociendo mi alma y todos los detalles de mi vida, dedicada a penosos trabajos; comprendiendo la importancia de las funciones que desempeñaba y en las que, sin probidad intachable, podía fácilmente engañar y enriquecer-

me, pero que ejercía con tal rigorismo, que el rey había llegado a llamarme «señorita de Vandenesse», Enriqueta cogióme una mano y la besó, humede-ciéndola con lágrimas de alegría.

La súbita inversión de nuestros pa-peles, el elogio tan entusiasta, el pen-samiento tan rápidamente expresa-do como prontamente comprendido : «¡Este es el amo que habría deseado, éste es mi sueño!», el beso que había depositado en mi mano en el que había una confesión explícita, en el que el abatimiento era la grandeza, y en que el amor se revelaba, toda aquella tem-pestad de sentimientos celestiales me dejó anonadado, sintiéndome pequeño. Habría querido morir a sus pies.

—¡ Ah! — exclamé — ¡ me supera usted en todo! ¿Cómo ha podido dudar de mí, porque ha dudado hace un mo-mento, Enriqueta?

—No he temido por el presente—res-pondió mirándome con dulzura inefa-ble, que para mí solamente velaba la luz de sus ojos—; pero, al verlo tan hermoso me he dicho que nuestros proyectos respecto a Magdalena los desbaratará la mujer que adivine los tesoros ocultos en su corazón, que le adorará y que nos robará nuestro Fé-lix.

—¡ Siempre Magdalena! — exclamé con sorpresa que no la affigió más que a medias—; ¿es, entonces, a Magda-lena a quien soy fiel?

Y, dicho esto, ambos quedamos si-lenciosos hasta que el señor de Mort-sauf vino desgraciadamente a nuestro encuentro.

Con el corazón lleno de dulces senti-mientos, vime entonces obligado a sos-tener una conversación erizada de di-ficultades, en que mis sinceras respues-tas respecto a la política seguida por el rey, contrariaban las ideas del conde, que me obligó a explicarle las intencio-nes de Su Majestad. A pesar de mis preguntas acerca de sus caballos, de la situación de sus negocios agrícolas, de los rendimientos de sus cinco gran-jas, y de los árboles que pensaba cor-tar en la alameda vieja, volvía siem-pre a la política con terquedad de sol-terona y persistencia de niño, porque esta clase de personas van siempre adonde brilla la luz, giran en torno de ella sin penetrar nada y fatigan el alma como los moscardones fatigan el oído zumbando. Enriqueta guardaba silen-cio.

Para poner término a aquella conver-sación que el ardor de la juventud po-día inflamar, respondí solamente con monosílabos afirmativos, evitando dis-cusiones inútiles; pero el señor de Mortsauf tenía demasiada inteligencia para no comprender lo que de injurioso tenía mi cortesía. Cuando, cansado de tener siempre razón, se frunciéron sus cejas y se pronunciaron las arrugas de su frente, brillaron sus ojos amarillos, se enrojeció más su nariz, como el día en que fui testigo de sus accesos de de-mencia, Enriqueta me miró con expre-sión suplicante, haciéndome compren-der que no podía emplear en mi favor la autoridad de que hacía uso para jus-tificar o defender a los niños. Entonces tomé en serio las objeciones del con-

de, manejando con toda la destreza de que fui capaz su sombría inteligencia.

—¡Pobre amigo mío! ¡pobre amigo mío! — repetía Enriqueta, pronunciando estas palabras de modo tal, que llegaban a mi oído como el murmullo de la brisa.

Luego, llegado el momento en que creyó que podía intervenir con éxito, dijo:

—¿Saben ustedes, señores, que se están poniendo muy fastidiosos?

Obligado por aquella interrogación a la cabaleresca y galante obediencia debida a las señoras, el conde cesó de hablar de política; y nosotros procuramos a nuestra vez aburrirle con pequeñas, por lo que nos dejó en libertad de pasearnos, pretendiendo que la cabeza se le iba, y volviendo así constantemente al mismo tema.

Mis conjeturas eran ciertas. La belleza del paisaje, la atmósfera templada, el cielo diáfano y la embriagadora poesía de aquel valle, que durante quince años habían calmado los extraños caprichos del enfermo, empezaban ya a no ejercer influencia alguna en su organismo. En la época de la vida en que generalmente, en los demás hombres desaparecen las asperezas y se desgastan, el carácter del anciano caballero había llegado a ser, por lo contrario, más agresivo. Desde algunos meses antes contradecía por contradecir, sin razón alguna, sin justificar sus opiniones; preguntaba la causa de todo, le inquietaba el más pequeño retraso o la más ligera omisión, se mezclaba con propósito deliberado en las interiorida-

des de todos los asuntos, hacía que le diesen cuenta hasta de las más pequeñas minuciosidades del gobierno de la casa, molestaba a todo el mundo. Antes no se irritaba jamás sin motivo especial; ahora estaba siempre irritado. Acaso los cuidados de su fortuna, las especulaciones de la agricultura, la vida de movimiento lo habían hasta entonces distraído, dando paso a inquietudes y empleo a la actividad de su espíritu, y acaso también la ociosidad dió después entera libertad a su dolencia, que se manifestó por ideas fijas, y el «yo» moral dominó por completo al «yo» físico.

Se había constituido médico de sí mismo, y consultaba libros, y, creyendo padecer las enfermedades cuyas descripciones leía, adoptaba precauciones inauditas, variables, imposibles de prever, y, por consiguiente, imposibles de satisfacer. Unas veces le molestaba el ruido, y cuando la condesa imponía en torno suyo el silencio más absoluto, quejábase de estar como en una tumba, diciendo que había un término medio entre el ruido de las ciudades y el silencio de los cartujos. Otras veces, demostraba por todo completa indiferencia; entonces la casa respiraba, los niños podían jugar y los trabajos domésticos se hacían cómodamente; pero de repente, en medio del ruido, empezaba a quejarse, gritando que querían matarlo, y decía a su esposa con acento frío y agresivo:

—Querida, si se tratara de tus hijos, sabrías adivinar perfectamente lo que les conviene y desean.

Desnudábase y vestíase muchas veces al día, estudiando las más ligeras variaciones de la atmósfera, y no hacía nada sin consultar el barómetro. A pesar de las maternales atenciones que le dispensaba su esposa, no encontraba ningún alimento a su gusto, porque pretendía tener el estómago completamente perdido, agregando que lo doloroso de las digestiones le ocasionaba insomnios continuos, a pesar de que comía, bebía, digería y dormía con regularidad tan perfecta, que habría admirado al médico más sabio. Sus caprichos cansaban a los criados de la casa, que, rutinarios como son por regla general, no podían tolerar las exigencias y necesidades de sistemas tan frecuentemente variados. A veces mandaba abrir las ventanas, bajo pretexto de que necesitaba respirar el aire libre, y algunos días después la temperatura, demasiado fría o demasiado templada, se le hacía intolerable; entonces se irritaba, disputaba, y, para tener razón, negaba haber dado órdenes en contrario. Esta falta de memoria o sobra de mala fe le daba grandes ventajas en todas las discusiones en que Enriqueta le repetía sus mismas palabras. La estancia en Clochegourde se había hecho para todos tan insoportable, que el abate Dominis, hombre sumamente instruido, había tomado el partido de fingir que buscaba la resolución de algunos problemas, para refugiarse en una distracción afectada.

La condesa había perdido la esperanza de mantener secretos en el círculo de la familia aquellos accesos de de-

mencia; los criados habían presenciado escenas en que la exaltación inmovilizada de aquel anciano prematuro había traspasado los límites; pero eran tan adictos a la condesa, que nada había transpirado fuera. Sin embargo, ella temía constantemente que se hiciera público aquel tremendo delirio, que los respetos humanos no eran ya capaces de mantener secreto.

Algún tiempo después, supe detalles espantosos del trato que el conde daba a su esposa, a quien, en vez de consolar, aniquilaba bajo el peso de siniestras predicciones haciéndola responsable de futuras desgracias, sólo porque se negaba a proporcionar a los niños las incesantes medicaciones a que pretendía someterlos. Si la condesa se paseaba con Santiago y Magdalena, el conde anunciaba una tempestad aunque el cielo estuviera despejado, y, si por casualidad se realizaba el pronóstico, la satisfacción de su amor propio hacía insensible al mal de sus hijos. Si uno de éstos se indisponía, atribuía esta indisposición a los cuidados adoptados por la condesa, censurando hasta los detalles más insignificantes, y concluyendo siempre con estas infames palabras:

—Si los niños se encuentran enfermos, es porque tú lo has querido.

De igual modo procedía en los pormenores de la administración doméstica, viendo siempre las cosas por el lado peor y constituyéndose en «abogado del diablo», según expresión de su cochero.

La condesa había señalado a Santiago y Magdalena horas de comer dis-

tintas de las suyas, con lo que los había substraído a la terrible influencia de la enfermedad del conde, concitan-do sobre sí todas las tormentas. Los niños veían, por consiguiente, rara vez a su padre.

Por una de esas alucinaciones pecu- liares de los egoístas, el conde no tenía conciencia del mal que ocasionaba; en la conversación confidencial que ha- bíamos sostenido, habíase quejado, es- pecialmente, de ser demasiado bueno para los suyos. Todo lo dañaba, todo lo rompía, y luego, después de haber he- rido a su víctima, negaba terminante- mente haberla tocado. Entonces com- prendí de dónde provenían las líneas impresas, como por buril, en la frente de la condesa, y que había advertido al mirarla. Tienen las almas nobles cierta especie de pudor que les impide exteriorizar sus sufrimientos, cuya ex- tensión ocultan a los que aman, por un sentimiento voluptuoso de caridad. Así, pues, a pesar de mis instancias, no me era posible obtener de Enrique- ta esta confidencia; temía, sin duda, apesadumbrarme, y sus confesiones eran generalmente interrumpidas por súbitos rubores; pero no tardé en adi- vinar toda la gravedad de los disgustos que el conde ocasionaba a los morado- res de Clochegourde.

—Enriqueta — díjele algunos días después, demostrándole que apreciaba la profundidad de sus miserias—, ¿no ha cometido usted un error arreglando sus haciendas de modo que el conde no tenga ya en qué ocuparse?

—Querido — respondió sonriendo—,

mi situación es sumamente crítica y merece toda mi atención; crea que he estudiado bien todos los recursos, y todos están agotados. Realmente, las rarezas del señor de Mortsauf han au- mentado, y, como no estamos siempre uno en presencia del otro, no puedo debilitarlas dividiéndolas en muchos puntos, porque todos son igualmente dolorosos para mí. He tratado, hace algún tiempo, de proporcionar alguna distracción a mi esposo, aconsejándole que pusiera un criadero de gusanos de seda en Clochegourde, donde existen aún varias moreras, vestigios de la an- tigua industria de Turena; pero he re- cordado que se mostraría tan déspota y tirano como en casa, y que, sobre los mil cuidados que ya tengo, me ve- ría obligada a encargarme también de esta empresa. Aprenda usted, señor ob- servador—me dijo—, que durante la juventud las malas cualidades del hom- bre están refrenadas por la sociedad, detenidas en su vuelo por las pasiones y dominadas por el respeto humano; pero que más tarde, en la soledad y en la edad madura, esos pequeños de- fectos se manifiestan tanto más terri- bles cuanto más largo tiempo han es- tado oprimidos.

Las debilidades humanas son esen- cialmente cobardes y no admiten paz ni tregua; lo que han obtenido un día lo exigen al otro, y lo exigirán siem- pre. La fuerza es clemente y se somete a la evidencia, es justa y pacífica, en tanto que las pasiones que engendra la debilidad son implacables: son felices cuando pueden obrar como los niños,

que prefieren las frutas robadas en secreto a las que comen en la mesa. Por esto, el señor de Mortsauf experimentaba verdadera alegría cuando lograba sorprenderme, y él, que no era capaz de engañar a nadie, me engañaba con delicia.

Un mes próximamente después de mi llegada a Clochegourde, al concluir de almorzar, una mañana, la condesa me agarró por un brazo, abrió la puerta que daba al pardín, y me condujo a las viñas.

—¡ Oh ! ¡ me matará ! — exclamó —, pero deseo vivir, aunque sólo sea por mis hijos. ¡ Dios mío ! ¡ Ni un día de descanso ! ¡ caminar siempre sobre abrojos, verse expuesta a caer a cada momento, y a cada momento reunir fuerzas para mantener el equilibrio ! No hay criatura que pueda soportar semejantes gastos de energía. Si conociera bien el terreno a que debo encaminar mis esfuerzos, mi alma se sometería a todo ; pero, cada día, por lo contrario, sus ataques cambian de carácter y me sorprenden indefensa ; mi dolor es infinito. ¡ Félix ! ¡ Félix ! Es imposible que imagine usted qué odiosa forma ha tomado su tiranía, y qué salvajes exigencias le han sugerido los libros de medicina. ¡ Ay, amigo mío !...

Y reclinó la cabeza sobre mis hombros sin acabar la confidencia.

—¿ Qué hacer ? ¿ A qué recurrir ? — agregé después de una pequeña pausa—. ¿ Cómo resistir ?... Me matará... No ; me mataré yo misma... ¡ Pero el suicidio es un crimen !... ¡ Huir ! ¿ Y mis hijos ? ¡ Separarnos !... Pero, ¿ có-

mo confesar a mi padre, después de quince años de matrimonio, que no puedo vivir con el señor de Mortsauf, cuando, si mis padres llegaran, se mostraría discreto, cortés, espiritual ? Además, ¿ tienen padres las mujeres casadas ? ¿ tienen madres ? No ; pertenecen a los maridos. Mi casta soledad, lo confieso, me daba fuerzas, vivía tranquila, ya que no podía ser feliz ; pero, si se me priva de esta felicidad negativa, perderé el juicio. Mi resistencia tiene por fundamento razones poderosas. ¿ No es un crimen engendrar criaturas condenadas a perpetuos dolores ? Sin embargo, mi conducta provoca conflictos tan graves, que no puedo decir sola, porque soy juez y parte. Mañana iré a Tours a consultar al abate Biotteau, mi nuevo director espiritual, porque el virtuoso abate de la Berge ha muerto. Aunque era severo, siempre echaré de menos su fuerza apostólica ; su sucesor es un ángel que se entenece, en vez de reprender... Y, sin embargo, ¿ qué valor no infunde la religión ? ¿ qué razón no se afirma al oír la voz del Espíritu Santo ?

Y, alzando los ojos al cielo y enjugándose las lágrimas exclamó :

—¡ Dios mío ! ¿ Por qué me castigáis ? Es preciso creerlo ; sí, creámoslo, Félix ; nos es forzoso pasar por pruebas terribles antes de llegar perfectos y purificados a las esferas superiores. ¿ Debo guardar silencio ? ¿ Me prohibís, Dios mío, desahogar mis penas en el seno de un amigo ? ¿ Lo amo, acaso, demasiado ?

Y estrechóme contra su corazón co-

mo si temiera perderme, exclamando: para poner término a este duelo sin testigos, en el que sucumbiría usted infaliblemente, porque se bate con armas desiguales. No luche más tiempo contra un loco...

—¿Quién puede resolver mis dudas? La conciencia nada me reprocha. Las estrellas brillan en la altura enviando su luz a los humanos; ¿por qué el alma, estrella del hombre, no ha de envolver en sus fuegos a un amigo, cuando no se piensa en él más que castamente?

Y la escuchaba silencioso, con su mano trémula en la mía más trémula aún, y estrechándola con fuerza a la que Enriqueta respondía con fuerza igual.

—¿Están ustedes ahí?—preguntó el conde, saliendo a nuestro encuentro con la cabeza descubierta.

El conde mostraba cierta obstinación en intervenir en nuestras conversaciones, ya porque esperara encontrar en ellas alguna distracción, ya porque creyera que la condesa me refería sus culpas, o porque estuviera también celoso de un placer de que no era partícipe.

—¡Cómo me sigue!—exclamó Enriqueta con acento de desesperación—. Vamos a ver las viñas, y así nos veremos libres de él. Marchemos agachados a lo largo del seto para que no vea que nos alejamos.

Penetramos en una espesa alameda, ganamos, corriendo, las viñas, y no tardamos en llegar a un bosquecillo de almendros.

—Amada Enriqueta—dije entonces deteniéndome para contemplarla—, usted me ha conducido sabiamente por las vías peligrosas e intrincadas del gran mundo; pero hora es que me permita que le dé algunas instrucciones

—¡Silencio!—ordenó reprimiendo las lágrimas que afluían a sus ojos.

—Escúcheme usted. Después de una hora de esas conversaciones que por amor a usted me veo obligado a soportar, me ocurre con frecuencia que la inteligencia se me nubla y la cabeza se me pone pesada: el conde me hace dudar, y las mismas ideas, repetidas incesantemente, se me graban al fin en el cerebro. Las monomanías bien caracterizadas no son contagiosas; pero, cuando la demencia reside principalmente en la manera de apreciar los asuntos y se oculta bajo discusiones constantes, pueden ocasionar verdaderos estragos. Su paciencia es sublime; pero, ¿no la conducirá al embrutecimiento? Así, pues, por usted, por los niños, cambie de sistema con el conde. La adorable complacencia de usted ha fomentado su egoísmo: le ha tratado usted como una madre a un hijo mimado; pero ahora ya, si desea usted vivir y lo quiere, debe hacer uso del imperio que ejerce sobre él. Demasiado sabe que la ama y la teme; hágase temer más; oponga a su indecisa voluntad una voluntad recta y clara. Haga uso de su poder como él emplea el suyo, apoyándolo en las concesiones que usted le ha hecho, y encierre su enfermedad en una esfera moral, como se encierra a los locos en una celda.

—Amigo mío—respondió Enrique-

ta sonriendo amargamente—, sólo una mujer sin corazón podría representar ese papel. Soy madre, y seré, por consiguiente, mal verdugo. Sé sufrir; pero, ¡hacer sufrir a los demás!, aunque sea con un propósito noble y honrado, no. Además, tendría que mentir, disfrazar la voz, armar de cólera mi frente, corromper mi expresión... ¡no me pida usted semejantes cosas! Si no puedo interponerme entre el señor de Mortsauf y mis hijos, recibiré los golpes para que no alcancen a nadie; pero esto es todo cuanto puedo hacer para conciliar tantos intereses contrarios.

—¡Déjame adorarte, santa, tres veces santa y noble mujer! — exclamé arrodillándome ante ella, besando la orla de su vestido y enjugando las lágrimas que brotaron de mis ojos—; pero, ¿y si la mata a usted?

Enriqueta se puso pálida, y, alzando los ojos al cielo, respondió:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¿Sabe usted lo que decía el rey a su padre hablando de usted? «El señor de Mortsauf no se muere nunca?»

—Lo que es una broma en boca del rey — repuso severamente— sería un crimen en la nuestra.

A pesar de las precauciones que habíamos adoptado, el conde nos había seguido la pista y nos alcanzó, bajo un nogal donde la condesa habíase detenido para decirme sus últimas y gravísimas palabras. Al verle, empecé a hablar de la vendimia. ¿Sospechó? Lo ignoro; pero pasó un rato examinándonos sin pronunciar una palabra y sin preocuparse de la humedad que destila-

ban los nogales. Después de algunos momentos empleados en decir algunas palabras insignificantes, entrecortadas por pausas muy expresivas, el conde manifestó que le dolían el corazón y la cabeza, quejándose sin exagerar su dolencia. No le prestamos ninguna atención. Al entrar en casa se sintió peor, y se metió en el lecho, sin ceremonia, con naturalidad que era en él extraordinaria. Nos aprovechamos de aquella tregua que nos concedía, y bajamos a la terraza acompañados de Magdalena.

—Vamos a dar un paseo por el río —dijo la condesa después que dimos algunas vueltas—; el guarda está pescando y podremos verlo.

Salimos por la puerta pequeña, llegamos a la barca, saltamos en ella y empezamos a remontar lentamente por el Indre. Como los niños a quienes todo les divierte, contemplábamos las hierbas de las orillas, las moscas verdes y azules, sorprendiéndose la condesa de poder gozar de tan tranquilos placeres en medio de sus punzantes dolores. Pero la calma de la naturaleza, que nuestras luchas no pueden turbar, ¿no ejerce en nosotros un encanto consolador? La agitación del amor plerótico de deseos reprimidos se amortiza con la del agua, las flores revelan los sueños más secretos del hombre, y el voluptuoso balanceo de una barca tiene una vaga semejanza con los pensamientos que flotan en el alma. Aquella doble poesía ejercía en nosotros conmovedora influencia. Las palabras, elevadas a la armonía de la naturaleza, des-

plegaron gracia misteriosa, y las miradas tuvieron rayos más brillantes, participando de la luz que el sol esparcía pródigamente sobre la pradera; el río era como un sendero sobre el que volábamos, y, finalmente, no distrayéndole el movimiento que exige la marcha a pie, el espíritu se apoderaba de la creación.

La alegría bulliciosa de la niña, tan graciosa, tan seductora, ¿no era también la expresión viviente de dos almas libres que se complacían en formar idealmente la criatura maravillosa soñada por Platón y conocida de todos cuantos en su juventud disfrutaron de un amor feliz?

Para describirte aquella hora, no en los detalles indescriptibles, sino en conjunto, te diré que nos amábamos en todos los seres, en todas las cosas que estaban en rededor nuestro, que sentíamos fuera de nosotros la felicidad que cada uno ansiaba, y que esta felicidad penetraba en nosotros de manera tan viva, que la condesa se quitó los guantes y sumergió las manos en el agua para calmar su secreto ardor. Sus ojos hablaban, pero su boca, que semejaba el capullo de una rosa, no hubiera formulado un deseo. La armonía de los sonidos graves perfectamente unidos a los sonidos agudos me ha recordado siempre la de nuestras almas en aquel momento, que jamás he vuelto a encontrar.

—¿Dónde están pescando?—le pregunté—porque los criados no tienen derecho a pescar más que en las orillas que le pertenecen.

—Cerca del puente de Ruán— me contestó—: ahora el río es nuestro desde el puente de Ruán hasta Cloche-gourde. El señor de Mortsauf ha comprado cuarenta aranzadas de pradera con las economías de los dos últimos años y los atrasos de su pensión. ¿Le sorprende a usted esto?

—¡Oh! ¡quisiera que todo el valle fuera de usted!—exclamé.

Enriqueta contestóme con una sonrisa.

Llegamos cerca del puente de Ruán donde el río se ensanchaba y algunos hombres estaban pescando.

—¿Qué tal, Martineau?—preguntó la condesa.

—¡Ay, señora condesa! ¡Fracaso completo! Hace tres horas que estamos recorriendo desde el molino hasta aquí, y nada hemos pescado todavía.

Abordamos, para presenciar el último golpe de red, y nos colocamos a la sombra de un álamo de corteza blanca que crece en las orillas del Danubio, del Loira y probablemente de todos los grandes ríos, y que en la primavera echa una especie de algodón blanco y sedoso, que es la envoltura de la flor.

La condesa se había tranquilizado y casi se arrepentía de haberme confiado sus penas y de haberse lamentado como Job, en vez de llorar como Magdalena, una Magdalena sin amores, sin fiestas y sin disipaciones, pero no sin perfumes ni sin bellezas. La red recogida en su presencia estaba llena de peces, truchas, anguilas, barbos y de

una enorme carpa, que saltaban sobre la hierba.

— ¡Ni que lo hubieran hecho a propósito! — exclamó el guarda.

Los criados abrían desmesuradamente los ojos, contemplando, mudos de admiración, a aquella mujer, que se asemejaba a un hada que con la varilla mágica hubiera tocado las redes. En aquel momento apareció el picador, atravesando a todo galope la pradera, aparición que produjo a Enriqueta un horrible sobresalto. Como Santiago no estaba con nosotros, la condesa temió que le hubiese ocurrido alguna desgracia.

— ¡Santiago! — exclamó — ¿dónde está Santiago? ¿qué le ha sucedido?

¡Ay! ¡No me amaba! Si me hubiera amado, mis sufrimientos le habrían hecho adoptar aquella actitud de leona desesperada.

— Señora condesa — respondió el anciano —, el señor conde se encuentra peor.

Enriqueta respiró, pero echó a correr conmigo, seguidos por Magdalena.

— Vaya usted despacio — me dijo —, para que no se sofoque la niña. Ya lo ve usted, la carrera que ha dado el señor de Mortsaufr con este tiempo tan caluroso le ha hecho sudar, y su permanencia bajo el nogal puede acarrear una desgracia.

Estas palabras, pronunciadas en su turbación, revelaban la pureza de su alma. ¡La muerte del conde una desgracia! Enriqueta no tardó en llegar a Clochegourde, pasó por una brecha

de la cerca, y a través de las viñas dirigióse al castillo.

Yo caminaba lentamente. La expresión de Enriqueta me había iluminado, como ilumina el rayo que incendia las mieses ya granadas. Durante aquel paseo por el río me había forjado la ilusión de ser el preferido, y comprendí con amargura que sus palabras eran sinceras y habían sido pronunciadas con buena fe. El amante que no es todo, no es nada. Yo amaba, por consiguiente, sólo con los deseos del amor que sabe todo lo que quiere, que se nutre con caricias esperadas, que se satisface con voluptuosidades del alma, porque agrega a ellas las que le reserva el porvenir. Si Enriqueta amaba, no conocía los placeres ni las tempestades del amor; vivía del sentimiento mismo, como las santas con Dios. Yo era el objeto de todos sus pensamientos, de todas sus sensaciones desconocidas, como el enjambre de abejas que revolotea en torno de las ramas de un árbol florido; pero no era el principio, sino un detalle de la vida. Rey destronado, preguntábame si podría recuperar mi reino; en mis locos celos me reprochaba el no haberme atrevido a nada, el no haber estrechado los vínculos de nuestro amor, que me parecía entonces más sutil que verdadero, con las cadenas del derecho positivo que forja la posesión.

La indisposición del conde, provocada quizá por la humedad del nogal, se agravó en algunas horas. Fui a buscar a Tours, al señor Origet, médico fa-

moso, a quien le fué imposible acudir antes del anochecer, pero que permaneció en Clochegourde durante toda la noche y el día siguiente.

Aunque había enviado a buscar gran cantidad de sanguijuelas para aplicárselas, creyó que era urgente propinar al enfermo una sangría, y por desgracia no había llevado la lanceta. Corrí a Azay, con un tiempo espantoso; desperté al cirujano, señor Deslandes, y le obligué a que me siguiera con la velocidad de un pájaro. Diez minutos más tarde el conde hubiera sucumbido; la sangría le salvó.

A pesar de aquel primer éxito, el médico pronosticó una fiebre inflamatoria muy perniciosa, una de esas enfermedades que atacan generalmente a las personas que han disfrutado siempre de perfecta salud. La condesa, aterrada, creía ser la causa de aquella crisis fatal. Sin alientos para darme las gracias por las molestias que me había impuesto, limitábase a dirigirme algunas sonrisas, cuya expresión equivalía al beso que habría depositado en mi mano: a mí me hubiera complacido leer en su mirada el remordimiento de un amor ilícito, pero sólo veía la expresión de su ternura hacia aquel a quien consideraba un alma noble, acusándose ella de un crimen imaginario.

Sí; amaba como Laura de Nover amó a Petrarca, y no como Francisca de Rímini amó a Paolo. ¡Descubrimiento terrible para quien ambicionaba los dos géneros de amor!

La condesa, con el cuerpo doblegado

y los brazos caídos, yacía en un sucio sillón de aquel aposento que se asemejaba a la guarida de un jabalí.

En la tarde del día siguiente, antes de partir, el médico recomendó a la condesa, que había pasado en vela toda la noche, que descansara porque la enfermedad del señor de Mortsauf sería de larga duración.

—¡Descansar! — respondió —, ¡no, no! ¡Nosotros, sólo nosotros lo cuidaremos!

Y añadió mirándome:

—¡Tenemos el deber de salvarlo!

Al oír esto, el médico nos dirigió una mirada escrutadora y llena de asombro. Aquella frase hacía sospechar algún atentado frustrado. Prometió volver dos veces a la semana, expuso al señor Deslandes el plan que debía seguir, e indicó los síntomas que exigían que se fuera a buscarlo a Tours.

Con objeto de que la condesa descansara por lo menos una noche cada dos, le rogué que me permitiera velar al conde alternando con ella, con lo que logré decidirla, no sin trabajo, a que se acostara la tercera noche.

Cuando todos dormían en el castillo, durante un momento en que el conde se adormeció, oí en el aposento de Enriqueta un doloroso gemido. Dominado por una viva inquietud, fui a buscarla, y la encontré arrodillada ante el reclinatorio, derramando amargas lágrimas, y diciendo:

—¡Dios mío! ¡Si éste es el precio de una queja, no volveré a quejarme!

Volvióse al ruido que hice al entrar y preguntó al verme:

—¿Lo ha abandonado usted?

—La he oído llorar y gemir; y temiéndolo por usted...

—¡Oh! ¡me encuentro bien! — repuso.

Queriendo asegurarse de que el señor de Mortsauf dormía, bajamos juntos y lo contemplamos a la claridad de un quinqué. El conde estaba, más que dormido, debilitado por la pérdida de sangre que le habían sacado, y sus manos agitadas agarraban la ropa, con crispaturas nerviosas.

—He oído decir que esto es síntoma de muerte—dijo Enriqueta—. ¡Oh! si muriera de esta enfermedad, que nosotros hemos provocado, no volvería a casarme jamás: ¡lo juro!

Y extendió la mano sobre la cabeza del conde con majestuoso y solemne ademán.

—He hecho cuanto me ha sido posible para salvarle—le contesté.

—¡Oh! ¡usted es bueno! ¡Yo, yo sola soy la culpable!

Se inclinó sobre la frente descompuesta del conde, enjugóle el sudor con sus cabellos, y la besó santamente; pero no pude ver sin alegría secreta que consideraba aquella caricia como una expiación.

—¡Blanca, tengo sed!—dijo el conde con voz débil.

—¿Lo ve usted? no conoce a nadie más que a mí—me dijo llevando al conde agua en un vaso.

Y, con sus modales afectuosos, parecía insultar los sentimientos que nos unían, inmolándonos al enfermo.

—Enriqueta—le dije—, vaya usted a descansar un rato; se lo ruego.

—¡Nada de Enriqueta! — me interrumpió con imperiosa precipitación.

—Acuéstese para no caer enferma.

Sus hijos, «él mismo» le ordenan que se cuide, y hay circunstancias en que el egoísmo es una virtud sublime.

—Sí—asintió.

Y se retiró, recomendándome el enfermo, con ademanes que habrían podido tomarse por síntomas de un próximo delirio, si no hubieran tenido las gracias de la infancia y la fuerza suplicante del arrepentimiento. Aquella escena, teniendo en cuenta el estado habitual del alma pura de la condesa, era aterradora, porque revelaba la exaltación de la conciencia.

Cuando el médico volvió, le manifesté los infundados escrúpulos que asesinaban a Enriqueta, y, aunque hecha muy discretamente, aquella confianza desvaneció las sospechas del señor Origet, que calmó las agitaciones de la condesa diciéndole que el señor de Mortsauf debía, de todos modos, sufrir aquella crisis, y que su permanencia bajo el nogal le había sido más beneficiosa que perjudicial.

El conde estuvo cincuenta y dos días entre la vida y la muerte, y Enriqueta y yo, turnando, lo velamos veintiséis noches cada uno.

El señor de Mortsauf debió la salvación a nuestros cuidados y a la escrupulosa exactitud con que ejecutamos las órdenes del médico. Semejante a los filósofos a quienes sabias observaciones

autorizan a dudar de las buenas acciones cuando no son más que el secreto cumplimiento del deber, el señor Origet, al presenciar el combate heroico que sosteníamos la condesa y yo, nos espía con miradas inquisidoras, temeroso de equivocarse en su admiración.

—En una enfermedad de este género—me dijo al hacer la tercera visita—, la muerte tiene un auxiliar en la parte moral, cuando se encuentra tan gravemente alterada como la del conde. El médico, los cuidados, las personas que rodean al enfermo tienen la vida de éste entre las manos, porque en semejantes casos una sola palabra, un temor vivo manifestado por un gesto, actúan como un veneno.

Al decirme esto, Origet estudiaba mi rostro y mi aspecto; pero sólo pudo ver en mis ojos la clara expresión de un alma cándida. Efectivamente, durante el curso de aquella cruel enfermedad, no se me ocurrió ninguna de esas ideas que a veces manchan las conciencias más puras. Para quien contempla la grandiosa naturaleza, todo tiende a la unidad por asimilación. El mundo moral debe estar regido por un principio análogo.

Enriqueta exhalaba un perfume celestial, y a su lado parecía que el menor deseo reprochable debía para siempre alejarme de ella, porque no solamente era la felicidad sino también la virtud. Viéndonos siempre igualmente atentos y cuidadosos, el doctor nos miraba con piedad y enternecimiento, como si se dijera: «Estos son los verda-

deros enfermos, aunque ocultan su enfermedad y la olvidan».

El señor de Mortsaufr mostrábase paciente, sumiso, no se quejaba jamás, y manifestaba una maravillosa docilidad, mientras que cuando se encontraba bueno, a la cosa más insignificante hacía mil observaciones. El secreto de aquella sumisión era un miedo cerval a la muerte, lo que contrastaba notablemente con su habitual bravura. Este temor explicaba las muchas rarezas del nuevo carácter que le habían formado las desgracias.

¿Lo creerás, Natalia? Aquellos cincuenta días y el mes que siguió fueron los más hermosos de mi vida. El amor es en los espacios infinitos del alma, lo que en un hermoso valle es el río caudaloso a que afluyen las lluvias, los arroyos y los torrentes, en que caen las flores y los árboles, los guijarros de la orilla y las rocas más altas: tanto aumentan su caudal las tempestades, como el lento tributo de las claras fuentes. ¡Ay, cuando se ama, todo se refiere al amor!

Pasados los primeros peligros, la condesa y yo nos familiarizamos con la enfermedad. A pesar del desorden incesante introducido por los cuidados que exigía el conde, su aposento, que habíamos encontrado tan sucio, vióse limpio y bien arreglado. Pronto nos encontramos como dos personas abandonadas en una isla desierta, porque las desgracias no aíslan solamente, sino que también imponen silencio a las mezquinas convenciones sociales. Además, el interés del enfermo nos

obligaba a tener muchos puntos de contacto que ninguna otra circunstancia habría autorizado. ¡Cuántas veces se encontraron nuestras manos al prestar algún auxilio al conde! ¿No estaba yo obligado a sostener, a ayudar a Enriqueta? Con frecuencia, obligada por una necesidad sólo comparable a la del soldado que está de centinela, olvidábase de comer, y yo le servía el alimento que tomaba de prisa y que necesitaba mil pequeños cuidados. Era una escena de niños al borde de una tumba entreabierta. Me pedía los medicamentos que aliviaban los sufrimientos del conde, y me confiaba otras mil pequeñas tareas.

Durante los primeros días en que la intensidad del peligro ahogaba las distinciones sutiles que caracterizan los hechos de la vida ordinaria, Enriqueta se despojó necesariamente de esa especie de decoro que todas las señoras, hasta las más naturales y sencillas, observan en las palabras, en las miradas y en la conversación cuando no se encuentran solas, y que no es más que la afectación del descuido. ¿No se presentaba ante mí en las tinieblas del amanecer, con traje de mañana, que me permitía entrever los seductores tesoros de belleza, que en mis locas esperanzas casi consideraba míos? Y, aun manteniéndose majestuosa y altiva, ¿podía dejar de ser familiar?

Por otra parte, durante los primeros días el peligro quitó toda significación apasionada a las interioridades de nuestra íntima unión, y luego, después de haber reflexionado, creyó quizá, que se

ría un insulto cambiar de maneras. Fuimos, pues, insensiblemente familiarizándonos con la situación, y se mostró noblemente confiada, tan segura de sí, como de mí mismo. Penetré más en su corazón, y la condesa volvió a ser mi Enriqueta, obligada a amar más a quien se esforzaba por ser su segunda alma.

Pronto no tuve que esperar su mano, siempre irresistiblemente abandonada a la primera mirada de súplica, pudiendo igualmente contemplar con embriaguez las bellas líneas de sus formas en las largas horas en que velábamos juntos el sueño del enfermo. Las pequeñas voluptuosidades que nos concedíamos, las miradas enternecidas, las palabras pronunciadas en voz baja para no despertar al conde, los temores, las esperanzas dichas y repetidas, en fin, los mil acontecimientos de la completa fusión de dos almas durante largo tiempo separadas, destacábanse vivamente sobre las sombras dolorosas del cuadro que nos rodeaba.

En aquella terrible prueba, a la que no suelen resistir los afectos más vivos, que sucumben bajo la costumbre de verse continuamente y que se separan experimentando la cohesión constante en que se encuentra ligera o pesada la carga de la vida, llegamos a conocer por completo nuestras almas. Ya sabes qué estragos produce la enfermedad del jefe de una familia; qué interrupción en los negocios; qué desorden en todo: parece que la vida, turbada en él, turba los movimientos de la casa y

de la familia. Aunque todo estaba a cargo de la condesa, el señor de Mortsauf era útil, por lo menos, para las relaciones exteriores: él hablaba con los arrendatarios, se entendía con los agentes de negocios y cobraba las rentas, pues si la condesa era el alma, él era el cuerpo. Me constituí en su mayordomo para que pudiera atender al cuidado del conde, sin peligro de sus intereses; y ella aceptó mis servicios de la manera más sencilla, sin darme siquiera las gracias.

Aquellos cuidados repartidos, aquellas órdenes transmitidas en nombre suyo, fueron una nueva comunicación establecida entre los dos. Por las tardes, en su aposento, hablábamos frecuentemente de intereses y de los niños, y aquellas conversaciones fomentaban la esperanza de nuestro efímero matrimonio. ¡Con cuánta alegría me dejaba Enriqueta representar el papel de marido, ocupar su lugar en la mesa y dar instrucciones al guarda!

Anulado por la enfermedad, el conde no ejercía la menor influencia en su mujer, y la condesa fué dueña de sí haciéndome objeto de una multitud de cuidados. ¡Qué júbilo experimenté al descubrir en ella el pensamiento, quizá vagamente concebido pero deliciosamente expresado, de revelarme el inapreciable valor de su persona y de sus cualidades, de hacerme conocer el cambio notable que se operaría en ella si tuviera la suerte de ser comprendida! Aquella flor, incesantemente cerrada en la fría atmósfera del hogar, abríase al influjo de mis miradas y para mí so-

lo, y tenía tanta complacencia en desplegarse, que era imposible no ver la secreta influencia del amor. De este modo, y hasta en los detalles más insignificantes de mi vida, me demostraba que yo estaba siempre presente en su pensamiento.

La mañana en que, después de haber pasado la noche al lado del lecho del enfermo, me acostaba tarde, Enriqueta se levantaba antes que las demás personas del castillo e imponía a todos el silencio más absoluto; sin necesidad de que se lo advirtieran, Magdalena y Santiago iban a jugar lejos; la condesa empleaba todas las supercherías imaginables para conquistar el derecho de poner la mesa para mí; y, por último, me servía con alegría en los movimientos, con ligereza de golondrina, con rubor en las mejillas, con temblor en la voz, con penetración de lince, ¿acaso estas expresiones del alma pueden describirse?

A veces, se sentaba rendida de cansancio; pero, si por casualidad en aquellos momentos se trataba de mí o de los niños, encontraba nuevas fuerzas y se levantaba ágil, viva y alegre, complaciéndose en mostrar su ternura, como el sol muestra sus rayos. ¡Ah, Natalia! Ciertas mujeres participan en la tierra de los privilegios de los espíritus divinos, y, como ellos, esparcen la luz, de la que San Martín, el filósofo desconocido, decía que es inteligente, melodiosa y perfumada.

Segura de mi discreción, Enriqueta levantó la pesada cortina que nos ocultaba el porvenir, dejándome ver dos

mujeres: la encadenada que me había seducido, y la libre cuya ternura debía eternizar mi amor. ¡Qué diferencia entre una y otra!

El señor de Mortsauf era el bengalí transportado a la fría Europa, tristemente colocado en su percha, mudo y moribundo en la jaula en que le guarda el naturalista; Enriqueta era el mismo pájaro de vivos colores que canta poemas orientales en la espesura de las orillas del Ganges, como la pedrería viviente, volando de rama en rama, entre las flores de un hermoso rosal. Su belleza aumentó; su inteligencia se reavivó. Aquel continuo fuego de nuestras almas era un secreto que guardábamos cuidadosamente, porque el ojo del abate Dominis inspiraba a Enriqueta más temor que el del señor de Mortsauf; pero tenía gran placer en dar a sus pensamientos giros ingeniosos, ocultando su júbilo bajo el disfraz de la broma, y encubriendo su ternura con el brillante manto de la gratitud.

—Hemos sometido nuestra amistad a rudas pruebas, Félix, y bien podemos permitirnos las libertades que permitimos a Santiago, ¿no es cierto, señor abate?—decía en la mesa.

El severo abate respondía con la amable sonrisa del hombre piadoso que lee en los corazones y los encuentra puros; además, al eclesiástico inspiraba la condesa el respeto y la admiración que inspiran los ángeles.

Dos veces, en cincuenta días, rebasó la condesa los límites en que se encerraba nuestro afecto; pero hasta aquellos dos sucesos quedaron

envueltos en el velo que no se levanta más que el día de las confesiones sueltas. Una mañana, al principio de la enfermedad del conde, en el momento en que la condesa se arrepentía de haberme tratado con severidad retirándome los inocentes privilegios concedidos a mi casta ternura, yo la esperaba para que me reemplazara en el cuidado del paciente; extremadamente fatigado, habíame dormido con la cabeza apoyada en la mano, y de pronto desperté sintiendo en la frente una frescura que me produjo una sensación comparable a la que me habría ocasionado el contacto de una flor. Enriqueta se encontraba a tres pasos de mí, y me dijo:

—¡Ya estoy aquí!

Al retirarme, le estreché la mano, y, como la encontrara húmeda y temblorosa, le pregunté:

—¿Sufre usted?

—¿Por qué me lo pregunta? — me respondió.

La miré, enrojeciéndome, confundido, y dije:

—He soñado.

Una tarde, durante una de las últimas visitas del señor Origet, que había anunciado la convalecencia del conde, yo me había sentado con Santiago y Magdalena en los escalones de la galería y los tres nos distraíamos con un juego infantil. El señor de Mortsauf dormía, y el médico, mientras que le aparejaban el caballo, hablaba a media voz con la condesa en el salón. El señor Origet se marchó sin que yo lo viera, y, después de haberlo acompañado,

Enriqueta apoyóse en la ventana, desde la que estuvo contemplándonos largo rato sin que nosotros lo supiéramos.

Era una de esas tardes cálidas en que el cielo adquiere matices cobrizos y en que el campo envía con los ecos mil rumores confusos. El último rayo del sol agonizaba en los tejados, las flores de los jardines perfumaban el ambiente y, a lo lejos, oíase el sonido de los cencerros del ganado que volvía a los establos. El silencio imponente de aquella hora había llegado a dominarnos y sofocábamos nuestros gritos para no despertar al conde. De repente, oí la contracción gutural de un suspiro violento reprimido, corrí al salón y encontré a la condesa sentada en el hueco de la ventana con el rostro cubierto con un pañuelo; ella reconoció mis pasos, y con ademán dulcemente imperioso me mandó que la dejara sola. Me aproximé con el corazón penetrado de dolor, y a pesar de la resistencia que opuso, le arrebaté el pañuelo... ¡estaba llorando! Antes de que yo pudiera pronunciar una palabra, huyó a su aposento, del que no volvió a salir hasta la hora de la oración.

La llevé a la terraza, y allí le rogué que me dijera cuál había sido la causa de su emoción; pero afectó la alegría más encantadora y la justificó con la buena noticia que le había dado el señor Origet.

—Enriqueta, Enriqueta—le dije—, cuando lloró, ya sabía usted eso. Entre nosotros, una mentira es una monstruosidad. ¿Por qué me ha impedido

enjugarle las lágrimas? ¿Me pertenecían?

—He pensado—me respondió— que esta enfermedad ha sido para mí una tregua, un descanso en el dolor. Ahora que no tengo que temblar por el señor de Mortsauf, tiemblo por mí.

Y decía bien. El restablecimiento del conde se anunció por el retorno a sus caprichos y rarezas; empezó a decir que ni la condesa, ni yo, ni el médico sabíamos cuidarlo, que lo ignorábamos todo, su enfermedad y su temperamento, sus sufrimientos y los remedios convenientes. En su concepto, el señor Origet, infatuado por no sé qué doctrina, lo curaba de alteración de los humores, cuando no debía ocuparse más que en el pfloro. Un día nos miró maliciosamente, como si nos hubiera espiado y adivinado, y dijo, sonriendo a su esposa:

—Confésalo, querida. Si hubiera muerto, me habrías sentido, pero te habrías resignado pronto.

—Hubiera llevado el luto de corte, rosa y negro—respondió la condesa riendo, para hacerle callar.

Pero provocó, especialmente por causa del alimento, que el doctor limitaba, oponiéndose a que se satisficiera por completo el apetito del convaleciente, escenas violentas y disputas que no podían siquiera compararse con las pasadas, porque el carácter del conde se manifestaba tanto más temible, cuanto que había estado, por decirlo así, dormido. Apoyada en las terminantes recomendaciones del médico y

en la obediencia de los criados, y estimulada por mí, que veía en aquella lucha un medio de acostumbrarle a dominar a su marido, la condesa decidió resistir oponiendo una frente tranquila a la demencia y a los gritos, y tomando, al fin, al conde por lo que era, por un niño. Tuve, por último, la suerte de ver que adquiría dominio sobre aquel espíritu enfermizo: el conde gritaba pero obedecía, y obedecía mejor cuanto más había gritado.

A pesar de los resultados obtenidos, Enriqueta lloraba a veces ante el espectáculo de aquel anciano descarnado, débil, de frente más amarilla que la hoja próxima a caer, de ojos hundidos y manos temblorosas; se reprochaba sus durezas, y con frecuencia no podía resistir el júbilo que brillaba en los ojos del conde cuando, prolongando la comida, contrariaba las prescripciones del médico. Mostrábase tanto más dulce y cariñosa para él, cuanto más lo había sido para mí; pero advertí, sin embargo, diferencias que inundaron de júbilo mi corazón. Como no era infatigable, veíase obligada a llamar a los criados para servir al conde cuando los caprichos de éste se sucedían con demasiada rapidez y se quejaba de no ser comprendido.

La condesa mandó decir una misa en acción de gracias a Dios por el restablecimiento del señor de Mortsauf, y me pidió el brazo para ir a la iglesia; la acompañé, pero, mientras se celebró el acto religioso, fui a hacer una visita a los señores de Chessel. Cuando regresé, quiso reñirme.

—Enriqueta—me disculpé—, soy incapaz de cometer una falsedad. Puedo arrojarle al agua para salvar a un enemigo que está a punto de ahogarse, darle mi capa para que se abrigue, perdonarle, en fin, pero sin olvidar la ofensa.

La condesa no respondió.

—Es usted un ángel, y ha podido dar gracias a Dios cordialmente—continuó—; la madre del príncipe de la Paz fué salvada de las manos del populacho furioso que pretendía asesinarla, y cuando la reina le preguntó: «¿Qué hacía usted mientras tanto?» la noble dama le respondió: «Oraba por ellos.» La mujer es así; pero yo soy hombre y, por lo tanto, imperfecto.

—¡No se calumnie usted!—dijo moviéndome el brazo con violencia—; ¡tal vez valga más que yo!

—Sí—repuse—, porque daría la eternidad por un solo día de felicidad, y usted...

—¿Y yo?—dijo mirándome altivamente.

Me detuve y bajé la vista para que no me hiriera el rayo de su mirada.

—¡Yo!—repuso—. ¿De qué «yo» habla usted? En mí hay muchos «yos». Santiago y Magdalena, son uno de mis «yos»—añadió indicándome a sus hijos—. Félix, ¿cree usted que soy egoísta? —dijo con delirante acento—. ¿Me cree capaz de sacrificar la eternidad para recompensar al que me sacrifica la vida? Este pensamiento es horrible y opuesto completamente a los sentimientos religiosos. ¿Puede levanta-

tarse una mujer degradada? ¿Puede aquí todo. En lo sucesivo, guardaré si-
absolverla la felicidad de que disfrute? lencio.

Bien pronto contestará usted a esas —¡ Sus generosidades matan!—con-
preguntas. Sí, le confío al fin mi se- testó levantando los ojos al cielo.

creto: esta idea me ha conmovido con Habíamos llegado a la terraza, don-
frecuencia, la he expiado con duras de encontramos al conde sentado en
penitencias, y sólo ella es causa de las un sillón, tomando el sol. El aspecto
lágrimas de que anteayer me pidió usted de aquel rostro descarnado y hundido,
cuenta. animado a penas por una débil sonrisa,

—No dé usted — repuse—excesiva, apagó las llamas que habían brotado de
importancia a cosas que las mujeres las cenizas. Me apoyé en la balaustra-
vulgares colocan muy altas, y que usted da, contemplando al moribundo colo-
ted debería... cado entre los dos hijos siempre enfer-
mizos, y la esposa pálida por las vigi-
lias, enflaquecida por excesivos trabaja-
jos, por los sobresaltos y, acaso tambié-
n, por las alegrías de aquellos dos
terribles meses, pero cuyas mejillas ha-
bían enrojecido las emociones de la re-
ciente escena.

—¡ Oh! — exclamó interrumpiéndome—, ¿se la da usted menos? Esta ló-
gica interrogación detuvo todo razona- gica interrogación detuvo todo razona-
miento. miento.

—Pues bien—agregó—, habría co- metido la cobardía de abandonar a ese
desgraciado anciano, cuya vida soy; pero, amigo mío, esas dos débiles cria-
turas que están delante de nosotros, Santiago y Magdalena, tendrían que
permanecer al lado de su padre. ¿Y cree usted, respóndame con sinceridad,
que habrían podido vivir tres meses bajo el dominio de ese hombre? ¡ Si al
faltar a mis deberes no se tratara más que de mí!... Pero, ¿no equivaldría mi
falta a condenar a muerte a estos dos niños? Sí, morirían seguramente. Pero,
¡ Dios mío! ¿ Por qué hablamos de esto?... ¡ Cásese... y déjeme morir en
paz!

Y pronunció estas palabras con acento tan amargo, tan profundo, que ahogó por completo mi pasión.

—Se quejó usted allá arriba, bajo aquel nogal—le dije—, y yo he exhalado mis quejas bajo estos álamos: he

Al contemplar aquella familia, rodeada por trémulos follajes, que tami-
zaban la luz grisácea del nublado cielo autumnal, sentí que en mi interior
desatábanse los lazos que sujetaban el alma al cuerpo. Por primera vez en
mi vida experimenté ese malestar moral que, según se asegura, conocen los
más robustos combatientes en lo más rudo de la pelea, especie de locura fría
que acobarda al hombre de más valor, hace devoto al incrédulo, y que nos
vuelve indiferentes para todo, aun para el honor y el amor, porque la duda nos
quita el conocimiento de nosotros mismos y hasta el gusto de la vida. ¡ Des-
graciadas las criaturas nerviosas a quienes le riqueza de su organización en-
trega indefensas de un genio fatal y desconocido! ¿ Quién podrá juzgarlas?

Comprendo que el joven audaz que ponía ya la mano sobre el bastón de los mariscales de Francia, tan hábil negociador como capitán intrépido, hubiera podido adivinar al inocente asesino que yo entreveía. Mis deseos, hoy coronados de rosas, ¿podían tener semejante fin? Espantado por la causa tanto como por el efecto, preguntaba, como el impío, dónde estaba la Providencia, siéndome imposible reprimir las lágrimas que afluyeron a mis ojos.

—¿Qué tienes, Félix?—me preguntó Magdalena.

Enriqueta concluyó de disipar los negros vapores y las tinieblas que me circundaban con una mirada de solicitud que irradió en mi alma como el sol. En aquel momento el anciano picador me trajo de Tours una carta, que me arrancó un grito de sorpresa, haciéndome rechazar temblar a la señora de Mortsauf. Aquella carta estaba cerrada con el sello de la secretaría real. El rey me llamaba.

Mostré la carta a Enriqueta, que se apresuró a leerla.

—¡Se marcha!—exclamó el conde.

—¿Qué será de mí?—murmuró Enriqueta conociendo que iba a quedarse en un sombrío desierto.

Permanecemos largo rato sumidos en un estupor de pensamiento que a todos nos oprimía de igual modo, porque nunca como entonces habíamos comprendido cuán necesarios nos éramos unos a los otros. Hasta la condesa tuvo, hablando de todo, aun de las cosas más indiferentes, un tono de voz completamente nuevo, como un instrumento que hu-

biera perdido muchas cuerdas y tuviera destempladas las otras. Entonces le rogué que me confesara su pensamiento.

—¿Acaso tengo alguno?—inquirió.

Luego me condujo a su gabinete, me hizo sentar en el sofá, abrió el cajón de su tocador, arrodillóse ante mí, y exclamó:

—Vea usted los cabellos que me han caído en el espacio de un año: tómelos, son suyos; algún día sabrá cómo y por qué.

Me incliné lentamente sobre su frente, que no rehusó mis labios, y los apoyé en ella sin voluptuosidad, pero con solemne enternecimiento. ¿Quería sacrificarlo todo? ¿Llegaba ella, como yo había hecho, al borde del abismo? Si el amor la hubiera impulsado a entregarse, no habría tenido aquella calma profunda, aquella mirada religiosa, y no me hubiera preguntado con su voz más dulce:

—¿No me odia ya?

Partí al anoecer; Enriqueta me acompañó un rato por el camino de Frapesle y nos detuvimos bajo el nogal. Yo se lo mostré, diciéndole cómo la había visto desde allí cuatro años antes.

—¡Qué hermoso estaba el valle!—exclamé.

—¿Y ahora?

—¡Ah!—exclamó—está usted bajo el nogal y el valle es nuestro.

Inclinó la cabeza y nos despedimos. Enriqueta subió a su coche con Magdalena, y yo subí al mío.

De regreso en París, absorbieron mi

atención trabajos apremiantes que me distrajeron y me obligaron a esquivar la sociedad, que me olvidó. Continuaba viviendo, sin embargo, para la señora de Mortsauf, a quien enviaba mi diario todas las semanas, y que me escribía dos veces al mes; vida obscura y llena, semejante a los senderos espesos, floridos e ignorados que en el fondo de los bosques había contemplado en otro tiempo, cuando formaba poemas de flores.

¡Oh, vosotros los que amáis, impones hermosas obligaciones, someteos a reglas que cumplir como las que la Iglesia ha impuesto a los cristianos! Es grande la idea que ha tenido la religión romana al imponer a los cristianos deberes que cumplir cada día, porque la repetición de actos conservan la esperanza y el temor. Los sentimientos se deslizan siempre vivos para los hondos arroyos que retienen las aguas, los purifican, refrescan constantemente el corazón y fertilizan la vida con los abundantes tesoros de la fe, manantial divino en el que se multiplica el pensamiento del mismo amor.

Mi pasión, que evocaba la Edad Media y recordaba los tiempos de la caballería andante, fué conocida no sé de qué manera: quizá el rey y el duque de Lenoncourt hablaron de ella, y la historia, tan sencilla como novelasca, de un joven noble adorna piadosa y santamente a la mujer hermosa, grande en su amor fiel sin el apoyo del deber, se extendió desde la esfera superior de la corte hasta el arrabal de Saint-Germain.

En los salones aristocráticos se me hacía objeto de una atención verdaderamente molesta, porque la modestia de la vida obscura tiene ventajas indudables, que, una vez experimentadas, hacen insoportable el brillo de la constante exhibición. Como la luz del sol deslumbra los ojos acostumbrados a no ver más que colores suaves, hay también espíritus a los que desagradan los contrastes violentos. Así era yo entonces. ¿Te sorprende esto? Las rarezas del Vandenesse actual van a explicarse.

Mostrábanse las mujeres benévolas conmigo y amable la sociedad. Después del matrimonio del duque de Berry, la corte recobró su antiguo fausto; se reanudaron las fiestas francesas; la ocupación extranjera había cesado, renacía la prosperidad, y muchos personajes, ilustres por su rango o importantes por su fortuna, afluían de todas las naciones de Europa a la capital de la inteligencia, donde se encuentran todas las ventajas y todos los vicios de los demás países, engrandecidos y abillantados por el espíritu francés.

A los cinco meses de haber salido de Clochegourde, en pleno invierno, mi hermoso ángel me escribió una carta, en la que, desesperada, me comunicaba la noticia de una grave enfermedad de su hijo, de la que había podido escapar, pero que inspiraba serios temores para el porvenir. El médico había recomendado que se adoptaran grandes precauciones en lo relativo al pecho, palabra terrible que, pronunciada por

la ciencia, entristecía todas las horas de la infeliz madre.

Apenas había empezado a tranquilizarse Enriqueta, apenas Santiago había entrado en la convalecencia, cuando Magdalena inspiró vivísimas inquietudes. La niña pasaba por una crisis prevista, pero formidable para una constitución tan débil. Abatida, ya por las fatigas que le había ocasionado la larga enfermedad de Santiago, a la condesa le faltaba valor para soportar el nuevo golpe, y el espectáculo doloroso que ofrecían aquellos dos seres adorados la hacía insensible a los tormentos redoblados que la infligía el carácter del marido. Las tempestades cada vez más cargadas de granizo arrebatában con sus ráfagas las esperezas más profundamente arraigadas en el corazón; además, estaba sometida a la tiranía del conde, que, aprovechándose de las circunstancias, había vuelto a ganar el terreno perdido.

«Cuando necesito toda mi fuerza para cuidar a mis hijos—me escribía—, ¿podía emplearla para defenderme de las agresiones del señor de Mortsauf? Al verme hoy sola y débil, entre dos niños melancólicos que me acompañan, me siento dominada por un profundo fastidio de la vida. ¿Qué golpe puede herirme, a qué afección puedo responder cuando veo inmóvil en la terraza a Santiago, que sólo parece tener vida en los ojos, agrandados por la flaqueza y hundidos como los de un anciano, y cuya inteligencia fuerte y robusta contrasta ¡pronóstico fatal! con su de-

bilidad física? ¿Qué puedo sentir y de qué no me he de cuidar al ver a mi lado a Magdalena, antes tan linda, tan vivaracha, tan cariñosa, tan sonrosada, pálida hoy como una muerta, delgada y débil, con los ojos lánguidos, que me miran melancólicamente como si fuera a darme el último adiós? Nada desea, y cuando le apetece alguna cosa, alguna golosina, me asusta por lo raro y lo extraño de sus gustos; la inocente criatura se ruboriza al confiármelo. A pesar de mis esfuerzos, me es imposible distraer a mis hijos: los dos me sonríen; pero a fuerza de mimos. El sufrimiento ha enervado sus almas, aflojando hasta los lazos que nos unían; así comprenderá usted qué triste está Clochegourde, donde reina el señor de Mortsauf sin obstáculo. ¡Oh amigo mío, mi gloria! — me escribía más adelante—debe usted amarme mucho para amarme todavía, para amarme inerte, ingrata, petrificada por el dolor.»

En aquellos momentos, en que no vivía sino en aquella alma a la que trataba de enviar la brisa refrescante y luminosa del amor y de la esperanza, encontré en los salones del Elíseo Borbón una de esas ilustres señoras inglesas que son casi soberanas. Inmensamente rica, miembro de una familia que, desde la conquista, conservábase pura de toda mezcla, casada con uno de los ancianos más distinguidos de la aristocracia de su país, tenía todas las ventajas necesarias para realzar su belleza, cuyas gracias, ma-

neras, talento y brillo especial seducían antes de fascinar. Fué el ídolo del día, ejerció tanta influencia en la sociedad parisiense, cuanto que tuvo las cualidades precisas para triunfar: la mano de hierro cubierta con guante de terciopelo, de que hablaba Bernadotte. Ya conoces la singular personalidad de los ingleses y el mar de la Mancha infranqueable y orgulloso, el frío canal de San Jorge que interponen entre ellos y las personas que no les han sido presentadas. Consideran la humanidad como un inmenso hormiguero, sobre el que pisan; no conocen más que las personas admitidas por ellos; el lenguaje de las demás no lo entienden; son labios que articulan y ojos que miran, pero ni las palabras ni las miradas llegan a ellos. Los ingleses ofrecen de este modo en sus personas una imagen de sus islas, donde todo está regulado por la ley, donde todo es uniforme en cada esfera, donde el ejercicio de las virtudes parece juego necesario a unas ruedas que se ponen en movimiento a hora fija. Las fortificaciones de acero bruñido levantadas en torno de una mujer inglesa, encadenada en el hogar con hilos de oro, pero donde no la rodean más que maravillas, le prestan atractivos irresistibles. Ningún pueblo ha hecho más hipócrita a la mujer casada, poniéndola de propósito entre la muerte y la vida social; no hay para ella intervalos entre la vergüenza y el honor: o la falta es completa, o no es falta; o lo es todo, o no es nada; es el «to be, or not to be» de Hamlet. Esta alternativa, juntamente con el continuo desdén a que la habitúan las costumbres, hacen de la mujer inglesa un ser aparte en el mundo. Es una infeliz criatura virtuosa a la fuerza y dispuesta a depravarse, condenada a perpetuas mentiras; pero deliciosa por la forma, porque el pueblo inglés todo lo sacrifica a la forma. De ahí las bellezas peculiares de las mujeres de Inglaterra, la exaltación de la ternura en que para ellas se reúne necesariamente la vida, la exageración de los cuidados que tienen para sí mismas, la delicadeza de amor tan graciosamente pintada en la escena de «Romeo y Julieta», en la que el genio de Shakspeare ha retratado con un solo rasgo a la mujer inglesa.

A ti, que tanto las envidias, nada nuevo puedo decirte de esas blancas sirenas, aparentemente impenetrables, que creen que el amor basta al amor, a quienes los placeres hastían y cuya alma no tiene más que una nota, cuya voz no tiene más que una sílaba, océano de amor donde el que no ha navegado desconocerá siempre la poesía de los sentidos, como el que no ha visto el mar tendrá menos cuerdas en su lira. Ya conoces la causa de esta afirmación: mi aventura con la marquesa de Dudley fué tristemente célebre.

En una época en la que los sentidos influyen tanto en nuestras determinaciones, y habiendo sido tan violentamente reprimidos los deseos de mi juventud, la imagen de la santa que sufría un lento martirio en Clochegourde estaba tan profundamente grabada en mi alma, que pude resistir todas las

seducciones. A esta fidelidad debí que se fijara en mí lady Arabella, cuya pasión fué acentuada por mi resistencia. Deseaba, como muchos ingleses, lo brillante, lo extraordinario; necesitaba, por decirlo así, pólvora y pimienta para pasto de su corazón, del mismo modo que sus compatriotas prefieren condimentos excitantes para despertar el apetito.

La atonía que la regularidad metódica en las costumbres y la perfección en las cosas introducen en la existencia de las inglesas, las llevan a la adoración de lo novelesco y de lo difícil. No puedo juzgar este carácter. Cuando más frío desdén manifestaba, más se apasionaba lady Dudley, y esta lucha, de la que ella se gloriaba, provocó la curiosidad de los habituales concurrentes de algunos salones, lo que fué para ella una felicidad que le imponía el triunfo como obligación. ¡ Ah! Me habría salvado si algún amigo me hubiera repetido las palabras que se le escaparon respecto a la señora de Mortsauf y a mí :

— ¡ Me fastidian los suspiros de tórtolo! — dijo.

Sin pretender justificar mi crimen, te haré observar, Natalia, que el hombre tiene para resistir a la mujer menos recursos que vosotras para escapar a nuestras persecuciones. Las costumbres nos prohíben las brutalidades de la represión, que son en vosotras, por lo contrario, cebo para el amante y que además os imponen las conveniencias. Ignoro qué jurisprudencia de fautidad masculina ridiculiza la reserva

en el hombre, dejándoos el monopolio de la modestia para que tengáis el privilegio de los favores; pero, invertid los términos, y el hombre sucumbirá bajo la burla.

Aunque defendido por mi pasión, no estaba en edad en que puede permanecer insensible a las triples seducciones del orgullo, del afecto y de la belleza. Cuando lady Arabella me hacía objeto en un baile, en el que reinaba por su elegancia y por su hermosura, de los homenajes que recogía, y me espiaba para descubrir si su traje y peinado eran de mi gusto, estremeciéndose de placer cuando me agradaba, sentíame dominado por una emoción. Manteníase, además, en un terreno en que no podía huir de ella; no me era posible rehusar las invitaciones que me hacía el círculo diplomático; su elevado rango le abría todos los salones, y con la habilidad de que usan todas las mujeres para conseguir cuanto desean, hacía que los dueños de la casa la colocaran en la mesa a mi lado, a fin de poder hablarme al oído.

— Si fuera amada como la señora Mortsauf— me decía—, se lo sacrificaría todo.

Me proponía riendo las condiciones más humildes, me prometía absoluta discreción, y me rogaba que la permitiese amarme.

Un día pronunció estas palabras, que satisfacían a la conciencia más tímida :

— Su amiga siempre y su amada cuando usted quiera.

Por último, para perderme, utilizó

la lealtad de mi carácter; sobornó a mi ayuda de cámara, y después de una reunión en que se mostró tan hermosa que podía estar segura de haber excitado mis deseos, la encontré en mi casa. Esta genialidad fué conocida en Inglaterra, y la aristocracia de aquel país se consternó como el cielo a la caída del ángel más hermoso.

Lady Dudley se rió de la indignación del imperio británico, y pretendió eclipsar con sus sacrificios a la que había ocasionado este célebre desastre. Lady Arabella complacíase, como el demonio, sobre la aguja del templo, en mostrarme los más ricos tesoros de su reino.

Te ruego que leas estas páginas con indulgencia, porque se trata aquí de uno de los problemas más interesantes de la vida humana, de una crisis a que han estado sometidos la inmensa mayoría de los hombres, y que deseo explicar aunque sólo sea para encender un faro sobre este escollo.

Aquella hermosa lady, tan esbelta, tan delicada; aquella mujer tan frágil, tan dulce, de frente tan pura, coronada por finos cabellos rubios; aquella criatura cuyo brillo parecía fosforescente y pasajero, tenía una organización de hierro. Por fogoso que fuera, ningún caballo resistía a su mano pequeña y rosada, blanda en apariencia, pero infatigable. Tenía pies de cierva, pequeños pero secos y musculosos, bajo una envoltura de gracias indescriptible. Su fuerza era tal que nadie podía rendirla en una lucha; no había hombre que pudiera seguirla a caballo, y

habría ganado a los centauros el premio de un «steep-chase»; disparaba a los gamos y a los ciervos sin detenerse en la carrera. Su cuerpo no sudaba jamás, aspiraba el fuego de la atmósfera, y vivía en el agua. Por eso su pasión era completamente africana; su deseo marchaba como el torbellino del desierto, de un desierto cuya ardiente inmensidad reflejaban sus ojos, de un desierto lleno de grandeza y de amor, con cielo inalterable y frescas noches estrelladas. ¡Qué diferencia tan enorme entre esta mujer y la que suspiraba en Clochegourde! ¡Oriente y Occidente!

¿No has reflexionado nunca, Natalia, acerca del sentido general de las costumbres inglesas? ¿No es la divinización de la materia, o, por mejor decir, un epicureísmo definido, meditado, sabiamente aplicado? Diga lo que diga, haga lo que haga, Inglaterra es materialista, quizá sin saberlo. Tiene pretensiones religiosas y morales, aunque le faltan espiritualidad divina y alma católica, cuya gracia fecundante jamás podrá reemplazarla la hipocresía, por bien representada que sea. Posee en el más alto grado la ciencia de la vida que mejora las menores partículas de la materia, que da a las ropas un aroma indecible, que chapea de cedro y perfuma los muebles, que sirve a hora fija un te suave y admirablemente preparado, que destierra el polvo, cubre de tapices desde la puerta de la calle hasta el último rincón de la casa, limpia las paredes de las cuevas, abre llanta el aldabón de la puerta y templea

los muelles del carruaje ; que hace de la materia una masa blanda y nutritiva, brillante y limpia, en cuyo seno expira el alma bajo el peso de la comodidad ; que produce la espantosa monotonía del bienestar, y que, en cierto modo, nos convierte en máquinas. De pronto, en medio de este lujo, conozco una mujer, quizá la única, que me envuelve en los delirios del amor renaciente de su agonía, y a cuyas prodigalidades aportaba yo una severa continencia ; ese amor que tiene bellezas abrumadoras y electricidad propia, que nos introduce frecuentemente en el cielo por las puertas de marfil de los ensueños, o nos conduce a las más elevadas regiones. Amor horriblemente ingrato, que se ríe sarcásticamente de los fríos cadáveres que ocasiona, amor sin memoria, amor cruel que, en cierto modo, se asemeja a la política inglesa y cuyos lazos aprisionan a la mayoría de los hombres.

Ya comprendes el problema. El hombre se compone de materia y de espíritu ; la animalidad termina en él, y en él también empieza el ángel. De ahí la lucha que todos sostenemos entre el destino futuro que presentimos y los recuerdos de instintos anteriores, de los cuales no nos hemos separado por completo ; entre el amor carnal y el amor divino. Hay hombres que resumen ambos amores en uno solo, hay otros que se abstienen ; éste pasa revista a todo el sexo, buscando la satisfacción de apetitos anteriores ; aquél lo idealiza en una sola mujer, a la que reduce el universo ; unos flotan indeci-

sos entre las voluptuosidades de la materia y las del espíritu, otros espiritualizan la carne pidiéndole lo que no puede dar.

Si, meditando acerca de estos rasgos generales del amor, tienes en cuenta las repulsiones y las afinidades que proceden de la diversidad de organizaciones y que rompen los pactos concertados entre los que no se han experimentado ; si juzgas los errores a que han inducido las esperanzas de los que viven especialmente por el espíritu, por el corazón o por la acción, que piensan, que sienten o que obran, y cuyas aspiraciones se ven frustradas o desconocidas en la asociación de que forman parte los seres igualmente débiles, tendrás grandísima indulgencia para las desgracias, que la sociedad juzga severamente.

Lady Arabella satisfacía los instintos, los apetitos, los vicios y las virtudes de la materia vil de que estamos formados, y era la querida del cuerpo, mientras que la señora de Mortsauf era la esposa del alma. El amor que satisface la querida tiene límites, porque la materia es finita, sus propiedades tienen fuerzas determinadas y está sometida a inevitables saturaciones. Así es que con frecuencia, en París y al lado de lady Dudley, notaba en el corazón un gran vacío. El alma es infinita, y, por consiguiente, el amor era ilimitado en Clochegourde.

Amaba apasionadamente a lady Arabella, y si la bestia era sublime en ella, tenía también la superioridad de la inteligencia ; su conversación burlona lo

abarcaba todo. Como yo adoraba a Enriqueteta, si por la noche me estremecía de placer, por la mañana lloraba de remordimiento.

Hay mujeres que saben ocultar los celos bajo la bondad más angélica, y son las que, como lady Dudley, han pasado de los treinta años. Estas saben sentir y calcular, exprimir todo el jugo del presente y pensar en el porvenir, y pueden sofocar los gemidos, frecuentemente justificados, con la energía del cazador que no advierte la herida que se le ha ocasionado, mientras persigue la caza.

Sin nombrar a la señora de Mortsauf, Arabella intentaba matarla en mi alma, donde la encontraba siempre, avivándose su pasión al soplo de este amor invencible. Para triunfar por medio de comparaciones de las que ella resultara ventajosa, no se mostraba suspicaz, importuna ni curiosa, como la mayoría de las jóvenes; pero, semejante a la leona que ha cogido entre las fauces una presa y la ha llevado a su antro, estaba siempre atenta, guardándose como una conquista cuya sumisión no es completa.

Yo escribía en su presencia a Enriqueteta, pero jamás leyó una sola línea ni trató por ningún medio de conocer las señas escritas en los sobres; parecía que Arabella se había dicho: «Si lo pierdo, a nadie acusaré más que a mí». Apoyábase orgullosamente en su amor, tan abnegado, que me habría dado la vida sin vacilar si se la hubiera pedido. En fin, me hizo creer que, si la abandonaba, se suicidaría, y era curioso oír-

le celebrar las costumbres de las viudas indias que se hacen quemar en la misma hoguera que los esposos.

—Aunque esta práctica india sea una distinción reservada a la clase noble; y, en este concepto, sea poco comprendida por los europeos, incapaces de apreciar la grandeza de semejante privilegio—me decía a veces—, reconozco que en nuestras sencillas costumbres modernas la aristocracia no puede elevarse más que por lo extraordinario de sus sentimientos. ¿Cómo conocerán los plebeyos que la sangre de mis venas no se parece a la suya, más que muriendo de manera distinta que ellos? Las mujeres que no se han mecido en cuna de oro pueden adquirir diamantes, cachemiras, caballos y hasta los blasones que deberían ser un privilegio nuestro, porque hoy se compra todo; pero amar con la frente alta, a despecho de la ley y contra la ley; morir por el ídolo que se ha elegido, convirtiendo en sudario las sábanas de su lecho; someter la tierra y el cielo a un hombre, robando al Todopoderoso el derecho de hacerlo dios; no faltarle por nada, ni aun por la virtud, porque negarse a él en nombre del deber es entregarse a algo que no es «él», es grandeza que no pueden obtener las mujeres vulgares que sólo conocen los caminos comunes, el gran camino de la virtud o el tortuoso sendero de la cortesana.

El orgullo la inducía a obrar; halagaba todas las vanidades deificándolas, elevándose a tanta altura y tributándome tanto culto, que no podía vivir

más que a mis pies; así, todas las seducciones de su espíritu eran expresadas por su actitud de esclava y por su completa sumisión. Era capaz de pasar un día entero apoyada en mis rodillas, silenciosa, ocupada en contemplarme, esperando la hora del placer como odalisca del serrallo, y adelantándola siempre por medio de hábiles coquetuerías, pero afectando esperarla con paciencia. ¿Con qué palabras podré describir los seis primeros meses de aquellas relaciones, que me proporcionaron todos los enervantes goces del amor? Semejantes placeres, revelación súbita de la poesía de los sentidos, son el lazo vigoroso con que las mujeres sujetan a los hombres más jóvenes que ellas; pero este lazo es el nudo del ahorcado, que deja en el alma una señal indeleble, haciéndole no apreciar los amores frescos y cándidos, que no sirven el alcohol del sensualismo en copas de oro cuidadosamente cinceladas y enriquecidas con piedras que brillan con fuegos inextinguibles.

Saboreando las voluptuosidades que había soñado sin conocerlas, y que la unión de las almas hace mil veces más ardientes, no me faltaban sofismas para justificarme a mí mismo la complacencia con que apuraba aquella hermosa copa. A veces, cuando abismado en lo infinito de la laxitud del deleite, mi alma, desprendida del cuerpo, se mecía lejos de la tierra, pensaba que tales placeres anulan la materia y devuelven el espíritu a su vuelo sublime. Lady Dudley, como muchas mujeres, se aprovechaba de la exaltación que pro-

duce el exceso de felicidad para ligarme con juramentos, y bajo la influencia del deseo me hacía blasfemar contra el ángel de Clochegourde. Después de ser traidor, fui también embustero. Continué escribiendo a la señora de Mortsauf como si todavía fuera el niño de traje azul a quien amaba tanto; pero, lo confieso, su facultad de doble vista me hacía estremecer cuando pensaba en el desastre que la menor indiscreción podía ocasionar en el precioso castillo de mis esperanzas. En ocasiones, en medio de mis alegrías, sufría un dolor repentino que me dejaba helado, y oía una voz desconocida que pronunciaba el nombre de Enriqueta, como el «Caín, ¿dónde está Abel?» de la Escritura.

Mis cartas dejaron de obtener respuesta, lo que me produjo viva inquietud y me sugirió la idea de ir a Clochegourde. Arabella no se opuso, pero declaró con gran naturalidad su deseo de acompañarme a Turena. Este capricho, aguijoneado por la dificultad, y sus presentimientos, justificados por la inesperada felicidad de que disfrutaba, le habían hecho concebir un amor vehemente que ella deseaba que fuera único. Su instinto femenino le hacía ver en aquel viaje un medio de separarme eternamente de la señora de Mortsauf, en tanto que yo, ciego por el temor, y arrastrado por la ingenuidad de la verdadera pasión no comprendí que se me tendía un lazo.

Lady Dudley propuso las condiciones más humildes y previno todas las objeciones, consintiendo en vivir cerca

de Tours, en el campo, desconocida, disfrazada, sin salir de día y escogiendo para vernos las horas de la noche en que nadie podía sorprendernos.

Salí de Tours a caballo, dirigiéndome a Clochegourde. Tenía razones poderosas para no ir en carruaje, puesto que necesitaba un caballo para las excursiones nocturnas, y el mío era un hermoso animal árabe que lady Esther Stanhope había enviado a la marquesa, y que ésta me había cambiado por el famoso cuadro de Rembrandt que conserva en su salón de Londres y que de un modo singular había venido a mi poder.

Emprendí el camino que seis años antes había recorrido a pie y me detuve bajo el nogal, desde donde contemplé a la señora de Mortsauf vestida de blanco, que estaba sobre la terraza.

Fuí hacia ella con la rapidez del relámpago, deteniéndome algunos momentos bajo el muro, después de haber franqueado la distancia en línea recta como si se tratara de una carrera de hipódromo. Enriqueta oyó los saltos prodigiosos de la golondrina del desierto, y, cuando estuve al pie de la terraza, me dijo:

—¡ Ah! ¡ es usted!

Estas tres palabras me aterraron. Enriqueta estaba informada de mi aventura amorosa. ¿Quién la había enterado? Su madre, cuya carta me mostró algunos días después. La debilidad indiferente de su voz, en otro tiempo llena de vida, y la palidez mate de su rostro, revelaban el profundo dolor que sufría y exhalaban no sé qué olor de

flores tronchadas. El huracán de la infidelidad, semejante a las avenidas del Loira que esterilizan para siempre un terreno cultivado, había pasado por su alma, convirtiendo en un desierto los fértiles campos donde verdeaban praderas opulentas. Hice entrar mi caballo por la puertecilla, tumbóse sobre el césped, y la condesa, que se había aproximado lentamente, exclamó:

—¡ Hermoso animal!

Tenía los brazos cruzados para que no pudiera cogerle la mano; su intención no me pasó inadvertida.

—Voy a anunciar su llegada al señor de Mortsauf—dijo alejándose.

Quedéme de pie, confundido, dejándola marchar, contemplándola siempre noble, majestuosa y altiva, más blanca que nunca la había visto, pero llevando en la frente el sello de una amarga melancolía e inclinando la cabeza como el lirio demasiado cargado de rocío.

—¡ Enriqueta!—exclamé con la rabiosa ansiedad de quien se siente morir.

No se volvió, no se detuvo, ni se dignó decirme que me negaba el derecho a darle aquel nombre, que no respondía a mi voz y siguió adelante.

En el espantoso valle donde deben reunirse mil pueblos reducidos a polvo, que ocupan ahora la superficie del globo, en medio de aquella multitud oprimida por las inmensidades luminosas que brotan de la gloria, podré encontrarme pequeño; pero seguramente no me anonadaré tanto como ante aquella forma blanca, subiendo como sube el

agua en las calles de una ciudad inundada, subiendo con paso mesurado al castillo de Clochegourde, gloria y suplicio de aquella Dido cristiana.

Maldije a Arabella con una imprecación, que la habría matado si la hubiese alcanzado; ¡ella, que lo había abandonado todo por mí, como se abandona todo por Dios!

Quedé abismado en un mundo de pensamientos, al ver por doquier la inmensidad de su dolor.

Los moradores del castillo se apresuraron a salir a mi encuentro. Santiago corría con la impetuosidad ingenua de sus pocos años; gacela de ojos moribundos, Magdalena acompañaba a su madre. El señor de Mortsauf se acercó a mí, me tendió los brazos, me estrechó entre ellos y me besó en las mejillas diciéndome:

—¡Félix, he sabido que me ha salvado usted la vida!

La señora de Mortsauf nos volvió la espalda, con el pretexto de enseñar mi caballo a Magdalena estupefacta.

—¡Ah, diantre! ¡así son las mujeres!—exclamó el conde—, ¡pues no están mirando el caballo!

Magdalena volvióse, se acercó a mí y le besé la mano mirando a la condesa, que se ruborizó.

—Magdalena se encuentra mucho mejor—dije.

—¡Pobre hija mía!—respondió la condesa besándole la frente.

—Sí, ahora están todos bien—repuso el conde—, sólo yo, querido Félix, estoy quebrantado como una torre vieja que va a desmoronarse.

—Parece que el *general* tiene siempre negras ideas—dijo a la señora de Mortsauf.

—Todos tenemos nuestro punto flaco—respondió—. ¿No se dice así en inglés?

Subimos hacia el cercado paseando juntos, y todos comprendimos que había ocurrido algún acontecimiento. Enriqueta no mostraba deseos de quedarse sola conmigo; no me consideraba ya más que como un huésped.

—¡Ah! ¿y su caballo?—preguntó el conde cuando hubimos salido.

—Mi «groom», que no tardará en llegar, cuidará de él—respondí.

—¿El «groom» es también de Inglaterra?—preguntó la condesa.

—¡Naturalmente!—asintió el conde, que se puso alegre al ver triste a su esposa.

La frialdad de la condesa le proporcionó ocasión de contradecirla y me abrumó con su amistad: entonces comprendí lo enojosa que es la amistad del marido de la mujer amada. No creas que cuando sus atenciones asesinan a las almas nobles, las mujeres prodigan un afecto que parece robado; se hacen odiosas e insoportables precisamente cuando el amor se extingue. La buena inteligencia, condición indispensable y esencial en las amistades de esta índole, parece entonces un medio y resulta pesada y horrible como todo medio que el fin no justifica.

—Mi querido Félix—me dijo el conde agarrándome las manos y estrechándomelas afectuosamente—, perdone usted a la señora de Mortsauf; las seño-

ras no pueden dejar de ser caprichosas; la debilidad las excusa, y no tienen nunca la igualdad de humor que nos da la fuerza de carácter. Ella lo estima a usted mucho; lo sé, pero...

Mientras el conde hablaba, la señora de Mortsauf fué alejándose poco a poco de nosotros con objeto de dejarnos solos.

—Félix—me dijo en voz baja el conde contemplando a la condesa que se dirigía al castillo en compañía de sus hijos—, ignoro lo que pasa en el alma de la señora de Mortsauf; pero desde hace seis semanas ha variado completamente de carácter. Ella, tan bondadosa, tan abnegada antes, tiene ahora rarezas increíbles.

Manette me dijo más tarde que la condesa era presa de un abatimiento que la hacía insensible a las importunidades del conde. No encontrando tierra a propósito para clavar sus flechas, aquél habíase vuelto inquieto, como el niño que advierte que no se mueve el gusano que atormenta. En aquellas circunstancias, necesitaba un confidente, como el verdugo necesita un ayudante.

—Interrogue — me dijo después de una pausa—a la señora de Mortsauf. Las mujeres tienen siempre secretos para los maridos; pero a usted quizá le revele el motivo de sus penas. Aunque me costara la mitad de los días que me quedan de vida y la mitad de mi fortuna, todo lo sacrificaría gustoso por verla dichosa. ¡Me es tan necesaria! Si no tengo en mi vejez a ese ángel a mi lado, me consideraré el más des-

graciado de los hombres... ¡Y deseo morir tranquilo! Dígale, pues, que no necesitará sufrirme mucho tiempo, porque, Félix, me encuentro al borde del sepulcro, lo sé perfectamente. A todo el mundo oculto esta fatal verdad, porque, ¿para qué afligirlos anticipadamente? He concluido por descubrir la causa de mi enfermedad: la sensibilidad me ha matado. Efectivamente, todas las afecciones dañan el centro gástrico.

—Según eso—le dije sonriendo—, los hombres de corazón mueren de una enfermedad del estómago.

—No se burle usted, Félix, porque lo que le digo es muy cierto: las penas sumamente vivas exageran el juego del gran simpático, y esta exaltación de la sensibilidad mantiene en constante irritación la mucosa del estómago. Si este estado persiste, ocasiona perturbaciones, al principio insensibles en las funciones digestivas: las secreciones se alteran, se pierde el apetito y se digiere mal; después, se sufren dolores punzantes, que van agravándose de día en día; luego, la desorganización es completa, como si un veneno lento estuviera mezclado con el bolo alimenticio; la mucosa se espesa, se endurece la válvula del píloro y se forma un escirro que produce la muerte. Pues bien, yo he llegado a este punto, amigo mío. La induración prosigue sin que nadie pueda detenerla. Vea usted mi cutis amarillento, mis ojos secos y brillantes, mi excesiva extenuación... es que me deseco. ¡Qué quiere usted! De la emigración traje el germen de esta

enfermedad: ¡he sufrido tanto! El no me cuidaba más que de Enriqueta, matrimonio, que podía haber reparado a quien deseaba observar.

Estaba en el salón, presenciando la lección de matemáticas que daba a Santiago el abate Dominis mientras enseñaba a Magdalena un punto de encaje. En otro tiempo habrían encontrado, el día de mi llegada, el medio de aplazar las ocupaciones para dedicarse a mí por completo; pero mi amor era tan verdadero, que rechacé el desecho que me produjo su conducta, porque veía el tinte amarillo pálido que en su rostro celestial parecía el reflejo de los fulgores divinos que los pintores italianos han puesto en la cara de los santos.

Sentí el soplo helado de la muerte y me estremecí. Advertí entonces los cambios que el dolor le había hecho experimentar y que no había visto antes: las líneas tan menudas que cuando le hice mi primera visita no estaban más que ligeramente impresas sobre su frente, la habían surcado por completo; sus azuladas sienas parecían ardentísimas, cóncavas; sus ojos estaban hundidos bajo las cejas, y toda ella estaba macilenta y marchita como fruta prematuramente roída por un gusano. Siendo mi única ambición derramar la dicha a raudales en su alma, había amargado la fuente en que se refrescaba su vida y se animaba su valor.

Fuí a tomar asiento a su lado y le pregunté con voz en que vibraba el arrepentimiento:

—¿Se encuentra usted bien de salud?

Yo escuchaba con terror al conde. Cuando vi nuevamente a la condesa, el brillo de sus ojos secos y el tinte amarillento de su frente me espantaron, y arrastré al conde hacia la casa, afectando escuchar sus quejas confundidas con disertaciones médicas; pero

—Sí—respondió clavando su mirada en la mía.

E, indicando a Santiago y Magdalena, añadió :

—Mi salud es ésta.

Habiendo triunfado en la lucha sostenida contra la naturaleza, Magdalena era mujer a los quince años; había crecido, los colores de rosa de Bengala habían substituído en sus mejillas a los tintes amarillentos; había perdido la ingenuidad de la niña que mira de frente y empezaba a bajar la vista; sus movimientos habíanse hecho lentos y majestuosos, como los de la madre; su talle era esbelto; la coquetería ondeaba sus magníficos cabellos negros, separados en dos crenchas sobre su frente de española, asemejándose a las estatuas de la Edad Media tan finas de contornos y de formas tan delicadas que la mirada teme romper al contemplarlas; pero la salud, fruto obtenido después de innúmeros esfuerzos, había puesto en sus mejillas el terciopelo del melocotón y en su cuello el vello sedoso que tanto embellecía a la condesa y con el que jugaba la luz. ¡Debía vivir! ¡Dios lo ha escrito, amado capullo de la más bella de las flores humanas, sobre las largas pestañas de tus párpados, sobre la curva de tus hombros, que prometen desarrollarse tan espléndidamente como los de tu madre!

Aquella hermosa joven de talle de palmera contrastaba con Santiago, débil criatura de diez y siete años, cuya cabeza había engrosado, cuya frente inquietaba por su demasiada extensión,

cuyos ojos, febriles y fatigados, armonizaban con su voz profundamente sonora. El órgano lanzaba sonidos de demasiado volumen, lo mismo que la mirada dejaba escapar demasiados pensamientos. Eran la inteligencia, el alma, el corazón de Enriqueta, devorando con ardiente llama un cuerpo sumamente frágil, porque Santiago tenía la tez lechosa animada por colores ardientes que distingue a los jóvenes predestinados a morir pronto.

Obedeciendo a la seña con que Enriqueta, después de haberme mostrado a Magdalena, indicaba a Santiago, que trazaba figuras geométricas y hacía cálculos algebraicos sobre un encerado ante el abate Dominis, me estremecí al contemplar el aspecto de muerte oculta bajo las flores y respeté el error de la infeliz madre.

—Al verlos así—me dijo con la mirada brillante de júbilo maternal—, la alegría impone silencio a mis dolores, lo mismo que hace desaparecer mi tranquilidad cuando están enfermos. Amigo mío; si otros afectos nos traicionan, los sentimientos así recompensados, los deberes cumplidos y coronados por el éxito compensan cualquier decepción sufrida. Santiago será, como usted, un hombre muy instruído y virtuoso; será, como usted, el honor de su país; gobernará quizá algún día, ayudado por usted, que estará colocado a gran altura; pero procuraré que sea fiel a sus primeros afectos. Magdalena tiene ya un corazón sublime; es pura como la nieve que corona las cimas de los Alpes, tendrá la abnegación de la

mujer y su graciosa inteligencia, y, como es altiva, será digna de los Lenoncourt. Su madre, en otro tiempo tan atormentada, se considera ahora muy feliz. Ya lo ve usted; Dios hace florecer las alegrías en el seno de los afectos honrados, y llena de amargura las afecciones a que me arrastra una peligrosa inclinación.

—¡Bien!—exclamó alegremente el abate—; el señor vizconde sabe tanto como yo.

Cuando hubo concluído su demostración matemática, Santiago tosió ligeramente.

—Basta por hoy, querido abate — dijo la condesa conmovida—, y, sobre todo, nada de química. Monta a caballo, Santiago, y ten prudencia, hijo mío.

Y, dicho esto, se dejó besar por su hijo con la acariciadora pero digna voluptuosidad de las madres, con los ojos vueltos hacia mí como para insultar mis recuerdos.

—Pero—le dije mientras seguía a Santiago con la vista— no me ha contestado usted. ¿Tiene usted algún dolor?

—Sí; a veces me duele el estómago. Si viviera en París tendría los honores de una gastritis, la enfermedad de moda.

—Mi madre sufre mucho y con frecuencia—me dijo Magdalena.

—¡Ah! — exclamó Enriqueta— ¿le interesa a usted mi salud?

Magdalena, a quien sorprendió la profunda ironía con que la condesa pro-

nunció estas palabras, nos miró uno tras otro, yo simulaba examinar las flores bordadas en el almohadón del sofá verde gris que adornaba el salón.

—Esta situación es intolerable — le dije al oído.

—¿Soy yo quien la ha provocado?— me preguntó.

Y, afectando esa alegría falsa con que las mujeres recrudecen la venganza, agregó en voz alta:

—¿No son siempre enemigas Francia e Inglaterra? Magdalena sabe eso, y sabe también que un mar inmenso, frío y tempestuoso separa a estas dos naciones.

Los búcaros de la chimenea habían sido reemplazados por candelabros, sin duda para privarme del placer de llenarlos de flores. Más tarde los encontré en su aposento.

Cuando llegó mi criado, salí a darle órdenes; me traía algunos objetos que quise tener en mi habitación.

—No se equivoque usted, Félix—me dijo la condesa—; el antiguo aposento de mi tía lo ocupa ahora Magdalena; el de usted es el que está encima del que ocupa el conde.

Aunque culpable, tenía corazón, y todas estas palabras eran otras tantas puñaladas asestadas friamente en las partes más sensibles, y que la condesa parecía escoger para herir. Los sufrimientos morales no son absolutos: están en razón de la delicadeza de las almas, y Enriqueta había recorrido duramente esta escala de los dolores; pero, por esto mismo, la mujer más

bondadosa será siempre más cruel cuanto mejor ha sido. Yo la miré e inclinó la cabeza.

Me dirigí a mi nueva habitación, que era bonita, blanca y estaba tapizada de verde. Allí, rompí a llorar. Enriqueta me oyó y me llevó un ramo de flores.

—Enriqueta — le dije—, ¿no puede usted perdonar la más disculpable de las faltas?

—No vuelva usted a llamarme Enriqueta—me respondió—; Enriqueta no existe ya; pero en la señora de Mortsauf encontrará usted siempre una amiga adicta que lo escuchará y que le amará. Félix, más tarde hablaremos. Si conserva usted todavía alguna ternura para mí, deje que me acostumbre a verlo, y cuando haya adquirido un poco de valor, cuando las palabras no me desgarran el corazón... entonces... solamente entonces...

Y mostrándome el Indre, que se deslizaba a lo lejos como una cinta de plata, agregó:

—¿Ve usted ese valle? Me hace daño, porque continuó amándolo.

—¡ Ah ! ¡ Mueran Inglaterra y todas sus mujeres! —exclamé—. Voy a presentar mi dimisión al rey, y moriré aquí perdonado.

—No, ame usted a esa mujer. Enriqueta ha dejado ya de existir. Esto no era cosa de juego... Ya lo sabía usted.

Y se retiró, descubriendo en su última palabra toda la extensión de sus heridas.

Corrí tras ella, la detuve y le pregunté:

—¿No me ama usted ya?

—Me ha hecho usted mucho más daño que todos los demás juntos. Hoy sufro menos; lo amo, por consiguiente, menos; sólo en Inglaterra se dice, «ni nunca ni siempre», y aquí decimos «siempre». Tenga usted juicio, no aumente mi dolor, y, si sufre, piense que yo vivo.

Me retiró la mano, que tenía entre las mías, fría, húmeda, sin movimiento, y escapó con la rapidez de una flecha, atravesando el corredor en que se había desarrollado esta escena realmente trágica.

Mientras comíamos, el conde me hizo sufrir un suplicio con el que no había contado.

—¿No se encuentra en París la marquesa Dudley?—preguntó.

—No—contesté enrojeciendo.

—¿No está en Tours?

—Como no se ha divorciado, puede haber ido a Inglaterra—contesté vivamente—; su marido sería muy feliz si ella volviera a su lado.

—¿Tiene hijos?—me preguntó la señora de Mortsauf con la voz alterada.

—Dos—respondí.

—Y, ¿dónde están?

—En Inglaterra, con el padre.

—Vamos, Félix, hable usted francamente—exclamó el conde—, ¿es tan hermosa como dicen?

—Eso no se pregunta — replicó la condesa—. La mujer que se ama es siempre la más hermosa de las mujeres.

—Sí, siempre — repuse con orgullo, dirigiéndole una mirada que no sostuvo.

—¡Qué feliz es usted!—exclamó el conde—; sí, es usted un calavera muy afortunado. ¡Ah! En mi juventud una conquista como ésa me habría vuelto loco...

—Basta, basta—dijo la condesa indicándole con la mirada a Magdalena.

—Pero ya no soy un niño—agregó el conde, que se complacía en pasar por joven.

Al salir del comedor, la condesa me condujo a la terraza, y cuando nos encontramos solos, me dijo:

—¡Cómo! ¿Hay mujeres que sacrifican los hijos a un hombre? La fortuna, el mundo, hasta la eternidad, lo comprendo, pero ¡los hijos!... ¡privarse de los hijos!...

—Sí; y esas mujeres quisieran tener todavía más que sacrificar, porque lo dan todo...

Enriqueta creyó que el mundo se había vuelto del revés, y sus ideas se confundieron. Sobrecogida por semejante grandeza, sospechando que la felicidad podía justificar tan gran sacrificio, y escuchando los gritos de su carne rebelada, quedóse estupefacta contemplando su existencia perdida. Sí, hubo en ella un momento de terrible duda, del que salió grande y santa llevando alta la cabeza.

—Ame usted, entonces, mucho a esa mujer, Félix — exclamó con lágrimas en los ojos—; la consideraré como una hermana feliz. Le perdonaré el mal que me ha ocasionado si le da a

usted lo que jamás habría usted encontrado aquí, lo que no podía obtener de mí. Ha tenido usted razón; yo no le he dicho jamás que lo amaba, y jamás lo he amado como se ama en el mundo. Pero, si no es madre, ¿cómo puede amar?

—Santa inmaculada—repuse—, sería preciso que estuviera menos conmovido de lo que estoy, para hacerte comprender que tú ocupas una esfera muy superior a la suya. Ella es mujer terrenal, hija de las razas caídas; tú eres hija de los cielos, el ángel adorado; tú tienes mi alma, y ella sólo tiene mi cuerpo; ella lo sabe y esto la desespera, y se cambiaría por ti, aunque como precio del cambio le fuera impuesto el más cruel de los martirios. Pero esto es irremediable: tuyos son mi alma, mis pensamientos, mi amor puro, mi juventud y mi vejez; de ella son los deseos, los placeres de la pasión fugaz; para ti mi recuerdo en toda su extensión, para ella el olvido más profundo.

Enriqueta tomó asiento en un banco y exclamó llorando:

—Repita, repítame eso, amigo mío. Félix, ¿no son errores la virtud, la santidad de la vida y el amor maternal? ¡Oh! ¡derrame ese bálsamo sobre mis heridas! ¡repita esa palabra que me eleva a los cielos, adonde quisiera volar en su compañía! ¡bendígame con una mirada, con una palabra sagrada, y le perdonaré todas las penas que desde hace dos meses estoy sufriendo!

—Enriqueta, existen en nuestra vida misterios que usted desconoce. Cuando la encontré, tenía yo una edad

en que los sentimientos pueden sofocar los deseos inspirados por nuestra naturaleza ; pero muchas cosas cuyo recuerdo me consolará en la hora de la muerte, han debido demostrarle que esa edad terminaba, y que su triunfo ha consistido en prolongar los placentes espirituales.

El amor sin la posesión se sostiene sólo por la exasperación del deseo ; después, todo es sufrimiento en nosotros, que no nos parecemos a usted, porque tenemos una fuerza que no puede dominarse más que dejando de ser hombres. Privado del alimento que le nutre, el corazón se devora a sí mismo y siente un agotamiento que no es la muerte, pero que la ocasiona. A la naturaleza no se le puede engañar durante mucho tiempo, y al menor accidente despierta con energía muy semejante a la locura. No, no he amado, pero, en el desierto de mi vida, he tenido sed y la he satisfecho.

—¡ En el desierto de su vida !— exclamó con amargura abarcando el valle con un ademán—. ¡ Oh ! ¡ de qué modo razona ! ¡ cuántas distinciones ! ¡ los fieles no tienen tanto talento !

—Enriqueta—repuse—, no disputemos por palabra más o menos. No, mi alma no ha vacilado, pero no he sido dueño de mis sentidos. Esa mujer sabe que no amo más que a ti, que ella sólo desempeña un papel secundario en mi vida... ¡ Lo sabe y se resigna ! Tengo derecho a dejarla como a una cortesana...

—¿ Y entonces ?

—Me ha dicho que se matará—res-

pondí creyendo sorprender a Enriqueta.

Peró, al oír esto, se sonrió de una manera muy expresiva.

—Mi amada conciencia—proseguí—, si tuvieras en cuenta mis resistencias, comprenderías y disculparías mi fatal...

—¡ Sí, fatal ! He creído demasiado en usted ; he creído que tendría la virtud del sacerdote y... del señor de Mortsau—agregó dando a su voz el acento punzante del epigrama—. Todo ha concluído—prosiguió después de una pausa— : le debo mucho, amigo mío : ha apagado en mí los fuegos de la vida corporal. Lo más difícil del camino está andado, la vejez se aproxima ; estoy delicada y no tardaré en estar enferma ; no podré ser para usted la brillante hada que dispensa sus favores. Sea usted fiel a lady Arabella. Magdalena, a quien educaba para usted, se resignará. ¡ Pobre Magdalena ! ¡ pobre Magdalena !—repitió dolorosamente—. Si la hubiera usted oído decirme : « ¡ Mamá, no tratas con amabilidad a Félix ! » ¡ Pobre criatura !

Contemplóme a la luz de los pálidos rayos del sol poniente, que se deslizaban a través del follaje, y abismándose en los recuerdos del pasado, se dejó arrastrar por contemplaciones que fueron mutuas. Volvimos a sumergirnos en los recuerdos ; nuestros ojos iban del valle al cercado y de las ventanas de Clochegourde a Frapesle. Aquélla fué su última voluptuosidad, saboreada con el candor de un alma cristiana. Esta escena, tan interesante para nosotros,

nos produjo intensa melancolía; Enriqueta dió crédito a mis palabras y comprendió que yo la llevaba a los cielos.

—Amigo mío—me dijo—, obedezco a Dios, porque en todo esto se advierte su mano poderosa.

No comprendí hasta más tarde la profundidad de esta frase. Subimos lentamente a la terraza. Tomó mi brazo y se apoyó en él, resignada, sangrando, pero habiendo vendado sus heridas.

—La vida humana es una contradicción—me dijo—. ¿Qué ha hecho el señor de Mortsauf para merecer la suerte de que disfruta? Esto nos demuestra la existencia de un mundo mejor. ¡Desgraciados los que se quejan de haber caminado por el buen sendero!

Empezó entonces a juzgar la vida, considerándola tan profundamente en sus diversas fases, que sus fríos cálculos me revelaron el disgusto que le ocasionaban las cosas terrestres. Al llegar a la gradería soltó mi brazo, y dijo:

—Si Dios nos ha dado el sentimiento y el deseo de felicidad, ¿no debe dar satisfacción a las almas inocentes que sólo han encontrado aficciones en el mundo? Sí; eso es, o Dios no existe, o nuestra existencia sería una amarga ironía.

Y, dicho esto, entró presurosamente en la casa y se apoyó sobre el sofá, doblegada como si hubiera oído la voz que aterró a San Pablo.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté.

—¡No sé ya en qué consiste la vir-

tud!—respondió—, ¡no tengo conciencia de la mía!

Ambos quedamos petrificados, escuchando aquella palabra, cuyo sonido se asemejaba al que produce la piedra que se lanza al abismo.

—¡Si he vivido equivocada, «ella» tiene razón, «ella»!—exclamó la señora de Mortsauf.

De este modo el último combate siguió a la postrera voluptuosidad. Cuando llegó el conde, Enriqueta, que no se quejaba nunca, se quejó: le supliqué que me confiara sus sufrimientos; pero se negó a darme explicaciones y entró en su aposento, dejándome devorado por remordimientos espantosos.

Magdalena acompañó a su madre, y al día siguiente supe que había tenido frecuentes vómitos, ocasionados, según dijo, por las violentas emociones del día. Yo, que deseaba dar la vida por Enriqueta, era quien la mataba.

—Querido conde—dije al señor de Mortsauf, que me obligó a jugar al chaquete—, me parece que la condesa se encuentra seriamente enferma y es tiempo de salvarla. Llame al señor Origet y suplique a su esposa que siga las prescripciones del galeno.

—¿Origet, que me ha matado?—profirió interrumpiéndome—: No, no, llamaré a Carbonneau.

Durante aquella semana, y, especialmente, en los primeros días, sólo tuve motivos de sufrimiento, principio de parálisis del corazón, heridas de la vanidad y heridas del alma. Sólo habiendo sido el centro de todo, de mira-

das y de suspiros, el principio de la vida, el hogar de que todos sacaban luz, se puede comprender el horror del vacío. Los mismos objetos estaban allí, pero el espíritu que los animaba había-se extinguido como una lámpara a la que falta el aceite. Entonces comprendí la espantosa necesidad de no verse que tienen los amantes cuando el amor ha desaparecido. ¡No ser nada donde se ha sido todo! ¡encontrar la frialdad de la muerte donde antes centelleaban los alegres rayos de la vida! Tales comparaciones aniquilan, por lo que no tardé en echar de menos la dolorosa ignorancia de toda clase de venturas que había obscurecido mi juventud. Mi desesperación llegó a ser tan profunda, que la condesa se enterneció.

Un día, después de comer, paseándonos todos por la orilla del río, me esforcé nuevamente en obtener mi perdón, a cuyo objeto rogué a Santiago que se adelantara con su hermana, dejé que el conde caminara solo, y, llevando a la condesa hacia la barca, le dije:

—Enriqueta, una palabra, por favor, o me arrojo al río. He faltado, es cierto; pero, ¿no imito al perro en su sublime adhesión, y no vuelvo, como él, avergonzado? Si el perro hace mal, se le castiga; pero lame la mano que le da de palos, castígueme, pero devuélvame su corazón.

—¡Oh! — exclamó—, ¿no es usted siempre mi hijo?

Soltó el brazo y fué a reunirse con Santiago y Magdalena, con quienes volvió a Clochegourde por los cercados,

dejándome con el conde, que empezó a hablar de política.

—Entremos — le dije—; va usted descubierto y el rocío de la noche podría hacerle daño.

—Usted tiene compasión de mí, querido Félix—me respondió engañándose respecto a mis intenciones—. Mi esposa jamás me ha consolado, por sistema tal vez.

Jamás Enriqueta me había dejado solo con el conde, y entonces yo necesitaba buscar pretextos para reunirme a ella. Estaba con los niños, ocupada en explicar a Santiago las reglas del chaquete.

—Estos son—dijo el conde, siempre celoso del cariño que demostraba a los hijos—, éstos son los seres por quienes se me abandona. Los maridos, querido Félix, no tienen más que las sobras; la mujer más virtuosa encuentra medios de satisfacer su deseo de robar el afecto conyugal.

Enriqueta prosiguió acariciando a los niños sin responder.

—Santiago — dijo el conde—, ven aquí.

Santiago hizo algunos gestos de desagrado.

—Tu padre te llama; ve, hijo mío—dijo la madre empujando al niño.

—¡Ya lo ve usted, me aman por orden de la madre! — repuso el anciano, que a veces comprendía la situación en que se encontraba.

—Caballero—replicó Enriqueta acariciando repetidas veces los cabellos de Magdalena—, no trate usted injusta-

mente a las mujeres, cuya vida no es siempre fácil. Acaso los hijos son las virtudes de las madres.

—Querida — contestó el conde con lógica verdaderamente horrible—, eso quiere decir que, si no fuera por los hijos, las mujeres dejarían de ser virtuosas y engañarían a los maridos.

La condesa se levantó bruscamente y salió con Magdalena a la gradería.

—¡Esto es el matrimonio, querido! —me dijo el conde.

Y, agarrando por la mano a su hijo, dirigióse a donde estaba la condesa, a quien lanzó miradas furiosas, exclamando:

—¿Quiere indicar esta salida que he dicho un desatino?

—Por lo contrario, caballero, me ha asustado usted; su reflexión me ha hecho mucho daño—repuso con voz trémula mirándose—; si la virtud no consiste en sacrificarse por los hijos y los maridos, ¿qué es la virtud?

—¡La virtud es sacrificio!—respondió el conde haciendo de cada sílaba una puñalada que atravesaba el corazón de la víctima—, ¿qué ha sacrificado usted a sus hijos? ¿qué me sacrificó usted a mí? ¡Responda! ¡Responda! ¿Qué sucede aquí? ¿qué quiere decir?

—Caballero — repuso Enriqueta—, ¿le agradaría más ser amado por amor a Dios, que sabiendo que su esposa es virtuosa por la virtud misma?

—La condesa tiene razón—dije, interviniendo con voz conmovida que vibró en aquellos dos corazones a quienes sacrificaba mis esperanzas perdidas para siempre y que calmé por la expre-

sión de los dolores, cuyo grito sordo puso término a la disputa, como enmudece todo cuando ruge el león—; sí, el privilegio más hermoso de la razón es relacionar nuestras virtudes con los seres cuya felicidad labramos, más que por cálculo, por inagotable y voluntaria afición.

A los ojos de Enriqueta afluyeron las lágrimas.

—Y, querido conde—proseguió—, si por casualidad una mujer tuviera sentimientos extraños a los que la sociedad le impone, confiese que cuanto más irresistibles sean, más virtuosa sería sacrificándose a ellos, por amor a los hijos y al marido. Esta teoría no es aplicable a mí, que desgraciadamente soy un ejemplo de lo contrario, ni a usted tampoco.

Una mano, trémula y ardiente al mismo tiempo se posó en la mía y la estreché en silencio.

—Tiene usted un alma hermosa, Félix—me dijo el conde.

Y, rodeando con su brazo el talle de su mujer, la atrajo dulcemente hacia sí para decirle:

—Perdona, querida mía, a un desgraciado enfermo que acaso pretende ser amado más de lo que merece.

—Hay corazones muy generosos — respondió Enriqueta apoyando la cabeza sobre un hombro del conde, que creyó que esta frase iba dirigida a él.

Este error hizo estremecer a la condesa; se le cayó la peineta, sus cabellos se destrenzaron y empalideció. El conde, que la sostenía, lanzó una especie de rugido sintiéndola desfallecer: la le-

vantó como habría levantado a su hija y la llevó al sofá del salón, donde la rodeamos.

Enriqueta conservó su mano en la mía como para indicarme que sólo nosotros conocíamos el secreto de aquella escena, aparentemente tan sencilla, pero tan horrible por los temores que le había ocasionado.

—He hecho mal—me dijo en voz baja cuando el conde nos dejó solos para ir a buscar un vaso de agua de azahar—; he sido muy cruel con usted, a quien he pretendido desesperar cuando debí recibirle con agrado. Querido amigo, tiene usted una bondad que sólo a mí me es permitido apreciar. Sí, ya lo sé, hay bondades que son inspiradas por la pasión. Los hombres tienen muchas maneras de ser buenos; lo son por desdén, por cálculo, por amor o por apatía; pero usted, amigo mío, ha demostrado poseer una bondad absoluta.

—Sí, eso es—asentí—; pero que todo lo que de grande y de noble hay en mí procede de usted. ¿No soy obra suya?

—Estas palabras bastan para hacer feliz a una mujer—respondió en el momento en que volvía el conde.

Y agregó levantándose.

—Ya estoy mejor; lo único que necesito es aire.

Salimos todos a la terraza, que embalsamaban las acacias todavía en flor. Enriqueta habíase apoyado en mi brazo derecho que oprimía contra su corazón, expresando así pensamientos do-

lorosos; dolores que, según aseguraba, le eran gratos. Deseaba, sin duda, quedarse sola conmigo; pero su imaginación, tan hábil para las astucias femeniles, no le sugería entonces medio alguno para alejar a los niños y al conde, y hablamos de asuntos indiferentes, mientras se torturaba buscando la manera de proporcionarse un momento en que poder desahogar su corazón.

—Hace mucho tiempo que no pasee en carruaje—dijo al fin contemplando la belleza de la noche—; ordena que enganchen, amigo mío, e iré a dar una vuelta por el campo—añadió dirigiéndose al señor de Mortsauf.

Sabía perfectamente que antes de la oración era imposible ninguna explicación, y temía que al conde se le ocurriera jugar al chaquete. Ciertamente podríamos vernos en la terraza después que el conde se acostara; pero no se atrevía a permanecer bajo las sombras embalsamadas, a través de las cuales pasaban resplandores voluptuosos, ni pasearse a lo largo de la balaustrada, desde donde los ojos abarcaban el curso del Indre por la pradera. De igual suerte que una catedral de bóvedas sombrías y silenciosas predispone a la oración, los follajes iluminados por la luna, impregnados de aromas penetrantes y animados por los sordos murmullos de la primavera, enardecen la sangre y debilitan la voluntad. El campo, que calma las pasiones de los ancianos, despierta las de los jóvenes; ¡y nosotros lo sabíamos! A lo lejos, oyóse la campana de una iglesia que tocaba el *ángelus*, y la condesa se estremeció.

—Querida Enriqueta, ¿qué le sucede?

—Enriqueta ha dejado ya de existir — respondió—; no la haga usted renacer: era exigente y caprichosa. Ahora tiene usted otra amiga cuya virtud acaba de afirmar con palabras que el cielo le ha dictado. Más tarde hablaremos de esto: recemos la oración; hoy me corresponde a mí decirlo.

Al pronunciar la condesa las palabras con que pedía a Dios auxilio contra las adversidades de la vida, dióles tal acento, que me hizo estremecer; parecía haber usado de su facultad de doble vista para adivinar la terrible emoción a que debía someterla una torpeza mía provocada por el olvido de lo convenido con Arabella.

—Tenemos tiempo de hacer tres reyes antes de que enganchen los caballos—me dijo el conde conduciéndome al salón—; después, irá usted a pasear con mi esposa y yo me acostaré.

Como siempre que jugábamos, aquella partida fué tempestuosa. Desde su aposento o desde el de Magdalena, la condesa oyó las voces del señor de Mortsauf.

—Abusa usted demasiado de la hospitalidad—dijo al conde cuando volvió al salón.

La miré, sorprendido, porque me era imposible acostumbrarme a sus asperezas. En otro tiempo habríase guardado mucho de substraerme a la tiranía del conde, porque le complacía verme participar de sus sufrimientos y que los soportara con paciencia por amor a ella.

—Daría mi vida—le dije al oído—por oírle murmurar nuevamente: «¡Pobre amigo mío! ¡pobre amigo mío!»

Al recordar el momento a que aludía, Enriqueta bajó los ojos; luego me miró, y su mirada reflejó la alegría que rebosaba en su alma.

El conde, que perdía, pretextó estar fatigado para dejar el juego, y salimos a la azotea a tomar el fresco, mientras esperábamos el carruaje.

Cuando el señor de Mortsauf nos dejó, reflejóse el placer tan vivamente en mi rostro, que la condesa me interrogó con la mirada con curiosidad y sorpresa.

—Enriqueta existe—le dije—, y continúa amándome; me hiere con la intención vehemente de romperme el corazón... Todavía puedo ser feliz.

—No quedaba más que un resto de mujer—repuso con espanto— y acaba usted de arrancarlo en este instante. ¡Loado sea Dios que me da valor para sufrir este martirio! Sí, lo amo demasiado; iba a desfallecer, y la inglesa ha iluminado el abismo.

En aquel momento subimos al coche.

—Llévenos usted al camino de Chignon por la avenida—ordenó la condesa al auriga—; luego volveremos por las landas de Carlomagno y el camino de Saché.

—¿Qué día es hoy?—pregunté bruscamente.

—Sábado.

—No vayamos entonces por ahí, amiga mía; el sábado por la noche el camino lo invaden los campesinos que

se dirigen al mercado de Tours y vamos a tropezar con sus carretas.

—Haga usted lo que he dicho—in-sistió mirando al cochero.

Uno y otro conocíamos perfectamente las inflexiones de nuestras voces respectivas por variadas que fuesen, y nos era imposible disfrazar nuestras emociones. Enriqueta lo había comprendido todo.

—No se ha acordado usted de los campesinos — me dijo con ironía—. Lady Dudley se encuentra en Tours y lo espera cerca de aquí. «¿Qué día es hoy? ¡ Los campesinos ! ¡ las carretas !» ¿Hizo usted jamás semejantes observaciones cuando salíamos juntos en otros tiempos?

—Eso demuestra que Clochegourde me hace olvidar todo—respondí sencillamente.

—¿Pero le espera a usted?—me preguntó.

—Me espera.

—¿A qué hora?

—Entre once y doce.

—¿En qué sitio?

—En las landas.

—No me engañe. ¿No es bajo el nogal?

—Iremos entonces a las landas—dijo—, y la verá.

Al oír esto, consideré mi existencia definitivamente fijada, y hubo un momento en que estuve decidido a poner término, con un completo maridaje con lady Dudley, a la lucha horrorosa que amenazaba agotar mi sensibilidad y arrebatarse con tan repetidos choques las voluptuosas delicadezas que seme-

jan a la flor que precede a los frutos. Mi silencio molestó a la condesa, cuya grandeza de alma no conocía aún completamente.

—No se enoje contra mí—dijo poniéndose una mano sobre el corazón—; éste, querido, es mi castigo. Jamás será usted amado como éste lo ama. ¿No se lo he confesado? Lady Dudley me ha salvado. Para ella los placeres, que no le envidio; para mí el amor glorioso de los ángeles. Desde su llegada a Clochegourde he recorrido campos inmensos y he juzgado la vida. Elevad el alma, y la desgarraréis; cuanto más alto se sube, menos simpatías encuentra, y en vez de sufrir en el valle, se sufre en los aires, como el águila que se cierne llevando en el corazón la flecha disparada por un pastor despiadado. Hoy comprendo que el cielo y la tierra son incompatibles. Para el que pretende vivir en el cielo, sólo Dios es posible, y nuestra alma debe entonces separarse de todo lo terrestre. Es preciso amar a los amigos como se ama a los niños, por ellos mismos. El «yo» ocasiona desgracias y penas. Mi corazón subirá más alto que el águila, y encontrará un amor que no me engañará nunca. En cuanto a vivir corporalmente, es cosa que nos rebaja demasiado, imponiendo el egoísmo de los sentidos a la espiritualidad del alma que nos anima. Los goces que proporciona la pasión son horriblemente tempestuosos y se pagan con enervantes inquietudes que rompen los resortes anímicos. He llegado a la orilla del mar en que se agitan las tempestades y he podido verlas

de cerca; a veces me han envuelto en sus nubes, pero no siempre la ola se ha quebrado a mis pies y he sentido su rudo contacto helándome el corazón: debo, por consiguiente, retirarme a las alturas, para no perecer a la orilla de este mar inmenso. Usted, como todos los que me han hecho sufrir, es un guardián de mi virtud. Mi vida ha estado llena de angustias felizmente proporcionadas a mis fuerzas, y así he podido mantenerme ajena a las malas pasiones, sin reposo seductor y dispuesta siempre para elevarme a Dios. Nuestro cariño fué una tentativa insensata, el esfuerzo de dos cándidos niños que trataban de complacer al mismo tiempo a su corazón, a los hombres y a Dios. ¡Locura, Félix!

Y, después de una pequeña pausa, agregó:

—¡Ah! ¿qué nombre le da a usted esa mujer?

—Amadeo — respondí—. Félix no pertenece a nadie más que a usted.

—Enriqueta está próxima a morir— dijo la condesa sonriéndose tristemente—, pero morirá en el primer esfuerzo de la cristiana humilde, de la madre orgullosa, de la mujer de virtud vacilante ayer, y afirmada hoy. ¿Qué puedo decirle? Mi vida está conforme consigo misma tanto en las grandes circunstancias como en las pequeñas. El corazón en que encontré las primeras raíces de ternura, el corazón de mi madre, está cerrado para mí, a pesar de la insistencia con que busco un pliegue donde deslizarme. Era niña, nací después de la muerte de tres varones,

y traté inútilmente de ocupar su lugar en el afecto de mis padres; pero no logré cicatrizar la herida abierta en el orgullo de la familia. Cuando, más tarde, conocí a mi adorable tía, la muerte me la arrebató muy pronto, y el señor de Mortsauf, a quien me he consagrado, me ha inferido constantemente agravios, tal vez sin saberlo. ¡Desgraciado hombre! Su amor tiene el sencillo egoísmo del amor de los niños, y, como no conoce los males que me ocasiona, lo perdono. Mis hijos, estos queridos hijos que tienen mi carne, mi alma, mi naturaleza, estos hijos parece que me han sido dados para demostrar cuánta paciencia y cuánta fuerza se albergan en el seno de las madres. Sí, mis hijos son mis virtudes. Y usted sabe cuánto he sufrido por ellos, en ellos y a pesar de ellos, porque, para mí, la maternidad fué comprar el derecho de sufrir siempre. Cuando Agar clamó en el desierto, un ángel hizo brotar para la esclava demasiado amada una fuente de agua pura; pero yo, cuando la límpida corriente adonde usted pretendía conducirme, se deslizó en torno de Clochegourde, no encontré en ella más que aguas amargas. Sí, me ha ocasionado usted dolores inauditos. Dios perdonará sin duda a quien no ha conocido mi cariño más que por el dolor; pero, si usted me ha impuesto las penas más vivas que he experimentado, será porque las he merecido. ¡Dios no es injusto! ¡Sí, Félix; el beso furtivamente depositado sobre una frente, acaso es un semillero de crímenes; tal vez haya que expiar rudamen-

te los pasos que se han dado alejándose de los hijos y del esposo cuando paseaba por la noche, para entrar a solas con recuerdos y pensamientos que no me pertenecían, porque, al hacer esto, había entregado el alma a otro! Cuando el ser interior se recoge y contrae para ocupar solo el espacio que se ofrece a los besos, quizá se comete el mayor de los crímenes. Cuando la mujer se inclina para recibir en los cabellos el beso de su marido, presentándole una frente impasible, ¿no comete también un crimen? Y es un crimen forjarse un porvenir con auxilio de la muerte; crimen en soñar, para lo futuro, con una maternidad sin inquietudes, y hermosos hijos jugando a la caída de la tarde con un padre adorado por toda la familia y bajo los ojos enternecidos de una madre feliz. ¡Oh! sí, he pecado, he pecado gravemente. Por eso, he encontrado placer en las penitencias impuestas por la Iglesia, que no rescataban bastante faltas, para las que el sacerdote se mostró demasiado indulgente, y Dios ha puesto sin duda el castigo en el corazón de todos estos errores, confiando su venganza a aquel por quien fueron cometidos. Entregar mis cabellos, ¿no era prometerme? ¿Por qué me agradaba tanto vestirme de blanco, sino porque de ese modo me parecía ser mejor su lirio? ¿No me había visto usted aquí, por vez primera, vestida de blanco? ¡Ay! He amado menos a mis hijos, porque todo afecto vivo roba algo a los afectos naturales. Ya lo ve, Félix, cada sufrimiento tiene una significación. Hiera, hiera con más fuerza

que me han herido el señor de Mortsauf y mis hijos. Esa mujer es un instrumento de la cólera divina, y me acercaré a ella sin odio, y la sonreiré, porque, siendo cristiana, esposa y madre, debo amarla. Si, como usted dice, he contribuido a preservarle del contacto que lo habría marchitado, esa inglesa no puede odiarme: toda mujer debe amar a la madre del que ama, y yo soy su madre de usted. ¿Qué he deseado sino ocupar en su corazón el lugar que dejó vacío la señora de Vandenesse? ¡Oh! usted se ha quejado siempre de mi frialdad; sí, sólo soy su madre. Perdóneme las frases duras que involuntariamente pronuncié a su llegada, porque las madres deben regocijarse de que amen a sus hijos.

Y, reclinó su cabeza sobre mi pecho, exclamando:

—¡Perdón! ¡perdón!

Oí entonces acentos desconocidos? aquélla no era su voz de niña con alegres notas, ni su voz de mujer con suspiros de madre dolorida: era una voz delirante, una voz que jamás había sido y que expresaba nuevos dolores.

—En cuanto a usted, Félix—agregó animándose—, es un amigo a quien jamás podría inferir el menor daño. ¡Oh! nada ha perdido en mi corazón; no se reproche nada; no tenga remordimientos. ¿No era el colmo del egoísmo pretender que sacrificara a un porvenir imposible placeres inmensos, para disfrutar de los cuales una mujer abandona a sus hijos, renuncia su rango y no teme perder la gloria eterna? ¡Cuántas veces lo he encontrado a usted superior

a mí! ¡Usted era grande y noble, yo pequeña y criminal! Ahora que le he dicho cuanto tenía que decirle, no puedo ser para usted otra cosa que una luz centelleante y fría, pero inalterable; pero procure, Félix, que no sea sola en amar al hermano que me ha elegido... ¡Cúreme usted! Para el amor de una hermana no hay días malos ni momentos difíciles. No necesitaré engañar a esta alma indulgente que vivirá con su vida, que se afligirá con sus dolores, que participará de sus alegrías, que amaré a las mujeres que lo hagan feliz y que se indignará con las traiciones de que lo hagan víctima. ¡No he tenido un hermano a quien amar de este modo! Sea usted bastante noble para despojarse de su amor propio y para hacer de nuestro cariño, hasta aquí tan dudoso y lleno de tempestades, un dulce y santo afecto fraternal. Así podré continuar viviendo y estrecharé la mano a lady Dudley.

¡Y no lloraba al pronunciar aquellas palabras impregnadas de amargura, con las que, al rasgar el último velo que me ocultaba su alma y sus dolores, me demostraba cuán íntimamente estaba unida a mí, y qué fuertes eran las cadenas que yo había roto! Estábamos tan absortos, que no sentíamos la lluvia que caía a torrentes.

—¿Quiere la señora entrar aquí un momento?—preguntó el cochero aludiendo a la posada principal de Ballán.

Enriqueta asintió, y, durante media hora próximamente, permanecemos bajo la bóveda de entrada, con gran sor-

presa de las personas de la posada, que se preguntaban a qué se debía que la señora de Mortsauf anduviera por los caminos a las once de la noche. ¿Iba a Tours o regresaba? Cuando la tempestad hubo cesado y la lluvia quedó convertida en llovizna que no impedía a la luna iluminar las altas nubes rápidamente impulsadas por el viento, el cochero salió, y con no poca alegría por mi parte volvió sobre sus pasos.

—Haga usted lo que le he mandado —le gritó dulcemente la condesa.

Tomamos, pues, el camino de las landas de Carlomagno, y la lluvia arreció de nuevo. En la llanura oí los ladridos del perro favorito de Arabella; de repente lanzóse un caballo fuera de la espesura, franqueó de un salto el camino, salvó el foso abierto por los propietarios para señalar sus terrenos respectivos en aquellos eriales que se creían susceptibles de cultivo, y lady Arabella se adelantó a ver pasar la carretela.

—¡Qué placer esperar así al amante, cuando no hay crimen en ello! —dijo Enriqueta.

Los ladridos del perro habían advertido a lady Dudley que yo iba en el carruaje, por lo que supuso que salía a buscarla a causa del mal tiempo. Cuando llegamos al sitio en que se encontraba la marquesa, ésta corrió por la orilla del camino con la ligereza de amazona que le era peculiar y que asombró a Enriqueta como si se tratara de un verdadero prodigio. Arabella no pronunciaba, por mimosa coquetería, en inglés, más que las últimas sílabas de

mi nombre, especie de llamada que en sus labios tenía un encanto digno de un hada. Creyendo que sólo yo podía oírlo, gritó: «¡ My dee !»

—El es, señora—contestó la condesa contemplando a los pálidos rayos de la luna aquella fantástica criatura, cuyo rostro mostrábase, impaciente, entre largos bucles medio deshechos.

Ya sabes la rapidez con que se examinan las mujeres. La inglesa reconoció en seguida a su rival y mostróse gloriosamente inglesa: nos miró despreciativamente y desapareció en la espesura con la rapidez del relámpago.

—¡ A Clochegourde! — exclamó la condesa, a quien aquella mirada de desprecio le produjo el efecto de un hachazo en el corazón.

El cochero volvió grupas para tomar el camino de Chinón, que estaba mejor cuidado que el de Saché. Cuando la carretela volvió a cruzar la landa, oímos el furioso galope del caballo de Arabella y los pasos del perro, que seguían la linde del bosque al otro lado de la espesura.

—¡ Se va y la pierde usted para siempre! — me dijo Enriqueta.

—Si se va — respondí—, no lo sentiré.

—¡ Oh, infelices mujeres! — exclamó la condesa con un compasivo horror—; pero, ¿adónde va?

—A la Grenadiere, una casita situada en las inmediaciones de Saint-Cyr.

—¡ Y se va sola! — agregó Enriqueta con tono que me reveló que las mujeres, considerándose solidarias en amor, no se abandonan jamás.

Cuando llegamos a la avenida de Clochegourde, el perro de Arabella ladró alegremente delante de la carretela.

—¡ Se nos ha adelantado! — exclamó la condesa.

Y, después de una pequeña pausa, añadió:

—Jamás he visto mujer tan hermosa: ¡qué talle y qué mano! Su cutis excede al lirio y sus ojos brillan como los diamantes. Pero monta demasiado bien a caballo; la creo activa y violenta; además, me parece que desprecia demasiado las conveniencias, y la mujer que no reconoce leyes está muy cerca de no oír más voz que la de sus caprichos. Los que tanto se complacen en sobresalir y en agitarse, no suelen tener el don de la constancia. En mi concepto, el amor requiere más tranquilidad: yo me lo he figurado como un lago inmenso donde la sonda jamás encuentra el fondo; donde las tempestades pueden ser violentas, pero raras y contenidas en límites infranqueables; donde los seres viven en una isla florida, lejos del mundo, cuyo brillo y lujo les molestan. Pero el amor debe tener el sello de los caracteres: quizá estoy equivocada. Si los principios de la naturaleza se ajustan a las formas exigidas por los climas, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo con los sentimientos en las personas? Seguramente los sentimientos, que tienen una ley general, no contrastan más que en la expresión: cada alma tiene una modalidad que le es propia. La marquesa es la mujer fuerte que franquea la distancia y acomete una empresa con pujanza varonil,

que libraría a su amante matando a carceleros, guardias y verdugos, en tanto que otras criaturas no saben más que amar con todo el alma, y en el peligro se arrodillan, lloran y mueren. ¿Cuál de estas dos mujeres es la que más le agrada? Pero sí, la marquesa lo ama y se lo ha sacrificado todo, ¡quizá lo amará siempre, aunque usted deje de amarla!

—Permítame, ángel querido, que le repita lo que usted me dijo en cierta ocasión: ¿cómo sabe usted esas cosas?

—El dolor instruye mucho; y yo he sufrido tanto, que poseo una instrucción vastísima.

Mi criado, que había oído la orden dada al cochero, creyendo que volveríamos por los cercados, me esperaba con el caballo en la avenida; el perro de Arabella había olfateado al caballo, y la dueña, guiada por una curiosidad muy legítima, lo había seguido a través del bosque, donde seguramente se había ocultado.

—Vaya usted a contentarla — me aconsejó Enriqueta sonriendo y sin revelar la menor contrariedad—, y dígame que se ha equivocado respecto a mis intenciones; que sólo pretendía darle a conocer el valor del tesoro que posee. En mi corazón no hay más que buenos sentimientos para ella, y, sobre todo, explíqueme que soy su hermana y no su rival.

—No iré—respondí.

—¿No ha comprendido usted—exclamó con la altivez de los mártires—

que hay atenciones que son un insulto?... Vaya usted.

Corrí entonces hacia lady Dudley para averiguar en qué disposición se encontraba.

—Si se enfadara y me dejase—pensaba yo—, volvería a Clochegourde.

El perro me guió al pie de un roble, de donde se lanzó la marquesa exclamando:

—«¡ Away! ¡ Away!»

La acompañé hasta Saint-Cyr, adonde llegamos a media noche.

—Esa señora se encuentra muy buena — dijo Arabella al apearse del caballo.

Sólo los que la han conocido pueden comprender los sarcasmos que había en esta observación, ásperamente pronunciada de un modo que quería decir:

—¡ Yo me habría muerto!

—Te prohibo dirigir la más ligera censura a la señora de Mortsauf — le dije.

—¿Acaso desagrada a Vuestra Gracia que haga constar la perfecta salud de que disfruta una persona amada? Se asegura que las francesas odian hasta al perro de sus amantes; en Inglaterra, por lo contrario, amamos todo cuanto nuestros señores aman, y odiamos todo cuanto odian; porque vivimos, en cierto modo, bajo la piel de nuestros señores. Permítame, pues, amar a esa señora tanto como usted mismo. Únicamente, querido mío — agregé abrazándome—, que si tú me abandonarás no estaría de pie ni acostada, ni en una

carretela rodeada de lacayos, ni me pasearía por las landas de Carlomagno ni por ninguna otra parte, ni me encontrarían en mi lecho, ni bajo el techo de mis padres... ¡porque me moriría! He nacido en Lancashire, donde las mujeres mueren de amor. ¿Conocerte y cederle? No te cedería a nadie, ni siquiera a la muerte, porque bajaría a la tumba contigo.

Me llevó a su aposento y se dispuso a variar de traje.

—Amala, querida mía — le dije—, porque ella te ama con toda sinceridad.

—¿Con toda sinceridad? — me preguntó quitándose la amazona.

Mi vanidad de amante me indujo a revelar a aquella orgullosa criatura toda la sensibilidad del carácter de Henriqueta, y mientras la doncella, que no conocía una palabra francesa, le arreglaba los cabellos, traté de describir a la señora de Mortsauf delineando su vida, y repitiéndole los pensamientos que le había sugerido esa crisis en que todas las mujeres son pequeñas y cobardes.

Aunque Arabella parecía no prestarme ninguna atención, no perdía, sin embargo, una sola de mis palabras.

—Estoy encantada — repuso cuando nos quedamos solos— de conocer el gusto que te proporcionan esas conversaciones cristianas. Hay en una de mis tierras un vicario que compone sermones admirables y los campesinos lo comprenden perfectamente, tan apropiado al auditorio es su lenguaje. Mañana escribiré a mi padre rogándole que me envíe ese buen hombre en el

primer buque; lo encontrarás en París, y cuando lo hayas oído una sola vez, sólo a él querrás escuchar, con tanto mayor motivo cuanto que goza de perfecta salud. Su moral no te ocasionará esas emociones que hacen llorar, porque corre sin tempestades como una clara fuente, y hace dormir deliciosamente; todas las noches, si te place, podrás distraerte oyendo sermones, mientras digieres la comida. La moral inglesa, hijo mío, es tan superior a la de Turena, como nuestra cuchillería y nuestros caballos aventajan a los vuestros. Hazme el favor de oír a ese vicario, ¿me lo prometes? Yo no soy más que una mujer, amor mío; sé amar, puedo morir por ti, si así te place, pero no he estudiado en Eton, ni en Oxford, ni en Edimburgo; no soy doctor ni clérigo y, por consiguiente, no sabría predicarte moral, y, si lo intentara, cometería una torpeza incalificable. No censuro tus gustos; no los tengas peores que éste, y estaré conforme, porque deseo que encuentres a mi lado todo cuanto sea de tu agrado, placeres del amor, placeres de la mesa y placeres de la Iglesia, buen vino y virtudes cristianas. ¿Quieres que esta noche me ponga un cilicio? ¡Qué feliz es esa mujer con sus predicaciones de moral! ¿En qué universidad se doctoran las mujeres francesas? ¡Infeliz de mí! No puedo hacer más que entregarme a ti, no soy más que tu esclava.

—Entonces, ¿por qué has huido cuando yo deseaba veros juntas?

—¿Has perdido el juicio, «My dee»? Iré de París a Roma disfrazada de la-

cayo, haré por ti los mayores sacrificios ; pero, ¿cómo he de hablar en medio de un camino con una mujer que no me ha sido presentada y que iba a empezar a sermonearme? Hablaré a los campesinos, pediré a un labriego un pedazo de pan, si tengo hambre ; le daré algunas guineas, y todo estará bien ; pero detener una carretela como hacen los ladrones de caminos reales en Inglaterra, eso no está en mis libros. Tú sabes amar, hijo mío, pero no sabes vivir. Además, no me parezco a ti y no me gusta la moral ; pero, por complacerte, soy capaz de los mayores esfuerzos. Vamos, no tengas cuidado, trataré de hacerme predicadora y no volveré a acariciarte sin recitar algunos versículos de la Biblia.

Arabella usó y abusó de su poder tan pronto como vió en mis ojos la ardiente expresión que se reflejaba en ellos cuando empezaban sus zalamerías. Triunfó en absoluto y llegó a parecerme superior a todos los escrúpulos del catolicismo la mujer que se pierde, que renuncia al porvenir y que hace del amor su única virtud.

—Esa mujer se ama a sí misma más que te ama—dijo Arabella—, porque te pospone a algo que no eres tú. ¿Cómo dar a lo que nos pertenece más importancia de lo que vosotros le dais? Ninguna mujer, por moralista que sea, puede igualarse a un hombre. Pisoteadnos, matadnos, no turbéis jamás, por nosotras, vuestra existencia ; a nosotras nos corresponde morir, y a vosotros ser grandes y altivos. De vosotros a nosotros el puñal ; de nosotras a vos-

otros el amor y el perdón. ¿Molestan al sol los microbios que se agitan en sus rayos y viven de su luz? Cuando se oculta mueren...

—O vuelan—la interrumpí.

—O vuelan—repuso con indiferencia que habría hecho saltar al hombre más determinado a usar del extraño poder de que me investía—. ¿Crees que es digno de una mujer hacer tragar a un hombre tortas amasadas con virtud con la pretensión de convencerle de que la religión es incompatible con el amor? ¿Acaso soy yo impía? O entregarse, o negarse ; pero negarse y moralizar tiene doble pena y es contrario al derecho de todas las naciones. Aquí no tendrás más que excelentes «sandwiches» preparados por tu criada Arabella, cuya única moral será proporcionarte toda clase de placeres, como ningún hombre los haya disfrutado, y que los ángeles me inspiran.

No conozco nada más disolvente que el sarcasmo de una inglesa que adopta el aire de majestuosa convicción con que sus compatriotas encubren las grandes pequeñeces de la vida. La ironía francesa es una especie de encaje con que las mujeres saben embellecer la alegría que proporcionan y las querellas que inventan ; es un adorno moral, gracioso, como su indumentaria ; pero la ironía inglesa es un ácido que corroe de tal modo a los seres sobre quienes cae, que los deja reducidos a esqueletos. La lengua de una inglesa espiritual se asemeja a la del tigre que arranca la carne cuando sólo pretende lamer ; arma omnipotente de un domi-

no que os pregunta riéndose : «¿no es más que eso?» Esa ironía deja un veneno mortal en las heridas que se complace en abrir. Durante aquella noche, Arabella pretendió mostrarme su poder, como el sultán que, para demostrar su habilidad, se divierte degollando seres inocentes.

—Angel mío — me dijo después de haberme sumergido en un adormecimiento en que todo se olvida, excepto la felicidad—, también yo he moralizado. Me he preguntado si cometía un crimen amándote, si violaba las leyes divinas, y me he convencido de que nada hay más religioso ni más natural que el amor. ¿Por qué crea Dios personas más bellas que otras sino para indicar que debemos adorarlos? El crimen sería no amarte : ¿no eres un ángel? Esa señora te insulta confundiéndote con los demás hombres ; las leyes de moral no son aplicables a ti ; Dios te ha elevado sobre todo lo existente. Amarte, ¿no es acercarse a El? ¿Podría reprochar a una mujer el deseo de lo divino? Tu grande y luminoso corazón es tan parecido al cielo, que me engañó como las mariposas que se queman en la llama de la luz. ¿Se ha de castigar a las mariposas por el error que padecen? Además, esto no es error, sino ferventísima adoración a la luz ; perecen por demasiada devoción, si se llama perecer arrojarse al cuello de lo que se ama. Yo tengo la debilidad de amarte, mientras esa mujer tiene la fuerza de permanecer en su capilla católica. No arrugues la frente. ¿Crees que le guardo rencor? No, hijo mío :

adoro, por lo contrario, la moral, que le ha aconsejado dejarte libre, permitiéndome a mí conquistarte y contemplarte siempre. Porque tú eres mío para siempre, ¿no es cierto?

—Sí, soy tuyo.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre.

—¿Me otorgas una gracia, sultán? ¡ Sólo yo he comprendido lo que valías ! Dices que esa mujer sabe cultivar las tierras ; yo abandono esa ciencia a los colonos y prefiero cultivar tu corazón.

Trató de reproducir aquel lenguaje embriagador, para describirte bien esta mujer, justificar cuanto te he dicho y descubrirte el secreto del desenlace. Pero, ¿cómo darte idea del acompañamiento de tan hermosas frases? Locuras comparables a las más estupendas fantasmagorías de nuestros sueños ; creaciones parecidas a las erupciones volcánicas del sensualismo ; las gradaciones más sabias de la música aplicadas al concierto de nuestros placeres ; juegos semejantes a los de las serpientes entrelazadas ; en fin, los más tiernos discursos adornados de las ideas más halagüeñas, y toda la poesía con que el talento puede embellecer el goce de los sentidos. Arabella pretendía desvanecer con los rayos de su amor impetuoso las impresiones que me había hecho sentir el alma casta y pudorosa de Enriqueta. La marquesa había visto a la señora de Mortsaufr tan bien como ésta la vió a ella, y ambas se habían juzgado bien, porque la grandeza del ataque de Arabella me reveló la extensión de su temor y la secreta

admiración que le inspiraba su rival. No durmió en toda la noche y por la mañana tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes?— le pregunté.

—Temo que mi extremado amor me perjudique — me respondió—. Todo te lo he dado, y, más hábil que yo, esa mujer posee algo que todavía te puede dar. Si la prefieres, abandóname; no te molestaré con el espectáculo de mi dolor, con mis remordimientos, ni con mis penas; no, iré a morir lejos de ti, como la planta sin el sol que la vivifica.

Supo arrancarme protestas de amor que la colmaron de júbilo. ¿Qué decir a una mujer que llora por la mañana? La acritud parece entonces infame. Si la víspera no la hemos rechazado, al día siguiente estamos obligados a mentir, porque el código de la galantería humana, hace de la mentira un deber.

—Entonces, ya soy feliz—dijo enjugándose las lágrimas—; vuelve a su lado; no quiero que estés a mi lado más que voluntariamente; pero, si vuelves, creeré que me amas tanto como te amo, cosa que siempre he creído imposible.

Y, efectivamente, consiguió que volviera a Clochegourde. Lo falso de la situación en que iba a encontrarme no podía adivinarlo un hombre embriagado de placeres. No yendo a Clochegourde daba ventajas a lady Dudley sobre Enriqueta, y esto me llevaba a París; pero ir, ¿no era insultar a la condesa? En este caso debía volver con mayor seguridad al lado de Arabella. Jamás

mujer alguna ha perdonado tan grandes crímenes de lesa amor. A menos de ser un ángel bajado del cielo y no el espíritu purificado que vuelve a él, la mujer amante prefiere ver al que ama sufriendo una agonía horrible, a verlo feliz por el amor de otra; cuanto más ama, más herida se siente.

Considerada pues, desde estos dos puntos de vista, mi situación una vez fuera de Clochegourde para ir a Grenadiere, era tan perniciosa para unos amores como provechosa para los otros.

La marquesa había pensado en todo, y más tarde me confesó que, si la señora de Mortsauf no la hubiera encontrado en las landas ella me habría comprometido rondando en torno de Clochegourde.

Encontré a la condesa pálida, abatida, como quien no ha dormido en toda la noche; y, en seguida, como niño que, cogiendo flores, ha descendido al fondo de un abismo y luego advierte angustiado que le es imposible subir, comprendí que nos separaba todo un mundo. Repercutió entonces en nuestras almas el lúgubre eco del «Consummatum est!» que resuena en los templos el viernes Santo a la hora en que el Salvador expira; escena horrible que hiela las almas jóvenes para quienes la religión es su primer amor. Todas las ilusiones de Enriqueta habíanse desvanecido. Ella, a quien jamás había seducido el placer, ¿adivinaba las voluptuosidades del amor triunfante para rehusarme con tanta crueldad sus miradas? ¿Sabía, por lo tanto, que la fuente de los rayos que brotaban de

nuestros ojos radicaba en nuestras almas, a las que servían de medio para penetrar una en otra o para confundirse en una sola, separarse y acariciarse como dos amigas cariñosas? La avergonzaba amargamente de llevar bajo aquel techo desconocido a los placeres un rostro en el que las alas del sensualismo habían arrojado su polvo diáfano. Si la víspera hubiera dejado que lady Dudley se marchara sola, si hubiera vuelto a Clochegourde, donde quizá me esperaba Enriqueta, posiblemente a la señora de Mortsauf no se le hubiera ocurrido ser para mí una hermana.

Mientras almorzábamos, me dispensó atenciones humillantes, como a un enfermo que le inspirara compasión.

—Muy temprano ha salido usted a paseo—me dijo el conde—; debe usted tener un apetito excelente.

Esta frase, que ni siquiera hizo sonreír a la condesa, acabó de probarme lo ridículo de mi posición. Era imposible pasar el día en Clochegourde y la noche en Saint-Cyr. Arabella lo había comprendido así, confiando en mi delicadeza y en la grandeza de la señora de Mortsauf.

Durante aquel largo día comprendí que es muy difícil convertirse en amigo íntimo de una mujer que durante mucho tiempo ha sido deseada: esta transición, tan sencilla cuando es obra de los años, es una enfermedad en la juventud. Estaba avergonzado, maldecía el placer, y hubiera deseado que la señora de Mortsauf me pidiera la sangre de mis venas. Yo no podía ha-

cer pedazos a Arabella, la condesa evitaba hablarme y murmurar de ella, y calumniarla era una infamia que sólo me habría valido el desprecio de Enriqueta, magnífica y noble en alto grado.

A los cinco años de deliciosa intimidad, no sabíamos de qué hablar; las palabras no traducían nuestros pensamientos y mutuamente nos ocultábamos serios temores, a pesar de que el dolor había sido siempre para nosotros un fiel intérprete. Enriqueta afectaba un aire feliz; pero estaba triste y, aunque decía ser mi hermana, no contrábamos medio de sostener la conversación, y pasábamos la mayor parte del tiempo callados. A veces acrecentaba mi suplicio fingiendo creerse víctima de Arabella.

—Sufro más, mucho más que usted—le dije en una ocasión en que la hermana pronunció una frase irónica, propia de la amante.

—¿Cómo?—respondió con la altivez que adoptan las mujeres cuando se pretende sobrepularlas.

—Porque soy el culpable de todo.

Hubo un momento en que la condesa adoptó un aire tan frío e indiferente que me molestó y resolví marcharme.

Por la tarde, en la terraza, me despedí de toda la familia, que me siguió hasta el pie de la gradería, donde pifaba mi caballo. Enriqueta acercóse a mí, cuando me disponía a montar.

—Vayamos un rato a pie por la avenida—me dijo.

Le di el brazo, y caminando lenta-

mente a través de los cercados, llegamos a un bosquecillo que envolvía una esquina del cercado exterior. Enriqueta se detuvo, me echó los brazos al cuello, reclinó la cabeza sobre mi pecho, y dijo:

—¡ Adiós, amigo mío, adiós! ¡ Ya no volveremos a vernos más! ¡ Dios me ha dotado de una facultad de sondar lo porvenir! ¿ No recuerda usted el terror que me sobrecogió un día al verlo tan hermoso, tan joven, volviéndome la espalda, como hoy sale de Clochegourde para dirigirse a la Grenadiere? Pues bien, esta noche he sondado nuevamente nuestros destinos... y, amigo mío, nos hablamos en este momento por última vez. Apenas podrá decirle algunas palabras más, pues la muerte ha encontrado ya una nueva presa en mí. Entonces habrá usted arrebatado una madre a sus hijos... ¡ reemplácela, pues, a su lado! Podrá usted hacerlo: Santiago y Magdalena lo aman como si siempre les hubiera hecho sufrir.

—¡ Morir! —exclamé mirándola asustado y contemplando el fuego de sus ojos luminosos, de los que no puedo dar idea a los que no han visto seres amados atacados de aquella horrible enfermedad, sino comparándolos a globos de plata bruñida—¡ morir Enriqueta! Yo te mando que vivas... En otro tiempo me has exigido juramentos; ahora yo te exijo uno: júrame consultar a Origet y obedecerle en absoluto.

—¿ Pretende usted, por lo tanto, oponerse a la clemencia de Dios? —exclamó interrumpiéndome con el gri-

to de desesperación de quien no es comprendido.

—¿ No me ama usted bastante para obedecerme ciegamente en todo como la miserable Arabella?

—¡ Sí, todo cuanto quieras! — asintió impulsada por los celos que en un momento le hicieron franquear las distancias que hasta entonces había respetado.

—¡ Me quedo! —le dije besándole los ojos.

Asustada, escapóse de mis brazos y fué a apoyarse en el tronco de un árbol; luego encaminóse precipitadamente a casa sin volver la cabeza una sola vez; pero fuí tras ella y la oí rezar y llorar. Al pie de la escalinata le agarré la mano y se la besé respetuosamente; aquella sumisión inesperada la conmovió.

—¡ Tuyo para siempre! — le dije— Te amo como te amaba tu tía.

Enriqueta se estremeció apretándome la mano con inusitada violencia.

—¡ Una mirada! — agregué— ¡ una de nuestras antiguas miradas!

Y, sintiendo que mi alma se inundaba en la luz de sus ojos, proseguí:

—La mujer que se entrega por completo da menos vida y menos alma que la que acabo de recibir. Enriqueta, tú eres la más amada, la única amada.

—Viviré — me dijo—, pero cúrese usted.

Aquella mirada había borrado la impresión que me habían producido los sarcasmos de Arabella. Yo era, por consiguiente, juguete de las dos pasiones

que te he descrito, y cuya influencia experimentaba alternativamente. Amaba a un ángel y a un demonio: dos mujeres igualmente bellas, una de las cuales poseía todas las virtudes que despreciamos por odio a nuestras imperfecciones, y la otra reunía todos los vicios que deificamos por egoísmo.

Recorriendo aquella avenida, desde donde me volvía de vez en cuando para contemplar a la señora de Mortsauf apoyada contra un árbol y rodeada por sus hijos, que agitaban los pañuelos, sorprendí en mi alma el orgullo de ser la gloria, aunque en distintos conceptos, de dos mujeres tan superiores, de haber inspirado tan grandes pasiones, que podrían acarrear la muerte. Aquella fatuidad pasajera tuvo un doble castigo.

Ignoro qué demonio me aconsejaba esperar al lado de Arabella el momento en que la desesperación o la muerte del conde me entregaran a Enriqueta, porque ésta continuaba amándome. Sus asperezas, sus lágrimas, sus remordimientos, su cristiana resignación, eran testimonio elocuente del sentimiento que yo le inspiraba y que le era imposible borrar de su corazón ni del mío.

Al hacer estas observaciones mientras caminaba lentamente por aquella hermosa avenida, no tenía yo veinticinco años, sino cincuenta. Traté de rechazar aquellos malos pensamientos, pero eran más fuertes que yo y me dominaron. ¡Tal vez habían empezado en las Tullerías, bajo los tapices del gabinete real! ¿Quién podía resistir el ingenio de Luis XVIII, que aseguraba

que no existen verdaderas pasiones más que en la edad madura, porque la pasión no es bella e impetuosa sino cuando en ella hay algo de impotencia, porque se entrega entonces al placer como el jugador a la última partida?

Al llegar al término de la avenida, me volví y vi a Enriqueta que continuaba sola en la terraza, y le dirigí el último adiós, derramando lágrimas de expiación. Lágrimas sinceras concedidas a las emociones virginales, a las flores de vida que jamás renacen, porque más tarde el hombre no da, sino que recibe, y se ama a sí mismo en la querida, mientras que, por lo contrario, los jóvenes aman en sí a la querida; más tarde inoculamos nuestros gustos y quizá también nuestros vicios a la mujer que amamos, mientras que en la juventud quien nos ama nos impone sus virtudes y sus delicadezas, nos conduce al bien sonriendo y nos da el ejemplo del sacrificio. ¡Desgraciado el que no ha tenido una Enriqueta! ¡Desgraciado el que no ha conocido una lady Dudley! Si contrae matrimonio no conservará la mujer y será tal vez engañado por la querida; pero feliz el que puede encontrar a las dos en una sola; feliz, Natalia, el hombre a quien tú ames.

De regreso en París, Arabella y yo nos unimos más íntimamente aún, y, poco a poco, fuimos prescindiendo de las conveniencias sociales que me había impuesto, a lo que debíamos que el mundo perdonara frecuentemente lo falso de la situación en que se había colocado lady Dudley. La sociedad, que

tanto se complace en guardar las apariencias, las legitima cuando descubre el secreto que ocultan. Los amantes obligados a vivir en el gran mundo harán siempre mal en derribar las barreras levantadas por la jurisprudencia de los salones, y en desobedecer las convenciones impuestas por las costumbres, porque no se trata tanto de los demás como de ellos mismos. Las distancias que hay que recorrer, el respeto aparente que hay que conservar, las medidas que hay que adoptar, el misterio a que hay que recurrir, toda la estrategia del amor dichoso ocupa la vida, renueva el deseo y protege el corazón contra el hastío de la costumbre; porque, las primeras pasiones, esencialmente derrochadoras, como el hombre en la juventud, desbastan completamente los bosques en vez de limitarse a aclararlos.

Arabella no profesaba estas ideas burguesas, pero las respetaba por complacerme, y, semejante al verdugo que previamente marca la presa que considera suya para apropiársela en tiempo oportuno, quería comprometerme a la faz de todo París para convertirme en su «esposo». Empleó, pues, todas sus coqueterías para conservarme a su lado, porque no le bastaba el escándalo, que, falto de pruebas, sólo provocaba murmuraciones bajo el abanico; y, viéndola tan feliz al cometer una imprudencia, ¿cómo no había de creer en su amor?

Cuando me hube abismado en las dulzuras de un maridaje ilícito, la desesperación me dominó, porque veía

mi existencia en manifiesta oposición con las ideas que me habían inculcado, y con las recomendaciones de Enriqueta. Viví con esa especie de rabia que domina a los tísicos cuando, presintiendo próximo su fin, rechazan los cuidados facultativos. Había en el fondo de mi corazón un lugar al que no podía retirarme sin sufrimiento, y un espíritu vengador me inspiraba incessantemente ideas en las que no me atrevía a fijarme.

Mis cartas a Enriqueta reflejaban esta enfermedad moral y le ocasionaban un daño infinito. «A cambio de tantos tesoros perdidos, deseo que, por lo menos, sea usted feliz», me decía en la única respuesta que obtuve. Pero... ¡yo no era feliz!...

Querida Natalia, la felicidad es absoluta y no admite comparaciones. Pasado el primer ardor, comparé, necesariamente, una mujer con otra, y advertí la gran diferencia que entre ellas había. En efecto, las grandes pasiones influyen tanto en nuestro carácter, que rechazan las asperezas y borran las huellas de las costumbres que constituyen nuestros defectos o nuestras virtudes; pero, luego, entre los amantes bien acostumbrados uno al otro, vuelven a aparecer los rasgos de la fisonomía moral; ambos se juzgan entonces mutuamente, y, mientras se efectúa la reacción del carácter sobre la pasión, decláranse antipatías que ocasionan las desuniones que sirven de pretexto a las personas superficiales para acusar de inestabilidad al corazón humano. Comenzó, pues, este período.

Menos ciego por las seducciones, y detallando, en cierto modo, mi placer, hice, quizá sin pretenderlo, un examen que perjudicó a lady Dudley.

Primero, comprendí que le faltaba el talento que distingue a la francesa entre todas las mujeres y la hace la más deliciosa para el amor, según confesión de personas a quienes los azares de la vida han puesto en el caso de juzgar los modos de amar de cada país. Cuando una francesa ama, se metamorfosea, sacrifica su vanidad y todas sus pretensiones se reducen a amar y ser amada. Conoce los intereses, los odios y las amistades del amante, adquiere en plazo brevísimo la experiencia del hombre de negocios, estudia el Código y comprende el mecanismo del crédito. Siendo aturdida y pródiga, no cometerá una falta ni malgastará un luis, siendo, a un tiempo mismo, madre, ama de gobierno y médico, y dando pruebas de un amor infinito hasta en los más ligeros detalles. La francesa posee la suma de todas las cualidades especiales que se recomiendan a las mujeres de cada país, más el talento y la alegría esencialmente francesa que todo lo animan, todo lo permiten, todo lo transforman, todo lo justifican destruyendo la monotonía de ese sentimiento que se apoya en el presente de un solo verbo.

La mujer francesa ama siempre, sin tregua ni cansancio, en todo momento, en público y en privado; en público encuentra un acento que no razona más que en un oído, habla en silencio y sabe mirar con los ojos bajos, y, si las cir-

cunstancias le prohíben hablar o mirar, utilizará la arena, sobre la que graba su pie para escribir un pensamiento; sola, ama hasta en sueños, y, en fin, todo lo subyuga al amor.

Por lo contrario, la inglesa subyuga el amor al mundo. Habituada por educación a conservar una actitud glacial, la egoísta rigidez británica de que te he hablado antes, le abre y cierra el corazón con la facilidad de una máquina; posee una máscara impenetrable que se pone y se quita flemáticamente, se apasiona como una italiana cuando nadie la ve, y se muestra fríamente digna cuando el mundo la contempla. El hombre más amado duda al ver la completa inmovilidad de su rostro, la calma de su voz, la perfecta libertad de continente que caracteriza a la mujer inglesa. En aquel momento, la hipocresía llega hasta la indiferencia; la inglesa lo ha olvidado todo; ciertamente la mujer que sabe despojarse de su amor como de un vestido, permite creer en su volubilidad; Qué tempestades levantan las olas del corazón cuando las agita el amor propio herido, al ver una mujer tomando, dejando y volviendo a tomar el amor como una obra manual!

Estas mujeres son demasiado dueñas de sí mismas para pertenecernos, y dan demasiada importancia al mundo para que los hombres puedan dominarlas por completo. Donde la francesa consuela al paciente y se encoleriza contra los importunos por medio de graciosas ironías, el silencio de las inglesas es absoluto, hiela el alma y tur-

ba el espíritu. Estas mujeres reinan tan constantemente, que para la mayoría de ellas la omnipotencia de la «*fashion*» debe extenderse hasta los placeres. Quien exagera el pudor debe exagerar el amor; las inglesas son así: todo lo reducen a la forma, sin que el amor a la forma les sugiera sentimientos artísticos.

El protestantismo y el catolicismo explican las diferencias que dan al alma de las mujeres francesas tanta superioridad sobre el amor razonado y calculado de las inglesas; el protestantismo duda, examina y mata las creencias, y es, por consiguiente, la muerte del arte del amor.

Donde manda el mundo, las personas mundanas deben obedecer; pero los corazones apasionados lo encuentran insoportable y se alejan de él. Fácil es comprender la herida de mi amor propio que sufrí al descubrir que lady Dudley no podía sobreponerse al mundo y que la transición británica le era familiar; no era un sacrificio que el mundo le imponía, sino que se manifestaba naturalmente bajo dos formas contradictorias. Cuando amaba, amaba con locura; ninguna mujer podía compararse a ella, y valía tanto como un serrallo; pero, tendido el telón ante aquella escena de magia, borraba hasta el recuerdo. No respondía a una mirada ni a una sonrisa; no era esclava, sino embajadora obligada a medir las palabras; impacientaba con su calma, ofendía al corazón con su tiesura, y denigraba el amor en vez de dignificarlo. No revelaba temor, ni sentimiento, ni

deseos; pero, a una hora determinada, estallaba su ternura como fuegos súbitamente encendidos.

¿A cuál de aquellas dos mujeres debía creer? Como la señora de Mortsauf se alejaba de mí momentáneamente, parecía confiar al aire el cuidado de hablarme de ella; cuando se iba, los pliegues de su falda dirigíanse a mis ojos, como su ruido onduloso llegaba alegremente a mi oído cuando volvía; había ternuras infinitas en su modo de bajar los ojos; su voz, aquella voz musical, era una caricia continua; sus palabras revelaban un pensamiento constante; parecíase siempre a sí misma; no dividía su alma en dos, una ardiente y apasionada y la otra fría como el hielo; y, en fin, la señora de Mortsauf reservaba su talento y su inteligencia para expresar sus afectos, y sólo era coqueta para complacer a sus hijos y a mí.

Arabella, por lo contrario, no empleaba su talento para hacer agradable la vida, no lo ejercía en mi beneficio y no existía más que por el mundo y para el mundo; era burlona, y complacía-se en desgranar, en morder, no para divertirse, sino para satisfacer un capricho.

La señora de Mortsauf hubiera ocultado su felicidad a todo el mundo; lady Arabella hacía gala de la suya ante todo París, y, ¡sarcasmo horrible!, respetaba las conveniencias sociales al mismo tiempo que se exhibía en el Bosque. Aquella amalgama extraña de ostentación y de dignidad, de frialdad y de amor, me hería constantemente

èl alma, a la vez virgen y apasionada, y como yo no sabía hacer esas transiciones tan rápidas, mi salud se resentía, porque con frecuencia estaba palpitante de amor, cuando a ella se le ocurría recuperar su convencional pudor. Cuando me atreví a quejarme, no sin gran miramiento, se revolvió furiosa contra mí, mezclando las fanfarronadas de su pasión con las bromas inglesas que te he referido, y cuando se encontraba en contradicción conmigo, se complacía en lastimar mi corazón y humillar mi inteligencia, maneándome como a un monigote. A las observaciones que le hacía respecto al punto medio que se debe buscar en todo, respondía ridiculizando mis ideas; cuando le reprochaba su actitud, preguntábame si quería que me besara delante de todo París en los Italianos, y se comprometía tan seriamente a hacerlo, que, comprendiendo el afán que tenía de que hablaran de ella, temía verla ejecutar su promesa. A pesar del apasionado amor que me profesaba, no había en ella nada de santo ni de profundo, como en Enriqueta; era insaciable como una tierra arenosa.

La señora de Mortsauf estaba siempre confiada, y la marquesa jamás se satisfacía con una sonrisa, ni con un apretón de manos, ni con una palabra dulce. Más aún: para Arabella la felicidad de un día no significaba nada al siguiente; ninguna prueba de amor le sorprendía; experimentaba deseos tan grandes de agitación, de brillo, de ruido, que nada satisfacía su bello ideal, y de ahí sus furiosos arrebatos de amor;

en su concepto, sólo se trataba de ella y no de mí.

La carta de la señora de Mortsauf, luz que ilumina todavía mi existencia, y que prueba de qué manera sabe la mujer más virtuosa obedecer al genio francés, revelando una perpetua vigilancia, un continuo cuidado de mi fortuna, aquella carta ha debido demostrarte con cuánta atención se ocupaba Enriqueta en mis intereses materiales, en mis relaciones políticas, en mis conquistas morales; con qué ardor abrazaba la defensa de mi causa.

Lady Dudley, por lo contrario, afectaba la reserva de una persona simplemente conocida, y jamás se informó de mis negocios, de mi fortuna, de mis ocupaciones, de mis dificultades en la vida, de mis odios, ni de mis amistades. Pródiga para sí misma, sin ser generosa, separaba demasiado los intereses del amor, mientras que, sin haberlo experimentado, sabía yo que, con el fin de evitarme un disgusto, Enriqueta hubiera encontrado para mí lo que no habría buscado para sí misma. En una de esas desgracias que pueden ocurrir al hombre más rico y más elevado, como lo demuestran repetidos ejemplos, yo habría consultado a Enriqueta, pero me hubiera dejado encarcelar sin decir una palabra a lady Dudley.

En todo se advertía la diferencia que había entre una y otra. El lujo es en Francia la expresión del hombre, la reproducción de sus ideas, de su poesía especial; describe el carácter, y pone entre los amantes precio a los menores

cuidados, haciendo irradiar en derredor nuestro el pensamiento dominante del ser amado; pero el lujo inglés, cuyos finos primores me habían seducido, era también mecánico. Lady Dudley no tenía nada suyo; todo procedía de los criados, y era, por consiguiente, comprado. Las mil cariñosas atenciones de Clochegourde eran, en opinión de Arabella, negocio de los criados, cada uno de los cuales tenía un deber y una especialidad. Escoger los lacayos era incumbencia del mayordomo, como si se tratara de caballos. Aquella mujer no profesaba afecto alguno a sus sirvientes; la muerte del más fiel no la hubiera afectado lo más mínimo, y lo habría reemplazado en seguida con otro igualmente hábil. En cuanto al prójimo, jamás arrancaron a sus ojos una lágrima las desgracias ajenas; su egoísmo era tan ingenuo que casi inspiraba risa. Las vestiduras rojas de la gran dama cubrían, por lo tanto, una naturaleza de bronce; la deliciosa almea que se enroscaba por la noche sobre los tapices, que hacía sonar todos los cascabeles de su locura amorosa, reconciliaba pronto a la joven con la inglesa insensible y dura, y así no me fué posible descubrir sino lentamente y paso a paso el terreno en que derramaba mis semillas y que no debían producirme frutos.

La señora de Mortsauf había comprendido de una sola ojeada aquella naturaleza en su rápido encuentro, y muchas veces recordé sus proféticas palabras. Enriqueta había tenido razón en todo; el amor de Arabella empeza-

ba a serme insoportable. Después he observado que la mayor parte de las mujeres que montan bien a caballo son poco cariñosas; como a las Amazonas, les falta un pecho, y sus corazones están, en parte, endurecidos.

Cuando empezaba a molestarme aquel yugo, cuando mi cuerpo y mi alma experimentaban fatiga, cuando comprendía bien toda la santidad que da al amor el sentimiento verdadero, cuando me abrumaban los recuerdos de Clochegourde, aspirando, a pesar de la distancia, el perfume de sus flores y oyendo el canto de sus ruiseñores; en el momento terrible en que distinguía el poderoso cauce bajo las aguas en descenso, recibí un golpe que todavía continúa ejerciendo gran influencia en mi vida, porque, a cada hora, a cada momento, oigo el eco.

Trabajaba una tarde en el gabinete del rey, que debía ponerse en camino a las cuatro, cuando entró el duque de Lenoncourt, que estaba de servicio.

Al verlo, pidióle el rey noticias de la condesa; levanté bruscamente la cabeza de manera demasiado significativa, y Luis XVIII, sorprendido de aquel movimiento, dirigióme una mirada, como solía hacer siempre que se disponía a pronunciar una frase irónica.

—¡Señor, mi desgraciada hija se muere!—respondió el duque.

—¿Se dignará Su Majestad concederme una licencia?—pregunté con lágrimas en los ojos, desafiando la cólera pronta a estallar.

—Corra usted, «milord»—respondió

me deseando lanzar un epigrama en cada palabra.

Más cortesano que padre, el duque se abstuvo de pedir licencia y subió al carruaje del rey para acompañarlo.

Partí sin despedirme de lady Dudley, que, por fortuna, había salido; pero le escribí diciéndole que iba en comisión del servicio del rey. En la Cruz de Berny encontré a Su Majestad, que regresaba de Verrières. Al mismo tiempo que aceptaba un ramo de flores, que dejó caer a sus pies, el rey dirigióme una mirada llena de ironías de profundidad abrumadora y con la que pareció decirme:

—Si aspiras a ser algo en política, vuelve; no te detengas a parlamentar con los muertos.

El duque me hizo con la mano una señal melancólica, y las dos carretelas reales, los coroneles dorados, la escolta y los torbellinos de polvo que levantaban, pasaron rápidamente a los gritos de: «¡Viva el rey!», pareciéndome que la corte acababa de hollar el cuerpo de la señora de Mortsauf con la insensibilidad que la naturaleza presencia todas las catástrofes. El duque, aunque era una persona excelente, iba sin duda a jugar al «whist» con el SEÑOR, después que el rey se acostara; en cuanto a la duquesa, ella, y sólo ella, había matado a su hija hablándole de lady Dudley.

Mi viaje fué rápido como el sueño de un jugador arruinado; me desesperaba por no haber recibido noticias. ¿Acaso el confesor me había prohibido la en-

trada en Clochegourde? Acusé a Magdalena, a Santiago, al abate Dominis, a todos, hasta al señor de Mortsauf.

Más allá de Tours, al desembocar en el puente de San Salvador para descender por el camino bordeado de álamos que tanto había admirado cuando corría en busca de la dama desconocida y que conducía a Poncher, encontré al señor Origet. Adiviné que volvía de Clochegourde como él adivinó que yo me dirigía al castillo, detuvimos los carruajes y nos apeamos, yo para pedirle noticias, él para dárme las.

—¿Cómo se encuentra la señora de Mortsauf?—le pregunté.

—Dudo que pueda usted verla viva—me contestó—; muere de un mal horrible, muere de inanición. Cuando me mandó llamar en junio último no tenía ya remedio la enfermedad; experimentaba los mismos síntomas que el señor de Mortsauf le habrá descrito sin duda, porque él creía padecerlos. La señora condesa no estaba entonces bajo la influencia pasajera de una postración debida a una lucha interior que la medicina dirige y que, a veces, cura, ni bajo el peso de una crisis, cuyo desorden puede repararse; no, la enfermedad había llegado a un extremo en que la ciencia era impotente; era el resultado de un grave disgusto, como una herida mortal es la consecuencia de una puñalada. Esta afección la ocasiona la inercia de un órgano cuyo funcionamiento es tan necesario a la vida como el del corazón: el disgusto ha desempeñado el oficio del puñal. No le quepa la menor duda; la señora de

Mortsauf muere a consecuencia de una pena desconocida.

—¿Desconocida! — exclamé—, ¿acaso los niños no han estado enfermos?

—No — me dijo mirándome de un modo expresivo—; y desde que se encuentra gravemente enferma, el señor de Mortsauf tampoco la ha atormentado. Yo no soy ya útil, el señor Deslandes, de Azay, es suficiente; no hay ningún remedio para ella, y sus sufrimientos son horribles. Rica, joven, bella, y morir extenuada, envejecida por el hambre... ¡por qué morirá de hambre! Hace cuarenta días que el estómago está paralizado y rechaza todo alimento, sea cualquiera la forma en que se le administre.

El señor Origet me estrechó la mano que le tendí y que casi me había pedido.

—¡Valor, caballero!—dijo levantando los ojos al cielo.

Su frase revelaba compasión por la pena que creía igualmente correspondida, y no sospechaba que el dardo envenenado de sus palabras habíame herido más cruelmente que una flecha en el corazón. Subí precipitadamente al carruaje, y prometí una buena propina al postillón si llegaba a tiempo.

A pesar de mi impaciencia, creí haber recorrido el camino en pocos minutos; tan absorto iba en las amargas reflexiones que luchaban en mi alma. ¡Enriqueta moría de pena, y sus hijos disfrutaban de salud! ¡Moría, por consiguiente, por mí! ¡Yo la mataba! Mi conciencia amenazadora pronunció en-

tonces una de esas sentencias que repercuten en la vida entera y algunas veces más allá del sepulcro. ¿Qué debilidad y qué impotencia en la justicia humana, que no castiga más que los crímenes manifiestos! ¿Por qué se impone la muerte y la vergüenza al asesino que mata de un solo golpe, que sorprende a la víctima en el sueño y la hace dormir para siempre, o que hiere de improviso ahorrando el dolor de la agonía? ¿Por qué ha de vivir dichoso y estimado el asesino que vierte gota a gota la hiel en el alma y mina el cuerpo para destruirlo? ¡Cuántos crímenes impunes! ¡Cuánta complacencia para el vicio dorado! ¡Cuánta indiferencia para el homicidio ocasionado por las persecuciones morales!

He visto muchas víctimas que tú conoces muy bien. La señora de Beau-seant que marchó moribunda a Normandía pocos días antes de mi partida; la duquesa de Langeais, comprometida; lady Brandon, que fué a morir a Turena en la humilde casa en que lady Dudley había vivido dos semanas, asesinada por una horrible abnegación. En nuestra época ocurren muchos casos de este género. ¿Quién no ha conocido a la infortunada joven que se envenenó, vencida por los celos horribles que matan a la señora de Mortsauf? ¿Quién no se ha estremecido al conocer la suerte de la deliciosa niña que, semejante a una flor roída por un gusano, pereció a los dos años de matrimonio, a causa de su púdica ignorancia, víctima de un miserable a quien Ronquerolles, Montriveau y de Marsay

protegen porque les es útil para sus proyectos políticos? ¿Quién no se ha conmovido al oír el relato de los últimos momentos de la joven que se negó a entregarse a su marido, después de haber pagado noblemente sus deudas? ¿No ha estado la señora de Aiglemont al borde de la tumba, de la que, merced a los cuidados de mi hermano, ha podido librarse por ahora? El mundo y la ciencia son cómplices de estos crímenes, que no castigan los tribunales de justicia. Parece que nadie muere de pena, ni de desesperación, ni de amor, ni de miserias ocultas, ni de esperanzas frustradas, porque la ciencia tiene palabras para justificar todo: gastritis, pericarditis, y otros mil nombres técnicos sirven de pasaporte a los ataúdes escoltados por lágrimas hipócritas, que no tarda en enjugar la mano del notario. El hombre, para vivir cien años, ¿tiene necesariamente que sembrar de cadáveres la tierra y secarla en torno suyo para elevarse de igual suerte que el millonario se apropia los beneficios de mil pequeñas industrias? ¿Existe una fuerza potente y perniciosa que se alimenta de los seres débiles? ¿Pertenezco a esa raza de tigres?

Los remordimientos me apretaban el corazón, y abrasadoras lágrimas corrían por mis mejillas cuando entré en la avenida de Clochegourde, hollando las hojas caídas de los álamos cuya plantación había dirigido Enriqueta. ¿Vivía? ¿Podía poner sus manos blancas sobre mi cabeza humillada? ¡Qué

caros me costaron los placeres que me proporcionó Arabella! Juré no volver a verla y concebí hacia Inglaterra un odio mortal. Aunque lady Dudley sea solamente una variedad de la especie, envolví a todas las inglesas en los crespones de mi sentencia.

Al entrar en Clochegourde recibí un nuevo golpe; Santiago, Magdalena y el abate Dominis estaban arrodillados al pie de una cruz de madera, clavada en el extremo de un pedazo de tierra que había sido comprendido dentro del recinto cuando se construyó la cerca y que los condes no habían querido derribar.

Me apeé apresuradamente y me dirigí hacia ellos con el rostro lleno de lágrimas, con el corazón desgarrado por el espectáculo de aquellos niños y aquel anciano sacerdote que imploraban la misericordia de Dios. El picador se encontraba a poca distancia con la cabeza descubierta.

—¿Qué sucede, señor? — pregunté al abate besando en la frente a Santiago y a Magdalena, que sin dejar de rezar me miraron fríamente.

El abate se levantó, me agarré a su brazo para apoyarme en él y le pregunté:

—¿Vive todavía?

El sacerdote inclinó la cabeza triste y dulcemente.

—¡Hable usted, se lo ruego en nombre de la pasión de Nuestro Señor! ¿Por qué rezan al pie de la cruz? ¿Por qué están ustedes aquí y no a su lado? ¿Por qué los niños están fuera de casa en una mañana tan fría? Dígamelo to-

do, para que mi ignorancia no ocasione una desgracia.

—Hace algunos días que la condesa no quiere ver a sus hijos más que a horas determinadas — respondió el abate después de un momento de silencio—; pero, señor, creo que debería usted esperar algunas horas antes de presentarse a la señora de Mortsauf: está casi desconocida. Es conveniente prepararla para esta entrevista, porque podría aumentar sus sufrimientos... La muerte será para ella un beneficio.

Estreché la mano a aquel hombre bondadoso, cuya mirada y su voz acariciaban mis heridas aunque no las aliviaban.

—Rezábamos por ella — repuso—, porque tan santa y resignada a morir como se ha mostrado siempre, hace algunos días que tiene horror a la muerte, y dirige a los que la rodean miradas de envidia. Creo que los vértigos que padece son debidos tanto al temor a la muerte, como a una embriaguez interior, a las flores marchitas de su juventud que fermentan estremeciéndose. Sí, el ángel malo disputa al cielo su hermosa alma. La señora sufre en el monte de los Olivos y acompaña con lágrimas la caída de las rosas blancas que coronaban la frente de Jephthé. Tenga paciencia, no se presente todavía; le recordaría usted los esplendores de la corte, vería en su rostro un reflejo de las fiestas mundanas y acrecentaría sus quejas. Apíadese de una debilidad que el mismo Dios perdonó a su Hijo, hecho hombre. ¿Qué mérito hay en vencer sin adversario? Permítame que

su confesor y yo, dos ancianos, cuyas ruinas no le molesta contemplar, la preparemos para esta visita inesperada, para emociones a que el abate Biroteau le había exigido que renunciase; pero las cosas del mundo están íntimamente enlazadas con las celestes, enlace que para el ojo religioso no pasa inadvertido. Si ha venido usted aquí, quizá se deba a que una de esas excelentes estrellas que bullen en el mundo moral y que conducen a la tumba como a la cuna, lo ha traído.

Luego, empleando su sublime elocuencia que caía en mi corazón como rofeo regenerador, me dijo que hacía seis meses eran cada día mayores los sufrimientos de la condesa, a pesar de los cuidados del señor de Origet. El doctor había ido todas las tardes, durante dos meses, a Clochegourde, luchando por arrancar aquella presa a la muerte, y la condesa le había dicho: «¡Sálveme usted!» «Pero, para curar el cuerpo, sería necesario curar primero el alma», le contestó un día el viejo médico.

—A medida que la enfermedad ha progresado, las palabras de esta señora tan amable, han ido haciéndose amargas—prosiguió el abate Dominis—. Píde a la tierra que la conserve, en vez de pedirle a Dios que la reciba, arrepiñtiéndose después de murmurar contra los decretos de la Providencia. Estas alternativas le desgarran el corazón y hacen horrible la lucha del cuerpo con el alma. ¡Con frecuencia el cuerpo triunfa! «¡Muy caros me costáis!», dijo en cierta ocasión a Santiago y a

Magdalena rechazándolos de su lado. Pero, inmediatamente, vuelta a Dios por mi presencia, dirigió a su hija estas palabras sublimes: «La felicidad ajena es la alegría de los que no pueden ser felices.» Y fué su acento tan desgarrador, que las lágrimas afluyeron a mis ojos. Cae, es cierto, pero a cada paso que da en falso, se levanta más alta hacia el cielo.

Abrumado por aquellas noticias, que el azar me comunicaba y que en aquel gran concierto de infortunios preparaban para dolorosas modulaciones el tema fúnebre, el gran grito del amor expirante, exclamé:

—¿Cree usted que ese hermoso lirio cortado en la tierra florecerá en el cielo?

—Cuando usted se marchó, estaba todavía en flor—me contestó—; ahora la encontrará consumida, purificada en el fuego de los dolores y pura como un diamante escondido todavía entre las cenizas. Sí, esa estrella angelical saldrá espléndida de las nubes que la envuelven para entrar en el reinado de la luz.

En el momento en que, con el corazón oprimido por la gratitud, estrechaba la mano de aquel bondadoso anciano, el conde asomó su cabeza enteramente blanca, y se dirigió hacia mí con movimiento en que se reflejaba la sorpresa.

—¡Ha adivinado!—exclamó—. «Félix, Félix, está aquí Félix», acaba de decir la señora de Mortsauf.

Y, mirándome con terror insensato, añadió:

—Amigo mío, la muerte está aquí... ¿por qué no se lleva a un viejo loco como yo, que ya no valgo para nada?...

Haciendo acopio de valor me dirigí al castillo; pero el abate Birotteau me detuvo bajo la arcada de la cruzía que, atravesando la casa, conducía desde la terraza al valle, diciéndome:

—La señora le ruega que no entre todavía.

Miré hacia la casa, y vi a los criados yendo y viniendo, agitados, ebrios de dolor, sorprendidos sin duda por las órdenes que Manette les comunicaba.

—¿Qué sucede?—preguntó el conde, asustado de aquel movimiento.

—Un capricho de enferma—respondió el sacerdote—; la señora se niega a recibir al señor vizconde en el estado en que se encuentra; desea arreglarse, componerse un poco... ¿por qué se le ha de contrariar?

La doncella fué a buscar a Magdalena, a quien, algunos momentos después de haber entrado en el aposento de su madre, volvimos a ver salir. Luego, paseándonos el conde, Santiago, los dos sacerdotes y yo, sumergidos en triste silencio, a lo largo de la terraza, contemplé a Montbazón y Azay, mirando el valle amarillento en aquella tarde autumnal cuyo duelo respondía entonces como siempre a los sentimientos que me agitaban. De pronto distinguí a la niña que buscaba flores de otoño y las cogía sin duda para hacer ramos. Pensando en lo que significaba aquella réplica a mis cuidados amorosos, sentí conmoverse mis entrañas, se me anubló la vista, vacilé, y los dos

ancianos sacerdotes, entre quienes me encontraba, me llevaron al pretil de la terraza, donde permanecí largo rato, como helado, pero sin perder por completo el conocimiento.

—¡Pobre Félix! — exclamó el conde—. Ella había prohibido que se le escribiera, porque sabe cuánto la ama usted.

Aunque dispuesto a sufrir, me había sorprendido sin fuerzas aquella atención que resumía todos mis recuerdos de felicidad.

—¡He aquí—pensaba—la llaura seca como un esqueleto, iluminada por la luz trémula y gris del sol poniente en medio de la cual se eleva un solo arbusto florido, que en otro tiempo no he podido admirar sin estremecerme, porque era la imagen de esta hora trágica!

Todo era desolación en aquella casa, antes tan bulliciosa y animada; todo lloraba, todo revelaba la desesperación y el abandono: árboles medio podados, trabajos empezados y no concluidos, obreros de pie contemplando el castillo.

Aunque se estaba en la época de la vendimia, no se percibía el menor ruido; las viñas parecían inhabitadas, tan profundo era el silencio. Andábamos como personas cuyo dolor rechaza las palabras inútiles y escuchábamos, sin responderle, al conde que era el único de nosotros que hablaba. Después de algunas frases dictadas por el amor maquinal que profesaba a su esposa, el conde se deslizó por la pendiente de su espíritu quejándose de la condesa. Según decía, ésta jamás había querido

cuidarse ni escuchar sus consejos: él había advertido antes que nadie los síntomas de la enfermedad, porque los había estudiado en sí mismo, los había combatido y se había curado, sin más auxilio que el del régimen que se había impuesto y evitando toda emoción fuerte; hubiera podido también curar a la condesa; pero un marido no puede asumir semejantes responsabilidades, y mucho menos cuando tiene la desgracia de ser siempre y en todo desdeñado. A pesar de su oposición, la condesa había tomado por médico a Origet, y éste, que tan mal había curado a él, mataba a su esposa. Si aquella enfermedad tenía por causa disgustos excesivos, él los había sufrido de todas clases; pero, ¿cuáles podían ser los disgustos de su esposa? La condesa era feliz, no sufría penas ni contrariedades; su fortuna, gracias a su actividad y cuidados, estaba en estado satisfactorio; dejaba a la señora de Mortsauf reinar en Clochegourde; los niños, bien educados y con perfecta salud, no le ocasionaban la menor inquietud; ¿de dónde procedía el mal? Y lanzaba acusaciones insensatas, y, en seguida, conmovido por algún recuerdo afluían las lágrimas a sus ojos, secos hacía ya tiempo.

Magdalena fué a anunciarme que su madre me esperaba. El señor Birotteau me siguió, y la joven quedóse al lado de su padre, diciendo que la condesa deseaba estar sola conmigo, y pretextando la molestia que le ocasionaría a la enferma la presencia de muchas personas.

La solemnidad de aquel momento me produjo la impresión de calor interior y de frío exterior que se apodera de nosotros en las grandes circunstancias de la vida. El sacerdote señor Birotteau, uno de los hombres elegidos por Dios para consolar las almas afligidas, me llamó aparte, y me dijo :

—Señor, he hecho cuanto humanamente era posible para impedir que ustedes se vieran. La salud de esa santa así lo exigía. No he visto más que a ella, y no a usted. Ahora que va usted a verla, aunque los ángeles debieron haberlo impedido, sepa que permaneceré entre los dos para defenderla de usted y tal vez de ella misma. Respete su debilidad. No le pido clemencia para ella como sacerdote, sino como amigo humilde que no creía usted tener, y que sólo desea evitarle remordimientos. La enferma muere precisamente de hambre y de sed. Desde esta mañana es presa de la irritación febril que precede a esa horrible muerte, y no puedo ocultarle que siente mucho morir. Los gritos de su carne sublevada se apagan en mi corazón, hiriendo ecos demasiado tiernos todavía ; pero el señor de Dominis y yo hemos aceptado este deber religioso con objeto de evitar el espectáculo de esta agonía moral a esa noble familia, que no reconoce ya a su estrella, porque su esposo, los niños y los criados, todos preguntan : «¿Dónde está?», tan notablemente ha cambiado. Al ver a usted, comenzarán las quejas. Deje los pensamientos del hombre mundano, olvide las vanidades del corazón, y sea a su lado el auxiliar del

cielo y no el de la tierra. Que no muera esa santa en una hora de duda, pronunciando palabras de desesperación.

Enmudecí, y mi silencio consternó al anciano confesor. Yo veía, oía y andaba ; pero no estaba ya en la tierra. Esta reflexión : «¿Qué ha ocurrido, entonces?» me ocasionaba remordimientos tanto más crueles, cuanto que eran indefinibles : comprendía todos los dolores juntos. Llegamos a la puerta de la habitación, que me abrió el confesor inquieto, y vi a Enriqueta vestida de blanco y sentada en un pequeño canapé, colocado delante de la chimenea adornada con nuestros dos búcaros llenos de flores ; también había flores sobre el velador colocado ante la ventana.

El rostro del señor Birotteau, estupefacto ante el aspecto de aquella fiesta improvisada y el cambio de aquella habitación súbitamente vuelta a su antiguo estado, me dió a entender que la moribunda había hecho desaparecer el repugnante aparato que rodea el lecho de los enfermos. Había empleado sus últimas fuerzas en adornar su desordenada habitación para recibir dignamente a quien amaba en aquel momento más que a nadie en el mundo. Bajo las ondas de los encajes, su rostro adelgazado, que ostentaba la palidez verdosa de las magnolias cuando se entreabren, aparecía como aparecen en la tela amarilla de un retrato los primeros contornos de una cabeza dibujada a la creta ; pero para comprender cómo el buitre clavó en mi corazón su garra despiadada, suponed terminados y lle-

nos de vida los ojos de este diseño, los ojos hundidos que brillan con inusitado fulgor en un rostro apagado. Le faltaba ya la tranquila majestad que le comunicaba la constante victoria que obtenía sobre sus dolores. Su frente, única parte de su rostro que conservaba sus hermosas proporciones, reflejaba la audacia agresiva del deseo y de las amenazas reprimidas. A pesar de los tonos amarillentos de su rostro alargado, brillaban en él fuegos interiores que semejaban el flúido que llamea por encima de los campos después de un día caluroso. Las sienes y las mejillas hundidas dejaban ver las formas interiores de su rostro, y la sonrisa que aparecía en sus labios pálidos tenía un vago parecido con el rictus de la muerte. El vestido, cruzado sobre el seno, atestiguaba la delgadez de su cuerpo. La expresión de su cabeza revelaba claramente que había cambiado y que este cambio la desesperaba. Ya no era la deliciosa Enriqueta, ni la sublime y santa señora de Mortsauif; era el algo innominado de Bossuet que luchaba contra la nada, y que el hambre y los deseos frustrados empujaban al combate egoísta de la vida contra la muerte.

Me senté a su lado, cogiéndole, para besarla, una mano, que sentí abrasada y seca. El esfuerzo mismo que hice para disimular la sorpresa que experimenté, le sirvió para adivinarla, y sus labios descoloridos tendieron entonces sobre los dientes hambrientos, para ensayar una de esas sonrisas forzadas con las que se pretende ocultar lo mismo la ironía de la venganza, que

la espera del placer, la embriaguez del alma y la rabia de la decepción.

—¡ Ah! ¡ es la muerte, Félix—me dijo—, y usted no ama a la muerte! la muerte odiosa, la muerte ante la que toda criatura hasta el amante más intrépido, se horroriza. Aquí termina el amor; pero no me sorprende, porque lo sabía. Lady Dudley no lo verá a usted nunca más asombrado. ¡ Ah! ¿ por qué le he deseado tanto a usted, Félix? Al fin ha venido usted, y yo le recompensó esta adhesión con el horrible espectáculo que en otra época hizo del conde de Rancé un trapense; yo que deseaba vivir hermosa y grande en su memoria como un lirio eterno, le quito las ilusiones. El verdadero amor no calcula; pero no huya, quédese a mi lado. El señor Origet me ha encontrado mucho mejor esta mañana, voy a renacer al influjo de sus miradas. Después, cuando haya recobrado algunas fuerzas, cuando pueda tomar algún alimento, entonces volveré a ponerme hermosa. Apenas tengo treinta y cinco años, y puedo todavía vivir muchos años. La dicha rejuvenece, y deseo conocer la felicidad. Tengo proyectos deliciosos: dejaremos «a todos» en Clochegourde e iremos juntos a Italia.

Las lágrimas me humedecieron los ojos y me volví hacia la ventana como para mirar las flores; el señor Biroteau se acercó a mí precipitadamente, se inclinó hacia el ramo de flores y me dijo al oído:

—¡ No llore usted!

—Enriqueta, ¿ ya no ama usted nuestro perfumado valle?—le pregunté con

el deseo de justificar mi brusco movimiento.

—Sí—respondió colocando su frente sobre mis labios con movimiento mimoso—; pero sin usted me es funesto... «Sin ti» — agregó rozando mi oreja con sus labios para dejar en ella estas dos sílabas que parecieron dos suspiros.

Aquella loca caricia que justificaba los terribles discursos de los dos sacerdotes me aterrorizó.

Mi primera sorpresa se desvaneció, pero si pude hacer uso de mi razón, mi voluntad no fué poderosa para reprimir el movimiento nervioso que me tuvo inquieto durante toda aquella dolorosa entrevista. Yo escuchaba sin responder, o, mejor dicho, respondía con sonrisas y signos de asentimiento para no contrariarla, obrando del mismo modo que una madre obraría con su hijo.

Después de haberme asombrado la metamorfosis de la persona, advertí que la mujer, en otro tiempo tan imponente por sus sublimidades, tenía en la actitud, en la voz, en los modales, en las miradas y en las ideas la cándida ignorancia de un niño, las gracias ingenuas, la avidez de movimiento y la absoluta despreocupación, o, en fin, todas las debilidades que recomiendan al niño a la protección. ¿Sucede lo mismo a todos los moribundos? ¿se despojan de todos los disfraces sociales? O, encontrándose al borde de la tumba, la condesa, no aceptando de todos los sentimientos humanos más que el

amor, ¿expresaba la suave inocencia a la manera de Cloé?

—Como en otro tiempo, va usted a devolverme la salud, Félix—dijo ella—, y el valle me será benéfico. ¿Cómo dejaré de comer lo que usted me presente? ¡Es usted tan buen enfermero! Además, está usted tan lleno de vida, que a su lado la salud es contagiosa. Amigo mío, ¡pruébeme usted que no puedo morir, morir engañada! Creen que mi mayor dolor es la sed. ¡Oh! Efectivamente, tengo mucha sed, amigo mío. El agua del Indre me hace mucho daño cuando la veo; pero mi corazón tiene sed más ardiente que la del agua. Tenía sed de ti—agregó con voz más apagada cogiéndome las manos entre las suyas ardientes y atrayéndome hacia ella para murmurar estas palabras a mi oído—: ¡mi agonía ha sido el no verte! ¿No me has mandado que viva? Pues deseo vivir. También yo quiero montar a caballo, ansío conocerlo todo, París, las fiestas, los placeres.

¡Ah! Natalia, este horrible clamor, que el materialismo de los sentidos alucinados produce frío a distancia, nos hacía zumbar los oídos al anciano sacerdote y a mí. Los acentos de aquella voz magnífica reflejaban los combates de toda una vida, las angustias de un verdadero amor engañado. La condesa se levantó con movimiento de impaciencia, como el niño que desea apoderarse de un juguete.

Cuando el confesor vió a su penitente de aquel modo, se arrodilló, juntó las manos y oró.

—¡ Sí, deseo vivir! — exclamó obligándome a levantar y apoyándose en mí—vivir de realidades y no de ficciones. Todo ha sido una mentira en mi vida. Desde hace algunos días he contado las imposturas. ¿Es posible que muera, yo que no he vivido, yo que no he salido jamás a buscar a nadie a un camino?

Se detuvo, pareció escuchar y percibió a través de las paredes no sé qué olor.

—¡ Félix, las vendimiadoras van a comer, y yo, yo—dijo con voz infantil—que soy la dueña, tengo hambre! También la tengo de amor; ¡ las vendimiadoras sí que son felices!

—«¡ Kyrie eleison!» — murmuraba el anciano sacerdote, que con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, recitaba la letanía.

Enriqueta me rodeó el cuello con sus brazos, me abrazó violentamente y me estrechó diciendo:

—¡ Ya no se me escapará más! Deseo ser amada, haré locuras como Lady Dudley, aprenderé el inglés para saber pronunciar bien «My dee».

Me hizo el signo de cabeza que solía hacer antaño, cuando se separaba de mí, para indicarme que volvería pronto.

—Comeremos juntos — me dijo—, voy a decírselo a Manette.

Cuando se disponía a salir, vióse obligada a detenerse a causa de un desfallecimiento que le sobrevino, y la acosté, vestida en el lecho.

—Ya me ha llevado usted otra vez de este modo—me dijo abriendo los ojos.

Pesaba muy poco; pero estaba muy

ardiente; al cogerla, advertí que su cuerpo quemaba.

El señor Deslandes entró quedándose asombrado al ver la habitación tan adornada; pero, al reconocerme, lo comprendió todo.

—Se sufre mucho para morir, señor —le dijo Enriqueta con la voz alterada.

El médico se sentó, tomó el pulso a la enferma, se levantó bruscamente, habló en voz baja con el sacerdote, y volvió a salir; yo fui tras él.

—¿Qué va a hacer usted?—le pregunté.

—Evitarle una agonía espantosa — me respondió—. ¿Quién podía creer que tuviera tanto vigor? No comprendemos cómo vive, más que recordando cómo ha vivido. Hoy hace cuarenta y dos días que la señora condesa no bebe, come ni duerme.

El señor Deslandes llamó a Manette, y el señor Birotteau me condujo a los jardines.

—Dejemos obrar al doctor—me dijo—. Ayudado por Manette, va a propinarle opio. Ya lo ha oído usted — añadió—, caso de que ella sea cómplice de esos arrebatos de locura...

—No—repuse—, ya no es la misma.

El dolor me tenía anonadado. Cuanto más pensaba, mayor importancia daba a cada detalle de aquella escena. Salí bruscamente por la puertecita situada debajo de la terraza, y fui a tomar asiento en la canoa, donde me oculté para devorar a solas mis sufrimientos, tratando de substraerme a la fuerza por que vivía, ¡ suplicio comparable a aquel

con que los tártaros castigaban el adulterio apresando un miembro del culpable entre una pieza de madera y dejándole un cuchillo para que se lo cortara, si no quería morir de hambre! ¡lección terrible que sufría mi alma, cuya mitad más hermosa tenía que amputarme! ¡Mi vida estaba destrozada también!

La desesperación me sugería ideas muy raras. Tan pronto deseaba morir al mismo tiempo que ella, como encerrarme en la Meilleraye, donde acababan de instalarse los trapenses. Mis ojos, empañados por las lágrimas, no veían ya. Contemplaba las ventanas del aposento en que sufría Enriqueta, creyendo ver en él la luz que lo iluminaba durante la noche en que me había prometido a ella. ¿No me había ordenado que fuese un gran hombre, con el fin de preservarme de las bajas y vergonzosas pasiones de que, como todos los hombres, había yo sido juguete? ¿No era la castidad una virtud sublime que yo no había sabido conservar? El amor, como lo concebía Arabella, no tardó en aburrirme.

Al levantar mi abatida cabeza preguntándome de dónde recibiría en lo sucesivo la luz y la esperanza, y qué interés tendría para mí la vida, un ligero susurro agitó el aire en torno mío. Me volví hacia la terraza y vi en ella a Magdalena que se paseaba lentamente. Mientras que subía a la terraza para preguntarle por qué me había mirado tan fríamente, Magdalena había tomado asiento en el banco, y cuando me vio a mitad del camino, se levantó,

simuló no haberme conocido para no encontrarse conmigo a solas y apresuró el paso de manera muy significativa.

Aquella niña me odiaba, huía del asesino de su madre.

Cuando regresé a Clochegourde, pude ver a Magdalena de pie, inmóvil como una estatua en la escalinata exterior, escuchando el ruido de mis pasos. Santiago estaba sentado en un peldaño, y su actitud revelaba la insensibilidad que ya me había llamado la atención cuando nos paseábamos juntos. Observé que los jóvenes que llevan la muerte consigo son todos insensibles a los funerales. Quise interrogarle. ¿Había reservado Magdalena sus pensamientos para sí sola o había comunicado también el odio que me profesaba a Santiago?

—Ya sabes que soy para ti el más cariñoso de los hermanos—le dije para entablar conversación.

—No necesito su amistad, porque no tardaré en seguir a mi madre—me contestó mirándome de un modo hostil.

—Tú también, Santiago?—exclamé.

El joven tosía, se separó de mí, y después, al dar la vuelta, me mostró su pañuelo ensangrentado diciéndome:

—¿Comprende usted?

Todos tenían en aquella casa un secreto fatal. Como pude observar más tarde, el hermano y la hermana se huían mutuamente. Muerta Enriqueta, todo quedaba deshecho en Clochegourde.

—La señora duerme—nos dijo Manette, satisfecha de saber que la condesa no sufría.

Aunque todo el mundo conozca el inevitable fin de una persona querida, los afectos verdaderos se exacerban y se aprovechan cuidadosamente los escasos momentos de tranquilidad. Los minutos son siglos, se desea que los enfermos descansen sobre rosas, se anhela tener sus sufrimientos y se ansía que les sorprenda el último suspiro del paciente.

—El señor Deslandes ha mandado que se quiten las flores de la habitación de la señora, porque le excitaban demasiado los nervios— me dijo Manette.

Las flores la habían hecho delirar, sin que ella fuera cómplice. Los amores de la tierra, las fiestas de la fecundación, las caricias de las plantas la habían embriagado con sus perfumes, y seguramente le habían despertado los pensamientos de amor feliz que habían estado adormecidos desde la juventud.

—Venga, don Félix, venga a ver a la señora, que está tan hermosa como un ángel—añadió Manette.

Y fuí, entrando en la habitación de la moribunda en el momento en que el sol llegaba al ocaso iluminando la cúpula del palacio de Azay.

Todo estaba tranquilo y silencioso. Una suave luz iluminaba el lecho en que descansaba Enriqueta, saturada de opio. En aquel momento el cuerpo estaba, en cierto modo, anulado; sólo alma había en aquel rostro, sereno como el cielo azul después de la tempestad.

Blanca y Enriqueta, dos fases subli-

mes de la misma mujer, volvían a manifestarse con tanta mayor hermosura, cuanto que mi recuerdo, mi pensamiento y mi imaginación reparaban la alteración de sus facciones. Los dos ancianos sacerdotes estaban sentados a ambos lados de la cama, y el conde permanecía de pie, anonadado al reconocer las banderas de la muerte, que flotaban ya sobre el cuerpo de aquella criatura adorable. Echéme sobre el canapé en que Enriqueta se había sentado un momento antes, y a poco, los cuatro cambiamos miradas en que las lágrimas se confundían con la admiración que nos producía aquella belleza celestial. Las luces del pensamiento anunciaban la vuelta de Dios a uno de sus más hermosos tabernáculos. El sacerdote señor Dominis y yo, nos hablábamos por señas, comunicándonos mutuamente nuestros pensamientos.

Los ángeles velaban a Enriqueta. Las líneas de su adorable rostro se purificaban, y todo en ella se agrandaba majestuosamente bajo el influjo de los invisibles incensarios de los serafines que la esperaban en el Empíreo. Los tintes verdosos del sufrimiento corporal iban volviéndose completamente blancos y adquiriendo la palidez fría y mate de la muerte próxima.

Santiago y Magdalena entraron; la niña nos hizo estremecer al lanzarse precipitadamente hacia el lecho con movimiento de adoración para juntar las manos a la agonizante exhalando esta sublime exclamación:

—¡Pobre mamá mía!

Santiago sonreíase convencido de que

no tardaría en seguir a la tumba a su madre.

—Ya se aproxima al puerto—dijo el señor Birotteau.

El abate Dominis me miró como para repetirme :

—¿No había predicho que la estrella reaparecería brillante?

Magdalena permaneció con los ojos fijos en la moribunda respirando al unísono con ella e imitando su leve aliento, último hilo que la unía a la vida y que era contemplado con terror por nosotros, que temíamos que se rompiera al menor esfuerzo.

Como un ángel a las puertas del santuario, Magdalena estaba tranquila, manteniéndose fuerte y prosternada.

En aquel momento, las campanas de la próxima aldea tocaron el «Angelus» invitando a los cristianos a orar. Las ondas del aire trajeron a nuestros oídos el sonido metálico que anunciaba que, a aquella hora, la cristiandad repetía las palabras dichas por el ángel a la mujer inmaculada que llevó en su vientre al Hijo de Dios hecho carne.

El «Ave María» nos pareció la salutación del cielo. La profecía era tan clara y la muerte estaba tan próxima, que las lágrimas afluyeron a todos los ojos. Los murmullos crepusculares, la brisa que agitaba blandamente el ramaje, casi desnudo, de los árboles en el cercano jardín; los últimos gorjeos de los pájaros, los zumbidos de los insectos, el curso tranquilo de las aguas, el croar de las ranas, todo decía adiós al lirio más hermoso del valle, a su vida sencilla y campestre. Aquella poe-

sía religiosa hablaba tan elocuentemente al alma, en su canto de despedida, que no tardaron en repetirse nuestros sollozos.

Aunque la puerta del aposento estuviera abierta, permanecíamos todos tan absortos en aquella terrible contemplación, que no habíamos visto a los criados de la casa arrodillarse formando grupo y elevando a Dios fervientes plegarias. Aquellas pobres gentes, esperanzadas, creían aún que podrían conservar a su ama, y aquel presagio tan claro los sumió en dolor profundo. Obedeciendo a una señal del señor Birotteau, el anciano piquero salió para ir a buscar al cura de Saché. El médico, de pie al lado de la cama, tranquilo como la ciencia, mantenía entre las suyas la adormecida mano de la enferma, e indicó por señas al confesor que aquel sueño era la última hora que restaba de vida a aquel ángel. Había llegado el momento de administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia.

A las nueve, Enriqueta despertó poco a poco, nos miró con sorpresa, pero con cariño, y todos volvimos a contemplar a nuestro hermoso ídolo, tan radiante como en los mejores días de su existencia.

—Madre mía, eres muy hermosa para morir. Ahora empezarás a recobrar la vida y la salud—dijole Magdalena.

—Hija mía, sí, viviré, pero será en ti—respondió la moribunda sonriendo.

La madre y los hijos se abrazaron mutuamente con la desgarradora efusión de las trágicas despedidas.

El señor de Mortsauf besó piadosamente a su esposa en la frente, y ésta, al verle, me dijo ruborizándose :

—Querido Félix, ésta es la única pena que le habré ocasionado ; pero olvide lo que haya podido decirle, porque estaba loca.

Y, al decir esto, me tendió la mano ; se la cogí para besarla, y, sonriéndose plácidamente, murmuró :

—¿Como antaño, Félix?

Después, salimos todos para que la enferma hiciera su postrera confesión al representante de Dios en la tierra.

Me coloqué al lado de Magdalena. En presencia de todos, ésta no podía apartarse de mí sin cometer una descortesía ; pero, lo mismo que su madre, guardaba silencio sin dirigirme ni una sola mirada.

—Querida Magdalena—le dijo en voz baja—, ¿qué ofensa le he inferido? ¿Por qué me trata con tanta frialdad en momentos en que la muerte nos reconcilia a todos?

—Creo oír lo que dice mi madre — me respondió la joven.

—¿Y me condena usted cuando su madre me absuelve, si es que alguna falta he cometido?

—¡«Usted» y siempre «usted»!

Su acento revelaba el odio reflexivo del corso, e implacable como los que, no habiendo estudiado la vida, no admiten atenuación a las faltas cometidas contra las leyes del corazón.

Transcurrió una hora sin que ninguno pronunciáramos una palabra. El señor Birotteau volvió a nuestro lado después de haber oído la confesión ge-

neral de la condesa de Mortsauf, y entonces entramos todos nuevamente en la habitación de la enferma cuando ésta, sentada en la cama, se ponía un vestido que había de servirle de sudario. Sobre la chimenea estaban las cenizas negras de mis cartas, que acababan de ser quemadas, sacrificio que, según me notificó el confesor, no había querido hacer hasta última hora.

Enriqueta nos sonrió a todos ; sus ojos, bañados en lágrimas, indicaban que estaba ya en posesión de los goces celestiales de la tierra prometida.

—Querido Félix—me dijo tendiendo una mano para estrechar la mía—, quédese aquí. Tiene usted que presenciar una de las últimas escenas de mi vida, a la que no es usted extraño y que no será la menos penosa de todas.

La moribunda hizo un gesto, y la puerta del aposento fué cerrada. El conde tomó asiento, a invitación de su esposa, y el señor Birotteau y yo permanecemos de pie.

Con la ayuda de Manette, se levantó la condesa, se arrodilló ante el conde y se obstinó en permanecer en aquella humilde postura a pesar de los ruegos del señor de Mortsauf que, sorprendido, pretendió acostarla.

Después, cuando la criada hubo salido, levantó la cabeza que había apoyado en las rodillas del conde, y le dijo con voz alterada :

—Señor, aunque me haya conducido siempre como esposa fiel, quizá haya faltado a veces a mis deberes, y acabo de rogar a Dios que me conceda las fuerzas necesarias para pedirle perdón

por mis faltas. Habrá podido inspirarme algún amigo ajeno a la familia cariñoso más entrañable que el que a usted le debía, y quizá lo he irritado dándole motivo para que comparase los cuidados y las atenciones que tenía con esta persona y los que a usted le prodigaba. He profesado — prosiguió en voz baja — un cariño cuya extensión no ha sido conocida ni aun por la persona a quien se lo profesaba, y, aunque haya sido siempre virtuosa con arreglo a las leyes humanas, y me haya portado como esposa irreprochable, a veces se me han ocurrido pensamientos voluntarios o involuntarios, que han perturbado mi corazón, tal vez con exceso. Por eso, aunque haya amado a usted eternamente, aunque haya sido esposa sumisa y aunque las nubes no hayan alterado la pureza de mi corazón, solicito hoy su perdón y su bendición con la mayor humildad. Moriré tranquila si sus labios pronuncian una palabra de cariño para su Blanca, para la madre de sus hijos, y si usted le perdona todas las cosas que ella no se ha perdonado a sí misma, a pesar de la absolución del tribunal de la penitencia.

—Blanca, Blanca, ¿quieres matarme? — exclamó el anciano humedeciendo con desconsoladoras lágrimas la cabeza de la paciente.

El inmediatamente la levantó en sus brazos, la besó santamente, y, manteniéndola en esta posición, le dijo:

—¿No soy yo quien tiene que pedirte mil perdones? ¿No te he tratado a

veces con excesiva dureza? ¿Acaso no son tus faltas escrúpulos pueriles?

—Quizá—repuso la condesa—; pero, amigo mío, sea usted indulgente con las debilidades de los moribundos, tranquilíceme, y, cuando le llegue su última hora, no olvide que abandoné este mundo bendiciéndole. ¿Me permite usted que deje a nuestro amigo, aquí presente, esta prueba de profundo cariño? —preguntó aludiendo a una carta que estaba sobre la chimenea—. En este momento sólo es mi hijo adoptivo, nada más. El corazón, querido conde, otorga también testamentos. Mis últimos deseos imponen a nuestro querido Félix sagrados deberes que cumplir; permítame, por lo tanto, que le legue algunos de mis pensamientos. Continúo siendo mujer—dijo inclinando la cabeza con plácida melancolía—; después de mi perdón le pido una gracia: que no lea esa carta hasta después de mi muerte—añadió dirigiéndose a mí, mientras depositaba en mis manos el misterioso escrito.

El conde, viendo que la enferma palidecía, la cogió en brazos y la depositó sobre la cama.

—Félix—dijo Enriqueta cuando estuvimos todos a su alrededor—, habré podido ser culpable con usted alguna vez; habré podido ocasionarle algunos dolores haciéndole esperar goces ante los que he retrocedido después; pero, ¿no debo a mi valor de esposa y de madre el morir reconciliada con todos? Espero que usted también me perdone, usted que me ha acusado con tanta fre-

cuencia y cuya justicia me proporcionaba gran placer.

El anciano señor Birotteau se puso un dedo sobre los labios, y al verlo, la moribunda inclinó la cabeza, agitó las manos para indicar que hicieran entrar al clero, a sus hijos y a sus criados, y después mostróme con ademán imperioso al conde anonadado y a los niños que llegaban.

La vista de aquel padre, cuya secreta locura sólo nosotros conocíamos, convertido en tutor de seres tan delicados, inspiró a Enriqueta mudas súplicas, que cayeron en mi alma como fuego sagrado. Antes de recibir la extremaunción, la enferma pidió perdón a sus criados por haberles tratado a veces con dureza, imploró sus oraciones, los recomendó al conde, confesó noblemente que había exhalado durante aquel último mes quejas poco cristianas que habían podido escandalizar a sus sirvientes, declaró que había hecho mal en rechazar a sus hijos y en concebir sentimientos inconvenientes, se reprochó su falta de sumisión a la voluntad de Dios por los intolerables dolores que había sufrido, y, por último, dió gracias públicamente y con efusión conmovedora al abate Birotteau por haberle enseñado a conocer la pequeñez de las cosas humanas. Cuando hubo terminado de hablar, comenzaron las oraciones, y el cura de Saché le administró el viático.

Momentos después empezó a respirar con mayor dificultad; una nube le cubrió los ojos, que no tardaron en volver a abrirse; me dirigió la postrera mi-

rada, y exhaló el último suspiro en presencia de todos, oyendo quizá el concierto de nuestros sollozos. Al expirar aquel ángel, último sufrimiento de su vida que fué un prolongado martirio, sentí en mi interior algo indefinible que pareció afectar a todas mis facultades. El conde, yo, los dos abates y el párroco pasamos ante el lecho mortuario toda la noche, velando, al resplandor de los cirios, el cadáver, tendido sobre el lecho.

Aquella fué mi primera comunicación con la muerte. Durante toda la noche no aparté los ojos de Enriqueta, fascinado ante la expresión radiante que imprime el apaciguamiento de todas las pasiones, y ante la blancura del rostro que parecíame aún dotado de innumerables afectos, pero que no respondía ya a mi amor. ¡Qué majestad en aquel silencio y en aquel frío! ¡qué cúmulo de reflexiones sugiere! ¡Qué belleza en aquel reposo absoluto! ¡qué despotismo en aquella inmovilidad, que resume todo lo pasado y que es el punto de partida de lo porvenir! ¡Ah! La amaba muerta tanto como la había adorado viva.

Por la mañana, el conde, extenuado de cansancio y de dolor, se metió en cama. Los tres sacerdotes, cansados, quedáronse dormidos a esa hora de reposo que conocen los que velan, y yo entonces, sin testigos, la besé en la frente con todo el amor que ella no me había permitido jamás expresarle.

Al día siguiente, en una deliciosa mañana de otoño, acompañamos a su última morada el cadáver de la conde-

sa, conducido a hombros por el anciano piquero, por los dos Martineau y por el marido de Manette.

Descendió la fúnebre comitiva por el camino que yo había subido tan alegremente el día que la encontré, atravesamos el minúsculo valle del Indre y llegamos al pequeño cementerio de Saché, pobre cementerio de aldea, situado detrás de la iglesia, sobre la cima de una colina, y donde, por humildad cristiana, quiso ser enterrado aquel ángel como una pobre aldeana.

Cuando, al llegar al medio del valle, distinguí la iglesia de la aldea y el cementerio, me estremecí convulsivamente. ¡Ay de mí! Todos sufrimos en la vida un Calvario, en el que dejamos nuestros treinta y tres primeros años al recibir un lanzazo en el corazón, sintiendo en nuestra cabeza la corona de espinas que reemplaza a la de rosas: aquella colina debía ser para mí el monte de las expiaciones.

Seguíamos una multitud inmensa, deseosa de exteriorizar las penas del valle donde la condesa había sembrado en silencio multitud de buenas acciones. Manette, su confidente, nos reveló que, para socorrer a los pobres, economizaba en el tocado cuando sus ahorros no le permitían hacer todas las obras de caridad que deseaba. Niños desnudos vestidos, canastillas enviadas, madres socorridas, sacos de trigo entregados en invierno a los molineros para los ancianos impedidos, una vaca regalada a alguna familia pobre, en fin, las obras de la cristiana, de la madre, de la castellana; además, dotes ofreci-

das ex profeso para unir a una pareja que se amaba, y redenciones de quintas a jóvenes labriegos, conmovedores ofertas de la amante que profesaba la siguiente máxima: «La felicidad ajena es la alegría de los que no pueden ya ser felices».

Estas cosas, contadas todas las noches desde hacía tres días, habían hecho que una multitud inmensa acudiera a rendir el último tributo de adhesión y respeto a la angelical dama que tantos beneficios había dispensado. Yo iba con Santiago y los dos sacerdotes detrás del ataúd. Según la costumbre del país, Magdalena y el conde habíanse quedado en Clochegourde. Manette no quiso someterse a los usos aldeanos y acompañó a su señora al cementerio.

—¡Pobre señora! ¡pobre señora! ya es feliz—decían todos en medio de sollozos.

En el momento en que el cortejo salió de la calzada de los Molinos, oyóse un gemido mezclado de sollozos que hacía creer que aquel valle lloraba. La iglesia estaba atestada de gente. Después del oficio, fuimos al cementerio donde debía ser enterrado el cadáver al lado de la cruz. Cuando oí caer los guijarros y los terrones sobre el ataúd, me abandonó el valor, me tambaleé, rogué a los dos Martineau que me sostuvieran, y me condujeron moribundo al castillo de Saché, cuyos dueños me ofrecieron cortésmente asilo.

Lo confieso, me resistía a volver a Clochegourde, y me repugnaba ir a Frapesle, desde donde se divisaba el castillo de Enriqueta. En Saché, es-

taba cerca de ella. Pasé algunos días en una habitación cuyas ventanas daban al valle tranquilo y solitario de que te he hablado. Es un extenso terreno bordeado de robles dos veces centenarios y por donde corre un torrente en la época de las grandes lluvias. Aquel espectáculo era a propósito para la meditación solemne y severa a que deseaba entregarme.

Había reconocido, durante el día que siguió a la noche fatal, lo importuna que habría sido mi presencia en Clochegourde. El conde había sufrido violentas emociones con la muerte de Enriqueta; pero, como esperaba el trágico desenlace, había adoptado en el fondo de su pensamiento una resolución que parecía indiferencia. Lo había advertido varias veces, y cuando la condesa, prosternada, me entregó la carta que no me atrevía a abrir, cuando habló del afecto que me profesaba, el señor de Mortsauf permaneció impassible. Había atribuído las palabras de Enriqueta a la excesiva delicadeza de su conciencia que él sabía que estaba limpia de todo pecado. Aquella insensibilidad egoísta era natural.

Lo mismo que sus cuerpos, las almas de aquellos dos seres no se habían unido, no habían tenido jamás las constantes comunicaciones que reavivan los sentimientos; no habían cambiado nunca penas ni placeres, lazos tan fuertes que nos destrozan cuando se rompen, porque afectan a todas nuestras fibras, porque se han enlazado en los pliegues de nuestro corazón,

al mismo tiempo que han acariciado el alma, que sanciona todos estos lazos.

La hostilidad de Magdalena me cerraba las puertas de Clochegourde. Esta no estaba dispuesta a pactar con el odio sobre la tumba de la madre muerta, y me habría visto horriblemente embarazado entre el conde que me hablaría de él, y la dueña de la casa, que me manifestaría una invencible repugnancia.

Ser odiado donde en otro tiempo hasta las flores se mostraban cariñosas conmigo, donde los peldaños de la escalinata hablaban, donde mis recuerdos rodeaban de poesía los balcones, los balaustres, las terrazas, los árboles y los panoramas; ser odiado donde todo me amaba, era un pensamiento que no podía soportar.

Adopté, por lo tanto, mi partido. ¡Ay de mí! Tal era la abnegación del amor más vivo que jamás haya experimentado el corazón de un hombre. En opinión de los extraños, mi conducta podía ser censurable, pero tenía la aprobación de mi conciencia. ¡Así terminan los sentimientos más sublimes y los dramas más grandes de la juventud!

Salimos todos de madrugada, como yo había salido de Tours con dirección a Clochegourde, apoderándonos del mundo, con el corazón ávido de amor; después, cuando nuestras riquezas han pasado por el crisol, cuando entablamos relaciones con la sociedad y con los sucesos de la vida, todo va empequeñeciéndose insensiblemente, y

sólo encontramos oro entre cenizas. Tal es la vida : muchas pretensiones y pocas realidades.

Medité largo tiempo, preguntándome lo que iba a hacer después de aquel golpe que segaba todas las flores del jardín de mis ilusiones, y decidí lanzarme a la política y a la ciencia por los senderos tortuosos de la ambición, y ser un hombre de Estado, frío y sin pasiones, permaneciendo fiel a la santa que había amado. Mis meditaciones alejábanse hasta perderse de vista, mientras mis ojos permanecían obstinadamente fijos en el magnífico tapiz de los róbles dorados, de copas severas y de pies de bronce, preguntándome si la virtud de Enriqueta no había sido ignorancia, y si yo le había ocasionado la muerte. Luchaba con mis remordimientos.

Por fin, a las doce de la mañana de un día de otoño, tan hermoso en Turrena, leí la carta, que me había entregado antes de morir, con la recomendación de que no la abriera hasta que su cuerpo descansara en la sepultura.

La impresión que experimenté al leerla, puedes juzgarla cuando conozcas el citado documento.

Decía así :

«Mi muy amado amigo Félix : Voy a abrirle mi corazón, más para revelarle la importancia de sus obligaciones descubriéndole la profundidad y la gravedad de las llagas que usted ha abierto en él, que para demostrarle lo mucho que le amo.

En el momento de caer agobiada por

las fatigas del viaje, aniquilada por las heridas recibidas en la lucha, felizmente la mujer ha dejado de existir y sólo sobrevive la madre. Ahora va usted a saber, querido, cómo ha ocasionado mis males. Si más tarde me he humillado ante los golpes, hoy muero a causa de la última herida que me ha inferido ; pero hay excesivas voluptuosidades en sentirse aniquilada por el hombre a quien se ama.

»Como no tardarán los sufrimientos en aniquilarme por completo, aprovecho los últimos destellos de mi inteligencia para suplicarle que me reemplace al lado de mis hijos. Le impondría esta carga con autoridad si lo amara menos ; pero prefiero que salga de usted mismo, por efecto de un arrepentimiento santo, y también como una prolongación de mi amor : ¿no tuvo siempre nuestro amor arrepentimientos y temores? Y, lo sé, nos amaremos siempre. Su falta no es tan grave ; pero yo le he dado demasiada importancia. ¿No le había dicho que era celosa hasta morir? Pues bien, muero. Sin embargo, consuélase : no hemos faltado a las leyes humanas. La Iglesia me ha prometido que Dios será misericordioso con los que habían inmolado sus inclinaciones naturales por obedecer sus mandatos.

Amado mío, sépalo todo, porque no quiero que desconozca uno solo de mis pensamientos. Lo que he de confiar a Dios en mis últimos momentos, debe saberlo usted también, usted que es el rey de mi corazón, como El es el rey del cielo. Hasta la fiesta celebrada en

honor del duque de Angulema, única a que he asistido, el matrimonio me había mantenido en la ignorancia que adorna el alma de las jóvenes con la belleza de los ángeles. Era madre, es verdad; pero el amor no me había proporcionado ningún placer. ¿Cómo pudo ser esto? No lo sé, como tampoco sé por qué después de aquella fiesta se efectuó en mí tan notable transformación. ¿Recuerda usted hoy todavía sus besos? Ellos han dominado mi vida, ellos han surcado mi alma; el ardor de su sangre inflamó la mía; su juventud penetró en mi juventud y sus deseos entraron en mi corazón. Cuando me levanté tan altiva, experimentaba una sensación que, para expresarla, no encuentro palabras en ningún idioma, acaso porque en idioma alguno se puede expresar lo inexpresable.

»El sonido que repite el eco, la luz iluminando las tinieblas, el movimiento impreso al universo, son menos rápidos que la impresión que experimenté, ¡porque su primer beso fué la vida del alma! Comprendí que había algo desconocido para mí en el mundo, una fuerza más hermosa que el pensamiento, y este algo eran todos los pensamientos, todas las fuerzas, todo el porvenir de una emoción compartida. Hasta entonces no me había creído madre más que a medias; pero aquel rayo despertó en mi corazón deseos que dormían, y adiviné inmediatamente lo que quería decir mi tía cuando me besaba en la frente exclamando: «¡Pobre Enriqueta!»

»Cuando volví a Clochegourde, la

primavera, las primeras hojas, el perfume de las flores, las nubes blancas, el Indre, el cielo, todo me hablaba con lenguaje hasta entonces desconocido para mí, y que imprimía a mi alma algo del movimiento que usted había impreso en mis sentidos. Si ha olvidado usted aquellos besos, yo no he podido borrarlos de mi memoria; ¡ellos me dan la muerte! Cada vez que he visto a usted desde entonces reanimaba estas emociones, y el solo presentimiento de su llegada conmovía todo mi ser. Ni el tiempo ni la voluntad han sido poderosos para domar esta voluptuosidad imperiosa. Me preguntaba involuntariamente: «¿Qué son los placeres?»

»Nuestras miradas, los respetuosos besos que depositaba usted en mis manos, mi brazo apoyado en el suyo, su voz impregnada de ternuras, en fin, las menores cosas me impresionaban de tal modo, que casi siempre se nublaban mis ojos y zumbaba en mis oídos el fragor de los sentidos sublevados. ¡Ah! Si cuando yo procuraba redoblar mi frialdad me hubiera usted cogido en sus brazos, me habría muerto de placer. Con frecuencia he deseado que me hiciera usted objeto de alguna violencia; pero la oración desvanecía estos malos pensamientos.

»Cuando mis hijos pronunciaban el nombre de usted, llenábaseme el corazón de sangre caliente que coloreaba en seguida mi rostro, y tendía lazos a mi pobre Magdalena para hacérselo repetir, tanto me complacía el hervor de aquella sensación.

»¿Qué más puedo decirle? Su letra aconsejó. Yo acepté valerosamente una tenía para mí un encanto indecible, y vida de sufrimientos para no perderle a contemplaba sus cartas como se con- usted; y sufrí al comprender que está- templaba el retrato de una persona a bamos uncidos al mismo yugo. ¡Dios quien se ama mucho. Si desde el pri- mío! He permanecido neutral, fiel a mer día ejercía usted sobre mí no sé mi esposo, no permitiéndole dar ni un qué fatal poder, comprenderá, amigo solo paso, Félix, en el reino de us- mío, que fuera infinito cuando me fué ted.

permitido leer en su alma. ¡Qué deli- »La grandeza de mis pasiones ha in- cias me inundaron al encontrarlo tan fluído grandemente en mis facultades, puro, tan verdadero, dotado de cuali- he considerado los tormentos que me dades tan hermosas, capaz de empre- infligía el señor de Mortsauf como ex- sas tan grandes, y tan puesto a prueba piaciones, y los soportaba con pacien- a pesar de su juventud! ¡Hombre y cia y resignación para castigar mi cul- niño, tímido y valiente! ¡Qué alegría pable inclinación.

cuando vi que los dos estábamos con- »Antes, estaba dispuesta a murmu- sagrados por sufrimientos comunes! rar; pero desde que usted vino a Clo- chegurde, recobré la alegría, lo que nos confiamos uno al otro, perderle a redundó en beneficio del señor de Mortsauf. Sin la fuerza que usted me usted significaba para mí la muerte, y, así, le he conservado a mi lado por prestaba, haría tiempo que hubiera su- egoísmo. La certeza que tuvo el señor cumbido. Si me ha hecho usted pecar de la Berge de la muerte que me oca- de pensamiento, también me ha indu- sionaría el alejamiento de usted, le con- cido al cumplimiento de mis deberes. movió mucho, porque leía en mi alma. Lo mismo me ocurrió con mis hijos. Creía haberles privado de algo, y temía Juzgó que yo era necesaria a mis hi- no hacer nunca lo suficiente por ellos. jos y al conde; pero no me ordenó que Mi vida fué desde entonces un conti- le cerrara las puertas de mi casa, por- nuo dolor que me agradaba.

que le prometí que me mantendría pu- »Al advertir que era menos madre ra de acción y de pensamiento. «El y menos mujer honrada, el remordi- pensamiento es involuntario, me con- miento se apoderó de mí, y, temiendo testó, pero puede permanecer oculto faltar a mis deberes, los he sobrepasa- en medio de suplicios.» «Si pienso, re- do constantemente. Para no sucumbir, puse, todo se perderá; sálveme de mí he colocado a Magdalena entre nos- misma. Haga que viva a mi lado y otros dos, y les he destinado el uno al que yo permanezca honrada.» El bon- otro, levantando así barreras infran- dadoso anciano, aunque severo, mostró- queables entre nosotros, pero han re- se indulgente al ver tanta buena fe. sultado impotentes, porque nada abo- «Puede usted amarle como se ama a gaba los estremecimientos que usted un hijo, destinándole su hija», me

me ocasionaba. Ausente o presente, ejercía usted sobre mí la misma influencia.

»He preferido Magdalena a Santiago, porque Magdalena debía ser para usted; pero no le cedo mi hija sin luchar. Decíame que yo tenía veintiocho años cuando lo encontré, y que usted apenas tenía veintidós; unía las distancias y concebía falsas esperanzas. ¡Oh! Dios mío, Félix, le hago a usted esta confesión para evitarle remordimientos y quizá también con el objeto de que sepa que yo no era insensible, que nuestros sufrimientos amorosos eran iguales y que Arabella no me aventajaba en nada. Era también una joven de la raza caída que tanto aman los hombres.

»Hubo momentos en que la lucha fué tan terrible, que lloraba de desesperación todas las noches y mis cabellos caían. ¡Usted los tiene todos! ¿Recuerda usted la enfermedad que padeció el señor de Mortsauf? La grandeza de alma que demostró usted en aquella ocasión, en vez de elevarme, me empequeñeció. ¡Ay de mí! Desde entonces deseaba entregarme a usted como recompensa debida a tanto heroísmo; pero esta locura fué de corta duración. La puse a los pies de Dios durante la misa a que se negó usted a asistir.

»La enfermedad de Santiago y los sufrimientos de Magdalena me parecieron amenazas de Dios, para conducir a su rebaño a la oveja descarriada. Después, mi natural amor a esa inglesa me ha revelado secretos que des-

conocía. Lo amaba a usted más de lo que creía amarle. Magdalena ha desaparecido.

»Las constantes emociones de mi vida borrascosa, los esfuerzos que hacía para domarme a mí misma sin más recurso que la religión, todo ha contribuido a ocasionarme la enfermedad que me lleva al sepulcro. Este terrible golpe ha determinado crisis que a nadie he revelado porque considero la muerte como el único desenlace posible de esta tragedia ignorada, que resume toda una vida de celos y de desesperación durante los dos meses que han mediado entre su llegada y la noticia que me comunicó mi madre de sus relaciones con lady Dudley.

»Se me ocurrió ir a París, tenía sed de venganza, deseaba la muerte de esa mujer y las caricias de mis hijos no me conmovían. La oración, que había sido hasta entonces para mí un bálsamo, perdió su eficacia para mí, y los celos abrieron la larga brecha por donde ha entrado la muerte. Sin embargo, mi frente permaneció serena. Los combates que he sostenido han sido un secreto entre Dios y yo.

»Cuando me convencí de que era amada tanto como yo lo amaba y que sólo me había traicionado la naturaleza y no el pensamiento, ansíe vivir; pero ya era tarde. Dios me había acogido bajo su protección y se había apiadado de mí, a quien los sufrimientos habían conducido a veces a las puertas del santuario.

»Muy amado mío, Dios me ha juzgado. El señor de Mortsauf quizá me

perdone; pero, ¿me perdonará usted? ¿Escuchará la voz que sale de una tumba? ¡reparará las desgracias que ambos hemos ocasionado, yo más que usted? Ya sabe cuál es mi deseo. Permanezca al lado del señor de Mortsauf como una hermana de la caridad al lado de un enfermo, escúchele, ámele, porque nadie lo querrá. Interpóngase entre sus hijos y él como hacía yo. Reemplácame; su misión terminará pronto. Santiago no tardará en abandonar la casa paterna para ir a París al lado de su abuelo, y usted me ha prometido guiarle a través de los escollos del mundo. Magdalena se casará; ¡ojalá que usted sea de su agrado algún día! Es mi retrato, y, además, es fuerte, hábil, penetrante y posee la fuerza de voluntad que a mí me faltó y la energía necesaria para ser la compañera de un hombre destinado por su carrera a arrostrar las tormentas políticas. Si ustedes se unen, mi hija será más feliz que lo fué su madre. Adquiriendo el derecho de continuar mi obra en Clochegourde, borraré faltas que no habían sido suficientemente expiadas, a pesar de haber sido perdonadas, porque «él» es generoso y me perdonará.

»Como ve usted, sigo siendo egoísta; pero, ¿no es un egoísmo una prueba del amor despótico que le profeso? Deseo ser amada por usted en los míos. No habiendo podido ser suya, le lego mis pensamientos y mis deberes. Si me ama usted lo suficiente para obedecerme, y no quiere casarse con Magdalena, vele al menos por el reposo de

mi alma proporcionando al señor de Mortsauf toda la felicidad posible.

»Adiós, hijo predilecto de mi corazón, éste es el adiós de un alma que tú has llenado de deliciosos goces para que puedas sentir el menor remordimiento por la catástrofe que has provocado. Me permito tutearle, porque creo que usted me ama, porque yo bajo a la tumba al lugar del reposo inmolada por el deber. Dios sabrá si he practicado sus santos preceptos debidamente, porque yo abrigó ciertos temores. Sin duda he vacilado a veces, pero no he llegado a caer, y la mejor excusa de mis faltas es la grandeza de las seducciones que me han rodeado.

»Voy a comparecer ante el Juez Supremo, pero con tanto temor como si hubiera sucumbido. Otra vez adiós; un adiós semejante al que le di ayer a nuestro hermoso valle, en cuyo seno no tardaré en dormir el sueño eterno y adonde irá usted con frecuencia a abismarse en los recuerdos de nuestro triste amor. ¿Lo hará así?

»ENRIQUETA.»

Me abismé en un abismo de reflexiones al conocer las desconocidas profundidades de aquella vida iluminada por esta llama postrera. Las nubes de mi egoísmo se disiparon. ¿De modo que Enriqueta había sufrido tanto como yo, más que yo, puesto que el sufrimiento la había matado? Ella creía que los demás tenían el deber de mostrarse bondadosos conmigo, y el amor la había cegado de tal manera que no había

sospechado el odio que me profesaba su hija. Esta última prueba de ternura me hizo mucho daño. ¡Pobre Enriqueta, deseaba legarme Clochegourde y su hija!

Natalia, desde el terrible día en que entré por primera vez en un cementerio acompañando los restos mortales de Enriqueta, a quien ya conoces ahora, el sol me pareció menos ardiente y menos luminoso, la noche más oscura, el movimiento menos rápido, y el pensamiento más torpe.

Hay personas a quienes damos sepultura en la tierra; pero hay otras más especialmente amadas que recibieron nuestro corazón por sudario y cuyo recuerdo vive eternamente en nuestra memoria; pensamos en ellas como respiramos, y viven en nosotros obedeciendo a la ley de una metempsicosis propia del amor.

Un alma vive dentro de la mía, y cuando hago algún bien, cuando pronuncio alguna palabra hermosa, este alma habla y se agita; todo lo bueno que pueda haber en mí emana de una tumba, como emanan de un lirio los perfumes que embalsaman la atmósfera.

El sarcasmo, el mal, todo lo censurable que hay en mí procede de mí mismo.

En lo sucesivo, cuando mis ojos permanezcan velados por una nube y contemplen el cielo después de haber contemplado largo tiempo la tierra, cuando mi boca permanezca muda y no escuche tus palabras ni advierta tus cuidados, no me preguntes en qué pienso.

Pienso en el ángel a quien di el nombre de Enriqueta.

Querida Natalia, he pasado algún tiempo sin escribirte porque la evocación de mis dolorosos recuerdos me conmovieron profundamente. Ahora te haré el relato de los acontecimientos que siguieron a aquella catástrofe; pero pocas palabras bastan, porque cuando una vida sólo se compone de acción y movimiento, se cuenta pronto todo; y, por lo contrario, cuando ha transcurrido en las regiones más elevadas del alma, la historia es difusa.

La carta de Enriqueta contenía una esperanza consoladora, haciéndome ver, en medio del naufragio, una isla que podía abordar. Vivir en Clochegourde al lado de Magdalena consagrándole mi vida, era un porvenir que satisfacía las ideas que agitaban mi corazón; pero era preciso conocer los verdaderos sentimientos de Magdalena.

Como tenía el deber de despedirme del conde, fui a Clochegourde, y lo encontré en la terraza. Nos paseamos primero un rato, hablándome él de la condesa como hombre que conocía la importancia de su pérdida y lo mucho que ésta había de perturbar su vida íntima; pero, después del primer grito de dolor, mostróse más preocupado por lo porvenir que por lo presente, y, según me aseguró, temía a su hija, que no poseía la dulzura de carácter de la madre.

Magdalena, que unía a las virtudes de su madre un no sé qué heroico, asustaba al anciano, que estaba acostumbrado a las delicadezas de Enriqueta

y que presentía la lucha con un carácter indomable. Sin embargo, lo consolaba de la irreparable pérdida sufrida, la certidumbre de que no tardaría en unirse a su esposa, porque las agitaciones y las penas de los últimos días habían agravado su enfermedad y despertado antiguos dolores. El combate que tenía que sostener su autoridad paterna con la de su hija, que pasaba a ser dueña de casa, iba a proporcionarle días muy amargos, porque si había podido luchar con la esposa, tendría que ceder ante la hija. Además, Santiago iría a París y Magdalena contraería matrimonio. ¿Qué yerno le tocaría? Aunque esperaba morir pronto, considerábase solo y falto de simpatías.

Durante la hora en que me habló de sí mismo pidiéndome amistad en nombre de Enriqueta, acabó de describir por completo la figura del emigrado, uno de los tipos más imponentes de nuestra época. Era aparentemente débil y achacoso; pero la vida parecía entronizarse en él a causa de sus sobrias costumbres y de sus ocupaciones campestres. En el momento en que te escribo, vive todavía. Magdalena nos había visto pasear por la terraza, pero no bajó a saludarme, llegó a la escalinata y entró en la casa varias veces, con objeto de manifestarme su desprecio. Yo, aprovechando el momento en que la vi en la escalinata, rogué al conde que subiera al palacio; porque deseaba hablar con Magdalena, pretextando, como único medio, para poder verla, que la condesa me había confiado un encargo en la carta que me dejó escrita.

El conde fué a buscarla y, luego, nos dejó solos en la terraza.

—Querida Magdalena—le dije—, si he de hablarle, no he de hacerlo aquí, donde su madre me escuchó, al quejarse más de los acontecimientos de la vida que de mí. Conozco su pensamiento, pero no me condene sin oírme antes. Mi vida y mi dicha están íntimamente unida a estos lugares, de los que usted me destierra con frialdad, a pesar de la amistad fraternal que antes nos unía, amistad que debiera estrechar más el dolor que nos ha ocasionado la muerte de su buena madre. Querida Magdalena, usted, por quien yo daría la vida sin esperar ninguna recompensa, hasta sin que usted lo supiera, ¡tanto amamos a los hijos de los que nos han protegido!, ignora el proyecto acariciado por su adorada madre durante estos últimos siete años, y que modificaría seguramente sus sentimientos; pero no quiero usar de estas ventajas. Todo lo que imploro de usted es que no me prohíba venir a respirar aquí el aire, y esperar que el tiempo cambie las ideas que tiene usted de la vida social. En este momento me guardaría bien de combatirlos, respeto el dolor que la extravía, porque también a mí me impide juzgar cuerdamente las circunstancias en que me encuentro. La santa que vela por nosotros, aprobará la reserva que guardo, al mismo tiempo que le ruego que permanezca neutral entre sus sentimientos y yo. Amo a usted demasiado, a pesar de la aversión que usted me demuestra, para explicar al señor conde un plan que

acogería con suma complacencia. Sea usted libre. Más tarde, piense que no conocerá a nadie en el mundo mejor que a mí, y que no habrá ningún hombre que tenga en el corazón sentimientos más abnegados...

Hasta aquí, Magdalena me había escuchado con los ojos bajos; pero me interrumpió con un gesto.

—Señor — dijo con voz temblorosa por la emoción—; conozco muy bien todos sus pensamientos; pero no cambiaré de opinión respecto a usted, prefiriendo mejor arrojarme al Indre que unirme a usted. No le hablaré de mí; pero si el nombre de mi madre ejerce alguna influencia sobre usted, le ruego que no venga a Clochegourde mientras yo viva aquí. La presencia de usted me produce una turbación que no puedo explicar y que no lograré dominar nunca.

Me saludó con dignidad y subió a Clochegourde, sin volverse, impasible como su madre se había mostrado en una ocasión, pero despiadada.

Aunque tardíamente, el ojo perspicaz de aquella joven había adivinado todo en el corazón de su madre y quizá su odio contra una persona que le parecía funesta había ocasionado algunas penas a causa de su inocente complicidad.

Allí todo era sombrío y nebuloso. Magdalena me odiaba, sin querer explicarse si yo era la causa o la víctima de aquellas desgracias; quizá nos habría odiado igualmente a la madre y a mí si hubiéramos sido felices. De suerte que todo estaba destruido en el her-

moso edificio de mi dicha. Yo solo debía conocer la vida entera de aquella mujer mal comprendida; yo solo poseía el secreto de sus sentimientos; yo solo había recorrido su alma en toda su extensión; ni su madre, ni su padre, ni el esposo, ni los hijos la habían conocido. ¡Cosa rara! Remuevo estas cenizas y me complazco en mostrártelas; quizá podamos encontrar en ellas algo de nuestras fortunas más queridas. ¡Cuántas familias tienen también una Enriqueta! ¡cuántos seres nobles abandonan la tierra sin haber encontrado un historiador inteligente que haya sondado su corazón, ni que haya medido su profundidad y su extensión!

Tal es la vida humana en toda su desnudez; existen muchas madres que no conocen a los hijos, como hay muchos hijos que no conocen a las madres, y lo mismo sucede con los esposos, con los amantes, con los hermanos. ¿Sabía yo que un día, sobre la tumba de mi padre, había de pleitear con Carlos de Vandenesse, con mi hermano, a cuyos ascensos había contribuido yo tanto? Dios mío ¡cuánta enseñanza contiene la historia más sencilla!

Cuando Magdalena hubo desaparecido por la puerta de la escalinata, volví con el corazón destrozado a despedirme de mis amigos, y partí para París siguiendo la línea recta del Indre, por la que había venido la primera vez a aquel valle, pasando con gran tristeza a través del pueblo de Pont-de-Ruan. Sin embargo, era rico, la vida política me sonreía, y no era ya el peatón fatigado de 1814.

En aquella época mi corazón estaba marquésa, se encontraban cerca de su pletórico de deseos; hoy mis ojos están llenos de lágrimas; antes tenía que llenar una vida; hoy la veo desierta. Era muy joven, tenía veintinueve años, y mi corazón estaba ya marchito. Unos cuantos años habían sido suficientes para despojar aquel paisaje de su primitiva magnificencia y para cansarme de la vida. Ahora puedes comprender la emoción que experimentarías cuando, al volverme, vi a Magdalena en la terraza.

Dominado por una imperiosa tristeza, no recordaba ya el objeto de mi viaje. Había olvidado por completo a Lady Dudley cuando entré en el patio de su casa sin saberlo. Cometida la tontería, era preciso sostenerla. Tenía en aquella casa costumbres conyugales y subí apenado pensando en las molestias de la ruptura.

Si has comprendido bien el carácter y las costumbres de lady Dudley, imaginarás el chasco que me llevé cuando el mayordomo me introdujo con traje de viaje en un salón donde la encontré muy compuesta y rodeada de cinco personas. Lord Dudley, uno de los hombres de Estado más reputados en Inglaterra, estaba de pie ante la chimenea, grave, ceñudo, frío, con el aire socarrón que está obligado a mostrar en el Congreso, y se sonrió al oír pronunciar mi nombre. Los dos hijos de Arabella, que se parecían extraordinariamente a Enriqueta de Marsay, y uno de los hijos naturales del anciano lord, sentado en un sofá al lado de la

madre.

Arabella, al verme, adoptó un aire altivo, fijó sus ojos en mi gorro de viaje como si se hubiera querido preguntarme qué iba a hacer a su casa y me examinó de pies a cabeza como hubiese hecho con un noble campestre que le hubieran presentado.

Respecto a nuestra intimidad, a su pasión eterna, a sus juramentos de morir si yo dejaba de amarla, a su fantasmagoría de Armida, todo se había desvanecido como un sueño. Yo no había estrechado nunca su mano, era un extranjero y no me conocía.

A pesar de la sangre fría diplomática a que empezaba a acostumbrarme, me sorprendí, y a cualquiera en mi lugar le habría ocurrido lo mismo. De Marsay sonreía, mirándose las botas con afectación singular. Inmediatamente adopté mi partido. De cualquiera otra mujer, hubiera aceptado con modestia una derrota; pero, furioso al ver de pie a la heroína que fingía morir de amor y que se había burlado de la muerte, resolví oponer la impertinencia a la impertinencia.

Arabella conocía el desastre de lady Brandon, y recordárselo, era asestarle una puñalada en el corazón, aunque el arma tuviera que embotarse en él.

—Señora—le dije—, me perdonará que me presente en su casa con este traje, cuando sepa que acabo de llegar de Turena, y que lady Brandon me ha confiado para usted un mensaje que no admite espera. Temía que se hubiera

usted marchado a Lancashire ; pero, puesto que permanece en París, esperaré sus órdenes y la hora en que se digne recibirme.

Arabella inclinó la cabeza y salió. Desde aquel día, no he vuelto a verla más que en sociedad, donde cambiamos un saludo amistoso y a veces un epigrama. Le hablo de las mujeres inconsolables de Lancashire, y ella me habla de las francesas que hacen honor a su desesperación y a sus enfermedades del estómago, y, merced a esto, tengo un enemigo mortal en de Marsay, a quien Arabella ama mucho. Y yo digo que ella se une a las dos generaciones, de suerte que nada faltaba a mi desastre.

Siguiendo el plan que me había trazado durante mi permanencia en Saché, me entregué al trabajo, me ocupé en las ciencias, en la literatura y en la política, e ingresé en el cuerpo diplomático cuando, al advenimiento de Carlos X, este monarca suprimió el empleo que yo desempeñaba al lado del difunto rey.

Desde entonces, resolví no fijarme en ninguna mujer, por hermosa, espiritual y amante que fuera, lo que me proporcionó una tranquilidad de espíritu increíble y gran fuerza para el trabajo, y comprendí lo mucho que de nuestra vida disipan las mujeres creyendo pagarnos con algunas palabras graciosas. Esto no obstante, todas mis resoluciones fallaron : ya sabes cómo y por qué.

Querida Natalia, al referirte mi vida sin reservas y sin artificio, como me la diría a mí mismo ; al revelarte sen-

timientos en que tú no entras para nada, acaso habré herido alguna de las fibras de tu corazón celoso y delicado ; pero lo que enojaría a una mujer vulgar será para ti, tengo la seguridad de ello, una nueva razón para amarme.

Al lado de las almas doloridas y enfermas, las mujeres selectas están llamadas a representar un papel sublime, el de la hermana de la caridad que cura las heridas y el de la madre que perdona al hijo. Los artistas y los poetas no son los únicos que sufren : los hombres que viven sacrificándose por su país, laborando en beneficio del porvenir de las naciones, ensanchando el círculo de sus pasiones y de sus pensamientos, se encuentran frecuentemente en una cruel soledad. Necesitan tener a su lado un corazón amoroso, puro y adicto, y cree que comprenden bien la grandeza y el precio de él. Mañana sabré si me he equivocado al amarte.

AL SEÑOR CONDE FÉLIX DE VANDENESSE

«Querido conde :

»La desgraciada señora de Mortsauf te escribió una carta que, según aseguras, no te ha sido inútil para saber andar por el mundo y a la que debes tu elevada fortuna. Permíteme completar tu educación. Por favor, desecha esa costumbre detestable que tienes ; no imites a las viudas que siempre están hablando de su primer marido, y echando continuamente en cara al segundo las virtudes del primero.

»Soy francesa, querido conde, y quisiera casarme con todos los hombres a quienes amara, pero no podría casarme con la señora de Mortsauf.

»Después de haber leído tu relato con la atención que merece—y ya sabes el interés que todo lo tuyo me inspira—, pareceme que has debido aburrir extraordinariamente a lady Dudley Lablándole de las perfecciones de la condesa, como a ésta le has hecho mucho daño abrumándola con los encantos del amor inglés.

»No has tenido tampoco tacto conmigo, desgraciada criatura que no tiene otro mérito que el de agradarte, porque me has dado a entender que no te amo ni como Enriqueta ni como Arabella.

»Confieso mis imperfecciones, las reconozco, pero, ¿a qué conduce el reprochármelas tan rudamente? ¿Sabes a quién tengo lástima? A la cuarta mujer que ames, porque se verá forzosamente obligada a luchar con tres personas; así es que debo prevenirte, tanto en interés tuyo como en el suyo, contra el peligro de tu memoria.

»Yo renuncio a la gloria de amarte: necesitaría demasiadas cualidades, católicas o anglicanas, y no me agrada combatir fantasmas. Las virtudes de la virgen de Clochegourde desesperarían a la mujer más segura de sí misma, y tu intrépida amazona descorazona a los más audaces deseos de felicidad. Haga cuanto quiera, ninguna mujer puede esperar de ti placeres iguales a su ambición. Ni el corazón ni los sentidos vencerán jamás tus recuerdos. Has ol-

vidado que nosotras montamos a caballo con frecuencia. No has sabido reavivar el sol que ha hecho empalidecer la muerte de tu santa Enriqueta, y a mi lado sentirías escalofríos.

»Amigo mío—porque siempre serás mi amigo—, guárdate de hacer en lo sucesivo semejantes confidencias, que muestran al desnudo tu desencanto, desanimando a la mujer y haciéndola dudar de sí misma.

»El amor, querido conde, sólo vive de la confianza, y la mujer que antes de pronunciar una palabra o de montar a caballo, se preguntara si una celestial Enriqueta no hablaría mejor, o si una amazona como Arabella no desplegaría más gracias, a esa mujer, no lo pongas en duda, le temblarían las piernas y la lengua.

»Me has inspirado deseos de recibir alguno de tus embriagadores ramilletes; pero ya no los haces. También hay otra multitud de cosas que ya no te atreves a hacer, pensamientos y placeres que no pueden renacer en ti. Ninguna mujer, enténdelo bien, querrá codearse en tu corazón con la mujer muerta que llevas en él.

»Me ruegas que te ame por caridad cristiana, y, aunque puedo hacer, lo confieso, una infinidad de cosas por caridad, te aseguro que por caridad no puedo amar. Te pones a veces fastidioso, llamando a tu tristeza melancolía; enhorabuena; pero eres insoportable e inspiras serios cuidados a la que te ama.

»He visto abierta con demasiada frecuencia entre nosotros dos la tumba de

la santa; me he consultado, me conozco, y no deseo morir como ella. Si has llegado a aburrir a lady Dudley, que es una señora extremadamente distinguida, yo, que no tengo sus furiosos deseos, temo enfriarme más pronto todavía. Prescindamos del amor ya que no puedes disfrutar la felicidad más que entre los muertos, y seamos amigos; ¡lo quiero.

»¡Cómo! ¿has tenido, querido conde, una mujer sumamente adorable, una querida perfecta, que se preocupaba de tu fortuna, que te ha hecho par de Francia, que te amaba locamente, que no te pedía jamás que le fueras fiel, y la has matado de pena? No conozco mayor monstruosidad.

»Entre los jóvenes más desgraciados y vehementes que arrastran sus ambiciones por las calles de París, ¿dónde está el que no se mostraría sensato diez años para obtener favores que tú no has sabido reconocer? Cuando se es amado de tal manera, ¿qué más puede desearse? ¡Desgraciada mujer! ¡Cuánto la sufrido! ¡Y con hacer unas cuantas frases sentimentales, crees haber honrado suficientemente su memoria!

»Este es sin duda el pago que a mi ternura le esperaba. Gracias, conde; no quiero rivales ni en este ni el otro mundo. Cuando se tiene la conciencia cargada con tales crímenes, no deben, por lo menos, confiarse. Te dirigí una pregunta imprudente; estaba en mi papel de mujer, de hija de Eva; el tuyo consistía en dar la respuesta oportuna. Debías engañarme, y más tarde te lo hubiera agradecido. ¿No has

comprendido, entonces, nunca la virtud de los hombres afortunados en amores? ¿No comprendes lo generosos que son al jurarnos que no han amado jamás, que aman por vez primera?

»Tu programa es irrealizable. ¡Que sea Enriqueta y lady Dudley al mismo tiempo! Amigo mío, ¿no es eso pretender unir el agua con el fuego? ¿No conoces a las mujeres? Son lo que son y deben tener defectos y perfecciones.

»Encontraste a lady Dudley demasiado pronto para estimarla, y lo malo que de ella me dices me parece una venganza de tu amor propio herido; comprendiste a la señora de Mortsauf demasiado tarde, y has castigado en la una el que no fuera la otra; ¿qué me pasaría a mí, que no soy ninguna de las dos?

»Te amo lo suficiente para haber reflexionado demasiado en nuestro porvenir, pues en verdad te amo mucho. Tu aspecto de caballero de la Triste Figura me ha interesado grandemente. Creía en la constancia de las personas melancólicas; pero ignoraba que hubieras matado, al presentarte en sociedad, a la más bella y virtuosa de las mujeres. Pues bien, me he preguntado qué es lo que te quedaba que hacer, y he pensado mucho en ello. Creo, amigo mío, que es preciso que te cases con alguna señora Shandy que desconozca en absoluto el amor y las pasiones, que no le inquieten lady Dudley ni la señora de Mortsauf, que se muestre indiferente en los momentos de fastidio que tú llamas melancolía, durante los

cuales eres tan divertido como la lluvia, y que sea para ti la hermana de la caridad que deseas.

»En cuanto a amar, a estremecerse por una palabra, a saber esperar la felicidad, a darla, a recibirla, a compartir las pequeñas vanidades femeninas, querido conde, renuncia a ello. Has seguido demasiado bien los consejos que tu ángel bueno te dió respecto a las mujeres jóvenes; las has evitado tanto, que no has llegado a conocerlas. Ahora es ya tarde para comenzar a estudiarlas, para aprender a decirnos lo que nos agrada escuchar, para mostrarte grande oportunamente, para adorar nuestras pequeñeces cuando nos agrada ser pequeñas. No somos tan tontas como supones. Cuando amamos, damos la supremacía en todo al hombre esco-

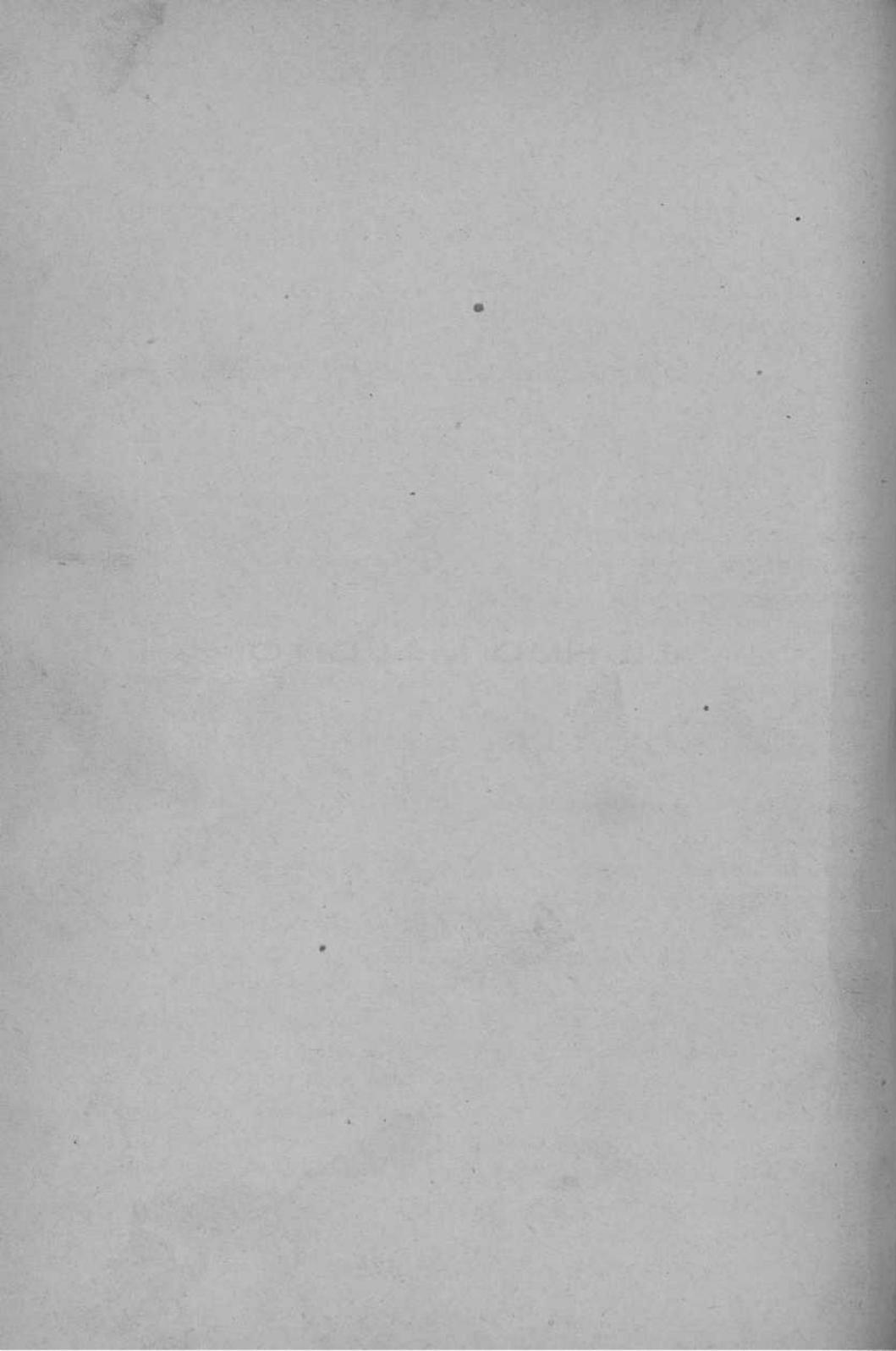
gido. Lo que quebranta nuestra fe en nuestra superioridad, quebranta nuestro amor. Adulándonos, os aduláis a vosotros mismos. Si te importa vivir en sociedad, gozar del trato de las mujeres, ocúltales cuanto a mí me has herido, porque no les agrada sembrar las flores de su amor en las rocas, ni prodigar caricias para vendar un corazón herido. Todas las mujeres verán la sequedad del tuyo y siempre serás un desgraciado. Pocas tendrán suficiente valor para decirte lo que yo te digo ni serán tan bondadosas que te despidan sin rencor y ofreciéndote amistad, como hoy lo hace tu afectísima amiga,

»NATALIA DE MANERVILLE.»

París, octubre, 1835.

FIN DE EL LIRIO EN EL VALLE

EL HIJO MALDITO



EL HIJO MALDITO

A LA SEÑORA BARONESA JAMES ROTHSCHILD

CÓMO VIVIÓ LA MADRE

Era una fría noche de invierno. A eso de las dos de la madrugada, la condesa Juana de Herouville sintió tan vivos dolores, que, a pesar de su inexperiencia presintió que pronto daría a luz, y el instinto que nos induce a esperar lo mejor en un cambio de postura le aconsejó sentarse, ya para estudiar la naturaleza de aquellos padecimientos desconocidos por completo para ella, ya para reflexionar acerca de su situación. Dominábanla crueles temores, causados, no tanto por los peligros inherentes a toda primeriza, peligros que asustan a la mayoría de las mujeres, cuanto por los que pudiera correr la criatura. Por no despertar a su esposo, que dormía junto a ella, la pobre mujer tomó tan minuciosas precauciones a causa de su profundo terror, como suelen serlo las de un prisionero que consigue escapar de su cautiverio. Aunque los dolores se hacían cada vez más agudos, dejó de sentirlos: hasta tal punto concentró sus fuerzas en la penosa tarea de apoyar en la almohada sus manos sudorosas, para sacar a su cuerpo dolorido de la postura en que se hallaba sin energía. Al más insignificante susurro de la inmensa colcha de moaré verde bajo la cual había dormido muy poco desde su casamiento, se detenía como si hubiera oído el eco de una campana. Obligada a espiar al conde, dividía su atención entre los pliegues de la chillona seda y un ancho y atezado rostro cuyos bigotes rozaban su hombro. Si un resuello demasiado fuerte salía de los labios de su marido, le inspiraba súbitos temores que avivaban el carmín difundido en sus mejillas por su doble angustia. El criminal que a altas horas de la noche se aproximaba a la puerta de su prisión y procurar vuelta en una implacable cerradura a la llave que ha encontrado, no es más tímidamente audaz de lo que entonces lo era la condesa. Cuando ésta pudo, sin haber despertado a su guardián, sentarse en el lecho, hizo un gesto de alegría infantil, gesto en el

que se revelaba la candorosa sencillez de su carácter; pero la sonrisa apenas esbozada de sus ardorosos labios quedó pronto reprimida; una idea repentina anubló su frente pura, y sus azules y grandes ojos adquirieron nuevamente su expresión de tristeza. Exhaló un suspiro y volvió a apoyar las manos, con grandes precauciones, en la fatal almohada conyugal. Luego, como si por primera vez desde su matrimonio fuese dueña absoluta de sus acciones y de sus pensamientos, fijó su vista en los objetos que la rodeaban, alargando el cuello con leves movimientos parecidos a los de un pájaro enjaulado. Hubiera podido creerse, al considerarla así, que en otro tiempo era todo alegría y todo travesura; pero que el destino había segado repentinamente en flor sus esperanzas y trocado en melancolía su ingenua jovialidad.

La habitación en que se encontraba la condesa era una de aquellas estancias que, aun en nuestros días, algunos conserjes octogenarios enseñan a los viajeros que visitan los vetustos castillos, diciéndoles: «Esta es la alcoba de respeto donde durmió Luis XIII». Hermosos tapices, generalmente de tonos parduscos, estaban encerrados en anchos marcos de nogal que ostentaban delicadas esculturas ennegrecidas por el tiempo. En el techo, las vigas formaban artesones cuajados de arabescos, según el estilo del siglo anterior, y que conservaban el color del castaño. Aquellos adornos, llenos de tintas severas, reflejaban tan poco luz, que era difícil distinguir sus di-

bujos aun en los momentos en que el sol daba de lleno en aquella cámara alta de techo, ancha y larga. Así era, que la lámpara de plata colocada sobre el mármol de una gran chimenea, la alumbraba entonces tan débilmente, que su trémula luz podía compararse con esas estrellas nebulosas que en ciertos momentos atraviesan el ceniciento velo de una noche de otoño. Las figurillas amontonadas sobre la mesilla de esta chimenea, que daba frente al lecho de la condesa, presentaban aspectos tan grotescamente repugnantes, que la dama no se atrevía a fijar sus miradas, temerosa de verlas moverse o de oír que de sus abiertas y torcidas bocas salía una ruidosa carcajada.

En aquel momento una horrible tormenta hacía llegar sus bramidos por aquella chimenea que reproducía sus más leves ráfagas prestándoles lúgubre sonido, y la anchura de su cañón la ponía tan bien en comunicación con el cielo, que los numerosos tizones del hogar tenían una especie de respiración y que, a merced del viento, brillaban y se amortiguaban alternativamente.

El escudo de la familia de Herouville, esculpido en mármol blanco con todos sus lambrequines y las figuras de sus tenantes, daba la apariencia de una tumba, y formaba juego con la cama, otro monumento elevado a la gloria del himeneo. Un arquitecto moderno se habría visto en trance difícil para decidir si la cámara se había construido para el lecho, o éste para aquélla. Dos

juguetones amorcillos en un cielo de nogal adornado de guirnaldas habrían podido pasar por ángeles, y las columnas de la misma madera que sostenían aquella cúpula ostentaban alegorías mitológicas cuya explicación lo mismo podría encontrarse en la Biblia que en las *Memorias de Ovidio*. Quitada la cama, aquel cielo hubiera podido coronar perfectamente el púlpito de un templo o los bancos de los obreros de la parroquia.

Los cónyuges subían por tres escalones a aquel suntuoso lecho rodeado de un tablado y adornado con dos cortinajes de moaré verde de grandes y brillantes dibujos, de los llamados *ramajes*. Tan rígidos eran los pliegues de aquellas inmensas cortinas, que por la noche se habría tomado la seda por un tejido de metal. Sobre el terciopelo verde, adornado de franjas de oro, que formaba el fondo de aquel lecho, los supersticiosos condes de Herouville habían fijado un gran crucifijo, al que su capellán ataba una nueva rama de boj bendita, al mismo tiempo que renovaba por Pascua florida el agua de la pila incrustada al pie de la cruz.

Muy cerca de la chimenea había un arca de madera preciosa y labrada primorosamente, una de esas arcas que aun se enviaban de provincias a los novios el día de su boda. Aquellos antiquísimos muebles, tan buscados hoy por los anticuarios, eran el depósito de donde las mujeres sacaban los tesoros de sus galas y preseas tan ricas como elegantes; allí guardaban sus encajes, sus corpiños, sus gorgueras, sus

vestidos valiosos, sus limosneras, sus antifaces, sus guantes, sus velos, todo cuanto inventaba la coquetería del siglo décimosexto. Al otro lado de la chimenea, y por simetría, descollaba un mueble semejante al anterior, en el que la condesa guardaba sus libros, sus papeles y sus joyas. Completaban el mueblaje de la habitación que describimos, unos antiguos sillones forrados de damasco, y un gran espejo verdoso fabricado en Venecia y ricamente adaptado a una especie de tocador de ruedas. Una alfombra de Persia, cuya riqueza atestiguaba la galantería del conde, cubría el suelo de aquella alcoba. En la última grada de la cama había una mesita en la que la camarera dejaba todas las noches una copa de plata o de oro conteniendo un brebaje preparado con especias.

Quando hemos dado algunos pasos en la vida, conocemos la secreta influencia que ejercen en nuestro ánimo los lugares. ¿Quién no habrá pasado malos ratos durante los cuales se descubren ciertos indicios de esperanza en las cosas que nos rodean? El hombre, sea dichoso o miserable, atribuye una fisonomía a los más insignificantes objetos con los cuales convive, y los escucha y consulta; tan naturalmente supersticioso es. En aquel momento, como si los muebles hubiesen sido personas, la condesa posaba en ellos sus miradas; casi les pedía socorro o protección; pero aquel lujo sombrío le parecía inexorable.

De pronto la tempestad recrudeció. La joven dama no se atrevió a augurar

nada favorable al oír las amenazas del cielo, cuyos cambios, en aquella época de superstición, se interpretaban según las ideas o los hábitos de cada cual. Volvió súbitamente la vista hacia dos ventanas ojivales que había en un extremo de la habitación, pero lo reducido de los cristales y la multiplicidad de las tiras de plomo no le permitieron ver el estado del firmamento ni reconocer si se acercaba el fin del mundo, como pretendían algunos monjes ávidos de donaciones. Nada difícil le hubiera sido a la condesa dar crédito a tales predicciones, porque el rugido del proceloso mar, cuyas furiosas olas batían los muros del castillo, se unió al horrisono fragor de la tempestad, y pareció que las peñas se cuarteaban. Aunque los dolores fuesen cada vez más agudos y crueles, la condesa no se atrevió a interrumpir el sueño de su esposo; pero se puso a contemplar sus facciones, como si la desesperación le aconsejara buscar algún consuelo contra tan siniestros pronósticos.

Si todo cuanto rodeaba a la joven era triste, más triste aún era el rostro de su esposo, a pesar de la calma de su sueño. Agitada por los soplos de viento, la luz de la lámpara, que apenas llegaba hasta el lecho, tan sólo iluminaba de vez en cuando la cabeza del conde, de suerte que los movimientos de la llama simulaban en aquel rostro en reposo los embates de un pensamiento borrascoso. La joven esposa no quedó completamente tranquila al reconocer la causa de aquel fenómeno. Cada vez que una bocanada de viento

hacía que la luz se reflejase sobre aquel ancho semblante sombreando las numerosas callosidades que lo caracterizaban, le parecía que el conde iba a fijar en ella una rigurosa e insostenible mirada. La frente del durmiente, implacable como la guerra que por entonces se hacían la Iglesia y el calvinismo, seguía amenazadora durante el sueño; numerosos surcos, producidos por las emociones de una vida guerrera, imprimían en ella cierta semejanza con esas piedras vermiculadas que adornan los monumentos de aquella época; sus cabellos prematuramente canosos, parecidos a los musgos blancos de los añosos robles, rodeaban sin gracia aquella frente, y la intolerancia religiosa estampaba en ella el sello de sus apasionadas brutalidades. Su nariz aguileña, semejante al pico de un ave de rapiña, los contornos oscuros y rugosos de un ojo amarillento, los pronunciados pómulos de un rostro cavernoso, la rigidez de las arrugas profundas, todo indicaba una ambición, un despotismo, una fuerza tanto más de temer, cuanto que la estrechez del cráneo revelaba una carencia absoluta de ingenio y un valor sin generosidad. Una ancha cicatriz transversal, cuyo costurón formaba a modo de una segunda boca en el carrillo derecho, desfiguraba horriblemente aquella cara. A los treinta y tres años de edad, el conde, ganoso de hacerse célebre en la guerra de religión iniciada la noche de San Bartolomé, había sido herido gravemente en el sitio de la Rochela. Esta malhadada herida

hizo que aumentara su odio contra los de la Religión, como entonces se decía; mas por una predisposición bastante natural, este odio se hizo extensivo a los hombres de hermoso rostro. Antes de este contratiempo era ya tan feo, que ninguna dama había querido aceptar sus galanteos. La única pasión de su juventud fué una mujer célebre llamada la *Bella Romana*. La desconfianza motivada por su nueva desgracia le hizo tan susceptible, que se creyó incapaz de inspirar una verdadera pasión, y su carácter se volvió tan arisco, que si en empresas galantes logró algunos resultados, más bien fué debido al temor que inspiraban sus crueldades.

La mano izquierda, que aquel católico tenía fuera de la cama, acababa de retratar su carácter. Extendida de modo que parecía guardar a su esposa como un avaro guarda su tesoro, aquella manaza era tan velluda, presentaba una red de venas y de músculos tan salientes, que podía comparársela a una rama de haya rodeada de tallos de hiedra amarillenta. Cualquiera niño, al ver la cara del conde, la habría tomado por la de uno de esos ogros que figuran en los cuentos terribles que se les refieren. Bastaba fijarse en la anchura y en la longitud del sitio que el conde ocupaba en el lecho, para adivinar sus gigantescas proporciones. Sus espesas y canosas cejas le ocultaban los párpados de modo que realzaban la claridad de sus ojos en los que centelleaba la ferocidad luminosa de los de un lobo que acecha su presa en la es-

pesura del bosque. Bajo su nariz de león, un gran bigote erizado, porque despreciaba singularmente los cuidados del tocador, ocultaba por completo el labio superior. Por fortuna para su esposa, la ancha boca del conde estaba callada en aquel momento, porque aun los más suaves acentos de aquella voz ronca la sobresaltaban. Aunque apenas tenía su marido cincuenta años, al pronto se le podían suponer sesenta; tantos eran los estragos que las fatigas de la guerra habían causado en su fisonomía, sin menoscabar su constitución robusta; pero no tenía empeño en pasar por un *doncel*.

La señora de Herouville, que iba a cumplir diez y nueve años, formaba un penoso contraste al lado de aquella corpulenta figura. Era blanca y esbelta. Sus cabellos castaños, matizados de oro, caían graciosamente sobre su cuello como oscuras nubes, formando delicioso marco a uno de esos rostros delicados ideados por Carlo Dolce para sus madonas de ebúrneo cutis, que parecen a punto de expirar a impulsos del dolor físico. Se hubiera creído ver en la joven condesa la aparición de un ángel encargado de suavizar las voluntades de su noble esposo.

Después de contemplar largo rato al conde de Herouville, exclamó mentalmente:

—No, no nos matará... ¿Por ventura no es franco, noble, valeroso y cumplidor de su palabra?... ¡Cumplidor de su palabra!

Y al repetir esta frase con el pensa-

miento, se estremeció violentamente y se quedó como estupefacta.

Conviene añadir, para comprender el horror de la situación en que se encontraba la condesa, que esta escena nocturna ocurría en 1591, época en la cual la guerra civil se extendía por toda la Francia, y todas las leyes carecían de vigor. Los excesos de la Liga, opuesta al advenimiento de Enrique IV, excedían a todas las calamidades de las guerras de religión; y aun entonces fué tanta la licencia, que nadie se extrañaba ver que un gran señor hacía matar a su enemigo públicamente y a la luz del día. Cuando, en nombre de la Liga o de la ley, se organizaba una expedición militar, por más que obedeciera a un interés particular, obtenía los mayores elogios de uno y otro bando. Así fué cómo Balagny, que era un simple soldado, estuvo a punto de llegar a ser príncipe soberano a las mismas puertas de Francia. En cuanto a los asesinatos cometidos en familia, si nos es permitido valernos de esta expresión, la gente se ocupaba tan poco de ellos, dice un contemporáneo, como de un haz de paja, a menos que no mediaran en ellos circunstancias demasiado crueles. Algún tiempo antes de la muerte del rey, una dama de la corte asesinó a un caballero porque éste había pronunciado algunas palabras ofensivas respecto de ella. Uno de los donceles de Enrique III le dijo: «¡Vive Dios, señor, que lo ha apuñalado lindamente!»

El conde de Herouville, uno de los realistas más furibundos de Norman-

día, valiéndose del rigor de estas ejecuciones, mantenía obediente a Enrique IV toda la parte de esta provincia lindante con Bretaña. Había aumentado considerablemente la renta de sus muchas tierras contrayendo matrimonio, siete meses antes de la noche en que da principio esta historia, con Juana de Saint-Savín, joven doncella que, por una casualidad muy común en aquel tiempo en que las gentes morían como moscas, había reunido de pronto en su posesión los bienes de las dos ramas de la casa de Saint-Sevín. Los únicos testigos de este enlace fueron la necesidad y el terror. En un banquete dado dos meses después al conde y a la condesa de Herouville por la ciudad de Bayeux, con motivo de sus bodas, surgió una discusión que pareció impertinente en aquella época de ignorancia: discutíase sobre la supuesta legitimidad de los hijos nacidos diez meses después de la muerte del marido o a los siete de la primera noche de boda.

—Señora—dijo brutalmente el conde a su mujer—, no podré poner remedio si dais a luz un hijo a los diez meses de mi muerte; mas para vuestro estremo os aconsejo que no paráis a los siete.

El joven marqués de Verneuil, creyendo que el conde bromeaba, le preguntó:

—¿Y qué haríais, oso viejo?

—Retorcería tranquilamente el pescuezo a la madre y al hijo.

Tan terminante respuesta dió término a aquella discusión imprudente-

mente suscitada por un señor bajo normando. Los asistentes al banquete guardaron silencio contemplando con una especie de terror a la linda condesa de Herouville. Todos tenían la convicción de que, si llegaba el caso, el feroz aristócrata cumpliría la amenaza.

La brutal contestación del conde repercutió en el seno de la joven esposa, que se hallaba ya encinta; en aquel instante, tuvo el presentimiento de que daría a luz a los siete meses. La condesa sintió de pies a cabeza un calor interior, que concentró la vida en el corazón con tanta violencia, que exteriormente le pareció como si se hubiera metido en un baño de agua helada. Desde entonces, no pasó día sin que aquel movimiento de terror secreto reprimiera los más inocentes impulsos de su alma. El recuerdo de la mirada del conde y del tono de voz con que éste contestó helaba aún la sangre de la condesa y acallaba sus dolores, cuando, inclinada sobre aquella cabeza dormida, pretendía descubrir en ella, durante el sueño, los indicios de una compasión que en vano buscaba en su marido cuando despierto. Como aquella criatura sentenciada a muerte antes de abandonar las entrañas de su madre le pidiera salir a luz con un movimiento vigoroso, la pobre mujer exclamó con voz que semejaba un suspiro:

—¡Pobre hijo!...

No terminó la frase, porque hay ideas que una madre no puede soportar. Incapaz de raciocinar en aquel

momento, la condesa se quedó como ahogada por una angustia desconocida. De sus ojos brotaron dos lágrimas que rodaron lentamente por sus mejillas, trazando en ellas dos líneas brillantes y se quedaron suspendidas en el extremo de su blanco rostro, parecidas a dos gotas de rocío en una azucena. ¿Se atrevería a sostener ningún sabio que la criatura se encuentra en un terreno neutral al que no llegan las emociones de la madre durante esos instantes en que el alma abarca al cuerpo haciéndole partícipe de sus impresiones, en que el pensamiento infiltra en la sangre bálsamos reparadores o flúidos venenosos? ¿El terror que agitaba al árbol perturbó al fruto? ¿La frase: «¡Pobre hijo!» fué una sentencia dictada por una visión de su porvenir? ¡Fué muy enérgico el estremecimiento de la madre, y muy penetrante su mirada!

La sangrienta respuesta del señor de Herouville era un eslabón que enlazaba misteriosamente el pasado de su esposa con aquel alumbramiento prematuro. Aquellas odiosas sospechas, expresadas ante los comensales, infundieron en los recuerdos de la condesa el terror que tenía resonancia hasta el porvenir. Desde aquel fatal banquete, procuraba echar al olvido, con tanto temor como cualquiera otra mujer hubiera tenido placer en evocarlas, mil escenas sueltas que su viva imaginación le trazaba frecuentemente a pesar de sus esfuerzos. Desechaba la conmovedora contemplación de aquellos felices días en que su corazón amaba

con entera libertad. Aquellos recuerdos, semejantes a las melodías del país natal que hacen llorar a los desterrados, le reproducían tan gratas sensaciones, que su juvenil conciencia se las censuraba como si hubieran sido otros tantos crímenes, y se valía de ellas para que la promesa del conde fuese más terrible aún; en esto estaba el secreto del horror que oprimía el corazón de la joven.

El rostro de las personas dormidas presentan una especie de suavidad debida al completo reposo del cuerpo y de la inteligencia; mas, aunque esta calma no modificara gran cosa la dura expresión de las facciones del terrible aristócrata, la ilusión ofrece tan gratos espejismos a los desdichados, que la condesa acabó por vislumbrar una esperanza en aquella tranquila fisonomía. La tempestad que desgajaba entonces torrentes de lluvia, sólo hacía oír ya un melancólico mugido; sus celos y sus dolores le dieron igualmente un instante de reposo.

Juana divisó al pronto en lontananza, el modesto castillo en que transcurrió su tranquila infancia; el verde prado, el cristalino y fresco arroyuelo, el cuartito, teatro de sus primeros juegos. Se vió cortando flores, plantándolas, sin comprender por qué éstas se marchitaban sin crecer, a pesar del cuidado que tenía en regarlas. Después divisó, más lejos y confusamente aún, la inmensa ciudad y el gran palacio ennegrecido por el tiempo, adonde su madre la llevó a los siete años. Su burlesca memoria puso ante sus ojos las

canosas cabezas de los maestros que la atormentaban. Al través de un torrente de palabras españolas o italianas, repitiendo mentalmente canciones al son de un bonito rabel, recordó al autor de sus días. A su regreso del palacio de Justicia, salía al encuentro del presidente, miraba cómo se apeaba de su mula a la puerta de su morada, se apoderaba de una de sus manos para subir con él la escalera, y con su graciosa gárrula disipaba las preocupaciones judiciales de que no siempre se desprendía al dejarse de la toga negra o encarnada, cuya piel blanca mezclada de negro cortó por travesura a tijeretazos. Sólo dirigió una mirada al confesor de su tía, superiora de las Clarisas, hombre rígido y fanático, encargado de iniciarla en los misterios de la religión. El viejo cura, endurecido por las severidades que necesitaba la herejía, sacudía a cada paso las cadenas del infierno; no hablaba más que de las venganzas celestes, y hacía tímida a la joven persuadiéndola de que estaba siempre en presencia de Dios. Juana, al volverse pusilánime, no se atrevía a levantar la vista del suelo, y ya no sentía más que respeto hacia su madre, a la que hasta entonces había hecho partícipe de sus travesuras. Desde aquel momento siempre que veía a aquella mujer querida fijar en ella sus ojos azules con apariencia de enojo, un religioso temor se apoderaba de su corazón.

De pronto volvióse a encontrar en la segunda época de su infancia, durante la cual aun no comprendía nada

de las cosas de la vida. Consideró con sentimiento casi burlón aquellos días en que toda la felicidad consistía en ayudar a su madre en las labores en una salita, en rezar en la iglesia, en cantar una romanza acompañándose con el rabel, en leer furtivamente algún libro de caballería, en deshojar una flor por curiosidad, en averiguar qué regalos le haría su padre el día de su santo, y en adivinar el sentido de las frases que dejaban sin terminar en su presencia. En seguida borró con un pensamiento, como se borra el trazo de un lápiz en un álbum, las gra-tas y juveniles emociones que durante aquel momento en que no sentía dolores, acababa de escogerle su imaginación entre todos los cuadros que podían ofrecerle los diez y seis primeros años de su vida. La gracia de aquel puro y tranquilo océano quedó muy pronto eclipsada por el brillo de un recuerdo más fresco, aunque borrasco-so. La dichosa paz de su infancia le ofrecía menos dulzura que uno solo de los sobresaltos de que estuvieron sembrados los dos últimos años de su vida, años ricos en tesoros sepultados para siempre en su corazón. Acudió de pronto a la memoria de Juana aquella encantadora mañana en que, precisamente en el fondo del gran locutorio de roble esculpido que servía de comedor, vió por vez primera a su gallardo primo. La familia de su madre, atemorizada por las frecuentes revueltas de París, enviaba a aquel joven cortesano a Rouen, con la esperanza de que allí adquiriría la práctica de la magis-tratura al lado de su tío, cuyo empleo pasaría a él algún día. La condesa se sonrió involuntariamente pensando en la prontitud con que se había retirado, apenas hubo reconocido a aquel pa-riente esperado a quien no conocía. A pesar de la prontitud con que abrió y cerró la puerta, la mirada que le echó dejó en su alma una impresión tan vi-gorosa de esta escena, que en aquel momento le pareció verle tal como es-taba al volverse. Entonces sólo admi-ró a hurtadillas el lujo y elegancia de su traje confeccionado en París; pero ahora, más atrevida en su recuerdo, su mirada pasaba con entera libertad des-de el capotillo de terciopelo morado bordado de oro y forrado de seda, hasta las hebillas que guarnecían el calzado, y desde las bonitas cuchilladas de su jubón a la rica gorguera de finísimo encaje que dejaba ver un cuello de ní-tida blancura. Acariciaba con la mano un rostro caracterizado por un bigote alzado en punta y por una perilla pa-recida a esas colas de armiño que ta-chonaban la muceta de su padre. En medio de la quietud de la noche, con los ojos fijos en las cortinas de moaré, aunque sin verlas, olvidando la tem-pestad y a su esposo, Juana se atrevió a recordar cómo, después de muchos días que, a juzgar por lo mucho que la ocuparon, le parecieron años, el jar-dín rodeado de vetustos muros y el obscuro palacio de su padre se le pre-sentaron luminosos y dorados; amaba y era correspondida; recordó también cómo, para escapar a las severas mira-das de su madre, penetró una mañana

en el despacho de su padre para comunicarle sus secretillos, después de sentarse en sus rodillas y de permitirse ciertas travesuras que hicieron asomar la sonrisa a los labios del elocuente magistrado, sonrisa que la joven aguardaba para decirle: «Si os confieso una cosa, ¿me reñiréis?» Aun creía oír la voz de su padre al contestarle, después de un interrogatorio en que por primera vez hablaba de su amor: «Perfectamente, hija mía; allá veremos. Si es estudioso, si quiere sucederme, si continúa agradándote, conspiraré contigo.» Juana, sin esperar más explicaciones, besó al autor de sus días y salió, derribando papelotes, para correr el gran tilo junto al cual encontraba todas las mañanas, antes de levantarse su temible madre, al gentil Jorge de Chaverny. El primo le prometía devorar las leyes y las costumbres, y despojarse de las ricas preesas de la nobleza de espada, para vestir el severo traje de los magistrados. «Me agrada más vestido de negro», le había dicho ella. Al decir esto, la joven mentía, pero esta mentira compensaba a su amado la tristeza de haberse desprendido de la daga. El recuerdo de los medios de que se valía para engañar a su madre, cuya severidad parecía excesiva, le proporcionó los goces profundos de un amor inocente, permitido y compartido. A veces era alguna cita al pie de los tilos, en que podían hablar con más libertad y lejos de curiosas miradas; a veces los furtivos abrazos y los besos dados por sorpresa; en fin, todos los sencillos antici-

pos de la pasión que no excede de los límites de la modestia. Reviviendo como en sueños aquellos días venturosos en que se echaba en cara haber disfrutado de demasiada felicidad, se atrevió a estampar un beso en el vacío en aquel rostro juvenil de miradas ardientes y aquella boca encarnada que tan bien le hablaba de amor. Había amado a Chaverny, pobre en apariencia; pero, ¡cuántos tesoros no había descubierto en aquella alma tan dulce como fuerte! De pronto muere el presidente, Chaverny no le sucede, y sobreviene la guerra civil con todas sus fatales consecuencias. Merced a su primo, Juana y su madre encuentran un asilo secreto en una pequeña ciudad de la baja Normandía, y no tarda la joven en convertirse en una de las más ricas herederas de Francia, gracias al fallecimiento de algunos de sus parientes. Con la mediocridad de la fortuna, huye la dicha. La salvaje y terrible figura del conde de Herouville, que desea desposarse con ella, se le aparece como una nube preñada de rayos que extiende su negro manto sobre la tierra hasta entonces acariciada por el sol. La pobre condesa se esfuerza en borrar de su imaginación el recuerdo de las escenas de desesperación y de lágrimas motivadas por su larga resistencia. Ve confusamente la pequeña ciudad presa de las llamas, luego a Chaverny, el hugonote, reducido a prisión, amenazado de muerte y aguardando su horrible suplicio. Llega aquella espantosa velada en que su madre, pálida y medio muerta, su arroja a sus

plantas. Juana puede salvar a su primo, y cede. Es de noche; el conde de Herouville, que ha regresado del combate, manchado de sangre, está dispuesto, y hace surgir un sacerdote, cirios, una iglesia. Juana pertenece ya a la desventura. Apenas puede despedirse de su primo, libre ya de la prisión. «Chaverny—le dice—, si me amas, ¡no vuelvas a verme jamás!» Oye cómo se aleja el rumor de los pasos de su noble amigo, a quien no ha vuelto a ver; pero conserva en lo más profundo de su corazón su postrer mirada que tan a menudo ve en sueños y que los ilumina. Juana, cual gato encerrado en la jaula de un león, teme a cada momento las garras de su señor, siempre levantadas sobre ella. La condesa considera gran delito vestir, en ciertos días consagrados por algún placer inesperado, el traje que llevaba cuando vió a su amante. Hoy, para ser feliz, debe dar al olvido el pasado y no pensar en el porvenir.

—No me creo culpable—dice para sí—; pero si a los ojos del conde lo parezco, ¿no es como si lo fuera? ¡Quizás lo soy! ¿La Santísima Virgen no concibió sin...?

No terminó la frase.

En aquel momento en que la niebla obscurecía sus ideas, en que su alma emprendía el vuelo por el mundo de las fantasías, su candidez le hizo atribuir a la última mirada, en la que su amante le infiltró toda su vida, el poder que ejerció la visitación del ángel en la madre del Salvador. Aquella suposición, digna del tiempo de inocen-

cia a que la había transportado su ensueño, desapareció ante el recuerdo de una escena conyugal más odiosa que la muerte. La desgraciada joven no podía dudar de la legitimidad del hijo que llevaba en sus entrañas. Apareciósele la primera noche de bodas en todo el horror de sus suplicios, trayendo en pos otras muchas noches y días más aciagos.

—¡Pobre Chaverny!—exclamó vertiendo amargas lágrimas—. ¡Tú tan sumiso, tan gracioso, tú siempre fuiste tan bueno para mí!

Volvió la cabeza hacia su esposo como para convencerse aún de que aquel rostro le prometía una clemencia comoda a tanta costa, y vió que estaba despierto. Sus amarillentos ojos brillaban bajo sus espesas cejas como los de un tigre, y su mirada jamás había sido tan incisiva como en aquel momento. La condesa, asustada de haber tropezado con ella, se cubrió el rostro con la colcha, quedándose inmóvil.

El conde, destapándola, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Aquella voz, que tanto espanto producía siempre en la joven, tenía en aquel instante cierta suavidad ficticia que le pareció de buen agüero.

—Sufro muchísimo—contestó.

—¿Crees, acaso, que es un crimen padecer, hija mía? ¿Por qué tiemblas cuando fijo en ti mis miradas? ¡Ah! ¿Qué se debe hacer para ser amado?

Todas las arrugas de la frente del conde se aglomeraron entre sus dos cejas, y añadió suspirando:

—Veo que siempre te causo miedo. Juana, aconsejada por el instinto de los caracteres débiles, interrumpió a su esposo prorrumpiendo en algunos gemidos, y exclamó:

—Temo que me sobrevenga un aborto. Toda la tarde he estado corriendo por las rocas, y sin duda me he cansado en demasía.

Al oír las palabras de su mujer, el conde le lanzó una mirada tan desconfiada, que ella se puso encendida y se sobresaltó. El señor de Herouville atribuyó el miedo que inspiraba a la pobre criatura, a la expresión de un remordimiento.

—Quizá sean los síntomas de un parto natural—objetó el conde.

—¿Y qué?

—Que de un modo u otro, es preciso la presencia de un hombre hábil, y voy a buscarlo.

La condesa quedó helada ante el aspecto sombrío que iba unido a estas palabras. La pobre joven volvió a tenderse en el lecho exhalando un suspiro arrancado más bien por el sentimiento de su suerte que por las angustias de la crisis que se aproximaba. Aquel gemido acabó de despertar en el ánimo del terrible conde las sospechas que abrigaba. Fingiendo una calma desmentida por el tono de su voz, y por sus gestos y miradas, se levantó apresuradamente, se puso una túnica que había sobre un sillón, y empezó por cerrar una puerta situada junto a la chimenea y por la cual se pasaba del cuarto de respeto a las salas de recepción que comunicaban con la

escalera de honor. Juana, al ver que el conde se guardaba la llave, presintió alguna desgracia; le oyó abrir la puerta opuesta a la que acababa de cerrar, y pasar a otra habitación donde los condes de Herouville solían dormir cuando no honraban a sus mujeres con su noble compañía. Sólo de oídas conocía la condesa el destino de aquella estancia, pues los celos obligaban a su marido a dormir siempre con ella. Cuando el conde tenía que dejar el lecho de honor, a causa de alguna expedición militar en que tomaba parte, encargaba a varios Argos el incesante espionaje que revelaba sus ofensivas desconfianzas. A pesar de la atención que prestaba la condesa para percibir el menor ruido, ya no oyó nada. El conde había llegado a una larga galería contigua a su cámara, y que estaba en el ala occidental del castillo.

El cardenal de Herouville, su tío, aficionadísimo a las obras de imprenta, había reunido allí una biblioteca tan curiosa por el número de los volúmenes como por la belleza de los mismos, y la prudencia le hizo practicar en las paredes uno de esos inventos aconsejados por la soledad o por el miedo monástico. Una cadena de plata hacía vibrar, por medio de hilos invisibles, una campanilla colocada a la cabecera de la cama de un servidor fiel. El conde tiró de aquella cadena, y casi al punto un escudero de guardia hizo resonar el ruido de sus botas y de sus espuelas en las baldosas sonoras de una escalera de caracol de la alta torre que flanqueaba el ángulo occidental del

castillo por la parte del mar. El conde, al oír que se acercaba su servidor, fué a recorrer los muelles de hierro y los cerrojos que defendían la puerta secreta por la cual la galería comunicaba con la torre, e hizo entrar en aquel santuario de la ciencia a un hombre de armas cuyo aspecto revelaba que era un criado digno de tal amo. El escudero, medio dormido aún, parecía haber andado instintivamente; la linterna de asta que llevaba en la mano alumbró tan débilmente la larga galería, que tanto el criado como su señor se esfumaban en la obscuridad como dos fantasmas.

—Ensilla inmediatamente mi caballo de batalla y disponte a acompañarme.

Esta orden fué pronunciada en un tono que despertó la inteligencia del servidor; éste levantó los ojos hacia el conde y tropezó con una mirada tan penetrante, que recibió a modo de una sacudida eléctrica.

El conde, poniendo la mano derecha en el brazo del escudero, añadió:

—Beltrán, quitate la coraza y ponte el traje de capitán de migueletes.

—¡Vive Dios, monseñor, disfrazarme de ligero!... Seréis obedecido, pero confieso que preferiría que me ahorcasen.

El conde, lisonjeado en su fanatismo, sonrió; mas para borrar aquella sonrisa que pugnaba con la hosca expresión de su semblante, respondió en tono brusco:

—Ves a la cuadra y elige un caballo bastante vigoroso para que puedas se-

guirme; correremos como balas disparadas por un arcabuz. Cuando yo esté pronto, has de estarlo tú. Volveré a llamarte.

Beltrán se inclinó y abandonó la estancia sin contestar; pero cuando hubo descendido algunos escalones, dijo para sí, oyendo el fragor del huracán:

—¡Voto a bríos! ¡Por ahí fuera andan sueltos todos los demonios! ¡me habría extrañado ver que ése estaba quieto! Con una tempestad como ésta sorprendimos a Saint-Lo.

El señor de Herouville buscó en su cámara el traje que solía servirle para sus estratagemas. Después de ponerse una casaca bastante estropeada, que parecía pertenecer a uno de esos pobres reitres cuyo sueldo casi nunca pagaba Enrique IV, volvió a la cámara en la que gemía su esposa, y le dijo:

—Procura soportar tus sufrimientos con paciencia. Reventaré, si es preciso, mi caballo para volver cuanto antes a aplacar tus dolores.

La condesa, animada por estas palabras que no anunciaban nada malo, iba a hacer una pregunta, cuando su marido le dijo de pronto:

—¿Podrás decirme dónde están tus antifaces?

—¡Mis antifaces! ¿Para qué los quieres?

—¿Dónde están?—respondió el conde con su acostumbrada violencia.

—En el arca.

La condesa se alarmó al ver a su esposo escoger entre sus antifaces uno de los llamados *touret de nez*, cuyo uso era tan natural entre las damas de

aquel tiempo como pueda serlo el de los guantes entre las mujeres del actual.

Difícil sería conocer al señor de Herouville luego que hubo cubierto su cabeza con un mal sombrero de fieltro gris, adornado de una vieja pluma de gallo rota. Cinióse un ancho cinturón de cuero del cual suspendió una daga que no tenía costumbre de llevar, y aquel miserable disfraz le dió un aspecto tan terrible, y se acercó a la cama con paso tan extraño, que su mujer creyó llegada su última hora.

—¡ Por Dios, no nos mates! — exclamó—. Déjame a mi hijo y te querré mucho.

—¿ Acaso te consideras tan culpable que me ofreces como rescate de tus faltas el amor que me debes tener?

Bajo el antifaz de terciopelo, la voz del conde tuvo un sonido lúgubre; a sus amargas palabras acompañó una mirada pesada como plomo y que anonadó a la condesa al caer sobre ella.

—¡ Dios mío! — exclamó ésta con doloroso acento—. ¿ Será funesta la inocencia?

El conde, saliendo de la meditación a que se había entregado, respondió:

—No se trata ahora de tu muerte, sino que hagas exactamente, y por amor mío, lo que reclamo en este momento de ti.

Arrojó sobre el lecho uno de los dos antifaces que llevaba, y se sonrió de lástima al ver el gesto de terror involuntario que hizo su mujer al percibir el leve choque del terciopelo negro.

—No harás de mí más que un chiquillo travieso — añadió el conde—. Cuando yo vuelva te cubrirás el rostro con este antifaz; no quiero que un villano pueda vanagloriarse de haber visto a la condesa de Herouville.

—¿ Por qué buscas a un hombre para este trabajo? — le preguntó Juana en voz baja.

—¿ Por ventura no soy el amo aquí?

—¡ Qué importa un misterio más! — exclamó, desesperada, la joven.

El conde se había marchado ya, así es que esta exclamación no fué peligrosa para ella, pues con frecuencia el opresor abusa de su fuerza tanto más cuanto más temor manifiesta el oprimido.

En uno de los momentos de calma que mediaban durante el fragor de la tempestad, la condesa oyó el paso de dos caballos que parecían volar al través de las dunas peligrosas y las peñas en que se asentaba el vetusto castillo. El estruendo de las olas se superpuso pronto a aquel ruido. En breve la joven se encontró prisionera en aquella sombría estancia, sola durante una noche alternativamente silenciosa y amenazadora, y sin auxilio alguno para evitar una desgracia que veía llegar a pasos agigantados. La condesa se puso a discurrir el medio de salvar aquella criatura concebida entre lágrimas y en la cual cifraba ya todo su consuelo, el principio de sus ideas, el porvenir de sus afectos, su única, su débil esperanza. Sostenida por su valor maternal, tomó la trompetilla de caza de que se valía su marido para llamar a sus

servidores, abrió una ventana y sacó del pequeño instrumento de metal sonidos tenues que se perdieron en la vasta extensión de las aguas como pompa de jabón lanzada al espacio por un niño. Comprendió la inutilidad de aquel lamento ignorado de los hombres y se puso a andar por las habitaciones, esperando que no estarían cerradas todas las salidas. Al llegar a la biblioteca, buscó si habría allí algún pasadizo secreto, pero todo fué inútil; atravesó la larga galería de los libros, se acercó a la ventana más próxima al patio de honor del castillo, arrancó de nuevo agudos sonidos a la trompetilla y luchó sin resultado con la voz del huracán. En su desaliento, pensaba confiarse a una de sus servidoras, todas hechuras de su marido; mas al penetrar en su oratorio vió que el conde había cerrado la puerta que comunicaba con las habitaciones de aquellas. Descubrimiento horrible fué éste. Tantas precauciones tomadas para aislarla anunciaban el deseo de proceder sin testigos a alguna horrorosa ejecución. Los dolores de la condesa eran más agudos y más ardientes a medida que ésta iba perdiendo toda esperanza. El presentimiento de un asesinato posible, unido al cansancio de sus esfuerzos, hizo que le abandonaran las pocas fuerzas que le quedaban. Parecíase al náufrago que sucumbe, arrebatado por una última ola menos furiosa que todas cuantas había vencido. Los dolores del alumbramiento no le permitieron contar las horas. En el momento en que se creyó a punto de

dar a luz, sola, sin auxilio, y en que se unía a sus terrores el temor de los peligros a que estaba expuesta por su inexperiencia, se presentó el conde de pronto, sin que le hubiera oído llegar. Aquel hombre apareció allí como un demonio que, al expirar el plazo pactado, acudiese a reclamar el alma que se le ha vendido; refunfunó al ver que su mujer tenía la cara descubierta, y, después de ponerle el antifaz, se la llevó en brazos y la dejó en el lecho de su cámara.

El espanto que causó a la condesa aquella aparición y aquel brusco traslado acalló por un momento sus dolores; dirigió una furtiva mirada sobre los actores de aquella escena misteriosa, y no conoció a Bertrán que, como su amo, se había cubierto el rostro con un antifaz. Después de encender apresuradamente algunas bujías cuya claridad se mezclaba con los primeros rayos del sol naciente que enrojecía las vidrieras, aquel servidor fué a apoyarse en el ángulo del alféizar de una ventana. Allí, con el rostro vuelto a la pared, parecía calcular el espesor de ésta, y tal era su inmovilidad, que se le habría tomado por la estatua de un caballero. En medio de la cámara, la condesa vió un hombre grueso y diminuto que tenía los ojos vendados y la cara tan trastornada por el terror, que le fué imposible a la joven adivinar su expresión habitual.

El conde, haciendo caer hasta el cuello con un movimiento brusco la venda que cubría los ojos del hombre-cillo, dijo:

—¡Cuidado, señor pícaro! no trates de mirar otra cosa más que la miserable en la que vas a ejercer tu ciencia; de lo contrario te precipitaré al río que pasa al pie de estas ventanas después de adornarte el cuello con un collar de diamantes que pesarán más de cien libras.

Y al mismo tiempo tiró ligeramente sobre el pecho del estupefacto desconocido la corbata que había servido de venda.

—Examina, ante todo — continuó el conde—, si es un aborto; pero si la criatura está viva, me la entregarás.

Dicho esto, el conde agarró por la mitad del cuerpo al pobre operador, le levantó del sitio en que estaba y lo plantó delante de la condesa; después fué a situarse delante de la ventana y con los dedos se puso a tocar el tambor en los vidrios, dirigiendo alternativamente la vista a su servidor, al lecho y al océano, como si prometiera al ser que había de nacer el mar por cuna.

El hombre a quien el conde y Beltrán acababan de arrancar con violencia inaudita del sueño más dulce de cuantos hayan cerrado párpado humano, para colocarlo a la grupa en un caballo que pudo creer perseguido por el diablo, era un sujeto cuya fisonomía serviría para caracterizar la de aquella época y cuya influencia se hizo, por otra parte, sentir en la casa de Herouville.

Jamás, en tiempo alguno, estuvieron los nobles menos instruídos en ciencias naturales, ni estuvo tan dig-

nificada la astrología judiciaria, porque nunca se deseó tan vivamente como entonces conocer el porvenir. Aquella ignorancia y curiosidad generales habían introducido en los conocimientos humanos una gran confusión; todo era práctica personal, porque aun faltaban las nomenclaturas de la teoría; la imprenta exigía enormes dispendios, muy poco rápidas eran las comunicaciones científicas, y la Iglesia perseguía aún las ciencias de puro examen que se basaban en el análisis de los fenómenos naturales. La persecución engendraba el misterio. Así, pues, físico y alquimista, matemático y astrónomo, astrólogo y nigromante, eran, tanto para el pueblo como para los grandes, seis atributos que se confundían en la persona del médico. En aquella época se sospechaba que el médico superior cultivaba la magia; y al curar a sus enfermos, debía hacer horóscopos. Los príncipes dispensaban su protección a esos genios que leían el porvenir, y los alojaban y mantenían en sus casas. El famoso Cornelio Agripa, llegado a Francia para ser médico de Enrique II, habiendo querido pronosticar lo futuro, como lo hacía Nostradamus, fué despedido por Catalina de Médicis, reemplazándolo por Cosme Ruggieri. Así, pues, difícilmente se apreciaba a los hombres superiores a su época y que se consagraban a las ciencias; todos inspiraban el terror que se tenía a las ciencias ocultas y a sus resultados.

Sin ser precisamente uno de esos célebres matemáticos, el hombre arre-

batado por el conde, gozaba en Normandía de la reputación equívoca que solía tener todo médico que intervenía en operaciones tenebrosas. Aquel hombre era una especie de brujo de esos que los aldeanos de muchos puntos de Francia llaman todavía un *hechicero*. Este nombre se daba a algunos genios incultos que, sin estudio aparente pero mediante conocimientos heredados y frecuentemente por efecto de una larga práctica cuyas observaciones se acumulaban en una familia, curaban empíricamente, es decir, reponían piernas y brazos fracturados, combatían ciertas enfermedades de animales y personas, y poseían secretos que se suponían maravillosos para el tratamiento de casos graves.

Maese Antonio Beauvoulair, que así se llamaba el curandero, no tan sólo había tenido por padre y por abuelo dos famosos prácticos de los cuales había heredado importantes tradiciones, sino que también conocía la medicina, y se dedicaba a las ciencias naturales. Las gentes del campo veían su despacho lleno de libros y de cosas extrañas que daban a sus curas afortunadas cierto aspecto mágico. Maese Beauvoulair, sin pasar precisamente por hechicero, imprimía, a treinta leguas a la redonda, un respeto rayano en terror a las gentes del pueblo; y, cosa más peligrosa para sí mismo, tenía a su disposición secretos de vida y de muerte relativos a las familias nobles del país. Era, como su abuelo y su padre, muy hábil en los partos y abortos. Y en aquellos tiempos de desórdenes, las fal-

tas fueron bastante frecuentes y las pasiones sobrado malas para que la alta nobleza se viera obligada frecuentemente a iniciar a maese Antonio Beauvoulair en secretos vergonzosos o terribles. Como su discreción era a toda prueba, como necesaria para su seguridad, sus clientes le pagaban espléndidamente; así es, que su fortuna hereditaria aumentaba de día en día. Siempre ausente de su casa, a veces sorprendido como acababa de serlo por el conde, a veces obligado a permanecer muchos días en casa de una gran dama, aun no se había casado, fuera de que su renombre era causa de que muchas solteras no lo quisieran por marido. El pobre curandero, incapaz de buscar consuelos en los azares de su profesión que le confería tanto poder sobre las debilidades femeninas, se sentía hecho para los goces de la familia sin poder conseguirlo. Bajo las apariencias engañosas de un carácter alegre, en armonía con su cara mofletuda, con sus formas redondas, con la vivacidad de su rechoncho cuerpecillo y la franqueza de su trato, el personaje que nos ocupa ocultaba un excelente corazón. Su deseo de contraer matrimonio era para poder tener una hija que transfiriese su hacienda a cualquier caballero pobre; porque su profesión de curandero no le agradaba mucho, y quería sacar a su familia de la situación en que la ponían las preocupaciones de la época. Además, su carácter se amoldaba perfectamente a las diversiones y las comidas con que era obsequiado después de sus principales opera-

ciones. Acostumbrado a verse tratado en todas partes como hombre de importancia, había agregado a su natural jovialidad una dosis de vanidad grave. Sus impertinencias eran siempre bien admitidas en los momentos de crisis, durante los cuales se complacía en operar con cierta lentitud magistral. Además, era curioso como un ruiseñor, goloso como un galgo y locuaz a la manera de los diplomáticos que hablan sin revelar nunca sus secretos. Haciendo caso omiso de estos defectos, desarrollados en él por las aventuras en que frecuentemente se hallaba envuelto en razón de su profesión, Antonio Beauvouloir pasaba por ser el hombre menos malo de Normandía. Aunque podía contársele entre el escaso número de espíritus superiores de su tiempo, su sentido práctico de campesino normando le había aconsejado tener ocultas las ideas adquiridas y las verdades que descubría.

Al verse colocado por el conde frente a una mujer próxima a dar a luz, el curandero recobró toda su presencia de ánimo. Tomó el pulso a la dama que tenía tapado el rostro con el antifaz, sin pensar en modo alguno en ella, y sólo porque, gracias a aquella actitud doctoral, podía reflexionar y reflexionaba en su propia situación. En ninguna de las vergonzosas y criminales intrigas en que había intervenido como instrumento ciego, se habían tomado tantas y tan prudentes precauciones como en aquella. Aunque en más de una ocasión se había discutido su muerte como medio de asegurar

el buen resultado de las empresas en que tomaba parte a pesar suyo, nunca vió tan comprometida su existencia como en aquel momento. Así, pues, resolvió ante todo conocer a los que de él se valían y averiguar así la extensión del peligro que corría, a fin de poder salvar el pellejo, y preguntó con voz baja, preparando a la condesa para recibir los socorros de su ciencia:

—¿De qué se trata?

—No le entreguéis la criatura—contestó la paciente.

—Habla en voz alta—dijo el conde con voz tonante que impidió a maese Beauvouloir oír la última palabra pronunciada por la víctima—; de lo contrario —añadió después disfrazando cuidadosamente su voz—, di tu *In manus*.

—Quejaos en alta voz—dijo el curandero a la condesa—, porque ese hombre tiene pedrerías que no os sentarían mejor que a mí. ¡Animo, señora!

—Ten la mano ligera — volvió a gritar el conde.

—El señor tiene celos—respondió el operador con vocecilla agria, por fortuna ahogada por los gritos de la condesa.

En esta ocasión, la Naturaleza se mostró clemente con el pobre Beauvouloir; aquel parto fué más bien un aborto, tan endeble era la criatura que salió a luz; por lo cual causó pocos dolores a su madre.

—¡Por el vientre de la Virgen! — exclamó el curioso curandero—. Esto no es un mal parto.

El señor de Herouville hizo retemblar el pavimento pateando rabiosamente, y la condesa pellizcó a maese Beauvouloir.

—¡ Ah! ¡ ya comprendo! — dijo éste para sí—. ¿ Conque debía ser un mal parto? — preguntó en voz muy baja a la condesa, que le contestó con un ademán afirmativo, como si este ademán hubiera sido el único lenguaje que pudiera expresar sus pensamientos—. Esto no está aún bien claro para mí — pensó.

Beauvouloir, como todas las personas hábiles en su arte, conocía fácilmente a la mujer a la que le sucedía su primera desgracia, según decía. Aunque la púdica inexperiencia de ciertos movimientos de la condesa revelara al malicioso curandero la virginidad de éstas, aquél exclamó:

—La señora da a luz como si nunca hubiera hecho otra cosa.

El conde, con una calma más espantosa que su cólera, dijo entonces:

—¡ Venga la criatura!

—¡ Por Dios, no se la deis! — exclamó la víctima con un grito casi salvaje que despertó en el corazón de Beauvouloir una cariñosa bondad que le hizo apiadarse, más de lo que él mismo hubiera creído, de aquella noble criatura renegada de su padre.

—Aun no ha nacido — respondió friamente ocultando el aborto.

El curandero, extrañado de no oír vagidos, miró al niño creyéndole muerto. Entonces el conde echó de ver su superchería y llegó hasta él de un salto.

—¡ Voto a Dios! ¿ Me entregarás la criatura? — dijo el señor arrancándole el recién nacido, que exhaló entonces tenues gritos.

—Cuidado, señor, porque es contrahecho y casi no tiene consistencia — dijo maese Beauvouloir agarrándose al brazo del conde—: Probablemente es sietemesino.

Luego, con una fuerza superior comunicada por una especie de exaltación, agarró la mano del aristócrata, diciéndole al oído con voz entrecortada:

—Ahorraos un crimen, porque esta criatura no vivirá.

—¡ Malvado! — replicó vivamente el padre, de cuyas manos había arrancado Beauvouloir al niño—. ¿ Quién te dice que deseo la muerte de mi hijo? ¿ No ves cómo le acaricio?

—Pues para acariciarle del modo que lo hacéis, debéis aguardar a que tenga diez y ocho años — respondió el curandero, recobrando su importancia—. Pero—añadió pensando en su propia seguridad, porque acababa de conocer en su déspota interlocutor al señor de Herouville, que en su arrebató se había olvidado de fingir la voz—, bautizadle pronto, y no digáis a la madre mi opinión, porque pondría en peligro su existencia.

La alegría secreta que el conde demostró con el gesto que hizo cuando se le profetizó la muerte del recién nacido, sugirió al curandero aquella frase que acababa de salvar al niño; el hombrecillo se apresuró a llevárselo a la madre, que estaba desmayada, y se

la mostró con un ademán irónico al conde para asustarle por el estado en que su altercado la había puesto. pero después de la última frase que le dijo el algebrista, se volvió a él frenéticamente, y sacó su daga.

La condesa había oído la conversación de los hombres, porque no es raro ver en las grandes crisis de la vida, que los órganos adquieren una sutileza inaudita; los gritos de su hijo, dejado sobre la cama, la volvieron como por encanto a la vida, y le pareció oír la voz de los ángeles cuando, a favor de los vagidos del niño, el operador le dijo acercándose a su oído:

—Cuidadlo bien y vivirá cien años; Beauvouloir lo entiende.

El curandero recibió por recompensa un suspiro celestial y un misterioso apretón de manos de la condesa. El hombrecillo, antes de entregar a las caricias de la madre impaciente aquella débil criatura cuya piel llevaba aún la marca de los dedos de su padre, quiso cerciorarse de si la caricia del conde había causado algún daño en tan ruín organismo. El movimiento de loca alegría con que la madre ocultó el fruto de sus entrañas a su lado y la amenazadora mirada que lanzó al conde por los dos agujeros de su antifaz, estremecieron a Beauvouloir, el cual dijo al conde:

—Esta señora se morirá se perderá demasiado pronto a su hijo.

El señor de Herouville, durante esta última parte de la escena, parecía no haber visto ni oído nada. Inmóvil, y como presa de profunda meditación, había vuelto a tocar el tambor con los dedos en los cristales de la ventana;

—¡Miserable patán!—exclamó dándole el calificativo con que los realistas ofendían a los de la Liga—, ¡imprudente truhán! Apenas me contiene la ciencia que te vale el honor de ser cómplice de los caballeros interesados en abrir o cerrar herencias, para privar por siempre de su brujo a la Normandía.

Dicho esto, el conde, con gran contento de Beauvouloir, volvió a envainar su daga con la misma violencia con que la había desenvainado, y prosiguió diciendo:

—¿No eres capaz de encontrarte una vez en tu vida en la honrosa compañía de un señor y de su esposa sin que acudan a tu imaginación esos malévolos cálculos que permites hacer a la canalla, sin pensar que no está autorizada para ello, por motivos plausibles, como los caballeros? ¿Puedo tener en este caso razones de Estado para obrar como supones? ¡Matar a mi hijo! ¡Arrebatárselo a su madre! ¿Cómo te has forjado esas estupideces? ¿Por ventura estoy loco? ¿Por qué nos asustas pronosticándonos que la vida de ese robusto niño será muy corta? Comprende, majadero, que he desconfiado de tu pobre vanidad. Si hubieras sabido el nombre de la dama en quien has empleado la ciencia, te habrías envainado de haberla visto, ¡voto a bríos! Quizás, por exceso de precaución, hubieras cortado la existencia a la madre

y al hijo. Pero, no olvides, tu miserable vida me responde de tu discreción y de su buena salud.

Estupefacto quedó el buen curandero al ver el repentino cambio de las intenciones del conde. Aquel arranque de ternura paternal le aterraba mucho más que la impaciente crueldad de la tétrica indiferencia que antes manifestara el señor. El acento con que éste pronunció su última frase revelaba una combinación más ingeniosa para conseguir la realización de algún propósito inmutable. Este desenlace lo atribuyó Beauvouloir a la doble promesa que había hecho al padre y a la madre.

—¡Ahora comprendo! — pensó—. El conde no quiere hacerse odioso a su mujer, y confiará en la providencia del boticario. Así, pues, será conveniente que advierta yo a esa señora que vele por su chiquillo.

Mas en el momento en que se acercaba al lecho de la enferma, el conde, que estaba apoyado en un armario, le detuvo con un gesto imperativo. Al movimiento que éste hizo alargándole un bolsillo, el curandero se creyó en el caso de tomar, no sin cierta recelosa satisfacción, el oro que brillaba al través de la malla de seda encarnada, y que se la arrojó desdeñosamente.

—Si me haces hablar como un villano, no me considero dispensado de gratificarte como un señor. No te exijo que seas discreto, porque éste que aquí ves — dijo el conde señalando a Bertrán—, ha debido explicarte que, dondequiera que hay encinas y ríos,

mis diamantes y mis collares saben dar cuenta de los patanes que hablan de mí.

El terrible conde, al decir estas palabras de clemencia, se acercó a Beauvouloir, que no las tenía todas consigo, le presentó una silla y pareció invitarle a sentarse, como él, junto al lecho de la dama.

—¿Conque tenemos un hijo, nena mía? Es mucha alegría para nosotros. ¿Sufres mucho?

—No — contestó la paciente.

Tanto la extrañeza como la inquietud de la madre, y las tardías muestras de alegría del conde, llevaron al espíritu del curandero el convencimiento de que mediaba algún incidente grave que escapaba a su penetración habitual, por lo cual persistió en sus sospechas y apoyó su mano en la de la joven, no tanto para cerciorarse de su estado como para darle algún aviso.

—La piel continúa en perfecto estado—dijo—. No hay que temer ninguna complicación. Seguramente sobrevendrá la fiebre de la subida de la leche, pero no os asustéis; eso no será nada.

Y el astuto Beauvouloir se detuvo, estrechando la mano de la enferma como para indicarle que prestara atención.

—Señora, si no queréis pasar in tranquilidad por vuestro hijo, no debéis separaros de él. Dejadle chupar mucho tiempo la leche que su boquita busca ya; amamantadle vos misma y no le deis absolutamente ninguna droga del boticario. El pecho es el reme-

dio más eficaz de todas las enfermedades de los niños. He presenciado muchos partos de siete meses, pero rara vez he visto uno tan fácil como el vuestro. Esto no me extraña. ¡Es tan flaca la criatura! ¡Cabría en un zueco! Estoy seguro de que no pesa quince onzas. ¡Leche, mucha leche! Si le dais el pecho, la salvaréis.

Estas palabras fueron acompañadas de otro apretón de manos. A pesar de las dos llamaradas que despidieron los ojos del conde por los agujeros de su máscara, el curandero pronunció aquellas frases con la imperturbable seriedad del hombre que quiere ganar honradamente su dinero.

—¡ Eh, algebrista, olvidas tu sombrero! — le dijo Beltrán en el momento en que el comadrón salía con él de la estancia.

Un *et cætera* del notario fué la causa de que el conde de Herouville se apiadase de su hijo. Cuando Beauvoulair le sujetó las manos, la avaricia y la costumbre de Normandía habían surgido ante el déspota aristócrata. Estas dos potencias le paralizaron los dedos con una seña e impusieron silencio a sus rencorosas pasiones. La Avaricia le gritó: «Los bienes de tu mujer sólo pertenecerán a la casa de Herouville cuando pasen a ella por un descendiente varón». La costumbre le presentó a la condesa moribunda y los bienes reclamados por la rama colateral de los Saint-Savin. Ambas le aconsejaron que dejase a la Naturaleza el cuidado de llevarse al recién nacido, y aguardar a que naciera otro hijo que

estuviera sano y vigoroso para poder burlarse de la vida de su mujer y de su primogénito. No vió ya un hijo, sino pasiones, y su cariño creció tan súbitamente como su ambición. En su deseo de satisfacer la costumbre, deseó que la débil criaturita tuviera el aspecto de una constitución robusta. La madre, que conocía muy bien el carácter de su marido, se quedó aún más maravillada que maese Beauvoulair, y conservó temores instintivos que en algunas ocasiones manifestaba atrevidamente; porque había veces en que el valor de las madres duplicaba su fuerza.

Durante algunos días el conde no abandonó la cabecera de la enferma y le prodigó cuidados a los cuales el interés imprimía cierto cariño. No tardó la condesa en adivinar que ella sola era el objeto de tantas atenciones. El aborrecimiento del padre al hijo se revelaba hasta en los más insignificantes detalles; procuraba siempre no verlo ni tocarlo; cuando la criatura empezaba a llorar, se levantaba bruscamente e iba a dar órdenes; y en fin, parecía que no le perdonaba el vivir sino con la esperanza de verle morir. El conde tenía que violentarse mucho para disimular. El día en que notó que la inteligente mirada de la madre presentía, sin comprenderlo, el peligro que se cernía sobre su hijo, el conde anunció que partiría al día siguiente de la misa de parida, pretextando que tenía que llevar todas sus fuerzas en auxilio del rey.

Tales fueron las circunstancias que

acompañaron y precedieron al nacimiento de Esteban de Herouville. Aun cuando el terrible conde, para desear la muerte de aquel hijo de quien renegaba, no hubiese tenido otro motivo sino el de haberle querido; aun cuando hubiera acallado ese impulso que el hombre siente a perseguir al ser a quien ha causado ya perjuicio; aun cuando no se hubiese visto en la precisión, cruel para él, de fingir cariño a una criatura a la que creía hija de Chaverny, no por eso habría dejado de sentir aversión hacia el desdichado Esteban. La desgracia de ser de una constitución raquítica y enfermiza, agravada quizás por su caricia, era para el conde una ofensa siempre flagrante para su amor propio de padre. Si odiaba a los hombres hermosos, no detestaba menos a las personas débiles en las que la fuerza de la inteligencia substituye a la fuerza del cuerpo. Ser feo, alto, robusto e ignorante, he ahí lo que era preciso para agradarle. Esteban, que por su raquitismo parecía estar llamado a las ocupaciones sedentarias de la ciencia, debía, pues, tener en su padre un enemigo sin generosidad. Su lucha con aquel coloso comenzaba desde la cuna; sólo contaba con el corazón de su madre, cuyo cariño aumentaba cada vez más, por una conmovedora ley de la Naturaleza, a la par de los peligros que se cernían a su alrededor.

Juana de Saint-Savin, encerrada de pronto en profunda soledad por la brusca partida de su esposo, debió a su hijo los únicos instantes de felicidad que consolaron su triste existencia. La desdichada madre amó a aquel hijo, por cuyo nacimiento se la vituperaba a causa de Chaverny, como las mujeres aman al hijo de un amor ilegítimo; obligada a alimentarlo con sus pechos, no le causó este deber molestia alguna. Se opuso firmemente a que la ayudaran sus criadas, y vestía y desnudaba a su hijo, sintiendo nuevas satisfacciones a cada cuidado que exigía. Estas incesantes tareas, esta atención de todas las horas, la exactitud con que tenía que interrumpir su sueño para dar de mamar a su hijo, fueron otras tantas dichas sin límites. En el rostro de la joven madre irradiaba la felicidad siempre que atendía a las necesidades de aquel pequeño ser. Como el niño había venido al mundo antes de tiempo, estaba escaso de ropita, y Juana misma quiso hacerlas, y si las hizo con rara perfección, podéis presumirlo vosotras, ¡oh madres desgraciadas que, en la sombra y en el silencio, habéis trabajado para vestir hijos adorados! Cada puntada que daba con la aguja era un recuerdo, un deseo, anhelos, mil cosas que se bordaban en la tela como los bonitos dibujos que fijaba en ella. El conde se dió cuenta de todos estos extremos, que contribuyeron a aumentar la tempestad ya formada. Los días eran demasiado cortos para las múltiples ocupaciones y las minuciosas precauciones de la nodriza; las horas huían llenas de contentos ocultos.

A la condesa no se le olvidaban nunca los consejos del algebrista; así era

que por ella y por su hijo, siempre recelaba de los servicios de sus criadas y de la mano de sus servidores; hubiera querido pasar las noches en vela para estar segura de que nadie se acercaría a Esteban durante su sueño, y le acostaba a su lado. Después de haberse ausentado el conde se atrevió a llamar al curandero, cuyo nombre había retenido en la memoria. Para ella Beauvoulair era un hombre a quien tenía que pagar una inmensa deuda de gratitud; pero sobre todo deseaba preguntarle mil cosas relativas a su hijo. Si se pretendía matar a Esteban por medio de algún veneno, ¿cómo podía frustrar las tentativas? ¿cómo cuidar de su débil naturaleza? ¿debería amamantarle mucho tiempo? Si ella moría, ¿querría Beauvoulair encargarse de velar por la salud de la pobre criatura?

A las preguntas de la pobre madre, Beauvoulair, enternecido, le contestó que recelaba tanto como ella que se quisiera envenenar al niño, pero que, respecto a esto, no tenía nada que temer mientras ella misma lo amamantase, y para más adelante le recomendó que probara los alimentos que suministrasen al pequeñuelo.

—Si la señora condesa — añadió el curandero — percibe en la lengua algún sabor picante, amargo, fuerte, salado, en una palabra, todo lo que sabe mal, arroje el alimento. Que se laven en vuestra presencia los vestidos del niño y guarde la llave del arca donde se pongan. En fin, suceda lo que quiera, llamadme inmediatamente, que yo vendré en seguida.

En el corazón de Juana quedaron grabados los consejos del algebrista; la desgraciada joven le rogó que contara con ella como con una persona de la que podía disponer; y Beauvoulair le contestó que de ella dependía el bienestar de su hijo.

Refirió a la condesa, sin omitir detalle, cómo el señor de Herouville, por no encontrar en la corte ninguna joven noble y bella que le hiciese caso, amó en su juventud a una cortesana llamada la *Bella Romana*, que había sido antes amante del cardenal de Lorena. Abandonada al poco tiempo, la *Bella Romana* había ido a Rouen con objeto de solicitar el apoyo del conde de Herouville en favor de una hija de la cual no quería él que le hablasen, pretextando su belleza para no reconocerla. Muerta en la miseria aquella mujer, la pobre niña, llamada Gertrudis, mucho más bella que su madre, había sido recogida por las damas del convento de Clarisas, cuya superiora era la señorita de Saint-Savin, tía de la condesa. Habiendo sido llamado Beauvoulair para asistir a Gertrudis, se enamoró locamente de ella.

—Si la señora condesa — dijo el algebrista — tuviese a bien intervenir en este asunto, no sólo me pagaría la gratitud que creéis deberme, sino que yo me consideraría vuestro deudor. De este modo quedaría justificada su ida al castillo, muy peligrosa a los ojos del conde; luego, tarde o temprano, éste acabaría por interesarse por su hija, y quizás pudiera algún día prote-

gerla indirectamente, nombrándole su médico.

Compasiva por los verdaderos amores, la condesa prometió ayudar al pobre curandero. Con tanto interés tomó el asunto, que, cuando su segundo parto, obtuvo, en virtud de la gracia que las mujeres estaban autorizadas para pedir a sus maridos al dar a luz, un dote para Gertrudis, la hermosa bastarda, que en la época que nos ocupa, en lugar de ser monja, se casó con Beauvouloir. Con la dote de la joven y sus ahorros pudo el algebrista comprar una finca llamada Forcalier, que a la sazón estaba en venta.

La condesa, tranquila por el porvenir del buen algebrista, sintió en adelante su vida llena de goces desconocidos de las otras madres. En efecto, todas las mujeres son hermosas cuando acercan sus hijos a sus pechos procurando acallar su llanto y sus comienzos de dolor; pero difícil sería contemplar, ni aun en los cuadros italianos, una escena más conmovedora que la que presentaba Juana cuando sentía a Esteban nutriéndose de su leche y que de este modo su sangre era la vida para aquel pobre ser amenazado. Su rostro resplandecía de amor, y contemplaba a la querida criatura, temiendo descubrir en la fisonomía del niño algún parecido con Chaverny, en quién había pensado demasiado. Estas ideas, mezcladas en su rostro con la expresión del gozo que experimentaba, la mirada con que envolvía a su hijo, su deseo de comunicarle la fuerza que sentía en el corazón, sus brillantes esperanzas, la sol-

tura y gallardía de sus ademanes, todo, en fin, constituía un cuadro que subyugó a sus servidoras, y la condesa acabó por triunfar del espionaje.

Pronto aquellos dos débiles seres se unieron con el pensamiento y se comprendieron antes que el lenguaje pudiera servirles para entenderse. Cuando Esteban ejercitó sus ojos con la estúpida avidez propia de los niños, sus miradas fijáronse en los sombríos artesonados del salón de honor. Cuando su tierno oído se esforzó por percibir los sonidos y reconocer sus diferencias, oyó el monótono rumor de las olas que se estrellaban contra las rocas con un movimiento tan regular como el de la péndula de un reloj. Así, los lugares, los sonidos, los objetos, todo cuanto choca a los sentidos, prepara el entendimiento y forma el carácter, le hizo inclinado a la melancolía. ¿No debía su madre vivir y morir rodeada de las nubes de la melancolía? Desde que vió la luz primera, el niño pudo creer que la condesa era la única criatura que existía en la tierra, pudo ver el mundo como un desierto, y pudo acostumbrarse a ese sentimiento de retroceso sobre nosotros mismos que nos induce a vivir solos, a buscar en nosotros mismos la felicidad, acrecentando los inconmensurables recursos del pensamiento. ¿No estaba condenada la condesa a pasar sola la vida y a encontrarlo todo en su hijo, perseguido como lo fué su amor a ella? Esteban, al igual que todos los niños destinados a padecer, conservaba siempre la actitud pasiva que era una dulce semejan-

za de la de su madre. Tan grande fué la sensibilidad de sus órganos, que un ruido demasiado brusco o la compañía de una persona bulliciosa le producía una especie de fiebre. Parecía uno de esos diminutos insectos para los cuales Dios parece moderar la violencia del viento y el calor del sol; incapaz, como ellos, de luchar con un obstáculo, por pequeño que fuese, cedía, como ellos, sin resistencia, sin proferir la más leve queja, a todo cuanto parecía agresivo. Aquella paciencia angelical inspiraba a la condesa un sentimiento profundo que hacía menos fatigosos los minuciosos cuidados que exigía una salud tan quebrantada como la del niño.

Dió, por tanto, fervientes gracias a Dios, que colocaba al tierno infante, como una multitud de criaturas, en el seno de la esfera de paz y de silencio, única en que pudiera criarse sin menoscabo alguno. Las maternales manos, tan suaves a la vez que tan fuertes para él, le elevaban a menudo hasta la alta región de las ventanas ojivales, desde donde sus ojos, azules como los de su madre, parecían estudiar las magnificencias del Océano. Los dos pasaban entonces hora tras hora contemplando el infinito de aquella vasta extensión, a la vez sombría y brillante, muda y sonora. Para Esteban, aquellas largas meditaciones eran un secreto aprendizaje del dolor. Entonces las lágrimas velaban casi siempre los ojos de la madre, y durante aquellos penosos ensueños del alma, las juveniles facciones del niño semejaban una ligera red estirada por un peso dema-

siado grave. Su precoz comprensión de la desdicha le reveló muy pronto el poder que ejercían sus juegos en la condesa; y procuró distraerla con las mismas caricias de que ella se valía para endulzar sus penas; y sus juguetonas manecitas, sus palabras balbuceadas, sus risas inteligentes, siempre disiparon las cavilaciones de su madre. Si estaba cansado, su delicadeza instintiva le impedía quejarse.

Quando la condesa le vió dormido de cansancio después de una travesura que acababa de disipar uno de sus más dolorosos recuerdos, exclamaba: «¡Pobre y querida sensitiva! ¿dónde podrás vivir? ¿Quién llegará a comprenderte, si una mirada demasiado dura puede herir tu tierna alma, cuando, semejante a tu triste madre, tendrás una sonrisa cariñosa como cosa más preciada que todos los tesoros del mundo? Mi ángel adorado, ¿quién te amará en este mundo? ¿Quién adivinará los tesoros ocultos bajo tu frágil envoltura? Nadie. Estarás, como yo, solo en la tierra. ¡Quiera Dios no concibas, como yo, un amor favorecido por Dios y estorbado por los hombres!»

Suspiró, y de sus ojos brotaron tristes lágrimas. La graciosa postura de su hijo que dormía en su regazo la hizo sonreír melancólicamente; le miró largo rato saboreando uno de esos placeres que son un secreto entre las madres y Dios. Habiendo conocido que su voz, unida a los acordes de la melancolía, agradaba al pequeñuelo, le cantaba las graciosas romanzas de aquella época, y creía ver en sus diminutos

labios humedecidos de su leche la sonrisa con que Jorge de Chaverny le daba en otro tiempo las gracias cuando acababa de cantar acompañada de su rabel.

Año y medio contaba Esteban, y la condesa, comprendiendo que el niño estaba aún muy débil, no le había sacado a paseo; pero los leves colores que matizaban el blanco mate de su cutis, como si el viento hubiera transportado a él el más blanco pétalo de un rosal silvestre, revelaban ya vida y salud. En el momento en que comenzaba a creer en las predicciones de Beauvoulour, y se felicitaba por haber podido rodear a su hijo, en ausencia del conde, de las precauciones más severas, a fin de preservarle de todo peligro, las cartas escritas por el secretario de su marido le anunciaron su próximo regreso.

Una mañana en que la condesa disfrutaba de la loca alegría que se apodera de todas las madres cuando ven andar sin ayuda de nadie a su primer hijo, y en que se entretenía con Esteban en esos juegos tan difíciles de describir como puede serlo el encanto de los recuerdos, oyó de pronto el ruido producido por un paso pesado. Levantóse con involuntario movimiento de sorpresa y se halló en presencia de su esposo. Lanzó un grito, mas procuró remediar esta falta acercándose al conde y presentándole sumisamente la frente para recibir en ella un beso.

—¿Por qué no me has anunciado tu llegada? — le preguntó.

—Porque el recibimiento habría si-

do más cordial, pero menos franco — le contestó el conde.

En esto vió a Esteban, y el estado de salud en que le encontraba le arrancó al pronto un movimiento de sorpresa mezclado de furor; pero inmediatamente reprimió su cólera, sonrió, y repuso:

—Te traigo excelentes noticias. El rey me ha dado el gobierno de la Champaña y me ha prometido hacerme duque y par. Además, hemos heredado a un pariente; ese maldito hugonote de Chaverny ha muerto.

La condesa perdió el color y se dejó caer en un sillón. Adivinaba el secreto de la siniestra alegría que el rostro de su marido expresaba y que la presencia de Esteban parecía aumentar.

—No ignoras — le dijo la condesa — que he amado mucho tiempo a mi primo de Chaverny. Dios te pedirá cuenta del daño que acabas de hacerme.

Al oír la respuesta de su esposa, la mirada del conde centelleó; sus labios temblaron sin que pudiera proferir una palabra, tan fuera de sí estaba, y arrojó tan violentamente su daga sobre la mesa, que el acero resonó como un trueno.

—Oyeme y no olvides mis palabras — dijo con estentórea voz —; no quiero oír ni ver al pequeño monstruo que llevas en los brazos, porque es hijo tuyo y no mío; ¿acaso sus facciones se parecen a las mías? ¡Por la sangre de Cristo! Escóndelo, o de lo contrario...

—¡Dios misericordioso, protégenos! — exclamó la condesa.

—¡Calla! ¡calla! — replicó el conde.

so.— Si no quieres que lo aniquile, haz de modo que no lo encuentre jamás en mi camino.

—Pues bien—contestó la pobre madre, sintiéndose con ánimo para luchar con el déspota—, júrame no atentar a su vida si no le encuentras. ¿Puedo contar con tu palabra de caballero?

—¿Qué significa eso? — preguntó el conde.

—¡Pues bien, arráncanos la existencia a los dos!—exclamó Juana hincándose de rodillas y estrechando a su hijo en sus brazos.

—Levantaos, señora. Bajo mi palabra de caballero os prometo que no atentaré contra la vida de ese maldito sietemesino, con tal que viva entre las rocas que hay a la orilla del mar debajo del castillo; le doy por morada la casa del pescador, y el arenal por dominio; pero ¡ay de él si llego a encontrarle fuera de estos límites!

La pobre joven se echó a llorar amargamente, y dijo:

—Pero, miradle. ¡Es hijo vuestro!

—¡Señora!...

Asustada, la condesa se llevó a su hijo cuyo corazón palpitaba como el de un pajarillo sorprendido en su nido por un pastor.

El conde, ya sea que la inocencia tenga un atractivo al cual no pueden abstraerse los hombres de duro corazón, o ya que él se arrepintiera de su violencia y temiera desesperar demasiado a una mujer tan necesaria para sus satisfacciones como para sus designios, suavizó la voz cuanto le fué posible al volver su esposa, y le dijo:

—Querida Juana; deja a un lado tu rencor y dame la mano. No sabe uno cómo arreglarse con las mujeres. Te traigo nuevos honores, nuevas riquezas, y ¡por Dios divino! me recibes como un realista que cae en una partida de villanos. El destino con que me ha honrado el rey me obligará a estar ausente largas temporadas hasta que haya conseguido cambiar mi gobierno por el de Normandía; al menos, nena mía, ponme buena cara mientras permanezca a tu lado.

La condesa comprendió el sentido de estas palabras cuya fingida dulzura no podía engañarla.

—No desconozco mis deberes—contestó con un acento de melancolía que su marido tomó por cariño.

Demasiada pureza, demasiada grandeza de alma tenía aquella tímida criatura para tratar, como ciertas mujeres expertas, de gobernar al conde haciendo intervenir al cálculo en su conducta, especie de prostitución con que las bellas almas resultan mancilladas. La condesa abandonó silenciosamente la estancia para ir a consolar su desesperación paseando a Esteban.

—¡Por los clavos de Cristo! — exclamó el conde sorprendiendo una lágrima en los ojos de su mujer en el momento que salió—. ¡No he de ser amado nunca!

Para la condesa, continuamente amenazada, la maternidad llegó a ser una especie de pasión que adquirió la violencia con que las mujeres se entregan a sus sentimientos pecaminosos. Por una especie de sortilegio cuyo se-

creto sólo poseen las madres y que tuvo todavía más fuerza entre la condesa y su hijo, consiguió hacerle comprender el peligro que constantemente le amenazaba, y le enseñó a temer la proximidad de su padre. La escena terrible que Esteban había presenciado se grabó en su memoria en términos que vino a producirle a modo de una enfermedad. Acabó por presentir con tal precisión la presencia de su padre, que, si una de esas sonrisas cuyos signos imperceptibles aparecen a los ojos de la madre animaban su fisonomía en el momento en que sus órganos imperfectos, hechos ya al temor, le anunciaban la proximidad del conde, sus facciones se contraían, y el oído de la madre no estaba tan alerta como el instinto de su hijo. De tal modo se acrecentó con la edad esta facultad engendradora por el terror, que Esteban, parecido en esto a los salvajes de América, conocía perfectamente el paso de su padre, conocía su voz a grandes distancias y predecía su llegada. Juana, al ver que su hijo compartía con ella tan pronto el sentimiento de terror que su marido le inspiraba, cobró al niño más cariño; y su unión fué tan íntima y estrecha, que, como dos flores nacidas en la misma rama, doblaban su tallo a impulsos del mismo viento y se levantaban movidos por idéntica esperanza. Fué una sola y misma vida.

El segundo embarazo de Juana comenzaba al partir su esposo. En esta ocasión la condesa dió a luz, no sin grandes dolores, y en el plazo requeri-

do por los prejuicios, un robusto varón que a los pocos meses tenía tan gran parecido con su padre, que el odio del conde al primogénito creció aún más. La condesa, para salvar a su hijo predilecto, accedió a todos los proyectos que su marido formó por la dicha y la fortuna de su segundo hijo. Esteban, que algún día podría llegar a ser cardenal, había de abrazar la carrera eclesiástica para dejar los bienes y los títulos de la casa de Herouville a su hermano Maximiliano. A este precio la pobre madre aseguró la tranquilidad del hijo maldito.

Jamás han existido dos hermanos que se pareciesen menos que Esteban y Maximiliano. Este último fué inclinado, desde que nació, al ruido, a los ejercicios violentos y a la guerra; por eso su padre cifró en él tanto cariño como su madre sentía por Esteban. Los dos esposos, por una especie de pacto natural y tácito, se encargaron de su hijo predilecto. Según se dijo, el duque, pues por entonces Enrique IV recompensó los eminentes servicios del señor de Herouville, no quiso que su mujer se desmejorase, y dió por nodriza a Maximiliano una robusta hija de Bayeux, escogida por Beauvoulour. Con gran contento de Juana de Saint-Savin, el duque desconfió del espíritu tanto como de la leche de la madre, y resolvió educar por sí mismo, y a su gusto, a Maximiliano. Crió a éste en su santo horror a los libros y a las letras, le inculcó los conocimientos mecánicos del arte militar, le enseñó desde muy niño a montar a caballo,

tirar el arcabuz y esgrimir la daga. Cuando fué mayorcito, le llevó a cazar para que contrajera ese salvajismo de lenguaje, esa rudeza de modales, esa fuerza corporal, esa vivacidad en la mirada y en la voz que constituían a sus ojos un hombre cabal. Así, pues, a los doce años, el hijo predilecto de Herouville fué un leoncillo de los más rudos; todos le temían tanto por lo menos como a su padre, con permiso para tiranizarlo todo en las cercanías y ejerciendo en todo una despótica autoridad. ✂

Esteban habitó en la casa enclavada a orillas del Océano que le había dado su padre, morada que la duquesa hizo acondicionar de modo que su hijo encontrara en ella algunas de las comodidades a que tenía derecho. La desgraciada madre pasaba allí la mayor parte del día. Ella y su hijo recorrían juntos las rocas y los arenales; la madre indicaba a Esteban los límites de su reducida posesión de arenas, conchas, musgo y guijas, y el terror profundo que se apoderaba de ella al verle salir del recinto concedido le hizo comprender que le esperaba la muerte si lo traspasaba. Esteban tembló por su madre antes de temblar por sí mismo; además, el nombre mismo del duque de Herouville le causaba una turbación que le hacía perder toda su energía y le sometía a la atonía que obliga a una joven a caer de rodillas delante de un tigre. Cuando divisaba a lo lejos u oía la voz de aquel gigante siniestro, la impresión dolorosa que sintió en otro tiempo cuando le maldijo le helaba el

corazón. Así, pues, de la misma manera que un lapón muere cuando le hacen abandonar sus eternas nieves, así también su cabaña y sus rocas constituyeron para él una patria deliciosa, y cuando pasaba el límite que se le tenía señalado, sentía un malestar indefinible. La duquesa, previendo que Esteban no podría encontrar felicidad sino en una humilde esfera silenciosa, sintió al pronto mucho menos el destino que se le había impuesto, y le preparó una existencia dichosa llenando su soledad con las nobles ocupaciones de la ciencia. Para esto, mandó llamar al castillo a Pedro de Sebonde para que sirviera de preceptor al futuro cardenal de Herouville. A pesar del sacerdocio a que estaba destinado Esteban, la duquesa no quiso que aquella educación fuese la de un clérigo vulgar, y la secularizó con su intervención. Beauvoulour fué encargado de enseñarle las ciencias naturales. La duquesa, que vigilaba los estudios a fin de relacionarlos con las fuerzas de su hijo, le distraía enseñándole el italiano y revelándole poco a poco las riquezas poéticas de esta lengua.

Mientras el duque se hacía acompañar por Maximiliano en la caza de jabalíes con riesgo de que perdiera la vida, Juana penetraba con Esteban en la vía láctea de los sonetos de Petrarca o en el gigantesco laberinto de la *Divina Comedia*. Como la Naturaleza, para compensar a Esteban de sus achaques, le había dotado de una voz tan melodiosa que era difícil resistir el placer de oírle, su madre le enseñó músi-

ca. Tiernos y melancólicos cantos, acompañados de los acordes del laúd, eran un recreo favorito que prometía la madre en recompensa de algún trabajo intelectual que le impusiera Pedro de Sebonde. Esteban escuchaba a su madre con una apasionada admiración que sólo había visto en los ojos de Chaverny. La primera vez que la pobre mujer encontró en la fija mirada de su hijo sus recuerdos de doncella, le llenó de besos insensatos. Cuando Esteban le preguntó por qué parecía quererle más en aquel momento, ella se sonrojó y le contestó que de hora en hora era mayor el cariño que le tenía. En breve encontró, en los mismos cuidados que exigían la educación del alma y la cultura del espíritu, los mismos goces que experimentara al amantarse, al formar el cuerpo de su hijo. Aun cuando las madres no creen siempre a la par de sus hijos, Juana era una de las que llevan a la maternidad las humildes adoraciones del amor; podía acusar y juzgar; su amor propio lo cifraba en hacer a Esteban superior a ella misma en todo y no en someterle a sus voluntades; tal vez se reconociera tan grande por su inmenso cariño que no temiera ningún menoscabo. Los corazones que adolecen de ternura son los que prefieren el dominio; pero los sentimientos verdaderos se encariñan con la abnegación, esa virtud de la fuerza. La pobre madre, que asistía siempre a las lecciones de su hijo, cuando éste no comprendía al pronto alguna demostración, un texto, o un teorema, parecía querer infundirle el

conocimiento de las cosas, como años atrás, al menor grito, le suministraba oleadas de leche. ¡Pero también con qué fulgor de alegría brillaba la mirada de la duquesa cuando Esteban comprendía el sentido de las cosas y se lo apropiaba! Como decía Pedro de Sebonde, demostraba que la madre es un ser doble cuyas sensaciones abarcan siempre dos existencias.

De este modo Juana aumentaba el sentimiento natural que une todo hijo a su madre, por medio de las ternezas de un amor resucitado. La débil naturaleza de Esteban hizo que la condesa continuara prodigándole por espacio de muchos años los cuidados consagrados a la infancia, y le vestía, le acostaba, le peinaba, alisaba, rízaba y perfumaba la cabellera de su hijo. Esta operación era una caricia continua; daba en aquella cabeza querida tantos besos como veces pasaba por ella el peine con leve mano.

Así como les agrada a las mujeres hacerse casi madres para sus amantes prestándoles ciertos cuidados domésticos, así también la condesa hacía de Esteban un simulacro de amante; le encontraba cierto parecido con el primo amado más allá de la tumba. Su hijo venía a ser el fantasma de Jorge, entrevisto en la lejanía de un espejo mágico; y su madre decía para sí que era más caballero que eclesiástico.

—Mi hijo podría ser muy feliz si alguna mujer tan amante como yo quisiera infundirle la vida del amor.

Pero los terribles intereses que exigían la tonsura de Esteban acudían a

la memoria, y besaba los cabellos que las tijeras de la Iglesia debían cortar, dejando en ellos lágrimas. A pesar del injusto convenio pactado con su esposo, no veía a Esteban sacerdote ni cardenal en esos huecos que sus ojos maternos abrían al través de las espesas tinieblas del porvenir. El profundo olvido del padre contribuyó a que su hijo no ingresara en la carrera eclesiástica.

—Siempre estaremos a tiempo—pensaba.

Luego, sin confesar un pensamiento oculto en su corazón, procuraba inclinarse en Esteban los finos modales de los cortesanos, pues quería que fuese agradable y simpático como lo era Jorge de Chaverny. Disponiendo únicamente de algunas pequeñas economías por la ambición del duque, que administraba por sí mismo los bienes de su casa, invirtiendo todas las rentas en su engrandecimiento o en su pompa, la condesa vestía con suma sencillez y no gastaba en nada con tal de poder proporcionar a su hijo capotillos de terciopelo, botas de campana guarnecidas de encajes, y jubones acuchillados de telas finas. Privándose de todo, experimentaba los mismos goces que causan los sacrificios que con tanto gusto se ocultan a las personas queridas. Cuando bordaba una valona, se regocijaba secretamente pensando en el día en que adornaría el cuello de su hijo. Ella sola cuidaba de la ropa exterior e interior, de los perfumes, del tocador de Esteban; cuando ella se engalana-

ba, sólo lo hacía para él, pues le complacía que le pareciera bella.

Todas estas solicitudes maternales, acompañadas de un sentimiento que penetraba todo el ser de su hijo y lo vivificaba, fueron al fin recompensadas. Un día, Beauvouloir, aquel excelente hombre que con sus lecciones se había captado el cariño del hijo maldito y cuyos servicios no ignoraba Esteban; aquel médico cuya inquieta mirada hacía temblar a Juana siempre que examinaba a aquel débil ídolo, dijo que el niño podía disfrutar de larga existencia si no llegaba a agitar bruscamente aquel cuerpo tan delicado algún sentimiento violento. Diez y seis años contaba Esteban a la sazón.

Medía cinco pies de estatura de la cual no debía ya pasar; pero Jorge de Chaverny era de estatura regular. Sus venas azules, aun las más delgadas, se transparentaban a través de su cutis, diáfano y sedoso como el de una doncella; su blancura era la de la porcelana; sus ojos, de color azul claro y de inefable dulzura, imploraban la protección de los hombres y de las mujeres; de su mirada surgían las arrebatadoras suavidades de la plegaria, y seducían antes que el armonioso acento de su voz pusiera término al hechizo. La más sincera modestia estaba estereotipada en todas sus facciones. Sus largos cabellos castaños, lisos y finos, se dividían por mitad sobre su frente, formando en sus extremos graciosos rizos. Sus mejillas pálidas y hundidas, su frente pura marcada ya con algunas arrugas, ex-

presaban un padecimiento nativo que dañaba la vista. Su boca, graciosa y provista de una dentadura blanca e igual, conservaba esa especie de sonrisa que se fija en los labios de los moribundos. Sus manos, blanquísimas, eran de una forma notablemente hermosa: parecían manos de mujer. Semejante a una planta marchita, sus largas meditaciones le habían acostumbrado a llevar baja la cabeza, actitud que le cuadraba perfectamente: era como el último atractivo que un gran artista pone en un retrato para hacer resaltar todo su pensamiento. Hubiérase creído que era la cabeza de una joven enfermiza colocada en un cuerpo de hombre débil y contrahecho.

Mucho habían contribuido a la tranquila vida de Esteban, la estudiosa poesía cuyas ricas meditaciones nos hacen recorrer como botánicos el ancho campo del pensamiento, la fecunda comparación de las ideas humanas, la exaltación que nos da la perfecta inteligencia de las obras del genio. Las flores, encantadoras creaciones cuyo destino tenía tanto parecido con el suyo, fueron objeto de todas sus preferencias. Su madre, satisfecha ya de ver en su hijo pasiones inocentes que le ponían a cubierto del rudo contacto de la vida social, al cual le hubiera sido difícilmente resistir como a la bonita dorada del Océano le es imposible sostener en la arena de la playa una mirada de sol, había vigorizado los gustos de Esteban, proporcionándole romanceros españoles, motetes italia-

nos, libros, sonetos y poesías. La biblioteca del cardenal de Herouville era la herencia de su hijo; la lectura debía ocupar su vida. Todas las mañanas encontraba Esteban su soledad poblada de bonitas plantas de ricos colores y suaves perfumes. Así era que sus lecturas, a las cuales su endeble naturaleza no le permitía dedicarse mucho tiempo seguido, y sus ejercicios por entre las rocas, quedaban interrumpidos por ingenuas meditaciones que le hacían pasar horas enteras sentado ante sus dulces compañeras, las flores, o agazapado en el hueco de una roca delante de un alga, de un musgo, de una hierba marina, estudiando sus misterios. Buscaba una rima en el seno de las corolas olorosas, como la abeja hubiera libado en ellas copiosa miel. Frecuentemente admiraba, sin propósito deliberado y sin querer explicarse el placer que sentía, los delicados filetes estampados con colores oscuros en los pétalos, las delicadezas de las ricas túnicas de oro o azul, verdes o moradas, los bellísimos recortes de los cálices o de las hojas, sus tejidos mates o aterciopelados que se desgarraban como debía desgarrarse su alma al menor esfuerzo. Años más tarde, pensador tanto como poeta, debía sorprender la razón de esas múltiples diferencias de la Naturaleza, descubriendo en ella el indicio de preciosas facultades, porque de día en día hizo progresos en la interpretación del Verbo divino escrito en todas las cosas de este mundo. Estas obstinadas y secretas indagaciones



hechas en el mundo oculto, daban a su vida la aparente soñolencia de los genios meditados.

Muchos días pasaba el hijo maldito tendido en la arena, satisfecho, poeta sin saberlo. La inesperada aparición de un insecto dorado, las reverberaciones de los rayos del sol en el Océano, la temblorosa y límpida superficie de las aguas, una concha, una araña de mar, todo era un acontecimiento y un recreo para aquella alma ingenua. Ver llegar a su madre, oír de lejos el roce de su vestido, aguardarla, besarla, dirigirle la palabra, escucharla, le causaba tan vivas sensaciones, que con frecuencia cualquier retraso o el más leve temor le ocasionaban una fiebre intensa. En Esteban no había más que un alma, y para que las fuertes emociones de esta alma no destruyeran su cuerpo enclenque y siempre débil, necesitaba silencio, caricias, paz en el paisaje y el amor de una mujer. Por el momento, su madre era pródiga en su amor y en sus caricias; las rocas estaban silenciosas; las flores, los libros recreaban la soledad en que vivía; en fin, su pequeño reino de arena y conchas, de algas y verdor, le parecía un mundo siempre fresco y nuevo.

Todos los beneficios de aquella vida moral tan poéticamente extensa, los recogió el hijo de Juana. Niño por su figura, hombre por su genio, era angelical bajo ambos aspectos. Sus estudios, por la voluntad materna, habían transportado sus emociones a la región de las ideas. La acción de su vida se desarrollaba entonces en el mundo

moral, lejos del mundo social que podía acortar su existencia o hacerle sufrir. Vivió por el alma y por la inteligencia. Después de haberse penetrado, mediante la lectura, de las ideas humanas, se elevó hasta los pensamientos que mueven a la materia; percibió pensamientos en los aires y los leyó escritos en el cielo. En fin, escaló bien pronto la región etérea donde se encontraba el alimento que necesitaba su alma, alimento embriagador, pero que le predestinaba a la desventura el día en que aquellos tesoros acumulados se unieran a las riquezas que una pasión introduce de pronto en el corazón. Si a veces la madre de Esteban temía esta tempestad, pronto se consolaba con un pensamiento que le inspiraba el triste destino de su hijo, porque la desgraciada joven no hallaba mejor remedio para una desgracia que otra desgracia menor; así era que cada uno de sus goces estaba mezclado de amargura.

—Será cardenal—decíase la infortunada madre—; vivirá merced al sentimiento de las artes de las que se hará protector. En vez de amar a una mujer, amará al arte, pues éste jamás le engañará.

Así, pues, las alegrías de aquella madre amorosa jamás fueron completas a causa de los sombríos pensamientos engendrados por la singular situación en que se encontraba Esteban en el seno de su familia. El y su hermano habían pasado ya de la edad de la adolescencia sin conocerse, sin haberse visto, sin sospechar siquiera su existencia rival,

Largo tiempo había abrigado Juana de Saint-Savin la esperanza de que, durante alguna de las ausencias de su marido, le sería posible unir a los dos hermanos mediante alguna escena solemne en la cual se proponía envolverlos con su alma. Se deleitaba ante la idea de hacer que Maximiliano se interesara por Esteban, diciendo al hermano menor cuánta protección y cariño debía al mayor, pobre de salud, en cambio de las renunciadas que se le habían impuesto a la fuerza, y a las cuales sería fiel. Esta esperanza, acariciada durante mucho tiempo, quedó desvanecida, y lejos de querer intentar un reconocimiento entre ambos hermanos, temía más un encuentro entre Esteban y Maximiliano que entre Esteban y su padre. Maximiliano, siempre dispuesto para el mal, temió que su hermano mayor reclamase algún día sus derechos desconocidos, y hubiera sido capaz de precipitarle a lo profundo del mar con una piedra atada al cuello. No bien tuvo uso de razón, comprendió el poco cariño que el viejo gobernador sentía por su mujer. Si éste conservaba alguna delicadeza en su trato con la duquesa, Maximiliano, poco contenido por su padre, proporcionaba continuos disgustos a su madre. De aquí que Bertrán velaba incansablemente porque Maximiliano no viese jamás a Esteban, cuyo nacimiento se ocultaba con gran cuidado. Todos los habitantes del castillo odiaban cordialmente al marqués de San Severo, título que llevaba Maximiliano, y los que conocían la existencia del hermano mayor le consideraban como un vengador que Dios se tenía reservado. Así, pues, era muy dudoso el porvenir de Esteban; quizás su mismo hermano le perseguiría. La pobre madre no tenía parientes a quienes hubiera podido confiar la vida y los intereses de su hijo predilecto. ¿No acusaría éste a la duquesa cuando, investido ya con el capelo cardenalicio, quisiera ser padre como ella había sido madre? Estos pensamientos, unidos a su vida melancólica y llena de secretos sufrimientos venían a ser como una enfermedad templada por un suave régimen. Su corazón exigía los cuidados más hábiles, pero las personas que le rodeaban eran cruelmente inexpertas en delicadezas y dulzuras. ¿Qué corazón de madre no habría sangrado de dolor al ver al primogénito, al hombre de cabeza y de corazón en el que se revelaba un genio preclaro, despojado de sus derechos, al paso que el menor, hombre de borca y cuchillo, sin ningún talento, ni siquiera militar, estaba encargado de llevar la corona ducal y de perpetuar la familia? La casa de Herouville renegaba de su gloria. Incapaz de maldecir, la angelical Juana no sabía más que bendecir y llorar; a menudo elevaba los ojos al cielo para pedirle cuenta de aquella extraña sentencia. Cuando pensaba que a su muerte su hijo quedaría enteramente huérfano y expuesto a las brutalidades de un hermano sin fe ni ley, sus ojos se le inundaban de lágrimas. Tantas sensaciones reprimidas, un primer amor no olvidado, tantos dolo-

res no comprendidos, porque ocultaba a su Esteban sus más vivos sufrimientos, sus alegrías siempre turbadas, sus continuos disgustos, habían debilitado los principios de la vida y desarrollado en ella una languidez que, lejos de disminuir, adquirió de día en día nueva fuerza. En fin, un golpe postrero vino a aumentar el decaimiento de la duquesa; trató de hablar a su esposo acerca de la educación de Maximiliano, y el duque no la escuchó; por lo cual no pudo aplicar ningún remedio a las detestables semillas que germinaban en el alma de aquel niño.

Tan visible fué el desmejoramiento de la duquesa, que hubo necesidad de nombrar a Beauvouloir médico de la casa Herouville y del gobierno de Normandía. El antiguo algebrista pasó a vivir al castillo. En aquella época estos empleos correspondían a los sabios que encontraban allí los ratos de ocio necesarios para la realización de sus trabajos y los honorarios indispensables para su vida estudiosa. Desde hacía algún tiempo Beauvouloir deseaba aquel empleo, porque su saber y su fortuna le habían granjeado muchos y encarnizados enemigos. A pesar de la protección de una gran familia a la cual había prestado un servicio en un asunto todavía en litigio, había sido complicado hacía poco en un proceso criminal, y únicamente la intervención del gobernador de Normandía, solicitada por su esposa, pudo evitar las consecuencias. El señor de Herouville no tuvo que arrepentirse de la ostensible protección que dispensaba a Beauvouloir; éste

salvó al marqués de San Severo de una enfermedad tan peligrosa, que cualquier otro médico no habría podido curarle. Pero la herida de Juana de Saint-Sauvín era muy antigua para que fuera posible su curación, sobre todo estando avivada sin cesar en su morada. Cuando sus padecimientos hicieron sospechar que llegaba a su fin la existencia de aquel ángel a quien tantos dolores preparaban para mejores destinos, la muerte tuvo un vehículo en las sombrías previsiones del porvenir.

«¿Qué será de mi pobre hijo cuando yo deje de existir?» tal era la idea que la asaltaba a cada momento como una amarga oleada.

Por último, cuando tuvo que guardar cama, la duquesa corrió ya inminente peligro de muerte, porque entonces se vió privada de su hijo que no podía entrar en el castillo y sentarse a la cabecera de su cama en virtud del pacto de cuya observancia dependía su vida. El dolor de Esteban fué igual al de su madre. Inspirado por el genio peculiar de los sentimientos comprimidos, el hijo maldito se creó el más misterioso de los lenguajes para poder comunicarse con su madre. Estudió los recursos de su voz, como lo hubiera hecho la cantante más hábil, y acudía al pie de las ventanas de su madre, cuando Beauvouloir le indicaba con una seña que estaba sola, para cantar con melancólico acento. En otro tiempo, cuando aun estaba en mantillas, había consolado a la pobre mártir con sus más dulces sonrisas; hombre ya y poeta, la acariciaba con suaves melodías.

La condesa, aspirando el aire animado por la voz de Esteban, decía a Beauvouloir :

—Esos cantos me dan vida.

Llegó por fin el momento en que un prolongado luto debía comenzar para el hijo maldito. Muchas veces ya había notado misteriosas correspondencias entre sus emociones y los movimientos del Océano. La adivinación de los pensamientos de la materia, de que le había dotado su ciencia oculta, hacía que este fenómeno fuese para él más elocuente que para otro cualquiera. Durante la noche fatal en que iba a ver a su madre por vez postrera, agitaron el Océano ciertos movimientos que le parecieron extraordinarios. Las aguas se removían de un modo tal que demostraba que el mar estaba trabajado en sus profundidades ; se hinchaba con grandes oleadas que iban a desvanecerse en la playa con ruidos lúgubres semejantes a los aullidos de los perros. Esteban pensó :

—¿Qué me quiere? Se estremece y se queja como un ser viviente. Muchas veces mi madre me ha referido que la noche en que yo nací el mar parecía sufrir horribles convulsiones. ¿Qué va a sucederme?

Esta idea le hizo asomarse a la ventana de su cabaña, donde permaneció con los ojos fijos en la del cuarto de su madre alumbrado por oscilante luz, o bien en el Océano que continuaba gimiendo. De pronto Beauvouloir llamó muy quedo, abrió, y su sombrío rostro anunciaba una desgracia.

—Monseñor—dijo—, la señora du-

quesa se encuentra tan sumamente decaída, que desea veros. Se han tomado todas las precauciones para que no ocurra ningún contratiempo en el castillo; pero hemos de tener mucha prudencia, porque tendremos que pasar por la cámara de monseñor, donde habéis nacido.

Al oír estas palabras, los ojos de Esteban se le llenaron de lágrimas.

—¡El Océano me ha hablado! — exclamó.

Maquinalmente se dejó conducir hacia la puerta de la torre por donde Bertrán subió durante la noche en que la duquesa dió a luz a Esteban. El escudero aguardaba allí con una linterna en la mano. El joven llegó a la gran biblioteca del cardenal de Herouville, donde tuvo que quedarse con Beauvouloir mientras Bertrán iba a abrir las puertas y convencerse de que el hijo maldito podía pasar sin peligro a la cámara del duque. Este no se despertó. Al seguir andando con leve paso, Esteban y el médico no oían en aquel inmenso castillo más que la débil queja de la moribunda. Y así, las circunstancias que acompañaron al nacimiento de Esteban se reproducían al morir su madre : la misma tempestad, las mismas angustias, el mismo temor de despertar al despiadado duque, que esta vez dormía tranquilamente. Para evitar cualquier contratiempo, el escudero cogió a Esteban en brazos y atravesó la cámara de su temible señor, decidido a alegar algún pretexto sacado del estado en que se hallaba la duquesa, caso de ser sorprendido. El

corazón de Esteban se le oprimía horriblemente al ver el temor que sentían aquellos dos fieles servidores; mas esta emoción le preparó, por decirlo así, para el espectáculo que se ofreció a su vista en aquella cámara señorial en la que entraba por primera vez desde el día en que su padre le arrojó de ella; después de maldecirlo. Buscó a su amada madre en aquel lecho al que jamás se acercó la felicidad, y le costó trabajo encontrarla; tan demacrada estaba. Blanca como sus encajes, no restándole ya más que un hálito por exhalar, hizo un sobrehumano esfuerzo para coger las manos de Esteban y quiso transmitirle toda su alma en una prolongada mirada, como en otro tiempo Chaverny le había legado toda su vida en un adiós. Beauvouloir y Bertrán, el hijo y la madre, el duque dormido, se encontraban otra vez reunidos. El mismo sitio, la misma escena, los mismos personajes; pero en lugar de los goces de la maternidad, el dolor fúnebre; en vez de la vida, la noche de la muerte. En aquel momento se desencadenó el huracán anunciado desde la puesta del sol con los lúgubres bramidos de las olas.

Juana, besando a su hijo en la frente, le dijo:

—¡Querida flor de mi vida! en medio de una tempestad te desprendiste de mi seno, y durante otra tempestad me desprendo yo de ti. Entre una y otra, todo ha sido tempestuoso para mí, excepto las horas en que he recreado mi mirada contemplándote. Ahora llega mi última alegría mezcla-

da con mi postrer dolor. Adiós, mi único amor; adiós, bella imagen de dos almas que en breve se reunirán; adiós, mi única alegría, pero alegría pura: adiós, mi amado en todo y por todo.

—¡Quiero acompañarte!—dijo Esteban, que se había echado en la cama de la moribunda.

—¡Es la mejor suerte que podía caberte!—contestó la madre por cuyas lívidas mejillas corrieron dos lágrimas, pues como en otro tiempo, su mirada pareció leer el porvenir—. ¿Nadie le ha visto?—preguntó a sus dos servidores.

En aquel momento el duque se agitó en su lecho, y todos se sobresaltaron.

—¡Hasta en mi última satisfacción hay mezcla de zozobras!—dijo la duquesa.

—Madre querida, prefiero verte un momento más aunque me cueste la vida—dijo el pobre joven desmayándose en la cama.

Bertrán, a una seña de Juana, cogió a Esteban en brazos, y dejándole ver por última vez a su madre que le envió un beso en una postrera mirada, se dispuso a llevárselo, aguardando una nueva orden de la duquesa.

—Amadle mucho—dijo al escudero y al algebrista—, porque no veo para él otros protectores sino vosotros y el Cielo.

Advertida por el instinto maternal, la desgraciada había echado de ver la profunda lástima que inspiraba al escudero el primogénito de la casa a la que tenía una veneración comparable a la que los judíos profesaban a la Ciu-

dad Santa. En cuanto al excelente médico, hacía ya mucho tiempo que estaba firmado el pacto. Los dos servidores, conmovidos al ver que su señora se veía obligada a legarles aquel noble hijo, juraron a Juana ser la providencia de su joven señor, y la madre fió en su juramento.

A la mañana siguiente dejó de existir la duquesa, llorada de todos sus servidores, quienes, por todo discurso, dijeron sobre su tumba que era una *gentil dama caída del paraíso*.

Esteban quedó sumido en el más intenso, en el más duradero de los dolores, pero dolor mudo. Ya no volvió a correr entre las rocas ni se sintió con ánimo para leer ni cantar. Días enteros los pasaba acurrucado en el hueco de una peña, indiferente a la intemperie, inmóvil, adherido al granito, semejante a uno de esos musgos que crecen en él, llorando rara vez, ensimismado en un solo pensamiento, inmenso, infinito como el Océano; y lo mismo que el Océano, aquel pensamiento tomaba mil formas y se volvía terrible, tormentoso o tranquilo. Fué más que un dolor; fué una nueva existencia, un destino irrevocable formado a aquella excelente criatura que no debía sonreír en lo sucesivo. Existen penas que, parecidas a sangre vertida en agua corriente, tñen momentáneamente las ondas; éstas, al renovarse, vuelven a adquirir la pureza de sus líquidas capas; pero, en Esteban, hasta el marcial se enturbió, y aun cada oleada del tiempo le llevó una dosis de hiel.

Durante su vejez, Bertrán, por no

perder la costumbre de ser una autoridad en la casa, había conservado la intendencia de las caballerías. Su habitación estaba enclavada cerca de la casita adonde se retiraba Esteban; de suerte que podía velar por él con la persistencia de cariño y la astuta sencillez que caracteriza a los soldados veteranos. Toda su rudeza desaparecía cuando hablaba al pobre joven; iba pacientemente en su busca cuando llovía y le sacaba de sus cavilaciones para hacerle volver a su vivienda. Todo su amor propio lo cifró en reemplazar a la duquesa, de suerte que su hijo encontraba, ya que no el mismo amor, por los menos los mismos asiduos cuidados. Esta compasión se parecía al cariño. Esteban soportó sin queja ni resistencia las atenciones del viejo servidor; pero entre el hijo maldito y las demás criaturas había rotos demasiados vínculos para que pudiera renacer en su alma un vivo afecto. Aceptó maquinalmente aquella protección, porque llegó a ser una especie de criatura intermedia entre el hombre y la planta, o quizás entre el hombre y Dios. ¿A qué puede compararse una criatura que ignoraba por completo las leyes sociales, los falsos sentimientos del mundo, y que conservaba una encantadora inocencia sin obedecer más que al instinto de su corazón? Sin embargo, a pesar de su negra melancolía, no tardó mucho en sentir la necesidad de querer, de tener otra madre, otra alma para sí; pero, separado de la civilización por una valla de acero, difícil era que encontrara un ser que se

hubiera hecho flor como él. A fuerza de buscar otro sí mismo a quien pudiera hacer partícipe de sus pensamientos y cuya existencia llegara a ser la suya, acabó por simpatizar con el mar. El Océano fué para él un ser animado, pensador. Siempre en presencia de esa inmensa creación cuyas maravillas ocultas contrastan en gran manera con las de la tierra, descubrió en ella la razón de muchos misterios. Familiarizado desde los primeros albores de su niñez con el infinito de esas campiñas húmedas, el mar y el cielo le recitaron admirables poesías. Para él todo era variado en ese amplio cuadro tan monótono en la apariencia. Esteban tenía, como todos los hombres en quienes el alma domina al cuerpo, una vista perspicaz y podía distinguir perfectamente, y con admirable facilidad, sin fatiga, los cambiantes más fugaces de la luz, los más tenues temblores del agua. Aun cuando la calma era perfecta, encontraba múltiples tintas en el mar, que, semejante a un rostro de mujer, tenía entonces su fisonomía, sonrisas, ideas, caprichos; aquí verde y sombrío, allí risueño en su matiz azul, ora entremezclando sus líneas brillantes con los indecisos resplandores del horizonte, ora meciéndose suavemente bajo anaranjadas nubes. Había para él fiestas magníficas pomposamente celebradas a la puesta del astro diurno, cuando éste derramaba sus colores bermejos sobre las olas como un manto de púrpura. Para el pobre abandonado el mar era alegre, vivaz, espiritual a la mitad del día, cuando la inmensa superficie se rizaba reproduciendo el brillo de la luz con sus mil cambiantes deslumbradores; el mar le revelaba sorprendentes melancolías, hacía asomar las lágrimas a sus ojos, cuando resignado, tranquilo y triste, reflejaba un cielo plomizo preñado de nubes. Había llegado a comprender el lenguaje mudo de esa inmensa creación. El flujo y reflujo eran como una respiración llena de armonías cada uno de cuyos suspiros le pintaban un sentimiento, y comprendía su sentido íntimo. Ningún navegante, ningún sabio habría podido predecir mejor que él la menor cólera del Océano, el cambio más leve de su fisonomía. Por el modo como las olas iban a morir al pie de las rocas, adivinaba las borrascas, las tempestades, las turbonadas, la fuerza de las mareas. Cuando la noche tendía sus negruras por el firmamento, el hijo maldito seguía viendo el mar bajo los fulgores crepusculares y conversaba con él; participaba de su fecunda vida; cuando el líquido elemento se encolerizaba, sentía en su alma una verdadera tempestad; respiraba su ira en sus agudos mugidos; corría con las ingentes oleadas que se rompían en mil franjas líquidas contra el rocamen; se sentía intrépido y terrible como él y como él saltaba dando prodigiosos recortes; guardaba sus tétricos silencios e imitaba sus repentinas bonanzas. Para terminar, habíase desposado con el mar, que era su confidente y su amigo.

Por la mañana, cuando se dirigía a sus rocas andando por las finas y bri-

llantes arenas de la playa, con un solo golpe de vista conocía el espíritu del Océano; veía de pronto sus paisajes y se cernía así sobre la extensa superficie de las aguas como un ángel bajado del cielo. Si algunos vapores blancos, alegres y juguetones tendían una finísima red sobre él, cual velo en la frente de una desposada, seguía con júbilo de amante, sus caprichosas ondulaciones, tan satisfecho de encontrarlo por la mañana tan coquetón como una mujer que se levanta aun adormecida, como esposo al ver a su joven consorte en la belleza que le ha proporcionado el placer. Su pensamiento, enlazado con ese gran pensamiento divino, le proporcionaba un grato consuelo en su soledad, y los mil destellos de su alma habían poblado su limitado desierto de sublimes fantasías. Había acabado por adivinar en todos los movimientos del mar su íntimo enlace con todos los engranajes celestes, y vislumbró todo el armonioso conjunto de la Naturaleza, desde el tallo de hierba hasta errantes estrellas que, como simientes arrebatadas por el viento, parecen plantarse en el éter. De una pureza angelical, virgen de las ideas que degradan a los hombres, sencillo como un niño, vivía como una gaviota, como una flor, pródigo solamente de los tesoros de una poética imaginación, de una ciencia divina de la que contemplaba él solo la fecunda extensión. ¡Mezcla increíble de las dos creaciones! Ora se elevaba hasta Dios mediante la oración, ora descendía, humilde y resignado, hasta la apacible di-

cha del bruto. Para él, las estrellas eran flores de la noche; el sol, un padre; las aves, sus amigas. Suponía que en todas partes estaba el alma de su madre; a veces la veía en las nubes, la hablaba y se comunicaban en realidad por medio de visiones celestes; en ocasiones oía su voz, admiraba su sonrisa; otras, en fin, creía no haberla perdido. Parecía que Dios le había dado la facultad de los antiguos solitarios, dotándole de sentidos interiores perfeccionados que penetraban el espíritu de las cosas. Ciertas fuerzas morales inauditas le permitían ir más allá que el resto de los mortales en los secretos de las obras imperecederas. Sus disgustos y su dolor eran a modo de vínculos que le unían con el mundo de los espíritus, al cual iba, pertrechado con su cariño, para buscar a su madre, realizando así, merced a los sublimes acordes del éxtasis, la simbólica empresa de Orfeo. Lanzábase en el porvenir o en el cielo, lo mismo que desde su roca volaba por el Océano desde uno a otro confín del horizonte. Muchas veces, cuando estaba oculto en la profunda sima de una excavación, caprichosamente abierta en un fragmento de granito y cuya entrada tenía la angostura de una madriguera; cuando, dulcemente alumbrado por los cálidos rayos del sol que se filtraban por las hendiduras y le mostraban los bobitos musgos marinos que decoraban aquel retiro, verdadero nido de algún ave marina, le sorprendía a menudo un sueño involuntario. El sol, su soberano, era el único que le decía que ha-

bía dormido midiéndole el tiempo durante el cual habían desaparecido para él sus paisajes de agua, sus finas y relucientes arenas, sus preciosas conchas. Al través de una luz brillante como la de los cielos, admiraba las inmensas ciudades de que le hablaban sus libros; asombrado, pero sin envidia, iba mirando las cortes, los reyes, las batallas, los hombres, los monumentos. Este sueño en pleno día le hacía siempre más queridas sus dulces flores, sus nubes de sol, sus graníticas rocas. Para que estuviera aún más apegado a su vida solitaria, un ángel parecía revelar-le los abismos del mundo moral y los terribles choques de las civilizaciones. Presentía que pronto su alma, hecha jirones al través de esos océanos de hombres, perecería aplastada como una perla que, a la entrada triunfal de una princesa, se le desprende del tocado y cae en el fangoso pavimento de una calle.

CÓMO MURIÓ EL HIJO

Cerca de veintiún años después de la terrible noche en que Esteban vino al mundo, o sea en 1617, el duque de Herouville, a la sazón de setenta y seis años de edad, viejo, harto de fatigas, con un pie en el sepulcro, estaba sentado, al declinar el día, en un inmenso sillón, ante la ventana ojival de su alcoba, en el mismo sitio donde años atrás la condesa había reclamado en vano, con los sonidos de la trompa perdidos en el espacio, el auxilio de los

hombres y del Cielo. El viejo aristócrata parecía una verdadera reliquia de una tumba. Su rostro enérgico, del que había desaparecido su aspecto siniestro por los padecimientos y por la edad, tenía un color mate en relación con los largos mechones de cabellos que encuadraban su cabeza calva, cuyo amarillento cráneo parecía enjuto. La guerra y el fanatismo brillaban aún en sus ojos amarillos, aunque templados por el sentimiento religioso. La devoción imprimía un sello monástico sobre aquella cara, en otro tiempo tan dura y marcada ahora con tonos que suavizaban su expresión. Los reflejos del sol poniente esparcían sobre aquella cabeza aun vigorosa un resplandor encarnado. Su débil cuerpo, envuelto en pardas ropas, acababa, con su pesada actitud, con la privación de todo movimiento, de revelar la monótona existencia, el reposo terrible de aquel hombre, antes tan emprendedor, tan rencoroso, tan activo.

—¡Basta! — dijo a su anciano capellán.

Este venerable sacerdote, de pie delante de su señor en actitud respetuosa, leía el Evangelio. El duque, semejante a esos viejos leones de los parques zoológicos que llegan a una decrepitud llenos aún de majestad, se volvió a otro hombre de cabeza cana, y le presentó un brazo descarnado, cubierto de escaso vello, todavía nervioso, pero sin vigor, y le dijo:

—Ahora os toca a vos, algebrista; ved cómo me encontráis hoy.

—Todo marcha admirablemente,

monseñor; la fiebre ha cesado. Aun viviréis muchos años.

—Quisiera tener aquí a Maximiliano — repuso el duque dejando asomar en sus labios exangües una sonrisa de satisfacción—. ¡Valiente mozo! Ahora manda una compañía de arcabuceros en el palacio real. El mariscal de Ancre se ha encargado de mi hijo, y nuestra graciosa reina María quiere casarle bien, ahora que se le ha concedido el título de duque de Nivron. Así, pues, mi nombre se perpetuará dignamente. El muchacho ha hecho prodigios de valor en el ataque...

En esto llegó Bertrán con una carta en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó vivamente el duque.

—Es un mensaje del rey que ha traído un correo—contestó el escudero.

—¡El rey, y no la reina madre!— exclamó el anciano señor—. ¿Qué ocurrirá? ¿Será que los hugonotes han vuelto a empuñar las armas? ¡Vive Dios! — repuso después incorporándose y dirigiendo una brillante mirada a los tres viejos que estaban en su presencia—. Pues armaré mis soldados, y con Maximiliano a mi lado, la Normandía...

—Sentaos, señor—dijo Beauvoulour, alarmado al ver al duque dejándose llevar de una fanfarronada peligrosa en su convalecencia.

—Leed, maese Corbineau, leed — dijo el anciano entregando el despacho a su confesor.

Un cuadro lleno de enseñanza para la vida humana, formaban aquellos

cuatro personajes. El escudero, el sacerdote y el médico, encanecidos por la edad, los tres de pie ante el duque sentado en su sitial, y dirigiéndose unos a otros téticas miradas, revelaban cada uno de por sí una de las ideas que acababan por apoderarse del hombre al borde de la tumba. Aquellos hombres silenciosos, alumbrados con todo el vigor y brillantez de un rayo de sol poniente, componían un cuadro sublime de melancolía y fértil en contrastes. Aquella cámara sombría y solemne, en la que por espacio de veinticinco años todo continuaba en el mismo estado, constituía un marco adecuado a aquella página poética, llena de pasiones extinguidas, entristecida por la muerte y ocupada por la religión.

—El mariscal de Ancre ha sido muerto en el puente del Louvre por orden del rey, luego... ¡Jesús, Jesús!...

—¡Acabad!—gritó el duque.

—Monseñor el duque de Nivron...

—¿Qué?

—¡Ha muerto!

El anciano aristócrata bajó la frente, exhaló un gran suspiro y se quedó callado.

Los tres viejos, al oír aquella palabra, aquel suspiro, se miraron. Parecía que la ilustre y opulenta casa de Herouville desaparecía ante ellos como un barco que se hunde en las profundidades del mar.

—El Señor de las alturas — dijo el duque lanzando una terrible mirada al cielo—se muestra muy ingrato conmi-

go. ¡No se acuerda de los actos heroicos que he llevado a cabo en favor de su santa causa!

—Dios se venga—dijo el sacerdote con grave acento.

—¡Encerrad a ese hombre en un calabozo!—exclamó el duque.

—Podéis hacerme callar más fácilmente de lo que aplacaréis vuestra conciencia.

El señor de Herouville se quedó pensativo, y después de una larga pausa, dijo:

—¡Perecer mi casa! ¡Extinguirse mi nombre! ¡Quiero casarme, tener un hijo!

A pesar de la temible expresión de desesperación pintada en el rostro del duque, el algebrista no pudo menos de sonreírse. En aquel momento, un canto fresco como la brisa de la noche y tan puro como el cielo, dominó el murmullo del mar y se elevó para hechizar a la Naturaleza. Aquella voz melancólica, aquellas melodiosas palabras, difundieron a modo de un perfume en el alma. La armonía subía como nubes, llenaba los aires, vertía bálsamo en todos los dolores, o más bien los consolaba expresándolos. Con tan rara perfección se unía aquella voz al susurro de las ondas, que parecía salir del seno de las olas. Aquel canto fué más dulce para los viejos de lo que podría haber sido la palabra de amor más tierna para una doncella; tan religiosas esperanzas llevaba consigo, que resonó en el corazón como una voz emanada del cielo.

—¿Qué significa esa voz?—preguntó el duque.

—Que el pequeño ruiseñor canta—contestó Bertrán—; aun no se ha perdido todo, ni para él ni para nosotros.

—¿A qué llamáis un pequeño ruiseñor?

—Es el nombre que hemos dado al primogénito de monseñor—respondió Bertrán.

—¡Mi hijo!—exclamó el anciano—. ¿Con que tengo un hijo, un hijo que puede llevar mi nombre y perpetuarlo?

Abandonó el sillón en que estaba sentado y empezó a pasear por la estancia con paso tan pronto lento, tan pronto acelerado; luego hizo un ademán de mando y despidió a sus servidores, menos al sacerdote.

Al día siguiente por la mañana, el duque, apoyado en su viejo escudero, iba por la playa, entre las rocas, buscando al hijo a quien en otro tiempo había maldecido, y le vió a lo lejos, metido en una hendidura de granito, indolentemente tendido al sol, con la cabeza apoyada sobre un montón de hierbas finas y las piernas graciosamente recogidas debajo del cuerpo. El hijo maldito se parecía a una golondrina descansando. Tan luego como el señor de Herouville llegó a la orilla del mar, y el ruido de sus pasos, amortiguado por la arena, resonó levemente mezclándose con la voz de las olas, Esteban irguió la frente, lanzó un grito de ave sorprendida, y desapareció en el mismo granito, como ratón que se

introduce en su madriguera, tan rápidamente, que cabe la duda de si se le había visto o no.

—¡Vive Dios! ¿Dónde se ha metido?—exclamó el duque llegando a la roca donde su hijo se había agazapado.

Bertrán, señalando una estrecha hendidura cuyos bordes estaban pulidos, desgastados por los embates repetidos de las altas mareas, contestó:

—Ahí está, señor.

—¡Esteban, querido hijo mío!—gritó el anciano.

El joven no contestó. El duque pasó una parte de la mañana rogando, amenazando, refunfuñando, implorando, sin conseguir que su hijo le contestara. A veces callaba, aplicando el oído a la grieta, y todo cuanto podía oír eran los sordos latidos del corazón de Esteban, cuyas pulsaciones precipitadas resonaban bajo la sonora bóveda.

—Al menos — dijo el anciano con acento desgarrador—, ése vive.

Al mediodía, el duque, desesperado, recurrió a la súplica.

—¡Hijo querido—decía—, Dios me ha castigado por haberte desconocido! ¡Me ha arrebatado a tu hermano! Hoy eres tú mi solo y único hijo. Te quiero más que a mí mismo. He reconocido mi error: sé que por tus venas corre mi sangre o la de tu madre, de cuya desventura soy yo el culpable. Ven, procuraré hacerte olvidar mis agravios queriéndote por todo lo que he perdido. Esteban, eres ya duque de Nivron, y cuando yo abandone este mundo serás duque de Herouville, par de Francia, caballero de las Ordenes y del Toi-

són de oro, capitán de cien hombres de armas, gran bailío de Bessin, gobernador de Normandía por el rey, señor de veintisiete dominios en los que hay sesenta y nueve pueblos, marqués de San Severo: tu mujer será la hija de un príncipe; serás jefe de la casa de Herouville. ¿Quieres que me mate el pesar? Ven, ven, o permanezco arrodillado, aquí, delante de tu refugio, hasta verte. Tu anciano padre te suplica y se humilla ante su hijo como si fuese el mismo Dios.

Esteban no comprendía aquel lenguaje erizado de ideas sociales, de vanidades que le eran desconocidas, y sentía en su alma impresiones de terror invencibles. Siguió callado, lleno de mortales angustias. Por la tarde, después que hubo agotado todas las fórmulas del lenguaje, todos los recursos de la súplica y los acentos del arrepentimiento, el orgulloso señor se sintió dominado por una especie de contrición religiosa. Arrodillóse en la arena y pronunció este voto:

—Si Dios y los santos me devuelven el cariño de mi hijo el señor duque de Nivron, aquí presente, juro erigir una capilla a San Juan y a San Esteban, patronos de mi mujer y de mi hijo, y fundar en ella cien misas en honor de la Virgen.

Y con las manos juntas, arrodillado en una actitud profundamente humilde, rezó. Pero viendo que no salía su hijo, esperanza de su nombre, brotaron de sus ojos, largo tiempo secos, gruesas lágrimas que resbalaron por sus demacradas mejillas. Esteban, que

no oía ya nada, se deslizó en aquel momento por el borde de su gruta como una culebrilla deseosa de sol; vió las lágrimas de aquel anciano abatido, comprendió el lenguaje del dolor, apoderóse de la mano de su padre, y le dijo con voz de ángel: «¡Oh madre mía, perdona!»

El gobernador de Normandía, presa de inmensa alegría, se llevó en brazos a su endeble heredero que temblaba como una doncella robada, y sintiéndole sobresaltado, se esforzó por llevar a su espíritu la tranquilidad dejándole en el suelo con las precauciones que habría tomado para manejar una flor; luego le dirigió dulces palabras que jamás había sabido pronunciar.

—¡Ah, querido hijo! ¡cómo te pareces a mi pobre Juana!—le decía—. Dime qué es lo que deseas, y te daré cuanto quieras. Sé robusto; consérvate bien. Te enseñaré a montar a caballo en una yegua mansa y bonita como bello y dócil eres tú. Nada te contrariará. ¡Por la sangre de Cristo! Ante ti todo se doblegará como las cañas a impulsos del viento. Te concederé un poder ilimitado; yo mismo te obedeceré como al dios de la familia.

Poco después padre e hijo entraban en la cámara señorial en donde había transcurrido la triste vida de la madre. Esteban fué en seguida a apoyarse en el antepecho de aquella ventana, desde la cual su madre le hacía señas para anunciarle que su perseguidor había partido, que ahora, sin que él supiera por qué, se convertía en su esclavo, parecido a una de esas gigantes-

cas criaturas que el poder de un hada ponía a las órdenes de un joven príncipe. Aquella hada era el Feudalismo. A los ojos de Esteban acudió el llanto, al volver a ver la melancólica estancia desde la cual había contemplado tantas veces el Océano; los recuerdos de su prolongada desventura, mezclados con las melodiosas memorias de los placeres que había gustado en el amor maternal, único amor que le fué permitido, todo se concentró a la vez en su corazón y desarrolló en él a modo de un poema delicioso y terrible. Acostumbrado a vivir en las contemplaciones del éxtasis, como otros se entregan a las agitaciones del mundo, sus emociones no se parecían a ninguna de las emociones habituales de los hombres.

—¿Vivirá?—preguntó el duque maravillado de la debilidad de Esteban, junto al cual ni se atrevía a respirar fuerte.

—No podré vivir más que aquí—contestó sencillamente el joven, que le había oído.

—Pues bien, hijo mío, esta cámara será la tuya.

—¿Qué sucede?—preguntó el joven Herouville al oír a los comensales del castillo que llegaban a la sala de Guardias, adonde el duque, no dudando del buen éxito, los había convocado para presentarles a su heredero.

—Ven—dijo el padre cogiéndole de la mano y conduciéndole a la gran sala.

Un duque y par, en posesión de sus cargos y de sus gobiernos como lo estaba el de Herouville, llevaba en Francia en aquella época el tren de un prin-

cipe; los segundones de las casas principales no tenían inconveniente en servirle; tenía casa militar y oficiales; el primer teniente de su compañía era lo que son hoy los ayudantes de campo de un mariscal. En época posterior, el cardenal de Richelieu tuvo guardias de corps. Muchos príncipes emparentados con la familia real, como los Guisa, los Condé, los Nevers, y los Vendôme, tenían por pajes hijos de las mejores casas, última costumbre de la caballería extinguida. Por sus riquezas y la antigüedad de su raza normanda, indicada por su nombre *herus villa* (casa del jefe), el duque de Herouville pudo imitar la magnificencia de otros personajes que le eran inferiores, como Epernon, los Luynes, los Balagny, los de O, los Zamet, considerados entonces como advenedizos y que, no obstante, vivían como príncipes. Así, pues, aquella asamblea de gentes agregadas al servicio de su padre fué un espectáculo imponente para el pobre Esteban.

El anciano duque sentóse en un sitial colocado bajo un dosel de madera esculpida puesto sobre un estrado de algunas gradas, desde el cual, en algunas provincias, ciertos señores dictaban aún sentencias en sus castellanías, raros vestigios de feudalismo que desaparecieron en tiempos de Richelieu. Esta especie de tronos, parecidos a los bancos de obra de las iglesias, son hoy objetos de curiosidad. Cuando Esteban se vió allí junto a su padre, se sobresaltó al darse cuenta de que todas las miradas estaban fijadas en él.

El duque, bajando hasta su oído su cabeza calva, le dijo:

—No tiembles, porque todos esos que aquí ves son nuestras gentes.

A través de la obscuridad semiluminosa producida por los rayos del sol poniente que coloraban los ventanales de aquella sala, Esteban veía al baillío, a los capitanes y tenientes de armas acompañados de algunos soldados, a los escuderos, al capellán, a los secretarios, al médico, al mayordomo, a los ujieres, al intendente, a los palafreneros, a los guardas de caza y a otras personas más que componen el resto de la servidumbre. Aunque todas aquellas gentes se mantuvieran en una actitud respetuosa por el terror que inspiraba el anciano duque a las personas de más viso que vivían bajo su mando y en su provincia, se advertía un sordo rumor producido por una curiosa expectación; rumor que oprimió el corazón de Esteban que por vez primera experimentaba la influencia de la pesada atmósfera de una sala en la que respiraba numerosa multitud; sus sentidos, acostumbrados al aire puro y sano del mar, sintieron una molestia tan repentina que indicaba la perfección de sus órganos. Una fuerte palpitación, causada por algún vicio en la estructura de su corazón, le agitó con sus golpes precipitados, cuando su padre, obligado a presentarse como un viejo león majestuoso, pronunció con solemne acento el breve discurso siguiente:

—Aquí os presento, amigos míos, para que lo reconozcáis y obedezcáis como

a mí mismo a mi hijo Esteban, mi primogénito, mi presunto heredero, el duque de Nivron, a quien Su Majestad confirmará sin duda en los cargos de su difunto hermano. Os advierto que si llego a saber que alguno de vosotros o alguien en la provincia de mi mando desagradara al joven duque y le contrariase en lo que fuere, más le valiera no haber salido jamás del vientre de su madre. Ya estáis enterados; ahora, volved todos a vuestros quehaceres, y que Dios os guíe. Las exequias de Maximiliano de Herouville se celebrarán aquí cuando llegue su cadáver. Más adelante, celebraremos el advenimiento de mi hijo Esteban.

—¡ Viva monseñor! ¡ Vivan los Herouville! —gritó la concurrencia de un modo capaz de hacer retemblar el castillo.

Inmediatamente los domésticos trajeron candelabros para alumbrar la sala. Aquellas voces, aquella luz y las sensaciones que en Esteban produjo el discurso de su padre, le causaron un desfallecimiento completo, y cayó en el sillón dejando su mano de mujer en la ancha mano del duque. Este hizo al teniente de su compañía seña de que se acercara y le dijo:

—Barón de Artagnón, estoy contentísimo de poder remediar la pérdida de Maximiliano de Herouville; venid a ver a mi hijo Esteban.

Pero el duque sintió en su mano una mano fría, miró al nuevo duque de Nivron, le creyó muerto, y lanzó un grito de terror que asustó a los que presenciaban aquella escena.

Beauvouloir se abrió paso, cogió al joven en brazos y se lo llevó diciendo a su señor:

—Le habéis muerto por no haberlo preparado para esta ceremonia.

—¿Entonces no podré tener hijos? —preguntó el duque siguiendo al médico a la cámara señorial, en la que acostó al joven heredero—. ¿Qué decís, maestro?—añadió con ansiedad.

—No será nada, monseñor—contestó Beauvouloir designando a Esteban reanimado por un cordial del que acababa de verter unas gotas en un terrón de azúcar, nueva y preciosa substancia que los boticarios vendían a peso de oro.

El duque, alargando su bolsa al anciano servidor, le dijo:

—Toma viejo truhán, y cuida al muchacho como al hijo de un rey. Si muriese por tu culpa, yo mismo te asaría en unas parrillas.

—Monseñor, si continuáis mostrándoos violento, el duque de Nivron morirá por culpa vuestra—objetó brutalmente el médico—; dejadle, va a dormirse.

—Buenas noches, cariño — dijo el viejo besando a Esteban en la frente.

—Buenas noches, padre.

La voz del joven estremeció al duque que, por primera vez, oía que su hijo le daba el nombre de padre.

El duque cogió a Beauvouloir del brazo, le llevó a la habitación contigua y le empujó hasta una ventana, diciéndole:

—Ahora hablaremos sin testigos, viejo truhán.

Esta palabra, que era la gracia favorita del anciano señor, hizo sonreír al médico, que hacía largo tiempo había dejado sus curas.

—Tú ya sabes que no te quiero mal —continuó el duque—. Dos veces has asistido en sus partos a mi pobre Juana, has curado a mi hijo Maximiliano de una enfermedad, y en fin, te considero como de mi casa. ¡Pobre hijo! Yo le vengaré, sí, yo me encargo de castigar al que le ha matado... Todo el porvenir de la casa de Herouville está, pues, en tus manos, Beauvouloir; tú sólo puedes saber si ese sietemesino será capaz de tener descendencia. Ya me entiendes. ¿Qué opinas?

—Ha sido tan casta y tan pura la vida que ha pasado vuestro hijo a orillas del mar—dijo el médico—, que la naturaleza está menos gastada en él de lo que lo hubiera estado si hubiese vivido en el seno de vuestra sociedad. Pero un cuerpo tan delicado es el humilde servidor del alma. Monseñor Esteban debe por sí mismo escoger esposa, porque en él todo será obra de la Naturaleza y no de vuestras voluntades. Amará sencillamente y hará, por anhelo del corazón, lo que deseáis que haga por vuestro nombre. Dadle una linajuda dama que sea a modo de una hacanea, e irá a esconderse en sus rocas; si algún terror vivo le mataría indudablemente, creo que una felicidad demasiado repentina le causaría también la muerte en el acto. Para evitar que esto suceda, yo opino que conviene dejar a vuestro hijo que penetre por su propio impulso a su gusto

en la senda de los amores. Escuchad, monseñor: aunque sois un príncipe grande y poderoso, no entendéis una palabra de estas cosas. Si queréis tener un nieto, concededme vuestra plena confianza, una confianza sin límites.

—¡Ah! ¡Si consigo tener un nieto, haré que se te dé un título de nobleza, aunque sea por un sortilegio! Sí, por más que sea difícil, de viejo truhán que hoy eres, llegarás a ser todo un caballero; serás, Beauvouloir, barón de Forcalier. Puedes valerte de los medios que quieras, de la magia blanca y negra, de las novenas en la iglesia y de las reuniones del aquelarre; con tal que yo tenga descendencia masculina todo marchará perfectamente.

—¡Ah, monseñor! —replicó Beauvouloir—; conozco una reunión de brujos capaz de echarlo a perder todo; ese aquelarre sois vos mismo, monseñor. Os conozco. Hoy deseáis descendencia a todo trance; mañana querréis fijar las condiciones en que debe llegar esa descendencia, y atormentaréis a monseñor Esteban.

—¡Dios me libre!

—Pues bien, partid para la corte, en donde todo debe estar trastornado por la muerte del mariscal y la emancipación del rey, y en donde tenéis algo que hacer, aunque sólo sea por alcanzar lo que os han prometido: el bastón de mariscal. Dejadme a mí guiar a vuestro hijo. Pero dadme vuestra palabra de caballero de aprobar todo cuanto yo haga.

El duque estrechó la mano del me-

dico en señal de completa conformidad, y se retiró a su aposento.

Cuando son contados los días que le restan de vida a un poderoso señor, el médico es un personaje importante en su morada. No es de extrañar, pues, que un antiguo algebrista llegase a tener tanta familiaridad con el duque de Herouville. Prescindiendo de los vínculos ilegítimos por los cuales el casamiento de Beauvouloir le había enlazado con aquella gran casa, y que militaban en su favor, el duque había tenido tantas ocasiones de poner a prueba el sano criterio de aquel hombre de ciencia, que le hizo uno de sus consejeros predilectos. Beauvouloir era el Coyctier de aquel Luis XI. Pero a pesar de su gran saber, el médico no tenía sobre el gobernador de Normandía, en quien siempre predominaba la ferocidad de las guerras religiosas, tanta influencia como el feudalismo. Por esto, el antiguo algebrista había adivinado que los prejuicios del noble perjudicaban los deseos del padre. Beauvouloir, a fuer de gran médico, comprendió que para Esteban, dotado de una organización muy delicada, el matrimonio debía ser una dulce y lenta inspiración que le comunicara nuevas fuerzas animándole con el fuego del amor. Conforme lo había dicho, imponer una mujer al joven era matarle; sobre todo debía evitarse que se asustara del matrimonio, del cual no sabía nada, y que conociera el objeto que se proponía su padre. Aquel poeta desconocido sólo admitía la noble y bella pasión de Petrarca por Laura, y de Dante por Bea-

triz. Como su desgraciada madre, era todo amor puro y todo alma; se le debía proporcionar la ocasión de amar, aguardar el resultado, y no imponerlo, pues se habrían secado en él las fuentes de la vida.

Maese Antonio Beauvouloir tenía una hija, y en tales condiciones estaba criada, que hacían de ella la esposa más a propósito para Esteban. Era tan difícil prever los acontecimientos que hicieron de un joven destinado por su padre al cardenalato el heredero presunto de la casa de Herouville, que jamás el médico había parado mientes en la semejanza de los destinos de Esteban y Gabriela. Más que por su ambición, fué una idea repentina inspirada por su abnegación para con aquellos dos seres. A pesar de su habilidad, su mujer había muerto de sobrepardo, dejándole una hija cuya salud fué tan débil, que pensó que la madre había debido legar a su fruto gérmenes de muerte. Como todos los viejos aman a su único hijo, así Beauvouloir amó a su Gabriela. Su ciencia y sus asiduos cuidados prestaron una vida ficticia a aquella criatura enfermiza, a la que cultivó como un floricultor cultiva una planta exótica. La había alejado de todas las miradas en su posesión de Forcalier, donde la protegió contra las calamidades de la época la benevolencia general que había conquistado un hombre al que cada cual debía un cirio y cuyo poder científico inspiraba un profundo y supersticioso terror. Al entrar a servir en la casa de Herouville, las inmundades de que gozaba en la provincia

las había aumentado, y al mismo tiempo burlado las persecuciones de sus enemigos por su formidable posición al lado del gobernador; pero al trasladarse al castillo, se había guardado bien de llevar consigo la tierna flor que tenía escondida en Forcalier, posesión más importante por las tierras que de ella dependían que por su vivienda, y con la cual contaba para proporcionar a su hija una colocación conforme a sus miras. Al prometer al anciano duque que tendría posteridad, al pedirle su palabra de que aprobaría cuanto hiciese, pensó de pronto en Gabriela, en aquella gentil doncella cuya madre había sido olvidada por el duque como había olvidado a su hijo Esteban. Antes de poner su plan en ejecución, aguardó la marcha del duque, previendo que si éste lo averiguaba, las enormes dificultades que podrían suscitarse contra su buen resultado serían entonces insuperables.

La morada del médico estaba situada al mediodía, en la vertiente de una de esas suaves colinas que circundan los valles de Normandía; un bosque espeso la limitaba por el Norte; cercas de elevada altura y vallados normandos con profundas zanjas hacían de ella un recinto impenetrable. En su suave pendiente, el jardín descendía hasta el río que regaba las praderas del valle, y al cual el alto talud de un doble vallado formaba en aquel sitio un dique natural. Un camino secreto, trazado por las sinuosidades de las aguas, había en aquel vallado, y al que las hayas y robles, con su espeso follaje,

daban el umbroso aspecto del sendero de una selva. Desde la casa hasta aquella especie de parapeto se extendía una verdegueante alfombra, hoy común en aquel rico país, a la que prestaba sombra un lindero de árboles raros, cuyos matices componían un gran tapiz de bien enlazados colores: aquí, sobre el verde obscuro de algunos alisos, se destacaban las tintas plateadas de un pino; allí, delante de un grupo de vetustos robles, sobresalía la esbelta copa de un álamo, siempre agitada; más allá, entre robustos nogales de redonda copa, unos sauces llorones inclinaban sus pálidas hojas. Por aquel lindero se podía bajar a cualquier hora desde la casa al vallado sin temor a los rayos solares. La fachada, ante la cual se extendía la faja amarillenta de un terraplén enarenado, estaba resguardada de los rayos del sol por una galería de madera, alrededor de la cual se enroscaban plantas trepadoras, cuyas flores trepaban en el mes de mayo hasta las ventanas del primer piso. Sin ser de grandes dimensiones, aquel jardín parecía inmenso por el modo como estaba acondicionado, y sus puntos de vista, hábilmente practicados en las alturas del terreno, se unían con los del valle por donde la mirada se paseaba libremente. Así es que Gabriela, según los instintos de su imaginación, podía, o refugiarse en la soledad de un reducido espacio sin ver otra cosa más que un espeso césped y la bóveda celeste entre las copas de los árboles, o disfrutar de las más atractivas perspectivas siguiendo los matices de las líneas ver-

des, desde sus primeros términos tan brillantes hasta los purísimos confines del horizonte en que se perdían en el Océano azul del aire o en las montañas de nubes que flotaban en él.

Gabriela Beauvoulair jamás salía de su modesta morada sino para ir a la iglesia cuyo campanario se veía en lo alto de una colina, y esto siempre acompañada de su abuela, su nodriza y el criado de su padre. Había, pues, llegado a la edad de diez y siete primaveras en la cándida ignorancia que la escasez de libros permitía a una joven conservar sin que pareciera extraordinaria en una época en que las mujeres instruídas eran fenómenos muy raros. Aquella casa había sido como un convento, más la libertad, menos el rezo reglamentado, y en la que había vivido en compañía de una anciana piadosa y bajo la protección de su padre, el único hombre con quien hasta entonces había hablado la joven. Aquella exagerada soledad, exigida desde que nació por la delicadeza aparente de su constitución, no permitió el médico que se modificase un punto. Conforme la niña iba creciendo, los cuidados que se le prodigaban, la influencia de un aire puro habían vigorizado a la verdad su débil compleción. No obstante, su padre no podía equivocarse al ver cómo las tintas nacaradas que rodeaban los ojos de Gabriela se atenuaban, se oscurecían o se inflamaban según las emociones que experimentaba; la debilidad del cuerpo y la fuerza del alma se marcaban allí con indicios que el ilustrado

médico reconocía gracias a su larga práctica; además, la angelical belleza de su hija le había hecho temer las empresas tan comunes en una época de violencia y de sedición. Así, pues, mil razones habían aconsejado a aquel buen padre hacer más tupida la sombra y ensanchar la soledad alrededor de su hija, cuya excesiva sensibilidad le asustaba: una pasión, un raptó, una violencia cualquiera la habría puesto al borde del sepulcro. Aunque su hija casi nunca era merecedora a que la riñeran, una sola palabra de reprimenda la trastornaba; penetraba en el fondo de su corazón, en donde la guardaba y engendraba una melancolía meditativa; iba a llorar y lloraba largo tiempo. En aquella tierna flor, la educación moral había exigido tanto cuidado como la física. Su padre tuvo que reprimir la relación que hacía a su hija de esos cuentos que tanto entretienen a los niños, pues le causaban impresiones demasiado vivas; de suerte que aquel hombre, tan ilustrado a fuerza de una larga práctica, se había apresurado a desarrollar el cuerpo de Gabriela a fin de amortiguar los golpes que descargaba en él un alma tan vigorosa. Como la hermosa joven era su vida, su amor, su única heredera, nunca vaciló en proporcionarse las cosas de cuyo concurso esperaba el resultado apetecido. Con gran cuidado apartó de su hija los libros, los cuadernos, la música, todas las creaciones de las artes que pudieran despertar el pensamiento, y ayudado por su madre, hizo que Gabriela cobrara afición al bor-

dado, a la costura, al encaje, al cultivo de las flores, a los quehaceres domésticos, a la recolección de frutas; en fin, las ocupaciones más materiales de la vida eran el pasto que se ofrecía al espíritu de aquella encantadora criatura. Su padre le llevaba bonitos torcos para hilar, arcas labradas primorosamente, magníficos tapices, objetos de alfarería de Bernardo Palissy, mesas, reclinatorios, sillas esculpidas y forradas de telas preciosas, ropa blanca hecha y joyas. Beauvoisir, con el instinto peculiar de los padres, escogía siempre sus regalos entre las obras cuyos adornos pertenecen a ese género fantástico llamado arábigo, y que, no hablando a los sentidos ni al alma, se dirigen solamente a la imaginación por las creaciones del puro capricho. Así, por ejemplo, ¡cosa extraña!, el amor paternal había aconsejado al anciano médico que impusiese a su hija la misma vida que el odio de un padre impuso a Esteban de Herouville. El alma debía en uno y otro de ambos seres matar al cuerpo; y a no ser por una profunda soledad, ordenada al uno casualmente, y exigida al otro por la ciencia, ambos podían sucumbir, el uno por el temor, la otra bajo el peso de una emoción de amor demasiado viva. Mas ¡ay! en lugar de nacer en un país yermo, en el seno de una naturaleza desprovista de toda vegetación, que todos los pintores han dado por fondo a sus Vírgenes, Gabriela vivía en lo profundo de un valle exuberante de lozana vegetación y muy productivo. Beauvoisir no había podido destruir

la armoniosa producción de los bosquillos naturales, la graciosa disposición de los planteles de flores, la fresca blandura de la verde alfombra, el amor expresado por las plantas trepadoras al enlazarse entre sí. Estas vivaces poesías tenían su lenguaje, más que comprendido escuchado por la hija del médico, que se entregaba a confusos enajenamientos bajo las enramadas; a través de las ideas nebulosas que le sugerían sus admiraciones bajo un cielo espléndido y sus largos estudios de aquel hermoso panorama observado en todos los aspectos que en él imprimían las estaciones y las variaciones de una atmósfera marina a la que iban a morir las brumas de Inglaterra, y en la que comienzan las claridades de Francia, se elevaba en su espíritu una luz lejana, una aurora que rasgaba las tinieblas en que la mantenía su padre.

Tampoco Beauvoisir había sustraído a su hija a la influencia del amor divino; Gabriela no sólo admiraba la Naturaleza, sino también adoraba al Creador; se había lanzado por la primera vía abierta a los sentimientos femeninos; amaba a Dios, a Jesucristo, a la Virgen y a los santos; le agradaba la Iglesia y sus pompas; era católica a la manera de Santa Teresa, que veía en Jesús un esposo infalible, un himeneo continuo. Pero como las almas fuertes, Gabriela se entregaba a esa pasión con tan encantadora sencillez, que habría desarmado a la seducción más brutal con la infantil candidez de su lenguaje.

¿Pero esta vida de inocencia, adón-

de conducía a la tierna niña? ¿Cómo educar una inteligencia tan pura como el agua de un lago tranquilo que aun no ha reflejado más que el azul del cielo en su límpida superficie? ¿Qué imágenes trazar en aquel blanco lienzo? ¿Alrededor de qué árbol enredar las níveas campanillas abiertas en aquella enredadera? Cuantas veces había reflexionado Beauvouloir, otras tantas sintió un estremecimiento interior. En aquel momento el excelente anciano caminaba al paso tardo de su mula, como si hubiese querido hacer interminable el camino que iba de Herouville a Ourscamp, nombre del pueblo cerca del cual estaba su posesión de Forcalier. El inmenso cariño que el médico profesaba a su hija le había hecho concebir tan osado proyecto; un solo hombre en el mundo podía hacerla feliz, y este hombre era el angelical hijo de Juana de Saint-Sevín. Verdaderamente, éste y la cándida hija de Gertrudis Marana eran dos criaturas gemelas. Toda mujer que no fuera Gabriela debía asustar y producir la muerte al heredero presunto de la casa de Herouville, del mismo modo que creía Beauvouloir que su hija sería víctima del hombre cuyos sentimientos y formas exteriores no tuvieran la virginal delicadeza de Esteban. Cierto que el padre de Gabriela nunca había pensado en ello; la casualidad se complació en preparar aquella aproximación y la ordenaba. Pero ¡en el reinado de Luis XIII, atreverse a inducir al duque de Herouville a casar su hijo único con la hija de un algebrista

normando! Y sin embargo, sólo de este enlace podía resultar esa descendencia que quería imperiosamente el viejo duque. La Naturaleza había dispuesto que aquellos dos seres fuesen el uno para el otro; Dios los había acercado por una increíble disposición de acontecimientos, mientras que las ideas humanas, las leyes, abrían entre los dos jóvenes infranqueables abismos. Aunque el médico creyó ver en esto el dedo de Dios, y a pesar de la palabra que había arrancado al duque por sorpresa, sintió tales aprensiones al pensar en el carácter violento del anciano duque, que volvió atrás en el momento en que, llegado a lo alto de la colina opuesta a la de Ourscamp, vió el humo que salía de la chimenea entre los árboles de su huerto. Decidióle su ilegítimo parentesco, circunstancia que podía influir en el ánimo del padre de Esteban. Decidido al fin, Beauvouloir confió en los azares de la vida; podía ocurrir que el duque muriese antes del casamiento, y además contó con los ejemplos: Francisca Mignot, una aldeana del Delfinado, acababa de contraer matrimonio con el mariscal de l'Hôpital; el hijo del condestable, Ana de Montmorency, se había casado con Diana, hija de Enrique II y de una dama piemontesa llamada Felipa Duc.

Mientras el cariño paternal discutía todas las probabilidades, buenas y malas, y procuraba vislumbrar el porvenir pesando sus elementos, la hija del médico se paseaba por el jardín en donde escogía flores para adornar los

jarros del ilustre alfarero que hizo con el esmalte lo que Benvenuto Cellini había hecho con los metales. La joven había puesto en medio de la sala un jarrón, adornado con animales de relieve, y le llenaba de flores para recreo de su abuela y quizás también por dar forma a sus propios pensamientos. El jarrón de loza llamada de Limoges estaba lleno, colocado sobre el tapete de una mesa, y la joven decía a su abuela: «¡Mirad!» cuando Beauvoulair entró. Gabriela se precipitó en los brazos de su padre. Después de las primeras efusiones de cariño, la hermosa niña quiso que el anciano admirase el ramo; pero así que le hubo contemplado, Beauvoulair clavó en su hija una mirada profunda que le hizo sonrojar.

—Ya es tiempo—dijo para sí comprendiendo el lenguaje de las flores, las cuales habían sido sin duda estudiadas una por una en su forma y en su color, a juzgar por lo bien puesta que estaba cada cual en su sitio, produciendo un sorprendente efecto en el ramo.

La linda doncella se quedó de pie sin pensar en la flor empezada en su telar. Al aspecto de su hija, una lágrima rodó por las mejillas de Beauvoulair, difícilmente contraindas aún por una expresión seria, y cayó sobre su camisa que, según la moda de entonces, su ropilla abierta dejaba descubierta sobre el vientre. Dejó en la mesa su sombrero, adornado de una pluma encarnada, y pasóse la mano por su cabeza calva. Al contemplar de nuevo a su hi-

ja que, bajo las oscuras vigas de aquella sala tapizada de cuero, adornada de muebles de ébano y de cortinajes de recias telas de seda, con su alta chimenea y alumbrada por una suave luz, era bien suya, el pobre padre sintió que acudían abundantes lágrimas a sus ojos y se las enjugó. Todo padre que quiere a su hijo, desearía que fuera siempre pequeño; el que puede ver sin afligirse profundamente pasar su hija a poder de otro hombre, ése no se remonta a los mundos superiores, sino que baja a los espacios ínfimos.

—¿Qué te sucede, hijo mío?—preguntó la anciana quitándose las gafas y tratando de adivinar en la actitud ordinariamente alegre de Beauvoulair la causa del silencio que la sorprendía.

El padre de Gabriela designó con el dedo su hija a la abuela, la cual meneó saísfecha la cabeza como diciendo: «¡Qué linda es!» ¿Quién no habría sentido la emoción del excelente padre en presencia de la joven tal como la veía con el traje de la época y el fresco ambiente de Normandía? Gabriela llevaba ese justillo con que casi todos los pintores italianos han representado a sus madonas y a sus santas: esto es, en punta por delante y cuadrado por detrás. Ese elegante coselete de terciopelo azul celeste, tan bonito como el de una libélula, rodeaba el corpiño como una camisola, comprimiéndole de modo que moldeaba las formas que parecía aplanar; modelaba los hombros, la espalda, la cintura, con la limpieza de un dibujo trazado por mano maestra, y terminaba alrededor del

cuello en un escote oblongo adornado de un pequeño bordado de seda de color carmesí y que permitía ver tanta parte desnuda cuanto era lícito para poder mostrar la belleza de la mujer, mas no para despertar ideas malsanas. Una falda de dicho color, que continuaba las líneas marcadas por el cuerpo de terciopelo, caía hasta los pies formando menudos pliegues y como aplanados. Tan delgada era la cintura de la joven, que ésta parecía alta. Su pequeño brazo pendía con esa inercia que un pensamiento profundo imprime a la actitud. Así colocada, presentaba un modelo viviente de las sencillas obras maestras de la estatuaria, cuyo gusto predominaba entonces y que se recomienda a la admiración por sus líneas suaves y rectas sin rigidez y por la firmeza de un dibujo que no excluye la vida. No puede darse perfil de golondrina que al rozar por la tarde una ventana ofreciese formas con tanta elegancia definidas. El rostro de Gabriela era delgado sin ser plano; por su frente y por su cuello corrían filetes azules, que trazaban en ellos matices semejantes a los del ágata, demostrando la delicadeza de un cutis tan transparente que se hubiera creído ver circular la sangre por las venas. Aquella excesiva blancura tenía un ligero tinte de rosa en las mejillas. Los cabellos, contenidos en un gorrito de terciopelo azul bordado de perlas, eran blondos y caían sobre las sienes como dos arroyos de oro, acabando por formar rizos en los hombros sin cubrir-

los. El vivo color de aquella sedosa cabellera animaba la deslumbradora blancura del cuello y contribuía a purificar con su reflejo los contornos de tan purísimo rostro. Los ojos, rasgados y como apretados entre grandes pupilas, armonizaban con la esbeltez del cuerpo y de la cabeza; en ellos brillaba el gris perla sin vivacidad y el candor ocultaba la pasión. La línea de la nariz habría parecido fría como una hoja de acero, a no ser por sus aterciopeladas y sonrosadas ventanas, cuyos movimientos parecían estar en desacuerdo con la castidad de su frente soñadora, tan pronto asombrada como risueña, y siempre de serenidad augusta. En fin, una pequeña oreja asomando por debajo del gorro entre dos mechones de cabellos y ostentando en el lóbulo un rubí cuyo encendido color se destacaba vigorosamente sobre aquel blanquísimo cuello, atraía las miradas de cuantos la contemplaban. No era ni la belleza normanda pródiga en carnes, ni la meridional en la que la pasión abulta la materia, ni la francesa, fugaz como sus expresiones, ni la del Norte, melancólica y fría; era la seráfica y profunda belleza de la iglesia católica, a la vez suave y rígida, flexible y tierna.

— ¡No podría encontrarse sobre la faz de la tierra una duquesa más bonita! — pensaba Beauvoulair contemplando con profundo deleite a su hija que, ligeramente inclinada, alargando la cabeza para observar a lo lejos el vuelo de un pájaro, tan sólo se la podía

comparar con una gacela parada para escuchar el murmullo del agua a la que va a mitigar su sed.

—Acércate y siéntate aquí — dijo Beauvouloir dándose un golpe en el muslo y haciendo a su hija una seña como indicando que tenía que hacerle una confidencia.

La joven obedeció y se sentó en las rodillas de su padre con la ligereza de la gacela y pasó un brazo alrededor del cuello del anciano arrugándole bruscamente la valona.

—¿En quién estabas pensando mientras cogías flores? Nunca las has combinado con tanto gusto.

—Pensaba en muchas cosas—contestó Gabriela—. Al admirar esas flores, que parecen hechas para nosotros, hacía estas reflexiones: «¿Para quién hemos sido hechos? ¿Quiénes son los seres que nos miran?» Sois mi padre y puedo deciros lo que siento en mí; tenéis clara penetración y me lo explicaréis todo. Siento en mí como una fuerza que quiere ejercitarse: lucho contra algo. Las nubes empañan con sus negruras la nitidez del cielo, no estoy contenta del todo; estoy triste, pero tranquila. Cuando hace buen tiempo, y las flores despiden su delicioso aroma, y estoy allá en mi banco, entre madreselvas y jazmines, se elevan en mi interior a modo de oleadas que se rompen contra mi inmovilidad. Acuden a mi mente ideas que parecen golpearme y se escapan, como de noche los pájaros al pasar por delante de nuestras ventanas, sin que yo pueda contenerlas. Pues bien, cuando he

construído un ramo combinando los colores como en un bordado de tapicería, en que el encarnado sobresale sobre el blanco, y el verde y el pardo se cruzan; cuando todo abunda en él, y el aire juguetea, y las flores se tropiezan, y hay una mezcla de perfumes y de cálices que chocan unos con otros, me creo casi feliz al reconocer lo que en mí misma pasa. Cuando el órgano de la iglesia deja oír sus notas y los sacerdotes responden, hay dos cantos distintos que se hablan: las voces humanas y la música; pues bien, entonces estoy contenta; esa armonía me resuena en el pecho y rezo con un gusto que me anima la sangre...

Al escuchar a su hija, Beauvouloir le dirigió una mirada sagaz; mirada que habría parecido estúpida por la fuerza misma de sus pensamientos radiantes, lo mismo que el agua de una cascada parece inmóvil. Levantaba el velo de carne que le ocultaba el mecanismo secreto en virtud del cual el alma reacciona sobre el cuerpo, estudiaba los varios síntomas que, gracias a su larga experiencia, había sorprendido en todas las personas confiadas a sus cuidados, y los comparaba con los síntomas comprendidos en aquel cuerpo endeble cuyos huesos le asustaban por su delicadeza, y cuyo blanquísimo cutis, por su escasa consistencia, le causaba un temor profundo, y procuraba enlazar los informes de su ciencia con el porvenir de aquella angelical criatura, sintiendo vértigos al encontrarse así como si hubiera estado sobre un abismo; la acentuada vibración de

su voz, el pecho demasiado pequeño de Gabriela le tenían inquieto, y se interrogaba a sí mismo después de haberla interrogado.

Por fin, impulsado por un postrer pensamiento en el que se resumió su meditación, Beauvouloir exclamó:

—¡Tú padeces aquí!

La joven bajó la cabeza.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —añadió el anciano suspirando—. Te llevaré al castillo de Herouville: allí podrás tomar baños de mar que te vigorizarán.

—¿Es cierto que me llevaréis, padre mío? ¿No os burláis de vuestra Gabriela? ¡Ah! ¡cuánto deseo ver el castillo, los hombres de armas, los capitanes de monseñor!

—Sí, hija mía. Tu nodriza y Juan te acompañarán.

—¿Y cuándo será?

—Mañana—contestó el anciano, que salió al jardín para que su madre y su hija no notaran su emoción.

—Dios es testigo de que no me guía ningún proyecto de ambición—se decía el médico—. Los dos motivos a que obedezco son salvar a mi hija y hacer feliz al pobre Esteban.

Si así se interrogaba a sí mismo, era porque en lo más profundo de su conciencia sentía una inextinguible satisfacción de saber que mediante el buen éxito de su proyecto, su hija sería algún día duquesa de Herouville. Tras el padre se oculta siempre el hombre. Después de pasear largo rato, entró a cenar y toda la velada se recreó contemplando a su hija en el seno de la

dulce y sencilla poesía a que la había acostumbrado.

Cuando, antes de irse al lecho, la abuela, la nodriza, el médico y Gabriela se arrodillaron para rezar juntos sus oraciones, Beauvouloir les dijo:

—Roguemos a Dios que bendiga mi empresa.

La abuela, que conocía los proyectos de su hijo, sintió que las pocas lágrimas que le quedaban le humedecían los ojos. La curiosa Gabriela estaba colorada de contento. El anciano temblaba, pues no podía desechar el temor de una catástrofe.

—No hay por qué asustarse, Antonio—le dijo su madre—. El duque no matará a su nieta.

—Sí, es cierto—contestó—, pero puede obligarla a tomar por marido algún barón soldadote que nos la malograría.

Al día siguiente, Gabriela, montada en un borriquillo, seguida de su nodriza a pie, de su padre jinete en su mula, y del criado que conducía dos caballos cargados de equipaje, emprendieron la marcha hacia el castillo de Herouville, al cual no llegaron hasta la caída de la tarde. Para que nadie se enterara de este viaje, Beauvouloir había ido por caminos extraviados partiendo al rayar el día, e hizo llevar provisiones para comer por el camino sin pararse en los mesones. Así, pues, el médico entró de noche, sin que le vieran las gentes del castillo, en la habitación que el hijo maldito había ocupado tanto tiempo, y en la que le aguardaba Bertrán, única persona enterada

del caso. El viejo servidor del duque ayudó al médico, al criado y a la nodriza a descargar los caballos, a transportar el equipaje y a instalar a Gabriela en la morada de Esteban. Cuando Bertrán vió a la joven se quedó atónito.

—¡Cuánto se parece a la señora! — exclamó—. Es delgada y esbelta como ella; tiene su mismo color pálido y su cabello rubio. El duque la querrá.

—¡Dios lo quiera!—contestó Beauvouloir—. ¿Pero reconocerá su sangre a través de la mía?

—No puede negarla—dijo el anciano escudero—. Muchas veces fué a buscarle a la puerta de la *Bella Romana*, que vivía en la calle Culture-Saint-Catherine; el cardenal de Lorena la dejó forzosamente a monseñor, avergonzado de haber sido maltratado al salir de su casa. Monseñor, que por aquel entonces tenía veinte años, no habrá olvidado aquella emboscada; a la sazón era ya muy atrevido, y hoy puedo decirlo, era el que dirigía a los que maltrataron al cardenal.

—Ya no se acuerda de nada de eso — dijo Beauvouloir—. No ignora que mi mujer ha muerto, pero apenas si sabe que tengo una hija.

—Dos veteranos como nosotros sabrán dirigir la nave y llevarla a buen puerto—repuso Bertrán—. Después de todo, si el duque se enfada y la emprende con nosotros, bastante hemos vivido.

El duque de Herouville, antes de partir, había prohibido a las gentes del castillo, bajo los más severos castigos, que fuesen a la playa donde Esteban

había vivido hasta entonces, a no ser que el duque de Nivron llevase allí a alguien. Esta prohibición, inspirada por Beauvouloir, que había demostrado la necesidad de dejar a Esteban dueño de conservar sus costumbres, garantizaba a su hija y a su nodriza la inviolabilidad del territorio de donde el médico les mandó que no salieran jamás sin su permiso.

Aquellos dos días los había pasado Esteban en la cámara señorial en la que le retenía el encanto de sus dulces recuerdos. Aquel lecho había sido el de su madre; a dos pasos había ocurrido la terrible escena del alumbramiento en la que el ex algebrista tuvo que salvar dos existencias; ella había confiado sus pensamientos a aquellos muebles, se había servido de ellos, sus ojos se habían detenido con frecuencia en aquellas mudas paredes; ¡cuántas veces se había asomado a aquella ventana para llamar con un grito, con una seña, a su pobre hijo desconocido y ahora dueño soberano del castillo! Solo en aquella cámara en la que, llevado por el anciano médico había entrado la última vez a escondidas, para dar el postrer beso a su madre moribunda, ía hacía revivir en ella; la hablaba, la escuchaba; bebía en aquella fuente en que jamás se agota, y de la que manan tantos cantos semejantes al *Super flumina Babylonis*.

Beauvouloir, al día siguiente de su regreso, fué a ver a su joven señor y le riñó cariñosamente por no haber salido de su cámara, haciéndole observar que no le era conveniente substituir su

vida al aire libre con la vida del prisionero, a lo que le contestó Esteban :

—Esto es muy grande, y además aquí está el alma de mi madre.

Sin embargo, merced a la dulce influencia del cariño, el padre de Gabriela pudo conseguir que Esteban se paseara todos los días, ya por la orilla del mar o ya por los campos que no conocía. Pero el joven, siempre dominado por sus recuerdos, permaneció al otro día hasta la noche en su ventana, contemplando el mar, el cual le presentaba tan múltiples aspectos, que se le figuraba que nunca lo había visto tan hermoso. Intercaló en sus contemplaciones la lectura del Petrarca, uno de sus autores favoritos, aquel cuya poesía le agradaba más por la constancia y la unidad de su amor. Su naturaleza no admitía el tener muchas pasiones; no podía amar sino de un modo y una sola vez. Si este amor, como todo lo que es único, debía ser profundo, también debía ser tranquilo en sus expresiones, suave y puro como los sonetos del poeta italiano. Al declinar el astro diurno, el hijo de la soledad se puso a cantar con esa voz maravillosa que había resonado como una esperanza en los oídos más sordos para la música, en los de su padre. Expresó su melancolía variando un mismo tema que cantó repetidas veces a la manera del ruiseñor. Aquella melodía, atribuida al difunto rey Enrique IV, no era la canción de Gabriela, sino otra de mejor factura, más melodiosa, más llena de ternura, y que los admiradores del tiempo antiguo reconocerán en las estrofas compuestas

también por el gran rey; sin duda era una de las canciones que le habían cantado para adormecerle en su infancia en las montañas del Bearn :

Ven, Aurora,
pues te implora
quien se alegra al verte a ti;
la pastora
que me adora
roja es, cual tú, para mí.
Rociada
y escarchada
no ha la rosa su frescura;
un armiño
no ha su aliño;
excede al lirio en blancura,

Esteban, después de expresar candorosamente el pensamiento de su corazón con su canto, posó su mirada sobre la inmensidad del Océano, diciendo: «¡Esa es mi prometida y mi único amor!» Luego entonó esta otra estrofa de la canción :

Ella es rubia
cual ninguna,

y volvió a repetirla expresando la afanosa poesía que rebosa en un joven tímido, pero audaz cuando está solo. En este canto lleno de ondulaciones, comenzado, repetido, inferrumpido, nuevamente empezado, y perdido por fin en una última modulación cuyos matices se iban desvaneciendo como el eco de una campana, había algo así como ensueños. En aquel momento, una voz, que creyó ser de alguna sirena salida del mar, una voz de mujer repitió la canción que acababa de entonar, pero con todas las vacilaciones propias de una persona que repite una canción que ha oído por primera vez, reconoció en ella el balbuceo de un corazón que

nace a la poesía de los acordes. Merced a los largos estudios que había hecho sobre su propia voz, Esteban había aprendido el lenguaje de los sonidos, en que el alma halla tantos recursos como en la palabra para exponer sus ideas; así es, que era el único que podía adivinar toda la tímida sorpresa que revelaban aquellos ensayos. ¡Con qué admiración y religiosidad estuvo escuchando! La quietud de la atmósfera le permitía oírlo todo, y se estremeció al percibir el roce de los pliegues ondulantes de un vestido; él, a quien las emociones producidas por el terror ponían a dos dedos de la muerte, se admiró de sentir en sí mismo la sensación balsámica causada en otro tiempo por la llegada de su madre.

—Vamos, hija mía—dijo Beauvouloir a Gabriela—, te he prohibido que estés en la playa después de la puesta del sol.

—¡Gabriela! — pensó Esteban—. ¡Qué nombre tan bonito!

El médico apareció poco después y sacó a su señor de una de esas meditaciones parecidas al sueño. Era ya de noche y salía la luna.

—Monseñor—le dijo—, aun no habéis salido hoy y es una imprudencia.

—Y yo — le preguntó Esteban—, ¿puedo ir a la playa después de la puesta del sol?

El doble sentido de esta pregunta, que indicaba la ingenua malicia de un primer deseo, hizo sonreír al médico.

—¿Tienes una hija, Beauvouloir? —preguntó el joven.

—Sí, monseñor; es el consuelo de

mi vejez. El duque, vuestro padre, me ha recomendado tanto que vele por vuestra preciosa existencia, que no siéndome posible ir a ver a mi hija a Forcalier, donde vivía, la he traído aquí con sentimiento mío; y para substraerla a todas las miradas, la he instalado en la casa que antes habitabais. Está tan delicada, que lo temo todo por ella, hasta una sensación demasiado viva; así es, que no la he enseñado nada, porque le habría causado su muerte.

—¡Que no sabe nada!—repitió el joven, admirado.

—Sabe todo cuanto necesita saber una buena mujer de su casa, pero ha vivido como vive una planta. La ignorancia es una cosa tan santa como la ciencia; para las criaturas, la ciencia y la ignorancia son dos modos de ser; ambas conservan el alma como en un sudario: la ciencia os ha hecho vivir, monseñor; la ignorancia salvará a mi hija. Las perlas que están bien escondidas no caen en manos del buzo y viven felices. Puedo comparar a mi Gabriela con una perla; su tez es tan brillante como ésta, su alma la misma suavidad, y hasta aquí mi posesión de Forcalier le ha servido de concha.

—Acompáñame, Beauvouloir — dijo Esteban abrigándose con una capa—, quiero ir a la orilla del mar: hace un tiempo magnífico.

El médico y su joven señor caminaron en silencio hasta que una luz deslizándose por entre los postigos de la ventana de la casa del pescador surgió el mar como una franja de oro.

—Querido Beauvouloir—dijo el tímido Esteban al médico—, no puedo expresar las sensaciones que me causa una luz proyectada en el mar. ¡Cuántas veces he contemplado la ventana de esa cámara hasta que la luz se apagaba! —añadió señalando la ventana de la cámara de su madre.

—Por delicada que sea mi hija—respondió alegremente Beauvouloir—, puede venir y pasear con nosotros; la noche no está fresca ni se siente humedad; voy a buscarla; pero tened juicio, monseñor.

El heredero del duque de Herouville era demasiado tímido para proponer al padre de Gabriela que le acompañara a la casa del pescador; además, se encontraba en el estado de embotamiento en que nos sumen las ideas y las sensaciones que engendra una naciente pasión. Más libre al encontrarse solo, exclamó, viendo el mar iluminado por la luna: «¡El Océano ha pasado a mi alma!»

El aspecto de la linda estatuita animada que se iba aproximando a él y a la que la luna parecía platear envolviéndola en su luz, redobló las palpitaciones del corazón de Esteban, pero sin causarle sufrimiento.

—Hija mía — dijo Beauvouloir—, aquí tienes a monseñor.

El pobre Esteban hubiera deseado tener en aquel momento la gigantesca estatura de su padre, presentarse robusto y no enfermizo. Todas las vanidades del amor y del hombre penetraron a la vez en su corazón como otros tantos dardos, y guardó tétrico silen-

cio, considerando por vez primera sus muchas imperfecciones. Embarazado al punto con el saludo de Gabriela, se lo devolvió torpemente y no se separó del médico, con quien siguió hablando mientras recorrían la playa; pero el tímido y respetuoso continente de la joven le alentó y se atrevió a dirigirle la palabra. La circunstancia del canto había sido efecto de la casualidad; el padre de Gabriela no había querido preparar nada, pensando que se engendraría el amor en toda su sencillez entre dos seres a quienes la soledad había dejado puro el corazón. El canto repetido por Gabriela fué, pues, tema de conversación perfectamente indicado. Durante aquel paseo, el tímido heredero sintió en él mismo esa ligereza corporal que experimenta el hombre en el momento en que el primer amor transporta a otra criatura el principio de su vida. Brindóse a Gabriela para enseñarla a cantar; tan satisfecho estaba de poder mostrarse a los ojos de la doncella dotado de alguna superioridad, que sintió viva alegría cuando ella aceptó su ofrecimiento. En aquel momento, la luz dió de lleno en Gabriela, y Esteban pudo apreciar el vago parecido que existía entre la joven y la difunta duquesa. La hija de Beauvouloir, como Juana de Saint-Savin, era delgada y delicada; en ambas, el malestar y la melancolía producían una gracia misteriosa. Estaba dotada de la nobleza peculiar de las almas en las que las prácticas del mundo no han alterado nada, en las que todo es hermoso porque todo es natural. Pero en las ve-

nas de la hija del anciano médico corría además la sangre de la *Bella Romana* traspasada a dos generaciones y que dotaba a aquella criatura de un corazón de cortesana en un alma pura; de aquí procedía una exaltación que le enrojecía la mirada, le santificaba la frente, le hacía despedir como un fulgor, y comunicaba a sus movimientos los chisporroteos de una llama. Beauvoulouir fué presa de una gran preocupación cuando notó este fenómeno, al que hoy podría darse el nombre de fosforescencia del pensamiento, y que el médico observaba entonces como un presagio de muerte. Esteban sorprendió a Gabriela en el momento en que la joven alargaba el cuello con un movimiento de avecilla tímida que mira alrededor de su nido. Oculta por su padre, ella quería ver a sus anchas al hijo de Juana de Saint-Savin, y su mirada expresaba tanta curiosidad como placer, tanta benevolencia como sencillo atrevimiento. Para ella, Esteban no era débil, sino delicado; lo encontraba tan parecido a sí misma, que lo le causaba ningún terror aquel poderoso magnate; la tez enfermiza de Esteban, sus bonitas manos, su triste sonrisa, sus cabellos partidos por la mitad y caídos, formando bucles sobre su valona, aquella noble frente en la que se notaban algunas arrugas, aquellos contrastes de lujo y miseria, de poder y pequeñez, le agradaban: ¿acaso no halagaban los deseos de protecciones maternas que están en germen en el amor? ¿No estimulaban ya la necesidad que siente la mujer de encon-

trar distinciones en el que quiere amar? En los dos jóvenes nacían ideas, sensaciones nuevas, con tal fuerza y abundancia que les dilataba el alma; uno y otro quedaban sorprendidos y silenciosos, porque la expresión de los sentimientos es tanto menos demostrativa cuanto más profundos son. El verdadero amor empieza por cavilosas meditaciones. Quizás conviniera a aquellos dos seres verse por primera vez a la débil claridad de la luna para que los esplendores del amor no los dejase deslumbrados; debían también encontrarse a orillas del mar que les ofrecía una imagen de la inmensidad de sus sentimientos. Se repararon llenos el uno del otro, temiendo ambos no haberse agradado mutuamente.

Desde su ventana, Esteban se puso a mirar la luz de la casa donde estaba Gabriela. El joven poeta, durante aquella hora de esperanza mezclada de temores dedujo nuevas significaciones de los sonetos de Petrarca. Habría columbrado a Laura, figura fina y deliciosa, pura y dorada como un rayo de sol, inteligente como el ángel, débil como la mujer. Sus veinte años de estudios tuvieron ya un vínculo; comprendió la mística alianza que existe entre todas las bellezas; reconoció hasta qué punto entraba la mujer en las poesías que le agradaban; en una palabra, amaba hacía tanto tiempo sin saberlo, que todo su pasado se confundió en las emociones de aquella noche deliciosa. En la semejanza de Gabriela con su madre vió una disposición divina.

No revelaba su dolor amando, pues el amor era para él la continuación de la maternidad. Durante la noche, contemplaba a la hija del médico que dormía en aquella cabaña con los mismos sentimientos que experimentaba su madre cuando él estaba en ella. Esta otra semejanza hacía también que el presente tuviese íntima relación con el pasado. Entre las nieblas de sus recuerdos se le apareció la imagen dolida de Juana de Saint-Savin; la volvió a ver con su débil sonrisa, oyó su voz armoniosa; bajó la cabeza y lloró. Extinguióse la luz de la casa. Esteban cantó con nueva expresión la bonita canción de Enrique IV. Los ensayos de Gabriela le contestaron a lo lejos. También ella hacía su primer viaje por los países encantados del éxtasis amoroso. Aquella respuesta llenó de gozo a Esteban; la sangre, al circular por sus venas, distribuyó en ellas una fuerza que jamás sintiera; el amor le hacía potente. Sólo los seres débiles pueden conocer el placer de esa creación nueva en medio de la vida. Los pobres, los enfermizos, tienen inefables goces; para ellos, una cosa insignificante representa el universo. Esteban estaba unido con mil vínculos al pueblo de la ciudad doliente. Su reciente grandeza le asustaba; el amor derramaba en él el bálsamo consolador de la fuerza: amaba al amor.

Al día siguiente nuestro héroe se levantó muy temprano para ir a su antigua casita, donde Gabriela, impulsada por la curiosidad y llevada de una impaciencia que no acertaba a compren-

der, se había peinado muy de mañana y vestido su lindo traje. Los dos jóvenes ardían en deseos de volverse a ver, y ambos también temían los efectos de esta entrevista. Como es fácil de comprender, Esteban se había vestido con sus más hermosos encajes, su capotillo mejor adornado y sus calzas de terciopelo morado; se había engalanado con ese bonito traje que hace recordar la pálida figura de Luis XIII, figura oprimida en el seno de la grandeza como Esteban lo había estado hasta entonces. Aquel traje no era el único punto de semejanza que mediaba entre el monarca y el súbdito. Tanto en uno como en el otro, se reunían mil sensibilidades; la castidad, la melancolía, los padecimientos vagos pero reales, las tímideces caballerescas, el temor de no poder expresar el sentimiento en toda su pureza, el de alcanzar demasiado pronto la felicidad que a las grandes almas les gusta diferir, el peso del poder; esa inclinación a la obediencia que se encuentra en todos los caracteres indiferentes a los intereses, pero llenos de amor por lo que un genio religioso ha llamado lo *astral*.

Aunque Gabriela no tenía ninguna experiencia del mundo, había pensado que la hija de un algebrista, la humilde habitante de Forcalier, estaba colocada a mucha distancia de monseñor Esteban, duque de Nivron, heredero de la casa de Herouville, para que fuesen iguales; aun no llegaba a adivinar el ennoblecimiento del amor. La inocente niña no había visto allí motivo para ambicionar un puesto en el que

cualquier otra joven hubiera deseado sentarse; tan sólo había visto obrado obstáculos. Amando ya sin saber lo que era amar, se encontraba lejos de su placer y quería acercarse a él, como un niño apetece el dorado racimo, objeto de su codicia, situado a una altura adonde no llegan sus manos. Para una doncella que se conmovía al aspecto de una flor, y que entreveía el amor en los cantos de la liturgia, ¡cuán dulces y fuertes no habían sido los sentimientos experimentados el día anterior al aspecto de aquella debilidad señorial que tranquilizaba la suya! Pero Esteban había crecido aquella noche; ella lo consideraba como una esperanza, como un poder; tan alto lo colocaba ya, que desesperaba de llegar hasta él.

—¿Me daréis vuestro permiso para venir a veros alguna vez en vuestra posesión? — preguntó el duque bajando los ojos.

Gabriela, al observar la timidez y humildad de Esteban, porque él también había deificado a la hija de Beauvoulair, no supo qué hacer del cetro que la entregaba, pero aquella sumisión la conmovió profundamente y la halagó muchísimo. Sólo las mujeres saben hasta qué punto engendra seducciones el respeto que les manifiesta un señor. Sin embargo, Gabriela tuvo miedo de engañarse, y, tan curiosa como la primera mujer, quiso saber.

—¿No me prometisteis ayer enseñarme música?—le contestó, confiando en que ese divino arte serviría de pretexto para verse con ella.

Si la hija del médico hubiera conoci-

do la vida de Esteban, jamás habría expresado una duda. Para él la palabra era una resonancia del alma, y aquella frase le causó profundo dolor. Llegaba con el corazón rebotante, temiendo hasta una obscuridad en su luz, y encontraba una duda. Su alegría desapareció, volvió a esconderse en su desierto, y ya no encontró en él las flores con que lo había embellecido. Iluminada por la presciencia de los dolores que distingue al ángel encargado de suavizarlos y que sin duda es la Caridad del Cielo, adivinó el daño que acababa de causar, y se arrepintió tanto de su falta, que deseó el divino poder para descubrir su corazón a Esteban, porque había sentido la honda pena que causan un reproche, una mirada severa; le mostró sencillamente las nubes que se habían elevado en su alma y que formaban como limbos de oro en la aurora de su amor. Una lágrima de la pobre niña convirtió en placer el dolor de Esteban, y entonces quiso él acusarse de tiranía. Fué una suerte que desde el principio los jóvenes conociesen el diapasón de sus corazones, porque así evitaron mil choques que los habrían lastimado. De pronto Esteban, impaciente por valerse del pretexto de alguna ocupación, condujo a Gabriela ante una mesita, colocada cerca de la ventana en que había padecido y donde en adelante iba a admirar una flor más hermosa que cuantas flores había estudiado hasta entonces. Luego abrió un libro sobre el cual inclinaron sus cabezas, cuyos cabellos se mezclaron.

Aquellos dos seres de corazón tan fuerte y de cuerpo tan enfermizo, embellecidos por las gracias del sufrimiento, formaban un bellissimo grupo. Gabriela no sabía lo que era coquetería; concedía una mirada tan pronto como se la solicitaba, y los dulces rayos de sus ojos sólo se confundían por pudor; tuvo una satisfacción en decir a Esteban lo mucho que le gustaba su voz; olvidaba el significado de las palabras cuando él le explicaba la posición de las notas o su valor; le escuchaba, dejando la melodía por el instrumento, la idea por la forma; modo ingenioso de adular, lo primero que encuentra el amor verdadero. A Gabriela le parecía Esteban hermoso; quiso manejar el terciopelo de su capotillo, tocar el encaje de la górguera. Bajo la mirada creadora de aquellos ojos finos el joven se transformaba; aquellos ojos le infundían una savia fecunda que brillaba en sus pupilas, lucía en su frente y le vigorizaba interiormente; aquel nuevo juego de sus facultades no le era nocivo, antes al contrario, las fortalecía. La felicidad era para él como la leche nutricia de su nueva existencia.

Como nada podía distraerlos de sí mismos, pasaron juntos no tan sólo aquel día, sino los subsiguientes, porque ya desde el primero se pertenecieron el uno al otro. Sentados y contentos sobre aquella dorada arena, ambos se contaban su pasado, doloroso en éste, pero lleno de ensueños; soñador en aquélla, pero lleno de placeres dolorosos.

ella—, pero mi padre ha sido bueno como Dios.

—Yo no he tenido padre — respondía él—, pero mi madre ha sido todo un cielo.

El hijo maldito refería su niñez, su cariño a su madre, su afición a las flores. Gabriela prorrumplía en una exclamación al oír esta frase. A las preguntas de Esteban, se ruborizaba y se obstinaba en no contestar; luego, cuando pasaba una sombra por aquella frente que la muerte parecía rozar con su ala, por aquella alma visible en que las menores emociones de Esteban aparecían, respondía: «A mí también me han gustado mucho las flores.»

El creerse ligada hasta en el pasado por la comunidad de gustos, ¿no constituía una declaración como las vírgenes saben hacerlo? El amor procura siempre envejecerse, es la coquetería de los niños.

Al día siguiente Esteban llevó flores, dando orden de que se le buscasen las más raras, como en otro tiempo su madre las hacía buscar para él. ¿Es posible conocer la profundidad a la que en un ser solitario llegaban las raíces de un sentimiento que recobraba así las tradiciones de la maternidad, prodigando a una mujer las cariñosas finezas con que la que le dió el ser había endulzado su vida? Las flores y la música llegaron a ser el lenguaje de su amor. Gabriela respondía con ramilletes a los que le enviaba Esteban, ramilletes como aquel que había hecho adivinar al anciano médico que su ignorante hija sabía ya demasiado. La ignorancia

—Yo no he tenido madre — decía

material de los dos amantes formaba como un fondo negro, sobre el cual se destacaban con exquisita gracia los menores rasgos de su trato puramente espiritual, como los perfiles tan puros y encarnados de las figuras etruscas. Sus más insignificantes palabras traían consigo gran acopio de ideas, porque eran fruto de sus meditaciones. Incapaces de inventar un atrevimiento, para ellos todo principio les parecía un fin. Aunque disfrutaban de absoluta libertad, estaban encerrados en una sencillez que hubiera sido desesperante si alguno de aquéllos hubiera podido dar un sentido a sus confusos deseos. Eran a la vez los poetas y la poesía. La música, la más sensual de las artes para las almas enamoradas, fué el intérprete de sus ideas, y encontraban gran placer en repetir una misma frase difundiendo la pasión en esas hermosas oleadas de sonidos en las que sus almas vibraban sin obstáculo.

Muchos amores proceden por oposición; en ellos todo se vuelve disputar para después hacer las paces, el vulgar combate del espíritu y la materia. Pero el primer vuelo del verdadero amor de esas luchas, no distingue ya dos naturalezas allí donde todo es una misma esencia; semejante al genio en su más elevada expresión, sabe mantenerse en la más brillante luz, la sostiene, en ella crece, y no necesita sombra para adquirir relieve. Gabriela, porque era mujer, Esteban, porque había sufrido y meditado mucho, no tardaron en recorrer el espacio de que se

apoderan las pasiones vulgares, y muy pronto pasaron más allá de él. Como todas las naturalezas débiles, los penetró más rápidamente la fe, esa púrpura celeste que duplica la fuerza duplicando el alma. Para ellos el sol estuvo siempre en su mediodía. En breve tuvieron esa divina creencia en sí mismos que no sufre celos ni torturas; tuvieron la abnegación siempre pronta, la admiración constante. En estas condiciones, el amor carecía de sinsabor. Iguales por su debilidad, fuertes por su unión, si el noble sobrepujaba a la hija del médico en la ciencia o le era superior en alguna grandeza de convención, ella, en cambio, la ofuscaba con su belleza, con la elevación del sentimiento, con la delicadeza que imprimía a los goces. Así, de pronto, esas dos blancas palomas vuelan con ala semejante bajo un cielo puro; Esteban ama, su amor es correspondido, el presente está sereno, el porvenir sin nubes; es soberano, el castillo le pertenece, el mar pertenece a entrambos; el armonioso concierto de su doble cántico no es turbado por ninguna inquietud; la virginidad de los sentidos y del espíritu les agranda el mundo, sus pensamientos se deducen sin esfuerzos; el deseo, esa falta del amor terrestre, cuyas satisfacciones mancillan tantas cosas, aun no les alcanza. Como dos céfiros sentados en la misma rama de sauce, disfrutaban de la ventura de ver reproducida su imagen en el espejo de un agua límpida; la inmensidad les basta, contemplan admirados el Océano sin pensar en deslizarse en él en la

barca de blancas velas, de cuerdas floridas que conduce la Esperanza.

En el amor existe un momento en que se basta a sí mismo, en que se muestra contento de ser. Durante esta primavera en que todo es retoño, el amante se oculta a veces de la mujer que ama para gozar mejor de ella, para verla mejor; pero Esteban y Gabriela se sumieron juntos en las delicias de esa hora infantil, y a ratos parecían dos hermanas por la gracia de las confidencias, a ratos dos hermanos por lo atrevido de las indagaciones. Generalmente el amor quiere un esclavo y un Dios, pero ellos realizaron el delicioso sueño de Platón: no había más que un solo ser divinizado. Se protegían uno a otro. Llegaron luego las caricias, lentamente, una a una, pero castas como los juegos tan alegres, tan divertidos de los animalitos que se ensayan en la vida. El sentimiento que los instigaba a transportar su alma a un canto apasionado, les condujo al amor por las variadas transformaciones de una misma dicha. Sus alegrías no les causaban delirio ni insomnios. Fué la infancia del placer que crecía sin conocer las bellas y encarnadas flores que coronarán su tallo. Sin recelar peligro se entregaban el uno al otro, se abandonaban, en una palabra, como en una mirada, en un beso, como en la prolongada presión de sus manos enlazadas. Ingenuamente se ponderaban su mutua belleza, y en estos secretos idilios derrochaban tesoros de lenguaje, adivinando las más dulces exageraciones, los más violentos diminutivos encon-

trados por la musa antigua de los Tibulo y reproducidos por la poesía italiana. En sus labios y en sus corazones era como el continuo reflujo de las ondas marinas sobre la fina arena de la playa, todas parecidas, todas desemejantes. ¡Dichosa, eterna fidelidad!

Aquella temporada, a contar solamente los días, duró cinco meses; pero si se cuentan las múltiples sensaciones, los pensamientos, los ensueños, las miradas, las flores abiertas, las esperanzas realizadas, las alegrías sin fin, una cabellera suelta y minuciosamente desparramada, luego recogida y adornada de flores, las conversaciones interrumpidas, reanudadas, las alegres risas, los pies metidos en el mar, la caza de moluscos en las rocas, los besos, las sorpresas, los abrazos, todo ello equivale a una vida y la muerte se encargará de justificar la palabra. Hay existencias siempre sombrías, que se pasan bajo cielos grises; pero supóngase un día espléndido en el que el hermoso cielo inflama un aire azul, tal fué el mayo de su ternura, durante el cual el hijo maldito había suspendido todos sus dolores pasados al corazón de Gabriela y en que ésta había fijado todas sus alegrías futuras en el corazón de su señor. Sólo un dolor había tenido Esteban en su vida: la muerte de su madre; tampoco debía tener más que un solo amor: Gabriela.

La grosera rivalidad de un ambicioso precipitó el curso de aquella dulce existencia. El padre de Esteban, antiguo guerrero avezado a los ardides, político rudo, pero hábil, oyó elevarse en su in-

terior la voz de la desconfianza después de haber dado la palabra que le pidió su médico. El barón de Artagnón, teniente de su compañía, tenía toda su confianza en política; era un hombre tal como le gustaban al duque de Herouville, una especie de carnicero, fornido, alto, valiente defensor del trono, de rudos modales, de una férrea voluntad para la ejecución de alguna cosa, pero dúctil y flexible para su señor, noble, ambicioso con la rectitud del soldado y la astucia del político. Tenía la mano que suponía su cara, la mano ancha y velluda del *condottiere*. Su modo de proceder era brusco, y breve y conciso cuando hablaba. Pues bien, el gobernador había encargado al barón que vigilase la conducta que observara el médico con el nuevo heredero presunto. A pesar del secreto que rodeaba a Gabriela, era difícil engañar al teniente; oyó el canto de las dos voces, vió la luz que alumbraba el interior de la casita de la orilla del mar; adivinó que todas las atenciones de Esteban, que las flores que éste encargaba y sus múltiples órdenes tenían relación con una mujer; luego sorprendió por los caminos a la nodriza de Gabriela cuando iba a buscar algo a Forcalier, y volvía con ropa, con algún bastidor para bordar o con objetos propios de una joven. El barón quiso ver y vió a la hija del médico y se enamoró de ella. Beauvouloir era rico. El duque iba a montar en cólera al saber la audacia del buen hombre. El barón de Artagnón basó en estos acontecimientos el edificio de su fortuna. El duque, cuando supiera que su

hijo estaba enamorado, querría darle por esposa una mujer de aristocrática estirpe y poseedora de una gran fortuna, y para separar a Esteban de su amor le bastaría hacer a Gabriela infiel dándole por marido un noble que tuviera hipotecadas sus tierras a algún lombardo. El barón no tenía tierras. Estos datos hubieran sido excelentes con los caracteres que se presentan por lo común en el mundo, pero debían frustrarse con los dos jóvenes amantes. Sin embargo, la casualidad había servido a pedir de boca al barón de Artagnón.

El duque de Herouville, durante su estancia en París, había vengado la muerte de su hijo Maximiliano matando al adversario de éste, y en seguida había preparado para Esteban una alianza inesperada con la heredera de las posesiones de una rama de la casa de Grandlieu, robusta y bella mujer desdeñosa, pero a la que no dejó de agradarle ostentar algún día el título de duquesa de Herouville. El duque confió en que su hijo se casaría con esta joven. Al saber que Esteban amaba a la hija de un miserable médico, quiso lo que esperaba. Para él, este cambio no importaba nada. Ya es sabido cuán brutalmente comprendía el amor aquella fiera humana. Había dejado morir a su lado a la madre de Esteban sin comprender uno solo de sus suspiros. Quizás nunca se encolerizó tan violentamente como cuando la última misiva del barón le dió a entender cuán de prisa marchaban los designios de Beauvouloir, a quien el capitán

atribuyó los más ambiciosos propósitos. El duque mandó hacer su equipaje y fué de París a Rouen, llevando a su castillo a la condesa de Grandlieu con su hermana la marquesa de Noirmoutier y a la señorita de Grandlieu, so pretexto de que visitarán la provincia de Normandía. Pocos días antes de su llegada circuló la nueva por el país, sin que se supiera de dónde provenía la noticia; nadie hablaba, desde Herouville hasta Rouen, más que de la pasión del joven duque de Nivron por Gabriela Beauvouloir, la hija del célebre algebrista. Durante el festín con que se agasajó al duque las gentes de Rouen le hablaron de ello, porque todos los comensales aprovecharon gustosos la ocasión de causar un disgusto al déspota de Normandía. Esta circunstancia excitó la cólera del gobernador, y dió orden de que escribiesen al barón que guardase secreta su llegada a Herouville, y al mismo tiempo que procurase evitar lo que consideraba como una desgracia.

En tales circunstancias, Esteban y Gabriela habían desarrollado todo el hilo de su ovillo en el laberinto del amor, y poco dispuestos a salir de él, querían seguir viviendo en él. Cierta día estaban sentados junto a la ventana donde habían ocurrido tantas cosas. Las horas, pasadas en un principio en dulces caricias, habían venido a parar en ciertas pausas meditativas. Uno y otra empezaban a sentir los deseos indecisos de una posesión completa, y se confiaban mutuamente sus ideas confusas, reflejos de una hermosa imagen en dos almas puras. Algunas ve-

ces, durante estas horas aún serenas, y mientras Esteban tenía la mano de Gabriela aplicada a sus labios, los ojos del joven se llenaban de lágrimas. Como su madre, pero en aquel instante más feliz en su amor de lo que ella lo había sido, el hijo maldito contemplaba el mar, a la sazón de un color de oro en la playa, negro en el horizonte y cortado a trechos por esas oleadas de plata que anuncian una próxima borrasca. Gabriela, adaptándose a la actitud de su amigo, miraba aquel espectáculo y callaba. Una sola mirada, una de esas miradas con que las almas se apoyan una en otra, les era suficiente para comunicarse sus pensamientos. El último abandono no era para la cándida niña un sacrificio ni para Esteban una exigencia. Ambos amaban con ese amor semejante a sí mismo en todos los instantes de su eternidad, que ignora la abnegación, que no teme las decepciones ni las demoras. Sólo que aquellos dos seres ignoraban en absoluto las satisfacciones con que el deseo agujijoneaba sus almas. Cuando las débiles tintas del crepúsculo velaron la inmensidad del mar, y el silencio era únicamente interrumpido por la respiración del flujo y reflujo en la playa, Esteban se levantó; Gabriela imitó este movimiento con cierto vago temor, porque había soltado su mano. El hijo maldito cogió a Gabriela con un brazo estrechándola tiernamente contra su pecho; ella, comprendiendo su deseo, le hizo sentir el peso de su cuerpo lo bastante para darle la certidumbre de que era suya, pero no tanto que pudiera

fatigarle. Esteban descansó su cabeza demasiado pesada sobre el hombro de su amiga, posó sus labios en su seno agitado y sus cabellos descansaron en la blanda espalda de la joven acariciando su cuello. Gabriela, candorosamente enamorada, inclinó la cabeza para dejar más sitio a su amante, pasando un brazo alrededor de su cuello para tener un punto de apoyo. Así permanecieron, sin decirse una palabra, hasta que llegó la noche. Entonces cantaron los grillos y aquellas enamoradas almas se pusieron a escuchar aquel concierto como para concentrar todos sus sentidos en uno solo. En aquel instante podía comparárseles a un ángel que, puestos los pies en el mundo, aguarda la hora de emprender el vuelo hacia el cielo. Habrían realizado ese hermoso sueño del genio místico de Platón y de cuantos buscan un sentido a la humanidad; aquellas dos almas se habían fundido en una sola; eran esa perla misteriosa destinada a adornar la frente de algún astro desconocido, nuestra esperanza general.

—¿Vendrás conmigo? — preguntó Gabriela saliendo la primera de aquel delicioso sosiego.

—¿Y por qué hemos de separarnos? — respondió el joven.

—Deberíamos estar siempre juntos — dijo ella.

—Quédate.

—Sí.

Los pesados pasos de Beauvouloir resonaron en la sala contigua. El médico encontró a los dos jóvenes separados, cuando los había visto enlazados

en la ventana; y es que al amor más puro le gusta también el misterio.

—Hija mía—dijo a Gabriela—, no es prudente permanecer aquí hasta tan tarde y a oscuras.

—¿Por qué?—replicó la joven—. No ignoráis que nos amamos y que él es el señor en el castillo.

—Hijos míos—repuso el anciano—, si os amáis, vuestra felicidad exige que os caséis para pasar la vida juntos, pero vuestro enlace depende de la voluntad de monseñor el duque...

—Mi padre me ha prometido satisfacer todos mis deseos — exclamó vivamente Esteban interrumpiendo a Beauvouloir.

—Entonces, monseñor — respondió el médico—, escribid a vuestro padre exponiéndole vuestro deseo, y dadme la carta para que la una a la que acabo de escribir; Bertrán partirá inmediatamente a entregar esas misivas a monseñor. Acabo de saber que está en Rouen; trae a la heredera de la casa de Grandlieu, y supongo que no será para él... Si escuchara mis presentimientos, esta misma noche me llevaría a Gabriela...

—¡Separarnos!—exclamó Esteban, que desfalleció de dolor apoyándose en la joven.

—¡Padre!

—Gabriela—dijo el anciano dándole un pomo que tomó de encima de una mesa y que ella hizo respirar a Esteban—; Gabriela, mi ciencia me ha dicho que la Naturaleza os había destinado el uno para el otro. Pero yo quería ir preparando al duque a un casa-

miento que está en abierta oposición con todas sus ideas y el demonio le ha prevenido contra nosotros. Este es el señor duque de Nivron, y tú eres hija de un pobre médico.

—Mi padre me ha dado su palabra de no contrariarme en nada—dijo Esteban con calma.

—También me ha prometido acceder a lo que yo hiciera buscándoos una esposa—respondió el médico—; pero, ¿y si no cumple lo ofrecido?

Esteban se sentó abatido, y después de una pausa, dijo:

—La mar estaba sombría esta noche.

—Si supierais montar, monseñor, a caballo—repuso el médico—, os diría que huyerais esta misma noche con Gabriela; os conozco a los dos, y sé que cualquiera otra unión os sería funesta. Es indudable que el duque me encerraría en un calabozo y me tendría en él hasta el resto de mis días cuando supiera esa fuga; pero yo moriría contento si mi muerte asegurara vuestra felicidad. Mas ¡ay! montar a caballo sería exponer vuestra vida y la de Gabriela. Es menester arrostrar aquí la cólera del gobernador.

—¡Aquí!—replicó el pobre Esteban.

—Alguno del castillo nos ha vendido y ha causado ese disgusto a vuestro padre.

—Precipitémonos juntos al fondo del mar—dijo Esteban al oído de Gabriela que se había arrodillado al lado de su amante.

La joven inclinó la cabeza sonriendo. El médico adivinó este propósito, y repuso:

—Monseñor, vuestra instrucción y vuestro talento os ha hecho elocuente y el amor debe haceros irresistible; declarad vuestra pasión a vuestro padre y confirmaréis mi carta, que es bastante concluyente. Creo que no está perdido todo. Amo a mi hija tanto como os amo a vos, y quiero defenderla.

Esteban hizo un movimiento con la cabeza.

—La mar estaba muy sombría esta noche—dijo.

—Estaba como una lámina de oro a nuestros pies—replicó Gabriela con melódico acento.

Esteban dió orden para que le trajesen luz y se sentó a la mesa para escribir a su padre. A un lado de su silla estaba Gabriela arrodillada, silenciosa, fijos sus ojos en lo escrito sin leerlo; todo lo leía en la frente de Esteban. Al otro lado estaba Beauvoulair, cuyo rostro jovial aparecía entonces profundamente triste, triste como aquella cámara en la que había muerto la madre de Esteban. Una voz secreta decía al buen anciano: «¡Correrá la suerte de su madre!»

Cuando el joven terminó la carta, se la entregó al médico, quien se apresuró a llevársela a Bertrán. El caballo del viejo escudero estaba ensillado, el hombre pronto a marchar; partió y encontró al duque a cuatro leguas de Herouville.

Cuando los dos jóvenes se quedaron solos, dijo Gabriela a Esteban:

—Acompáñeme hasta la puerta del patio.

Ambos pasaron por la biblioteca del cardenal y bajaron por la torre donde estaba la puerta cuya llave había dado Esteban a su amiga. Aturdido por el recelo de la desgracia, el pobre joven dejó en la torre la antorcha que le servía para alumbrar a Gabriela y la acompañó a su casa. Los dos amantes se detuvieron a pocos pasos del jardinillo que formaba una entrada florida a aquella vivienda. Alentados por su vago temor, se dieron en la obscuridad y el silencio ese primer beso en que los sentidos y el alma se reúnen para causar un placer revelador. Esteban comprendió el amor en su doble expresión; la hija del médico echó a correr temerosa de dejarse llevar de la voluptuosidad... pero, ¿a qué, si lo ignoraba todo?

En el momento en que Esteban subía la escalera, después de cerrar la puerta de la torre, llegó a su oído un grito de terror lanzado por Gabriela. El joven duque atravesó los aposentos del castillo, bajó por la escalera principal, salió a la playa, y corrió en dirección a la casa de Gabriela en la que vió luz. Al llegar al jardinillo y al resplandor de la antorcha que alumbraba el torno de su nodriza, la joven había visto un hombre sentado en la silla de la anciana. Al rumor de sus pasos, el desconocido había acudido a su encuentro y la asustó. Era el barón de Artagnón cuyo aspecto justificaba sobradamente el miedo que inspiraba a Gabriela.

Cuando la joven se hubo repuesto del susto, el teniente la preguntó :

—¿Sois la hija de Beauvouloir, el médico de monseñor?

—Sí, señor.

—Pues tengo que comunicaros cosas importantísimas. Soy el barón de Artagnón, teniente de la compañía de ordenanza que manda el duque de Herouville.

En las circunstancias en que se encontraban Esteban y Gabriela, aquellas palabras y el tono de franqueza con que el soldado las pronunció, chocaron a la joven.

—Vuestra nodriza está ahí y puede enterarse de nuestra conversación; venid conmigo—dijo el barón.

Salió, y Gabriela le siguió. Los dos se dirigieron al arenal que había detrás de la casa.

—No temáis nada — le dijo el teniente.

Esta advertencia habría asustado a cualquier persona que no hubiera sido ignorante; pero una joven sencilla y que ama, jamás se cree en peligro.

—Querida niña — dijo el barón con acento melifluo—, vos y vuestro padre estáis al borde de un abismo en el que os precipitaréis mañana, y yo no puedo verlo sin avisaros antes. Monseñor está furioso contra vuestro padre y contra vos, pues sospecha que habéis seducido a su hijo: prefiere verlo muerto a que se case con vos. Esto en cuanto a su hijo. En cuanto a vuestro padre, vais a saber la resolución que ha tomado monseñor. Hace nueve años que vuestro padre estuvo complicado en una causa criminal por sustracción de un niño noble en el momento en que

su madre le daba a luz; monseñor, conociendo la inocencia de vuestro padre, le libró entonces de la persecución de la justicia; pero va a mandarles coger y entregarle a los tribunales pidiendo que se le forme causa. Vuestro padre deberá ser descuartizado vivo; pero teniendo en cuenta los servicios que ha prestado a su señor, quizás consiga que lo ahorquen simplemente. Con respecto a vos, no sé lo que monseñor ha decidido, pero sé que podéis salvar a Beauvoulour del horrible suplicio que le aguarda y salvaros a vos misma.

—¿Qué hay que hacer? — preguntó vivamente Gabriela.

—Arrojaos a las plantas de monseñor, confesarle que su hijo os ama a pesar vuestro y que vos no correspondéis a su amor; y para probarle que es cierto, le ofrecéis casaros con el hombre que le plazca designaros por marido. Es generoso y os dotará espléndidamente.

—Estoy dispuesta a todo menos a renegar de mi amor.

—Pero, ¿y si es preciso para salvar a vuestro padre, a vos y al duque de Nivron?

—Esteban se moriría, y yo también.

—El duque de Nivron se disgustará al perderos, pero vivirá por el honor de su casa, y vos os resignaréis a ser solamente mujer de un barón en lugar de duquesa, y salváis la vida de vuestro padre — replicó aquel hombre positivamente.

En esto, Esteban llegó a la casa, no vio a su amante y lanzó un grito penetrante.

—¡ Ahí está! — dijo Gabriela —, dejadme ir a tranquilizarle.

—Mañana por la mañana volveré por vuestra contestación — respondió el barón.

—Lo consultaré con mi padre.

—No podréis verle, porque acabo de recibir la orden de detenerle y enviarle a Rouen, con escolta y atado — dijo el barón alejándose de Gabriela aterrada.

Esta corrió a la casa y encontró a Esteban asustado del silencio con que la nodriza había contestado a su primera pregunta: «¿Dónde está?»

—Aquí estoy — dijo la joven con voz desfallecida, perdido el color y sin fuerzas para andar.

—¿De dónde vienes? — le preguntó Esteban —. Has dado un grito...

—Sí, he tropezado con...

—No, vida mía — dijo el joven interrumpiéndola —, he oído los pasos de un hombre.

—Esteban, sin duda hemos ofendido a Dios; arrodillémonos y recemos. Después te explicaré todo.

Los dos jóvenes se arrodillaron en el reclinatorio y la nodriza rezó el rosario.

—¡ Oh Dios mío! — dijo Gabriela en un arranque que le hizo franquear los espacios celestes —, ¡ si no hemos pecado contra vuestros preceptos, si no hemos ofendido a la Iglesia ni al rey, nosotros que no formamos más que una sola y misma persona en la que resplandece el amor como el brillo que habéis puesto en una perla del mar, concedednos la gracia de no separarnos en este mundo ni en el otro!

—Querida madre--añadió Esteban—, tú que estás en la mansión de los bienaventurados, consigue de la Virgen que, si no podemos ser felices, por lo menos muramos juntos Gabriela y yo, sin padecer. ¡Llámanos, iremos a ti!

Después de rezar sus oraciones de la noche, la joven refirió a Esteban su conversación con el barón de Artagnón.

Esteban, sacando ánimo de su desesperación amorosa, dijo:

—Gabriela, sabré resistir a mi padre.

Imprimió un beso, no ya en los labios, sino en la frente de la joven, y en seguida volvió al castillo, resuelto a hacer frente al hombre terrible que tanto pesaba sobre su vida. No sabía que la casa de Gabriela iba a ser custodiada por soldados tan pronto como él hubiera salido de ella.

Al día siguiente, Esteban sintió la más intensa aflicción cuando, al ir a ver a su amada, la encontró prisionera; pero Gabriela le envió a su nodriza para decirle que moriría antes que traicionarle; además, que había encontrado modo de burlar la vigilancia de sus guardianes, y que iría a buscar un refugio en la biblioteca del cardenal, en la que nadie podría sospechar que estuviese, pero que no sabía cuándo llevaría a cabo su propósito. Esteban permaneció, pues, en su habitación, donde se gastaron las fuerzas de su corazón en una penosa expectativa.

A las tres, los equipajes del duque y la gente que le acompañaba entra-

ron en el castillo, en donde debía cenar el terrible señor con su comitiva. En efecto, al atardecer, la señora condesa de Grandlieu, a la que su hija daba el brazo, el duque y la marquesa de Noirmoutier, subían la escalera principal en medio del mayor silencio, porque el ceñudo rostro del amo del castillo había atemorizado a todos los servidores.

Aunque el barón de Artagnón se enteró de la evasión de Gabriela, había asegurado que estaba bien guardada; pero recelaba haber comprometido el éxito de su plan particular en el caso en que el duque viera frustrado su designio por la fuga de la joven. Aquellas dos caras terribles tenían una expresión feroz, mal disimulada por el aire amable que les imponía la galantería. El padre de Esteban había mandado a éste que le esperase en el salón. Cuando todos penetraron en él, el barón de Artagnón conoció, por la fisonomía abañada del hijo del duque, que aun no tenía noticia de la evasión de Gabriela.

—Os presento a monseñor mi hijo— dijo el anciano duque tomando a Esteban de la mano y presentándolo a las damas.

Esteban las saludó sin pronunciar una frase. La condesa y la señorita de Grandlieu cambiaron una mirada, que no pasó inadvertida para el viejo, que dijo en voz baja a la dama:

—Vuestra hija no quedará muy satisfecha; ¿no es eso lo que pensáis?

—Querido duque, pienso todo lo contrario—contestó la madre, sonriendo.

La marquesa de Noirmoutier, que acompañaba a su hermana, rió socarro-

namente. Aquella risa molestó a Esteban, a quien la vista de la corpulenta señorita había ya aterrado.

Entonces su padre le dijo en voz baja y con tono de buen humor :

—Señor duque, ¿no os he encontrado un buen molde? ¿Qué os parece esta doncella, mi querido querubín?

El anciano duque no dudaba de la obediencia de su hijo; Esteban era para él de la misma pasta de su madre; esto es, fácil de amasar.

—Que tenga un hijo aunque reviente después, me importa muy poco — pensaba el viejo.

—Padre—dijo el joven con voz suave—, no os comprendo.

—Ven conmigo a tu cuarto, tengo que decirte cuatro palabras — contestó el duque.

Esteban siguió a su padre a la cámara de honor. Las tres damas, obedeciendo a un movimiento de curiosidad que tuvo también el barón de Artagnón, se pasearon por el salón de modo que se agruparon a la puerta de la estancia que el duque había dejado entreabierta.

—Querido Benjamín — dijo el duque imprimiendo gran suavidad en su voz—; te he escogido por esposa a esa alta y hermosa señorita; es heredera de las posesiones de una rama menor de la familia de Grandlieu, buena y antigua nobleza del ducado de Bretaña; por lo tanto, muéstrate amable con ella y recuerda las cosas más bonitas que hayas leído en tus libros para decirle galanterías y también para hacérselas.

—¿No es el primer deber de un caballero cumplir su palabra?—preguntó Esteban a su padre.

—Sí.

—Pues bien, cuando os perdoné la muerte de mi madre, ocurrida aquí a consecuencia de su matrimonio con vos, ¿no me disteis vuestra palabra de no oponeros jamás a mis deseos? Yo mismo te obedeceré como al dios de la familia, me dijisteis. No intento nada contra vos; sólo pido disponer de mi voluntad en un asunto en el que me va la vida y que sólo tiene que ver conmigo: mi casamiento.

—Yo creí que no te opondrías a la continuación de nuestra noble raza — replicó el anciano sintiendo que se le subía la sangre a la cabeza.

—No me impusisteis ninguna condición — repuso Esteban—. No sé que pueda tener el amor nada de común con una raza; lo que sé es que amo a la hija de vuestro antiguo amigo Beauvoulour, y nieta de vuestra antigua amiga la *Bella Romana*.

—Pero, ¡si ha muerto! — contestó el coloso con voz sombría y burlona que anunciaba su intención de hacer desaparecer a Gabriela.

Hubo un momento de profundo silencio.

El viejo divisó a las tres damas y al barón de Artagnón. En aquel crítico momento, Esteban, que tenía tan sutil el sentido del oído, oyó en la biblioteca a la pobre Gabriela que, queriendo hacer saber a su amigo que estaba escondida allí, cantaba estas palabras:

Un armiño
no ha su aliño;
excede al lirio en blancura.

Al oír este canto, el hijo maldito, hundido en los abismos de la muerte por la horrible frase de su padre, volvió a salir a la superficie de la vida. Aunque aquel movimiento de terror, tan rápidamente disipado, le hubiese ya destrozado el alma, hizo un supremo esfuerzo, levantó la cabeza, miró a su padre frente a frente por la primera vez de su vida, cambió desprecio por desprecio y dijo con acento de odio: «¡Jamás debe mentir un caballero!» De un salto llegó a la puerta opuesta a la del salón y gritó: «¡Gabriela!»

De pronto, como una azucena entre el follaje, apareció en la sombra la angelical criatura, y tembló ante aquel grupo de mujeres burlonas, sabedoras de los amores de Esteban. El viejo duque, semejante a esas nubes que encierran el rayo, y presa de una indescriptible rabia, se destacó sobre el fondo brillante que producían los ricos trajes de aquellas tres damas cortesanas. Cualquiera otro habría vacilado entre la prolongación de la raza y un casamiento desigual; pero aquel hombre indómito tenía la ferocidad de que hasta entonces se había valido para resolver todas las dificultades humanas; por cualquier cosa sacaba la espada como el único remedio que conociera para los nudos gordianos de su vida. Su feroz carácter había de prevalecer en

aquella circunstancia en que el trastorno de sus ideas habría llegado al colmo. Sorprendido dos veces en flagrante delito de mentira por su hijo aborrecido, mil veces maldito, y más maldito que nunca en el momento en que su debilidad menospreciada y para él la más despreciable, triunfaba de una omnipotencia infalible hasta entonces, ya dejó de ser padre y hombre, y se convirtió en tigre. El viejo, a quien rejuveneció la venganza, lanzó a aquella encantadora pareja de ángeles una mirada preñada de odio y capaz de asesinar, y dijo fuera de sí, dirigiéndose primero a su hijo y después a Gabriela:

—¡Pues bien! ¡Tú, miserable engendro, prueba de mi baldón; y tú, infame manceba de lengua viperina que has emponzoñado mi casa, reventad!

Estas palabras infundieron en el corazón de los dos amantes el terror de que estaban cargados. En el momento en que Esteban vió el brazo de su padre armado de un acero y levantado sobre Gabriela, expiró, y Gabriela cayó muerta queriendo sostenerle.

El duque cerró la puerta con rabia y dijo a la señorita de Grandlieu.

—Yo me casaré con vos.

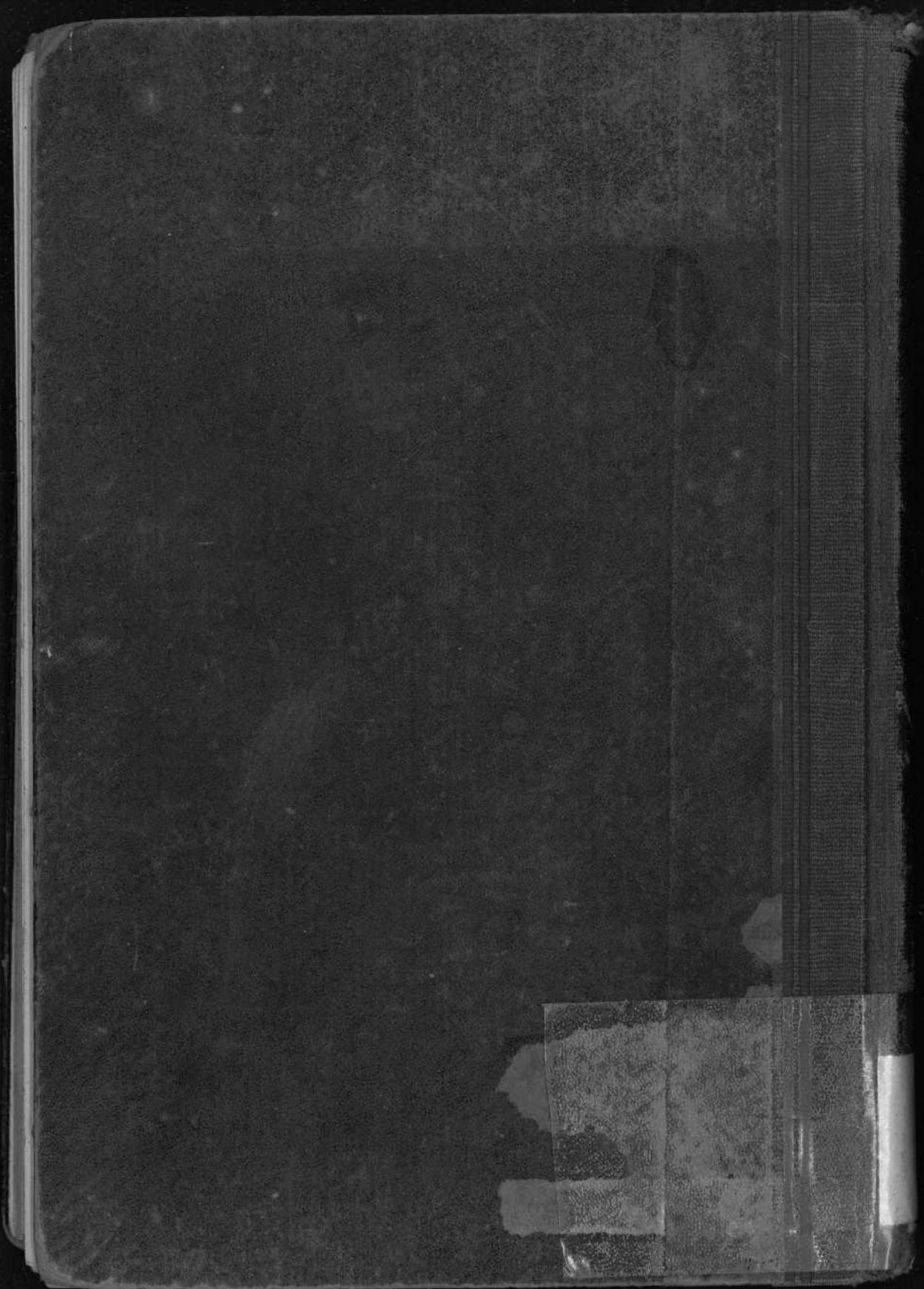
La condesa dijo al oído de aquel anciano que había servido durante los reinados de siete reyes de Francia:

—Y vos, señor duque, ¿estáis aún en disposición de tener descendencia?

París, 1831-1836.

FIN





L. de Balz

Il libro di
Vittorio Alfieri
e del suo

D-2
2506